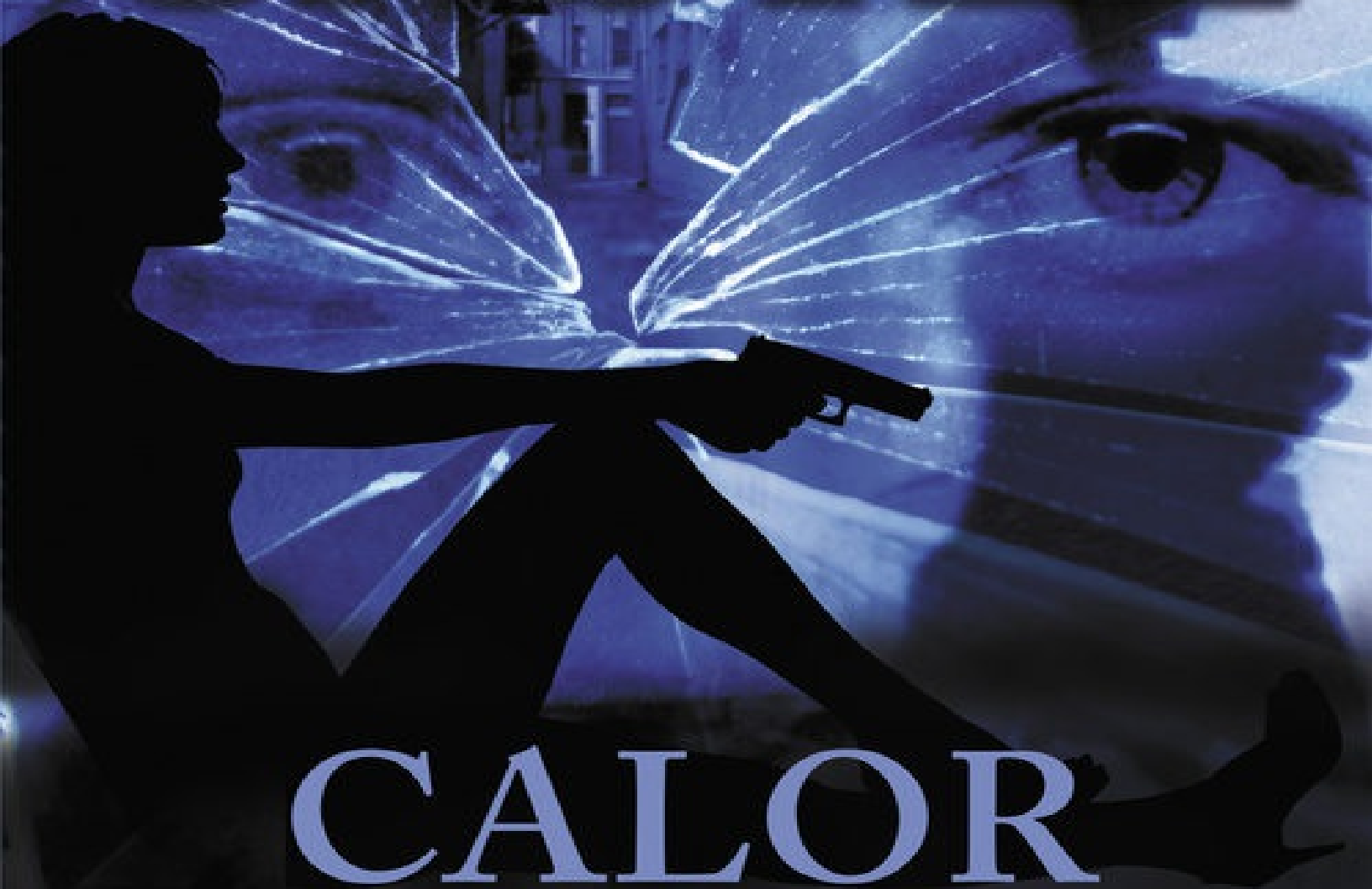


LIBRO BASADO EN LA SERIE DE TELEVISIÓN

RICHARD CASTLE



CALOR HELADO

SUMA
de libros

A todas esas personas exasperantes, estimulantes
e irritantes que nos empujan a hacer grandes cosas

1

Sí, eso es, Rook —dijo Nikki Heat—. Así me gusta. Justo así. —El sudor le bajaba a Jameson Rook por el cuello hasta el pecho jadeante. Gimió y se mordió la lengua—. No te pares, sigue. —Se inclinó sobre él situando la cara a solo unos milímetros de la suya para susurrarle—: Sí, justo así. Muy bien, con ese ritmo. Eso es. ¿Qué tal?

Rook la miró intensamente antes de entrecerrar los ojos y proferir un lamento. Después relajó los músculos y dejó caer la cabeza adelante y atrás. Nikki frunció el ceño y se enderezó.

—No puedes hacerme eso. No me puedo creer que pares.

Rook dejó las mancuernas en un tapete de goma negra junto al banco de ejercicios y dijo:

—No es que pare. —Se llenó el pecho de aire y tosió—. Es que he terminado.

—De eso nada.

—Diez repeticiones. Es lo que he hecho.

—Yo no he contado diez.

—Porque te despistas. Además, necesito esta rehabilitación. ¿Por qué iba a saltarme repeticiones?

—Pues ha habido un momento en que me he dado la vuelta y creías que no miraba.

Rook resopló y preguntó:

—¿Y estabas pendiente?

—Sí, y solo has hecho ocho.

Un socio del exclusivo gimnasio de Rook pasó por detrás de Nikki para

coger unas pesas y ella intentó calcular cuántas tonterías habría escuchado de la absurda conversación que estaban manteniendo. A juzgar por la música enlatada que se escapaba de sus auriculares, lo único que aquel hombre oía mientras se miraba al espejo era a los Black Eyed Peas diciéndole que aquella iba a ser una gran noche. Nikki habría sido incapaz de decir con qué disfrutaba más aquel hombre, si con su mata de pelo recién transplantado o con la visión de sus pectorales resaltados por una camiseta de marca sin mangas.

Rook se colocó a su lado.

—Bonitas *tetículas*, ¿eh?

—Chis. Te va a oír.

—Lo dudo. Además, ¿de quién te crees que he aprendido la palabreja?

Míster Pezones miró a Nikki en el espejo y le guiñó un ojo. Aparentemente sorprendido porque ésta no cayera automáticamente rendida a sus pies, cogió sus pesas y se dirigió a las cabinas de rayos UVA. Momentos como aquél eran la razón de que Nikki Heat prefiriera su gimnasio, un local del año de la polca en el centro de la ciudad con paredes de ladrillo pintadas, ruidosas tuberías y clientes que iban allí a trabajar y no a lucirse. Cuando el fisioterapeuta de Rook —a quien éste llamaba Joe Guantánamo— anuló la sesión de la mañana porque estaba enfermo y Nikki se ofreció a ayudarlo en sus ejercicios diarios de rehabilitación, había pensado que irían a su gimnasio. El problema era que también ahí había peros. Bueno, un pero: Don, su antiguo entrenador de combate cuerpo a cuerpo, un ex marine con quien Nikki tenía un pasado de forcejeos no solo en el cuadrilátero, sino también en la cama. Los días de Don como entrenador con derecho a roce habían quedado atrás, pero Rook no sabía de su existencia y Heat no veía la razón de propiciar un encuentro entre los dos.

—Bueeeno, pues no sé tú —dijo Rook secándose la cara con una toalla—, pero yo me apunto a una ducha y a un buen desayuno.

—Me parece perfecto. —Nikki le tendió las mancuernas—. En cuanto hagas otra serie.

—¿Me queda otra todavía? —Se hizo el sueco todo lo que pudo y luego cogió las pesas—. Desde luego, Joe Guantánamo será un cruce fatídico entre

el marqués de Sade y Darth Vader, pero por lo menos me da un respiro de vez en cuando. Y ni siquiera tuve que salvarle la vida interceptando una bala dirigida a él.

—Uno —dijo Nikki por todo comentario.

Rook vaciló un momento y a continuación hizo su primera repetición.

—Uno.

En ese tiempo ya bromeaban sobre el tema, pero aquella noche, dos meses atrás, en la estación de gestión de residuos del muelle del río Hudson, Nikki pensó que le había perdido. El médico de urgencias le aseguró después que poco había faltado. Solo una fracción de segundo después de que hubiera neutralizado y desarmado a un policía corrupto en el almacén de gestión de residuos, su malvado socio la había disparado por sorpresa. Heat no le había visto venir, pero Rook —ay, Rook—, que se suponía que ni siquiera tenía que estar allí, había saltado y la había obligado a apartarse, recibiendo el balazo destinado a ella. Durante su carrera en el cuerpo de policía de Nueva York, primero como agente uniformada y luego como detective de homicidios, Nikki Heat había visto muchos cadáveres y a muchos hombres morir delante de ella. Aquella noche de invierno, mientras el color abandonaba el rostro de Rook y notaba su cálida sangre brotar del pecho empapándole los brazos, le pasaron por la cabeza todas las pérdidas y finales sin solución que había vivido. Jameson Rook la había salvado de la muerte, y que encima hubiera sobrevivido era poco menos que un milagro.

—Dos —dijo—. Rook, das pena.

Ya fuera, en la calle, Rook tomó aire con lentitud exagerada.

—Me encanta el olor de Tribeca por la mañana —dijo—. Huele... a diésel.

El sol estaba lo bastante alto en el cielo para que Nikki se quitara la sudadera y disfrutara del aire de abril acariciándole los brazos desnudos. Cuando sorprendió a Rook mirándola, dijo:

—Cuidado. Sólo te faltan los implantes de pelo para convertirte en mister Pezones.

Echó a andar y pronto él caminaba a su lado.

—No puedo evitarlo. Ya sabes, cualquier momento puede convertirse en

algo romántico. Lo decían en un anuncio de televisión.

—Si quieres que vaya más despacio, me avisas.

—No, voy bien.

Heat le miró de reojo. Sí parecía seguirle el ritmo sin problemas.

—¿Te acuerdas de cuando empecé a andar por el pasillo del hospital? Parecía el pato Lucas en un pase de modelos. Y ahora mírame, he recuperado mis andares de superhéroe.

Hizo una demostración corriendo hasta la esquina.

—Muy bonito. Si alguna vez necesito ayuda y Batman o el Vengador Solitario están ocupados, ya sé a quién llamar.

Cuando Rook se acercó a ella Nikki, le preguntó:

—Ahora en serio, ¿estás bien? ¿No te he forzado demasiado con los ejercicios?

—Que va, estoy perfectamente. —Se pasó la punta del dedo índice por las costillas—. Solo me tira un poco cuando hago estiramientos. —Esperaron a que se pusiera verde el semáforo y añadió—: Y hablando de tirar...

Nikki le dedicó su mejor cara de inocente.

—Perdona, no te entiendo.

Se miraron el uno al otro hasta que Rook arqueó la ceja y Heat se echó a reír. Entonces Rook la cogió del brazo mientras cruzaban la calle.

—Detective, creo que si nos saltamos el desayuno aún te da tiempo a llegar al trabajo.

—¿Estás seguro de que ya puedes? Lo digo en serio, no me importa esperar. Sabes que me encanta dejar lo mejor para el final.

—Tú hazme caso, ya hemos esperado demasiado.

—Igual deberías hablar con tu médico para ver si ya estás lo bastante recuperado como para tener relaciones sexuales.

—Vaya —dijo Rook—. O sea que tú también has visto los anuncios.

En lugar de detenerse a comer algo en Kitchenette, giraron en la esquina y se dirigieron al ático de Rook cogidos del brazo y caminando cada vez más deprisa.

Una vez en el ascensor, se besaron con insistencia, apretándose el uno contra el otro, Rook con la espalda apoyada en la cabina, y de pronto era Heat

quien se apoyaba en la pared. Después se separaron, resistiéndose o tal vez provocándose, o quizá un poco de las dos cosas. Tenían los ojos clavados el uno en el otro y sólo apartaban momentáneamente la mirada para comprobar por qué piso iban.

Una vez dentro de la casa, Rook intentó besarla de nuevo, pero Heat le esquivó y atravesó corriendo la cocina, después el vestíbulo y saltó sobre la cama, volando como un luchador deportivo y aterrizando con un rebote.

—Date prisa —dijo riendo mientras se quitaba las deportivas de una patada.

Rook apareció en el umbral de la puerta completamente desnudo. Ya a los pies de la cama, adoptó una posición teatral y dijo:

—Si he de morir, que así sea.

Entonces Heat le agarró y tiró de él hasta que estuvo encima de ella.

El calor los poseyó más allá de la cautela, más allá incluso del juego. El tiempo perdido, las emociones a flor de piel y una necesidad acuciante convergieron en un torbellino de pasión que no atendía a razones, que era puro frenesí. En cuestión de minutos toda la habitación, no sólo la cama, temblaba. Las lámparas oscilaban, los libros se caían de los estantes, incluso el vaso con lápices que estaba sobre la mesilla de noche de Rook y una docena de Blackwing 602 rodaron por el suelo.

Cuando hubieron terminado se separaron, jadeantes y sonriendo.

—Sí, definitivamente ya estás preparado para tener relaciones sexuales —contestó Nikki.

Lo único que Rook acertó a decir, con la garganta seca, fue:

—Ha sido... ¡guau! —Y después añadió—: Creo que ha temblado la tierra.

Nikki rio:

—Eso, tú échate flores.

—No, creo que ha temblado de verdad. —Rook se incorporó hasta apoyarse en un codo y miró la habitación—. Me parece que ha habido un terremoto.

Para cuando Heat salió del cuarto de baño después de secarse el pelo, Rook había colocado los objetos caídos en su sitio y estaba viendo la

televisión.

—En el Canal 7 dicen que ha sido un 5,8 en algo llamado la falla de Ramapo, que tiene el epicentro en Sloatsburg, del estado de Nueva York. La falla se llama así por una ciudad de Nueva Jersey y, una vez más, Nueva York se lleva la fama.

Nikki dejó su taza de café vacía en la encimera y consultó su teléfono móvil.

—Ya tengo cobertura. Ni mensajes ni avisos urgentes, al menos para mí. ¿Qué daños ha habido?

—Todavía lo están valorando. No ha habido muertos, algunos heridos por ladrillos desprendidos y esas cosas, pero hasta el momento nada gordo. Ah, y no hace falta agitar el zumo de naranja. ¿Quieres un poco?

Nikki dijo que no y se puso la pistola.

—¿Quién lo habría dicho? Un terremoto en Nueva York.

Rook la abrazó.

—El momento no ha podido ser más oportuno, desde luego.

—Va a ser difícil de mejorar.

—Supongo que tendremos que intentarlo —dijo Rook y se besaron. Sonó el teléfono de Nikki y ésta se separó un poco para contestar. Sin que se lo pidiera, Rook le pasó un bolígrafo y un bloc de notas y Heat apuntó una dirección.

—Voy para allá.

—¿Sabes qué creo que deberíamos hacer hoy?

Nikki se guardó el teléfono en el bolsillo de la americana.

—Sí. Y aunque me encantaría (créeme, me encantaría), tengo que ir a trabajar.

—Irnos a Hawai.

—Muy gracioso.

—No estoy de broma. Vámonos. A Maui. Hum, Maui.

—Sabes que no puedo.

—Dame una razón.

—Tengo que investigar un asesinato.

—Nikki, si hay algo que he aprendido en el tiempo que llevamos juntos

es que nunca hay que dejar que un asesinato te estropee la diversión.

—Ya me he dado cuenta de ello. ¿Y qué pasa con tu trabajo? ¿No deberías estar escribiendo un artículo para no sé qué revista? ¿Una denuncia de la corrupción en los oscuros pasillos del poder del Banco Mundial? ¿Una crónica de tu expedición con uno de los que fueron a la caza de Bin Laden? ¿Tu fin de semana en las Seychelles con Johnny Depp o Sting?

Rook meditó sobre aquellas palabras y dijo:

—Si salimos esta tarde, podríamos estar en Lahaina para el desayuno. Y no te sientas culpable. Te lo mereces, después de cuidarme durante dos meses.

Nikki le ignoró y se prendió la placa de detective en el cinturón.

—Venga ya, Nikki. ¿Cuántos asesinatos hay en esta ciudad cada año? ¿Quinientos?

—Más bien quinientos treinta.

—Vale, eso es menos que dos al día. Mira, si nos vamos hoy a Maui y estamos de vuelta en una semana te perderías, como mucho, diez asesinatos. Y además no todos caerían en tu jurisdicción.

—Estás dejando una cosa muy clara, Rook.

Éste la miró, ligeramente sorprendido.

—Ah ¿sí?

—Sí. Y es que por muchos premios Pulitzer que hayas ganado, sigues teniendo el cerebro de un chico de dieciséis años.

—¿Eso es un sí?

—Dejémoslo en quince años.

Nikki volvió a besarle y a continuación le tocó las dos piernas.

—Ah, por cierto, ha merecido la pena esperar.

Y se fue a trabajar.

La escena del crimen la pillaba de camino al trabajo, de manera que, en lugar de ir hasta la comisaría 20 primero para coger un coche y luego volver, Heat se bajó del tren B una parada antes en la calle 72 y fue andando. Los artificieros habían ordenado cerrar el tráfico como medida de precaución ya en la avenida Columbus, y cuando Nikki salió del metro cerca del edificio Dakota, se encontró con un atasco de auténtica pesadilla que llegaba hasta

Central Park. Cuanto antes terminara su investigación antes terminaría el suplicio de los conductores, así que apretó el paso, pero sin dejar de observarlo todo.

Como siempre que se acercaba a un cadáver, la detective Heat centró todos sus pensamientos en la víctima. No hacía falta que Rook le recordara cuántos homicidios se cometían en la ciudad cada año, era su firme propósito impedir que las cifras le hicieran olvidar el valor de una vida humana. O que la acostumbraran al impacto de la muerte en amigos y seres queridos. Para ella esto no eran frases hechas o eslóganes publicitarios. Nikki había tenido ocasión de vivirlo en primera persona cuando su madre fue asesinada. Aquella pérdida no sólo la había llevado a cambiar su carrera universitaria por la de justicia criminal, también la había convertido en la clase de policía que era. Diez años más tarde, el caso de su madre seguía sin estar resuelto, pero la detective continuaba firme en su defensa de cada víctima, una por una.

Al llegar a la 72 con Columbus se abrió camino entre el nudo de espectadores que se había congregado, muchos de ellos con los móviles en alto, documentando su proximidad al peligro para después jactarse de la experiencia en sus páginas de Facebook. Nikki hizo ademán de sacar su placa para enseñársela al agente de uniforme que estaba en la barrera, pero éste reconoció el gesto y la saludó fraternalmente con la cabeza antes de que tuviera tiempo de hacerlo. Podía haber ido por la calzada desierta, pero se mantuvo por la acera. Aunque ya era una poli veterana, le inquietaba la visión de una avenida del centro de Manhattan completamente cerrada en plena hora punta de la mañana. También las aceras estaban vacías, a excepción de los coches patrulla que mantenían la zona despejada. La calle 71 también estaba cerrada al paso con borriquetas y, a unas cuantas casas al oeste, había una ambulancia aparcada delante de un edificio municipal que había perdido su fachada de ladrillo en el terremoto. Nikki dejó atrás uno de los fresnos que crecían en la acera y por entre sus ramas en flor vio a cientos de mirones asomados a las ventanas y a las escaleras de incendios. Lo mismo ocurría al otro lado de la avenida Columbus. Conforme se acercaba a la escena del crimen, el ruido que hacían los distintos vehículos de emergencias

convocados resonaba en un envolvente fragor en la piedra de los edificios de apartamentos.

La brigada de artificieros estaba allí con su unidad blindada aparcada en el carril central de la avenida. Por si hacía falta detonar alguna cosa. Pero desde casi veinte metros de distancia Heat supo, por el lenguaje corporal, que los servicios de emergencia ya habían descartado ese peligro. Por encima de los techos de las furgonetas y de los coches de policía atisbó a su amiga Lauren Parry caminando alrededor de la puerta trasera de la puerta de carga abierta de un camión de reparto. Iba vestida con el mono de médico forense. Después se agachó y Nikki la perdió de vista.

Raley y Ochoa, de su brigada, se separaron de un hombre negro de mediana edad con gorra de lana y anorak verde al que habían estado interrogando junto al coche de bomberos número 40 y fueron a su encuentro.

—Detective Heat.

—Detectives Roach —dijo Nikki, empleando el apodo amistoso que contraía los nombres de Raley y Ochoa en una sola y cómoda sílaba.

—Supongo que habrás llegado sin problemas —dijo Raley, y no era una pregunta, puesto que no esperaba que Heat pudiera tener problemas con algo así.

—No, mi línea de metro funciona, pero he oído que están inspeccionando la N y la R en el tramo que pasa por debajo del río.

—Igual que la Q desde Brooklyn —dijo Ochoa—. Yo la he cogido justo antes, en cambio en Times Square la situación era surrealista. Como una película de Godzilla, con gente corriendo y chillando como loca.

—¿Tú lo has notado? —preguntó Raley.

Nikki revivió el momento en su cerebro y dijo:

—Sí, claro. —Intentando parecer despreocupada.

—¿Qué estabas haciendo cuando pasó?

—Gimnasia.

No era del todo mentira. Ladeó la cabeza señalando a la unidad acorazada de los artificieros.

—¿Qué tenemos aquí y a qué se debe el despliegue de *heavy metal*?

—Por lo visto la cosa ha empezado con un paquete sospechoso. —Ochoa

fue hasta la primera página de su bloc de notas—. Un repartidor de alimentos congelados... Es ése de allí...

—... El de la chaqueta verde —añadió su compañero completando el habitual dueto.

—Abrió la puerta de atrás del camión para sacar unas alitas de pollo y unas hamburguesas para la *deli* ésta de aquí. —Hizo un pausa para que Nikki pudiera echar un vistazo al escaparate de All in Bun, donde un trío de cocineros con pantalones y delantales de cuadros estaban apoyados en el mostrador haciendo tiempo hasta la hora del cierre—. Apartó un cartón y se encontró con que había una maleta entre las cajas.

—Y supongo que la campaña del Departamento de Seguridad Nacional de «Si ves algo sospechoso, dilo» está funcionando —continuó Raley—. Así que el tipo salió pitando y llamó al 911.

—Los servicios de emergencia se ponen en marcha y mandan al amigo Robocop a ver qué pasa. —El detective Ochoa invitó a Heat a seguirlo dejando atrás el robot de control remoto de la brigada de artificieros—. El robot olisquea un poco, hace una foto y nada, negativo. Ni rastro de explosivos. Pero, bueno, el artificiero llevaba puesto el traje, así que (con toda la cautela del mundo) abrió el cierre y se encontró con que dentro de la maleta había un cadáver.

Unos pocos metros a su espalda Nikki oyó al detective Feller.

—Por eso yo nunca facturo. Lo de facturar es muerte segura.

Nikki volvió la cabeza y vio la sorpresa en la cara del detective mientras que los dos policías uniformados que constituían su audiencia reían. Había estado hablando en voz baja, pero no lo bastante. Feller se puso aún más colorado cuando Nikki dejó a Raley y Ochoa para ir a hablar con él. Los agentes de uniforme también desaparecieron, dejándolos a solas.

—Oye, lo siento. —Y trató de arreglarlo con un amago de sonrisa y una carcajada disimulada que a Nikki siempre le recordaba al actor John Candy—. Me parece que eso no tenías que haberlo oído.

—Ni yo ni nadie. —Hablaba con tan calma, con tal dominio de sí misma y sin delatar sentimiento alguno que alguien que hubiera pasado por allí habría pensado que no eran más que dos detectives intercambiando

observaciones—. Echa un vistazo, Randy. Más sería no puede ser la cosa. Esto es la escena de un crimen, mi escena del crimen, y no el club de la comedia.

El detective asintió.

—Sí, ya sé que me he pasado.

—Otra vez —apuntó Nikki. Randall Feller, eterno payaso de la clase, tenía la fea costumbre de hacer el indio en las escenas de un crimen. Era una costumbre fea en un, por lo demás, excelente detective, quien, junto con Rook, había resultado herido salvándole la vida en aquel muelle. El humor negrísimo de Feller tal vez resultara apropiado en los años que pasó en la División de Operaciones Especiales, patrullando toda la noche de incógnito al volante de un taxi en el mundo machote y sin ley de la Asociación de Taxistas de Nueva York, pero no en la brigada que dirigía Nikki Heat. Por lo menos no dentro de la zona precintada. Aquélla no era la primera conversación que mantenían sobre el tema desde que Feller había sido trasladado a su unidad de homicidios después de recibir el alta médica.

—Lo sé, lo sé. Es que me sale sin pensar. —Nikki sabía que lo decía de verdad y que no tenía sentido insistir—. La próxima vez lo pensaré pero no lo diré, lo prometo.

Heat asintió ligeramente con la cabeza y siguió su camino hasta el camión de reparto. Desde la acera, una vez situada frente a la puerta, tuvo que inclinar la cabeza hacia atrás para ver a Lauren Parry, acucillada sobre la cámara frigorífica. Las pilas de cajas de cartón situadas más al fondo sudaban por efecto de la condensación, algunas hasta tenían incrustados brillantes cristales de hielo en los laterales. Incluso con el motor de la cámara de refrigeración apagado, Heat notó una bofetada de aire frío en la cara. A la altura de la rodilla de Lauren, una maleta rígida de color azul grisáceo estaba abierta con la tapa doblada hacia arriba, lo que impedía a Nikki ver su contenido. Dijo:

—Buenos días, doctora Parry.

Su amiga se giró para mirarla y sonrió. Entonces dijo:

—Eh, detective Heat.

Ésta se fijó en que su aliento formaba nubecillas de vapor.

—Me parece que tenemos un caso complicado.

—¿Y cuándo no?

La forense movió la cabeza de un lado a otro sopesando el comentario y pensando que estaba de acuerdo con él.

—¿Te cuento lo más importante?

—Estaría muy bien, para empezar. —Nikki sacó su cuaderno de notas, delgado y de espiral, como los que usan los reporteros; encajaba a la perfección en el bolsillo de su americana.

—Mujer sin identificar. Sin documentación, cartera ni joyas. Edad aproximada: sesenta y pocos años.

—¿Causa de la muerte? —preguntó Heat.

Los ojos de Lauren Parry abandonaron su carpeta y se posaron en su amiga.

—¿Por qué sabía que esa iba a ser tu siguiente pregunta? —Miró el interior de la maleta y prosiguió—: Todo lo que te diga es provisional.

—¿Por qué sabía que esa iba a ser tu respuesta? —la imitó Nikki.

La forense sonrió de nuevo y de las aletas de su nariz salieron pequeños hilos de vapor.

—¿Por qué no subes y te enseño lo que me he encontrado?

La detective Heat se puso unos guantes y trepó por la rampa de metal desde la calzada al interior de la parte trasera del camión. Cuando estuvo dentro, su vista se detuvo por un momento en la maleta y al hacerlo sus dientes entrecrocaban de frío. Lo atribuyó al cambio de clima, a cambiar una suave mañana de abril por un frío propio de enero dentro de la cámara frigorífica.

Decidió no pensar en el frío.

Lauren se puso de pie para hacer sitio a Nikki, de manera que pudiera echar un vistazo al cadáver.

—Ya veo lo que querías decir —dijo ésta.

El cuerpo de la mujer estaba congelado. Cristales de hielo como los de las cajas de carne picada de buey, pollo y palitos de pescado brillaban en su rostro. Vestida con un traje de chaqueta gris claro, había sido colocada en posición fetal y encajada dentro de la maleta, donde yacía de lado. Lauren

hizo un gesto con el capuchón de su bolígrafo hacia la mancha de sangre escarchada que cubría la parte trasera del traje.

—Todo apunta a que ésa fue la causa de la muerte. Es una perforación importante hecha lateralmente en la parte posterior del tórax. A juzgar por la cantidad de sangre, el cuchillo penetró entre las costillas y alcanzó el corazón. —Heat tuvo esa incómoda sensación de *déjà vu* que la asaltaba cada vez que veía una de aquellas heridas. Sin embargo no hizo comentario alguno y se limitó a asentir y a cruzar los brazos para combatir la carne de gallina, causada sin duda por la refrigeración a pesar de la americana—. Como está congelada no puedo darte mi informe preliminar de siempre. Ni siquiera puedo estirarle los brazos y las piernas para buscar otras heridas, traumatismos, indicios de defensa propia, rígor mortis, etcétera. Podré hacerlo, claro, pero ahora mismo no.

Nikki siguió con la vista fija en la mujer acuchillada y dijo:

—Supongo que hasta será complicado determinar la hora de la muerte.

—Eso desde luego, pero no te preocupes. Cuando me ponga a trabajar con ella en el laboratorio podré hacerme una idea —dijo la forense. Y a continuación añadió—: Suponiendo que no tenga que volver aquí por algo relacionado con el terremoto.

—Por lo que he oído, son casi todos heridos leves y pacientes ambulatorios.

—Me alegro —dijo Lauren—. ¿Estás bien?

—Muy bien. Es que no me esperaba que iba a necesitar un jersey hoy.

—Supongo que yo estoy más acostumbrada al frío —Lauren le quitó el capuchón al bolígrafo—. ¿Te importa si tomo algunas notas mientras tú te pones con lo tuyo?

Parry y Heat habían trabajado juntas en suficientes casos como para conocer las costumbres y las necesidades de cada una. Por ejemplo, Lauren sabía que en toda escena del crimen lo primero que Nikki hacía siempre era inspeccionarla desde todos los ángulos posibles con lo que ella llamaba «ojos de principiante». A su entender, el problema de los detectives veteranos era que, después de años y años de casos, incluso los mejores caían víctimas de la costumbre y perdían frescura. Por paradójico que pareciera, la experiencia

actuaba en su contra y embotaba sus dotes de observación. Si alguien le pregunta a un trabajador de una refinería si no le molesta el mal olor, dirá: «¿Qué olor?». Pero la detective Heat recordaba a la perfección sus sensaciones en los primeros homicidios que había investigado. Cómo se fijó en todo y después siguió buscando. Cómo cada pedazo de información era potencialmente importante. Nada debía pasarse por alto. La experiencia del asesinato de su madre le permitía adoptar un enfoque empático en la escena de un crimen, pero además es que estaba convencida de que había que mantener dicho enfoque siempre fresco y no convertirlo en un mero ritual. Como a menudo recordaba a los miembros de su brigada, la clave es estar atento al momento y a lo que se está percibiendo.

Sus ojos le decían que lo más probable era que el camión no fuera la escena del crimen. Tras recorrer el reducido espacio de la cámara frigorífica e iluminar con su linterna Stinger el suelo entre las cajas y las paredes, no encontró salpicaduras de sangre. Más tarde, cuando se hubieran llevado el cuerpo, la policía científica descargaría todas las cajas para realizar una inspección a fondo, pero Nikki estaba convencida de que la maleta había llegado allí con la víctima dentro y, posiblemente, ya muerta. La hora de la muerte y los tiempos de carga y descarga del camión ayudarían a confirmar su hipótesis. Aclarado esto, centró su atención en la víctima.

El cálculo de la forense Parry sobre la edad, sesenta y tantos años, parecía correcto. Llevaba el pelo favorecedoramente corto y apropiado para una mujer de negocios de esa edad y, a juzgar por las raíces que empezaban a revelar algo de gris y castaño en la raya, el color rubio miel, con leves mechas caramelo, indicaba dos cosas. En primer lugar que era una mujer con una posición económica desahogada que se preocupaba de su pelo lo suficiente como para pagar a un profesional para que se lo cortara y tiñera. En segundo lugar que, a pesar de ello, llevaba tiempo sin pasar por la peluquería. «¿Qué se lo habrá impedido?», escribió Nikki en su libreta. Las ropas también desprendían buen gusto. Talla pequeña. Compradas en unos grandes almacenes, pero de los caros. La blusa era de temporada y el traje gris era de una lana ligera y de corte funcional. Nikki tuvo la sensación de que no era tan caro como de buena calidad. No era el uniforme de una mujer que sale a

almorzar, sino el de una que organiza almuerzos. Se acuclilló para estudiar la única mano que resultaba visible. Estaba parcialmente cerrada y metida debajo de la barbilla, de manera que no podía verla entera, pero lo que veía contaba una historia. Eran manos que habían trabajado, fuertes sin ser musculosas, tampoco estropeadas por el exceso de tareas manuales. Los delgados dedos tenían esa fuerza que se encuentra en los tenistas y entusiastas del *fitness*. Reparó en una pequeña cicatriz en uno de los lados de la muñeca que parecía ser de hacía años, quizá incluso décadas. Se puso de pie y volvió a mirar a la mujer. Su cuerpo encajaba con el perfil de una corredora o una ciclista. Escribió una nota para acordarse de llevar su foto a gimnasios, a la asociación de corredores de Nueva York, a tiendas de bicicletas. Después volvió a agacharse para examinar una rozadura de tierra marrón oscura en la rodillera de los pantalones, que podría revelar algo sobre sus últimos momentos con vida. Lo apuntó también y a continuación se desplazó para mirar de cerca la herida de cuchillo. Confirmando su hipótesis de que había llegado muerta al camión, la mancha de sangre congelada formaba un amplio charco, como si se hubiera desangrado boca abajo. El ancho de la mancha indicaba un gran volumen y sin embargo no había demasiada sangre en el forro de la maleta, a excepción de manchas de abrasión en la tapa. Nikki iluminó con la linterna el punto donde la espalda de la víctima se encontraba con la bisagra interior de la maleta y vio solo manchas similares, sin indicios de hemorragia. Aquí, una vez más, cuando la sacaran, tendrían información más precisa, pero Heat iba haciéndose a la idea de que el asesinato se había perpetrado no sólo fuera del camión, sino de la maleta.

Un indicador añadido sería buscar sangre en las bisagras y costuras de la maleta. Con cuidado de no tocar nada se arrodilló, apoyándose en el suelo de la cámara frigorífica para mantener el equilibrio, e inclinó la cabeza hasta casi tocar el suelo con una ceja. A continuación, despacio y metódicamente, recorrió con la luz de la linterna el borde inferior de la maleta de derecha a izquierda. Cuando la luz alcanzó la esquina izquierda dio un respingo. La visión se le volvió borrosa y de repente sintió vértigo. La linterna se le deslizó de la mano y cayó al suelo, junto a ella. Lauren dijo:

—Nikki, ¿estás bien?

En aquel momento era incapaz de decir nada. Notó unas manos que la cogían. Lauren le levantó la cabeza del suelo. Un par de técnicos en emergencias empezaron a subir la rampa, pero para entonces Nikki se había recuperado lo suficiente para sentarse y hacerles un gesto para que se marcharan.

—No, no. Estoy bien. No pasa nada. —Lauren se agachó a la altura de sus ojos para examinarla—. De verdad, estoy bien —dijo Nikki.

Pero a ojos de su amiga, su cara decía otra cosa bien distinta.

—Me has asustado, Nik. Me ha parecido que estabas en estado de shock o algo así.

Heat sacó las piernas fuera del camión y dejó que colgaran. Raley y Ochoa se acercaron, seguidos de Feller. Ochoa dijo:

—¿Qué pasa, detective? Tienes cara de haber visto un fantasma.

Nikki se estremeció, esta vez no por la refrigeración. Se giró para mirar a su espalda, a la maleta, y después se volvió despacio hacia los demás.

—Nikki —dijo Lauren—, ¿qué pasa?

—La maleta —tragó con fuerza— lleva mis iniciales.

Los detectives y la forense se miraron, perplejos. Por fin Raley dijo:

—No lo entiendo. ¿Cómo puede llevar esa maleta tus iniciales?

—Porque las grabé cuando era pequeña. —Los veía procesar la información, pero tardaban demasiado tiempo—. Esa maleta era de mi madre —añadió—. Su asesino la robó la noche en que murió.

2

Nikki Heat entró en el espacio diáfano que hacía las veces de despacho del Departamento de Homicidios de la comisaría 20 con un paso decidido que dejaba pocas dudas a los detectives que se esforzaban por seguirle el ritmo de que se había recuperado, y de sobra, de la sorpresa de su descubrimiento.

—Reunión a las diez —les dijo a los miembros de su brigada mientras cruzaba la puerta. De camino a su mesa añadió—: Detective Ochoa, manda los datos de la mujer sin identificar con disparo en la cabeza a Personas Desaparecidas. Y ya de paso, incluye a los cuerpos de policía de Westchester, Long Island, Nueva Jersey y Fairfield County. Detective Raley, limpia la pizarra blanca ésa y saca otra más para que podamos trabajar con las dos a la vez. —Apartó un montón de papeles con mensajes y limpió el polvo procedente de los paneles de aislamiento acústico del techo que el terremoto de 5,8 había hecho caer como si fueran copos de nieve en su escritorio. Después tecleó en su ordenador y envió un correo a Lauren Parry, del Departamento Forense, con el mismo mensaje que le había dado de palabra quince minutos antes en la escena del crimen, a saber, que la interrumpiera en cuanto tuviera alguna información, por nimia que fuera, sobre el caso.

Nada más enviarlo, una taza de café apareció como por ensalmo sobre su calendario de sobremesa. Se giró en la silla y se encontró con el detective Feller enfrente.

—En vez de flores, acepta esto como disculpa por mi metedura de pata de esta mañana. Grande, con tres toques de avellana, si no me equivoco, ¿es así?

En realidad el café que Nikki bebía era grande, con leche desnatada y dos dosis de vainilla light, pero se limitó a decir:

—Más o menos —entendía que Feller quería hacer méritos, pero en aquel momento le preocupaban cosas más importantes que las modalidades de café—. Gracias y olvidemos el tema, ¿de acuerdo?

—No volverá a ocurrir.

En cuanto Feller se alejó, Nikki dejó la taza templada en una esquina de la mesa junto a los mensajes sin leer y empezó a hacer una lista de cosas por hacer en un bloc. Cuando había llenado un tercio de la página, escribió «refuerzos» y se detuvo. Eso requeriría aprobación de su superior, un escollo al que no le hacía ilusión enfrentarse. Escudriñó las oficinas hasta el despacho acristalado del capitán, que daba a la zona donde trabajaba la brigada de Heat. El cristal también permitía que la brigada viera el interior del despacho, lo que creaba un efecto a escala real similar al de aquella película, *Noche en el museo*. El capitán Irons estaba dentro de la vitrina colgando su chaqueta en una percha. Heat sabía que a continuación iniciaría su ritual diario de remeterse la camisa blanca del uniforme, y de hecho lo hizo, como siempre intentando contener el michelín que le sobresalía por encima del cinturón.

—Perdone, capitán —dijo Heat ya en la puerta del despacho de éste—. ¿Tiene un minuto?

Siempre atento a las formas, Wallace *Wally* Irons hizo una pausa antes de invitarla a entrar, como si estuviera buscando una razón para no hacerlo pero no encontrara ninguna. No le pidió que se sentara y a Nikki no le importó. Cada vez que se sentaba frente a la mesa de Irons no podía evitar recordar al hombre maravilloso que la había ocupado hasta que lo mataron y Irons, un burócrata, fue nombrado para reemplazarlo. El capitán Irons no era el capitán Montrose y Heat estaba segura de que ambos eran conscientes de ello.

Para hacer la situación todavía más incómoda, los altos cargos de Departamento de Policía de Nueva York le habían ofrecido a Heat el puesto de Wally Irons después de que aprobara los exámenes de teniente con honores. Pero Heat se había desencantado con lo peor de la política administrativa que rodeó todo el proceso. Le hizo darse cuenta de cuánto echaría de menos las calles, así que no sólo declinó quedarse con el puesto de Wally, sino que también rechazó la condecoración. Sin embargo, el hecho de

que había estado a un pelo de ocupar el otro lado de aquella mesa hacía más que evidente la tácita fricción entre la detective y su superior. Tal y como ella lo veía, Irons era un burócrata superviviente más concentrado en su carrera que en hacer justicia, alguien a quien constantemente tenía que puentear y superar en inteligencia para conseguir hacer su trabajo. Para Irons, Heat era parte del pacto fáustico que había firmado. Era una detective de increíble valía cuyo historial de resolución de casos le daba un aspecto de lo más lucido a las estadísticas que Irons tenía que presentar en la sede central, pero lo cierto es que su competencia también lo dejaba en evidencia. En suma, que Nikki Heat era para Irons un recordatorio diario de todo lo que él mismo no era. Ochoa le había contado hacía poco a Nikki que había oído a Irons susurrarle a la detective Hinesburg en la cocina: «Trabajar con Heat es como tener un equipo de fútbol con dos entrenadores». Nikki le había quitado importancia y le había recordado a Ochoa que no le interesaban los cotilleos. Además, aquello era algo que ya sabía sin necesidad de que se lo contaran. No hacía falta ser un detective genial para darse cuenta de que la situación era absurda. Vamos, que hasta Irons podía darse cuenta.

—Dicen que has hecho todo un descubrimiento esta mañana —dijo Irons, y parecía menos interesado en el descubrimiento en sí que en su red de informadores.

Nikki se limitó a exponerle el caso a grandes rasgos, describiéndolo como un homicidio múltiple que debía ser tratado como prioritario y que, sobre todo, requería de refuerzos desde el principio. El capitán levantó las manos con las palmas hacia ella.

—Eh, un momento, no tan deprisa. Entiendo tu interés personal por asignarle a este caso código rojo, pero esos recursos extra habrá que justificarlos de alguna manera.

—Capitán, conoce las cifras que manejo. Nunca me excedo con las horas extras y...

—¿Cómo que horas extras? —Negó con la cabeza—. ¿Así que no estamos hablando sólo de traer agentes y detectives de otras brigadas, también de horas extras para tu equipo? ¡Madre mía...!

—Sería dinero bien empleado.

—Eso es fácil de decir. No sabes lo que es estar en este puesto. —Se dio cuenta del jardín en el que se estaba metiendo y dio marcha atrás—. Vamos, que para ti es fácil decirlo.

—Capitán, esto es muy gordo. Por primera vez en diez años tengo una pista nueva sobre el asesinato de mi madre. —Nikki había aprendido a nunca dar por sentadas las pocas luces del capitán, así que se lo explicó palabra por palabra—. La maleta robada es un vínculo directo entre los dos casos y estoy convencida de que si puedo encontrar al asesino de esta mujer sin identificar, también encontraré al de mi madre.

La expresión de Irons se suavizó y adoptó una mueca pastosa que quería ser compasiva.

—Mira, ya sé que este caso tiene muchas implicaciones personales para ti.

—Eso no puedo negarlo, señor, pero le aseguro que lo investigaré con el rigor de siempre y con independencia de...

—¡Toc toc! —La detective Hinesburg estaba apoyada en el quicio de la puerta—. ¿Es un mal momento?

El capitán Irons le sonrió radiante y después se volvió de mala gana hacia Nikki, a quien brindó una mirada seria mientras le decía:

—Detective Heat, dejemos esta conversación para más tarde.

—Pero bastaría con un sencillo sí.

Irons rio.

—Tenacidad no le falta, eso desde luego. Pero aún no me ha convencido y ahora mismo tengo a la detective Hinesburg en mi agenda —dijo, e hizo un gesto en su calendario de mesa que zanjó la cuestión.

Al parecer, pensó Heat, ahora Hinesburg se dedicaba a concertar citas formales para su labor de peloteo. Al salir del despacho pasó junto a ella, la detective con peor rendimiento de toda su brigada.

—Reunión en tres minutos, Sharon.

La puerta de cristal se cerró suavemente detrás de ella y escuchó risas ahogadas.

Se guardó la irritación que sentía en el bolsillo. Nikki era demasiado profesional para dejarse succionar por aquellas arenas movedizas y estaba

demasiado centrada en las implicaciones de la pista recién descubierta como para permitir que unos agentes de tres al cuarto la distrajeran de su misión. Raley había terminado de colocar las dos pizarras blancas de gran tamaño en un gran ángulo formando una uve contra la pared de ladrillo blanco y Nikki se puso a trabajar de inmediato, preparando primero la dedicada a la mujer sin identificar. En la esquina superior izquierda pegó fotografías a color de 20 X 25 de la víctima tomadas desde distintos ángulos: un primer plano de la cara, una vista lateral de la cabeza, un plano aéreo del cuerpo en posición fetal dentro de la maleta y otro detallado de la herida de arma blanca. Junto a éstas, colocó fotografías del camión de reparto tomadas desde cinco ángulos: delantero, trasero, laterales y uno aéreo que le había pedido al fotógrafo de la policía científica que sacara desde una escalera de incendios. En Nueva York la gente tenía la costumbre de mirar lo que ocurría en la calle desde sus apartamentos y oficinas. La vista aérea del tráiler del camión, incluidas las explícitas pintadas, muy bien podría haber llamado la atención de algún observador y ayudarles a reconstruir el itinerario del vehículo. Cualquier información de esa clase, por insignificante que fuera, podría aclarar cómo y cuándo llegó la maleta al camión. O quién la metió.

Una salva de aplausos la obligó a girarse. Jameson Rook había entrado en las oficinas por primera vez desde que resultara herido salvándole la vida a Nikki, y la brigada en pleno se puso en pie para felicitarle. La intensidad de los aplausos creció conforme agentes de uniforme, de paisano y detectives de otras brigadas de la comisaría se congregaban en la puerta detrás de Rook y se unían a la ovación. Éste parecía sorprendido y miró a Nikki, claramente conmovido por aquella espontánea bienvenida colectiva. Como si la mañana no hubiera sido ya lo bastante emotiva, Nikki se descubrió a sí misma conmovida ante aquella recepción, pues sabía lo que un gesto así significaba procedente de la fraternidad de policías, que no se distinguen precisamente por sus demostraciones de afecto.

Cuando los aplausos se apagaron, Rook se frotó un ojo, tragó saliva, sonrió a los presentes y dijo:

—¿Así es como recibís a todo el que os trae café? —Durante las risas fue hasta Nikki y le alargó un vaso de papel—. Aquí tienes. Café grande con

leche desnatada y dos toques de vainilla light.

—Perfecto —dijo Nikki y en cuanto hubo pronunciado esa palabra, la cara de Randall Feller apareció detrás de la del detective Ochoa con expresión ofendida.

Rook reparó en el grupo de gente que seguía allí reunida mirándole.

—Supongo que debería decir unas palabras.

—Si no hay más remedio... —dijo el detective Raley provocando nuevas carcajadas.

—Ahora sí que no os libráis. Pero seré breve... —Hizo un gesto hacia las pizarras de Heat—. He oído que hay casos nuevos en los que trabajar y no quiero retrasaros.

—Demasiado tarde —dijo Nikki, pero estaba sonriendo y los dos rieron.

—Supongo que «gracias» es todo lo que tengo que decir. Gracias por las muestras de apoyo, las tarjetas, las flores... Aunque no me habría importado una enfermera picarona.

—Siempre que no tuviera demasiados pelos en la espalda —dijo Ochoa.

Rook continuó:

—Y lo diré por última vez: gracias a los detectives Raley y Ochoa, los Roach. Gracias por dar sangre para mi transfusión aquella noche. Supongo que eso quiere decir que oficialmente...

—... ¡Dais grima! —gritó el detective Rhymer, que se había acercado desde Robos.

—No tienes que agradecerme nada, tío —dijo Ochoa—. ¿Sabes lo que tienes ahora, Rook? Superpoderes. Tienes la sangre de los Roach.

—Úsala con cabeza —añadió Raley.

Nikki carraspeó.

—¿Ya está?

—Ya está —contestó Rook.

Heat adoptó un tono profesional:

—Los de mi brigada, traed las sillas para la reunión.

Conforme los visitantes se marchaban y su gente empezaba a congregarse alrededor de las pizarras, Rook se acercó y la estudió mientras hablaba con voz suave:

—Eh, ¿estás mejor que cuando hablamos por teléfono?

Nikki se encogió de hombros en un gesto ambiguo.

—Sí, bien, se me está pasando el shock. Ahora estoy en modo «investigar a muerte». Lo malo es que Irons ya me está poniendo pegas. Quiere escaquearse de autorizarme horas extra y más hombres.

—Qué paquete de hombre.

—No sé qué hacer para convencerlo. —Nikki cambió de tema—: Oye, gracias por el café. ¿Crees que podrías acercarte a mi apartamento a ver si le ha pasado algo con el terremoto?

—Ya he ido. Daños mínimos. Todo en orden: los cuadros vuelven a estar rectos, la fruta en el frutero y los chirimbolos inútiles por todas partes. También he olido la cocina por si había un escape de gas. Nada. Bueno, menos el ascensor, que no funciona. Subir tres pisos no es moco de pavo, pero yo soy un chicarrón.

Nikki le dio las gracias, pero en lugar de contestar «de nada», Rook acercó una silla.

—¿Qué haces?

—Esperar a que empiece la reunión. —Leyó la objeción en la cara de Nikki y dijo—: Venga ya, ¿no pensarías que iba a venir hasta aquí sólo para traerte un café!

Heat empezó con los detalles. La información básica no hacía falta ponerla en palabras, no con aquel equipo. Todos en la habitación conocían a la detective y su historia, por lo que estaban al tanto. Y, por si eso no bastara, las pizarras paralelas y sus ademanes reconcentrados lo dejaban más que claro. Se encontraban ante el gran caso. El caso de la vida de Nikki Heat.

Todos estaban muy atentos. Nadie interrumpió, nadie hizo bromas. Nadie quería meter la pata con Nikki. Todos compartían un pensamiento: resolver este caso para la detective Heat.

Tras relatar brevemente el descubrimiento de la maleta con la brigada antibombas, Nikki empleó las fotos de la mujer sin identificar como referencia para su descripción detallada de la víctima, su estado de congelación, la ausencia de documentación y efectos personales y su aparente —aunque sin confirmar— muerte por una sola herida de arma blanca en la

espalda ejecutada con profesionalidad. A continuación señaló el conjunto de fotografías del camión.

—El conductor está dispuesto a cooperar en todo, lo mismo que su empleador. Estamos intentando determinar la hora de las distintas entregas para saber cuándo llegó la maleta al camión. Asumimos que lo hizo en algún punto de la ruta de reparto, pero no quiero dar nada por hecho. Nada. Y eso nos lleva a mi primera asignación. Detective Hinesburg.

Nikki la pilló desprevenida cuando ésta se incorporaba con retraso a la reunión recién salida del despacho del capitán.

—¿Qué hay? —dijo mientras buscaba dónde sentarse.

—Quiero una investigación de posibles antecedentes del conductor del camión y de todas las personas del muelle de carga que tuvieran acceso al vehículo antes de que se pusiera en marcha esta mañana. Eso quiere decir cualquiera que lo limpiara, cargara, inspeccionara o que pudiera haber colado dentro una maleta antes de que saliera de allí. —Hinesburg encontró una silla y asintió—. ¿No lo vas a apuntar, Sharon?

—No, no hace falta. —Luego, conforme asimilaba la información, Hinesburg añadió—: Si el conductor fue quien llamó a emergencias, entonces se supone que no es el culpable, ¿verdad? Esto me va a llevar un montón de tiempo, ¿no?

Si los bocadillos con pensamientos que salen en los tebeos fueran visibles en la vida real, el de Heat en ese momento habría sido: «Ya te digo».

Nikki había aprendido que la mejor manera de reducir al mínimo los daños que Sharon Hinesburg podía hacer a un caso era encargarle tareas en las que su pereza e incompetencia resultaran lo más inocuas posible.

—Pero no lo sabremos hasta que no te pongas con ello, detective. —Recorrió la habitación con la vista—. Detective Feller:

—Presente. —Había estado inclinado hacia delante, atento, con los codos apoyados en los muslos de sus pantalones vaqueros. Al oír su nombre se enderezó y preparó el bolígrafo.

—Tú te ocuparás de la ruta de reparto. Con eso me refiero no sólo a comprobar los trabajadores, las *delis* y las tiendas de bebidas donde estuvo el camión. También si paró a poner gasolina y dónde. ¿Dejó en algún momento

el conductor del camión solo para ir al lavabo? ¿Tiene una aventurilla por ahí y aparca de vez en cuando para echar un quiqui? ¿Se está agenciando comida del reparto o dejando la puerta trasera del camión abierta al pasar por delante de la casa de su tío para ver si se cae alguna caja de calamares? Ya sabes a qué me refiero.

—Me pongo con ello.

—Tendrás que coordinarte con Raley. En su calidad de rey de las cámaras de vigilancia, va a localizar todas las que haya en la ruta de reparto. Y otra cosa, Raley. —El detective levantó la barbilla, completamente atento—. Por supuesto, queremos imágenes de la maleta y de la persona o personas que la pusieron en el camión, pero también hay que repasar las grabaciones en busca de testigos oculares. Peatones, quiosqueros, ya sabes a lo que me refiero.

—Cualquiera que viera el camión o lo que ocurría a su alrededor, todos los sitios en los que estuvo —contestó el detective Raley haciendo que la tarea sonara inmensa y al mismo tiempo factible.

—Detective Ochoa, tú te ocuparás de las huellas en cuanto tengamos alguna. También ponte en contacto con el Centro de Crímenes en Tiempo Real. A ver si su base de datos nos da algo sobre llamadas denunciando alteración del orden o mujeres gritando, aunque las hayan clasificado como disputas domésticas.

—¿Franja horaria? —preguntó Ochoa.

—No podremos saber la hora del crimen hasta que la policía científica se haya puesto a trabajar una vez el cadáver se haya descongelado, así que quedémonos de momento con las últimas cuarenta y ocho horas y después lo ampliaremos, si hace falta.

Después de haber apuntado todo lo dicho en la pizarra, Feller preguntó:

—¿Crees que podría ser un asesino en serie? Porque igual puedo meter el modus operandi en la base de datos y ver qué información nos da en cuanto a excarcelaciones y cosas así.

—Buena idea, Randy. Hazlo.

—¿Y qué pasa si es una coincidencia? —preguntó Sharon Hinesburg.

Los otros detectives se revolvieron en sus asientos y Ochoa incluso se tapó la cara con las manos.

—Me parece que ya sabes lo que opino yo de las coincidencias, Sharon —dijo Nikki.

—Pero existen, ¿no?

—Venga ya —dijo Feller, incapaz de disimular su desprecio—. ¿Un mismo asesino con idéntico modus operandi que mete a su cadáver en una maleta que resulta ser la de una víctima anterior? Si esas coincidencias existen, voy a comprarme ahora mismo un billete de lotería.

Cuando las risas despectivas se acallaron, Heat dijo:

—Os voy a decir una cosa. Para estar seguros, vamos a comprobar en eBay y en las tiendas de segunda mano a ver si encontramos alguna pista de la maleta. —Y a continuación, para demostrar hasta qué punto le parecía una pista digna de seguirse, dijo—: Sharon, ocúpate tú también de ello.

A continuación posó la vista en una fotografía que tenía sobre la mesa y la efervescente energía que se había apoderado de ella desde su descubrimiento en la avenida Columbus decayó un tanto. Se enderezó, forzándose a sí misma a sobreponerse y sostuvo la instantánea para que todos la vieran.

—Esto... —dijo y tuvo que callarse por miedo a que la voz se le quebrara. Algo se movía en su visión periférica; era Rook, juntando las manos delante de él y apretándolas en un gesto de fuerza. Aquella seña pequeña y secreta animó a Nikki, quien agradeció por no haberlo echado de allí a patadas, después de todo. Recuperada la compostura, siguió hablando —: Es un primer plano de la parte de abajo de la maleta. Lo pegó en la esquina superior derecha de la pizarra de la mujer sin identificar. En la habitación silenciosa resonó el crujido del cuero de los cinturones reglamentarios mientras todos se inclinaban hacia delante para mirar. El flash aclaraba el color de la maleta, que pasaba de azul grisáceo a azul cielo. En el centro del plano aparecían dos iniciales grabadas de forma rudimentaria: «N H».

Mientras la brigada asimilaba en silencio las asombrosas implicaciones de aquello, a saber, que la niña pequeña cuya mano había grabado su nombre en la maleta estaba ahora de pie ante ellos, la mano adulta pegó un duplicado de la foto con las iniciales en la segunda pizarra.

—Aquí está la relación —dijo la detective Heat haciendo acopio de frialdad y autocontrol para combatir el torbellino de sentimientos que la invadía—. La pista nos conduce hasta el homicidio sin resolver de Cynthia Trope Heat hace diez años. —Trazó un arco invisible dos veces entre las fotografías de las iniciales de las dos pizarras—. Éste nuevo caso va a ayudarnos a resolver el antiguo.

—Y viceversa —dijeron Raley y Ochoa al unísono.

—Desde luego —dijo Nikki.

Mientras el grupo se disolvía y cada uno se disponía a trabajar en las tareas encomendadas, el detective Feller se abrió paso hasta Heat.

—Vamos a arrasar con este caso —dijo—. Para mí tiene prioridad total.

—Gracias, Randy. Muchas gracias.

Feller se quedó esperando como si quisiera añadir algo y Nikki leyó una vez más en su cara sus sentimientos no confesados hacia ella. Los había visto desde el día en que sus caminos se habían cruzado el otoño pasado, cuando el taxi que conducía de incógnito había sido el primero en responder a su llamada de auxilio. Desde entonces, aquel agente rudo y de maneras bruscas se transformaba en un chiquillo tímido el día de su baile de graduación cada vez que estaba a solas con ella.

—Escucha, me preguntaba si no has asignado a nadie para que sea tu pareja... —Dejó la frase sin terminar, poniendo a Nikki en un aprieto.

Entonces intervino Rook:

—De hecho, había pensado que la detective Heat y yo podíamos trabajar juntos en este caso.

Feller miró a Rook de arriba abajo, como si acabara de saltar de un camión del circo.

—No me digas. —Y se volvió hacia Nikki—: Creo que un detective veterano sería más útil que... un escritor como acompañante. Pero, vamos, que igual son sólo impresiones mías.

—¿Te refieres al escritor que le salvó la vida?

Nikki dijo:

—Hum. Vale, una cosa, chicos...

—Me refiero al detective veterano que recibió un disparo por salvarle la

vida —dijo Feller enderezando sus anchas espaldas y dando un paso hacia Rook.

—Ya sé cómo arreglar esto —dijo Rook—. A la de tres.

—¡Venga ya! No os lo vais a jugar a piedra, papel, tijera —dijo Nikki.

Rook se inclinó hacia ella y susurró:

—No te preocupes. Conozco el prototipo. Estos machitos siempre sacan piedra. —Y antes de que pudiera decir nada más contó—: Una, dos, tres. —Y sacó la mano plana: papel, que se encontró con las tijeras de Feller.

El detective rio:

—Ja, ja. Un placer jugar contigo, Rook.

—Siento interrumpir esta exhibición de orgullo masculino —dijo Heat—, pero, Randy, tengo planes para ti en los que serás más útil que duplicando esfuerzos conmigo. Y en cuanto a ti, Rook, no te lo tomes a mal, pero éste no es un caso en el que me apetezca estar tropezándome contigo cada vez que me doy la vuelta.

—¿Y por qué iba a tomarme a mal algo así?

Entonces apareció el capitán Irons a su espalda.

—Señor Jameson Rook, bienvenido a la dos cero. —El rostro carnoso del capitán esbozó una sonrisa de funcionario de la Cámara de Comercio. Empujó a un lado a Feller al alargar la mano para estrechar la de Rook en un apretón sudoroso mientras le daba una palmadita en el hombro—. ¿A qué debemos este honor? ¿Un nuevo reportaje, quizá?

Los intentos mal disimulados del capitán de la comisaría por autopromocionarse siempre resultaban bochornosos, aunque aparentemente no para él. Wally Irons, quien en una ocasión había tirado al suelo a una niña pequeña recién rescatada de un secuestro de tanta prisa como tenía por ponerse delante de las cámaras de televisión, carecía del gen del ridículo cuando tocaba hacer la rosca a la prensa. Pero Jameson Rook llevaba toda su carrera de escritor tratando con tipos como él y no movió una pestaña. De hecho aprovechó la oportunidad que se le presentaba.

—Bueno —dijo—, eso depende. ¿Cree usted que de aquí podría salir una buena historia, capitán?

—Rook... —advirtió Heat.

—Más claro, agua —sonrió Irons—. Para mí que este nuevo descubrimiento está pidiendo a gritos una segunda parte del artículo que ya escribí sobre la detective Heat. —Nikki intentó captar la atención de Rook, taladrándolo con la mirada y negando con la cabeza. Rook sabía cuánto había odiado ella el interés que su artículo de portada en *First Press* había despertado, pero hizo como que no la veía.

—¿Una segunda parte? —preguntó, como si la idea le sorprendiera.

Irons dijo:

—Me parece que salta a la vista.

—Pues usted es el experto —dijo Rook y las «gracias» que el capitán se apresuró a articular fueron la prueba de que la ironía se le había subido a la cabeza—. Podría tener interés. Yo no soy editor, así que no me hagáis mucho caso, pero me gusta la idea. —Se frotó la barbilla y añadió—: Supongo que tendría que ser una narración directa de los hechos, capitán, y no un mero refrito.

—Por supuesto.

—Lo que quiero decir es que ya sé que la detective Heat ahora está muy ocupada, lo mismo que su brigada. Pero me resultaría más fácil venderle la historia al editor cuanto más gorda sea. Supongo que en su calidad de responsable, ya habrá reclutado todas las fuerzas a su disposición. —Se resistió a guiñarle un ojo a Nikki mientras seguía hablando—. Me refiero a aprobar horas extra y..., no sé..., traer más hombres de otras brigadas y comisarías.

Una sombra nubló la expresión de Irons.

—Hemos hablado de ello.

—Esa historia desde luego vendería. Un capitán de comisaría que se enfrenta a la burocracia para reunir los recursos necesarios para sus detectives. Un jefe capaz de resolver de un solo golpe un caso nuevo y otro antiguo —rió—. Eso es un titular seguro.

El capitán asintió igual que un muñeco cabezón y se volvió hacia Nikki:

—Heat, adelante con los refuerzos de los que hemos hablado antes.

—Gracias, señor. —Nikki le regaló media sonrisa a Rook.

—Otra cosa que se me ha ocurrido, capitán Irons.

—¿Sí?

—Ahora que estoy cien por cien recuperado, quizá no sería mala idea repetir lo que hicimos para el primer reportaje e ir de compañero con la detective Heat. Es una manera estupenda de seguir el caso y además me ayudaría a documentar los frutos de su liderazgo a pie de calle, de manera que si al final sale un artículo de todo esto, ya estaría trabajando sobre el terreno.

—Hecho —dijo Irons. Feller sacudió la cabeza y se alejó—. Heat, parece que el dúo dinámico cabalga de nuevo —dijo el capitán mientras se disponía a volver a su despacho.

—¿Puedo hacer algo más por usted, detective? —preguntó Rook.

—Sólo quiero que conste en acta que, después de este alarde manipulador, ya sé que eres un ser retorcido en el que no se puede confiar. Nunca.

Rook se limitó a sonreír.

—De nada.

3

Rook desapareció detrás de la mesa desvencijada donde solía instalarse en sus días de acompañante de la brigada arrastrando con él la misma silla huérfana con la rueda chungu que siempre le tocaba. Heat se fue directamente a su ordenador para asegurarse los refuerzos antes de que el capitán Irons se diera cuenta de que le habían llevado al huerto. Como equipo, Malcolm y Reynolds —también de la división antirrobo— eran casi tan formidables como los Roach. Nikki había oído que el dúo ya había sido prestado a Vigilancia y Detención para trabajar como infiltrados, pero aun así envió un correo electrónico a su capitán pidiendo que le fueran asignados y dejando entrever que se trataba de un favor personal.

Randall Feller volvió a la mesa de Heat sin dar muestra alguna de estar molesto porque Rook le hubiera pasado por encima unos minutos antes. El detective, como todas las personas en aquella sala, tenía la cabeza puesta en la investigación. Le dio la fotocopia que había hecho de la ruta del conductor del camión de reparto para que la examinara.

—Voy a darme una vuelta con esto y a hacer unas cuantas preguntas antes de que cambien los turnos y la gente empiece a perder la memoria. Para que lo sepas, voy a separar a Raley de su pareja de hecho y obligarle a que venga conmigo para que eche un ojo a las cámaras de seguridad.

—Ochoa lo entenderá; es sólo un día y su relación es demasiado sólida para resentirse por algo así —le dijo Heat sarcástica a modo de despedida.

Una de las auxiliares administrativas gritó desde el otro lado de la oficina que Lauren Parry, del Departamento Forense, estaba al teléfono. Heat descolgó su aparato antes de que le diera tiempo a terminar la frase.

—En tu email me decías que te diera la brasa en cualquier momento — dijo la forense.

—Tú nunca das la brasa, Lauren. Sobre todo si tienes buenas noticias.

—Las tengo.

—¿Has identificado a la mujer?

—Todavía no.

—Entonces no son buenas noticias, amiga. —Heat hablaba con cierta despreocupación, pero la realidad no habría podido ser más distinta.

—¿Qué me dirías si te cuento que he empezado a conseguir algo de flexibilidad en la articulaciones?

Heat cogió un bolígrafo y se sentó delante de su mesa.

—Esto ya son mejores noticias, Lauren. Cuéntame.

—En primer lugar, eso quiere decir que la mujer no está congelada del todo. —La detective se imaginó un pavo de Acción de Gracias recién salido del congelador duro como una piedra, pero enseguida ahuyentó semejante pensamiento—. Esto nos puede ser de muchísima ayuda, Nikki. La he colocado delante de varios ventiladores giratorios para conseguir que alcance poco a poco la temperatura ambiente sin destruir tejidos, y la movilidad de las articulaciones indica que pronto podremos examinar algunos.

—¿Pronto?, ¿cuándo?

—Esta tarde. —Y la forense añadió—: Pero aparte de eso, su estado de semicongelación nos dice que no la metieron en la cámara a medianoche. Todas esas horas dentro de un contenedor aislado a una temperatura bajo cero la habrían solidificado, así que (al menos por el momento) podemos manejar la hipótesis de que la subieron en algún punto de la ruta después de que el camión saliera de su origen a primera hora de la mañana. —Heat consideró retirar a la detective Hinesburg de la tarea que tenía encomendada en el muelle de carga y después la rechazó. Mejor dejar que Sharon jugara un rato a la peonza a que se dedicara a hacer estropicios en otra parte—. También significa que hay una posibilidad de que pueda darte una aproximación más precisa de la hora de la muerte, ya que a lo mejor no ha habido ruptura de paredes celulares por efecto de los cristales de hielo. Si tenemos suerte, podré obtener una estimación de la melatonina a partir de muestras de la glándula

pineal y de la orina para darte una hora de la muerte aproximada.

La detective Heat había participado en suficientes autopsias como para asimilar toda la jerga y hacer las preguntas adecuadas.

—¿Indicios de hipotermia?

—No.

—¿Entonces podemos suponer que ya estaba muerta cuando la expusieron a bajas temperaturas?

—Yo diría que sí —dijo la doctora Parry—. Y una cosa más. Es probable que pronto los dedos estén lo bastante flexibles como para sacar huellas dactilares, pero no quiero precipitarme y arriesgarme a romper tejidos.

—Entonces ¿cuándo?

—Esta chica siempre con prisas.

—¿Cuándo?

—Antes de una hora, eso desde luego.

—Oye, Lauren.

—Dime.

—Esto son buenas noticias —dijo Nikki—. Te agradezco que me des la brasa.

Rook se acercó a ella después de que colgara y dijo:

—Supongo que sabes que si no estuviéramos en tu lugar de trabajo te daría un apretón de hombros, un abrazo o las dos cosas.

—Gracias por no hacerlo.

—En serio, eres mi heroína. Ni siquiera sé cómo eres capaz de soportarlo.

—No lo hagas —dijo Nikki—. Por favor, aquí no.

—Fin de la conversación. —Rook levantó ambas manos dando a entender que se rendía. Conocía a Nikki lo bastante bien como para saber que, a pesar de todas las emociones que ahora mismo debía de estar sintiendo, venía equipada de fábrica con una coraza protectora. Sus sentimientos eran profundos e intensos y dedicaba un gran esfuerzo a guardarlos en compartimentos estancos. Jameson Rook había obtenido de forma inesperada la llave de algunos de esos compartimentos y sabiamente decidió dejar el tema. Cambió de tercio y se puso a pasear la vista por la sala, que bullía de actividad como nunca antes.

—Parece que se te da bien lo de capataz, detective Heat. ¿O es capataza? Últimamente no me aclaro con esas cosas.

—Bueno, por algo hay que empezar.

—¿Y qué planes tienes?

—¿Yo? Seguir jaleando al rebaño. Suplicar, pedir prestados y robar unos cuantos agentes para salir por ahí a mostrar la fotografía de la mujer desconocida en cuanto tengamos alguna pista de por dónde podemos empezar a enseñarla. Igual me paso por la calle 30 para ver la autopsia, cuando se descongele.

—Creo que tú y yo tenemos algo más importante que hacer.

Nikki le dedicó aquella mirada desconfiada con ojos entrecerrados que ya le resultaba familiar.

—¿Por qué será que eso no me suena bien?

—Me encanta —dijo—. Siempre reaccionas igual al principio. Hasta que te das cuenta de que tengo razón.

Fue hasta las pizarras y, tras vacilar un instante, Nikki se rindió y le siguió. Cuando llegó allí Rook se situó frente a las dos pizarras y colocó las manos imitando una balanza.

—¿Es impresión mía o aquí hay algo que está ligeramente desequilibrado?

—En primer lugar, diez puntos por hablar tan fino.

—Ya sabes, armas de escritor —dijo Rook.

—Y en segundo, sí, he centrado mi exposición en el asesinato nuevo. Los detalles del asesinato de mi madre son demasiados para que quepan en una pizarra. —Se dio un golpecito en la sien—. Pero créeme, está todo aquí.

—Por eso precisamente —dijo imitando su gesto con un golpecito en la pizarra casi en blanco— tenemos que concentrar los esfuerzos aquí.

—Rook, ya lo he hecho. Llevo casi diez años haciéndolo.

—Conmigo no.

—Pero no puedo desatender el caso nuevo.

—Venga ya. Lo has dicho tú misma. Si se resuelve uno, se resuelve el otro también. —Hizo un gesto abarcando la ajetreada comisaría—. Ya has puesto en marcha una de las dos investigaciones. ¿Qué pierdes repasando el

caso abierto con tu experiencia y mis ojos nuevos?

—Pero eso significa retroceder en el tiempo. Diez años.

Rook sonrió y asintió.

—Con el permiso de Prince, nos vamos a 1999.

—Prince te dará permiso, pero yo no. —Rook se mantuvo firme defendiendo la lógica de su idea y dejando que el silencio insolente y el batir de pestañas hicieran su efecto. Por fin, Heat dijo—: No tenemos tiempo de repasar todo el caso.

—¿Qué tal si empezamos por hablar con el detective que lo llevó?

—Está retirado —dijo, y la prisa que se dio en contestar dejaba claro no sólo que estaba al día de los detalles del caso, sino también que no se trataba de una empresa fácil—. ¿Quién sabe dónde estará ahora?

—Ahora mismo no lo sé, pero a mediodía Carter Damon, agente retirado del cuerpo de policía de Nueva York, estará en P. J. Clarke's en la calle 63 Oeste comiendo con nosotros.

—Rook, no tienes arreglo.

—Lo sé. Hubo un tiempo en que intenté tenerlo. Me duró un verano antes de la pubertad. Tener arreglo resultaba bastante aburrido. No tenerlo en cambio es mucho más divertido y me servía para ligar. Lo que también es divertido. —Consultó su reloj—. Vaya, las doce menos cuarto. ¿Cogemos el metro o conduces tú?

Rook no dijo gran cosa durante el corto paseo hasta la estación de metro de la calle 79. Caminó a paso ligero para evitar que Nikki pudiera cambiar de opinión y decidiera quedarse en la comisaría investigando las nuevas pistas en lugar de viajar en el tiempo con él. De pie en el pasillo del vagón, mientras realizaban el recorrido de dos paradas, ésta le preguntó:

—¿Sabías el nombre del investigador principal y dónde encontrarlo?

—Digamos que durante mi convalecencia necesitaba un pasatiempo. Un hombre no puede vivir solo de telenovelas latinoamericanas.

Las puertas se abrieron y Nikki le siguió hasta el andén. La estación de la calle 66 Oeste siempre estaba concurrida a la hora del almuerzo, pero los daños producidos por el terremoto hacían que la multitud fuera especialmente densa aquel día. Los ingenieros de la MTA, la empresa municipal de

transportes, habían dado el visto bueno a las vías y a las estructuras subterráneas, pero faltaba reparar los daños superficiales y los andenes estaban reducidos a la mitad de su superficie con un precinto para evitar que los viajeros pisaran los azulejos que se habían desprendido de las paredes. Muchas de las estaciones de metro de la ciudad contaban con instalaciones de arte públicas inspiradas en el vecindario en que se encontraban y ésta, que correspondía al Lincoln Center de Artes Escénicas, tenía un impresionante mosaico que ocupaba toda la pared de la estación. Pedazos enteros de la obra de arte habían resultado fracturados en el temblor y fragmentos de cristal con guerreros disfrazados, cantantes de ópera y gimnastas realizando piruetas yacían por el suelo. El ascensor que llevaba a la calle también estaba fuera de servicio y Heat y Rook se encontraron bloqueados por una mujer mayor que se esforzaba por subir las escaleras con su andador. Se presentaron por sus nombres de pila y cada uno le ofreció un brazo a Sylvia para que pudiera subir los cinco escalones restantes. Un extraño que iba detrás de ellos, un pandillero del Bronx con aspecto de tipo duro y el cuello y los brazos cubiertos de temibles dibujos tatuados, le tocó a Heat en el hombro y a continuación se ofreció a llevar el andador de la anciana. Bienvenidos a Nueva York en situaciones de emergencia.

Una vez en la calle, Sylvia los dejó para dirigirse a Barnes & Noble salmodiando sus gracias a Heat, Rook y al pandillero, quien silenciosamente había emprendido camino en dirección contraria, hacia la escuela de música Julliard. Nikki reparó en que llevaba una caja de clarinete al hombro.

Cuando atravesaban Dante Park a la altura en que Broadway se cruza con Columbus, un pequeño grupo de manifestantes congregados junto a la *Timesculpture* de Philip Johnson les gritaron oscuras profecías inspiradas por el terremoto. Uno de ellos agitó un letrero casero delante de Nikki cuando ésta pasó a su lado. Decía: «¡El fin está cerca!». Después de cruzar la calle hacia el restaurante, se detuvo, volvió la vista hacia el letrero y pensó que ojalá fuera así. Después Rook la tomó del hombro y la escoltó de vuelta a la realidad.

El restaurante P. J. Clarke's en Lincoln Square sólo llevaba abierto dos años, pero ya tenía atmósfera de local típicamente neoyorquino, el tipo de

sitio donde tomar una excelente hamburguesa y una cerveza o pedir algo de verdad fresco del bar de ensaladas sin tener que ir luego a urgencias del hospital. El restaurante original, inaugurado en el East Side más de un siglo atrás, era el que frecuentaban Don Draper y sus colegas de *Mad Men*, y lo mismo hicieron en la vida real famosos como Frank Sinatra, Jackie Onassis y Buddy Holly, quien le propuso matrimonio a su mujer allí en su primera cita. Cuando Nikki siguió a Rook por el desgastado suelo de madera hasta su mesa, sólo identificó una cara conocida. No era un famoso, pero las rodillas le temblaron.

Era posible que Carter Damon estuviera retirado, pero las costumbres de un policía son de hondo arraigo y estaba sentado de espaldas a la pared, de forma que podía inspeccionar todo el local mientras disfrutaba de su Bloody Mary. Se levantó para estrechar la mano a los dos, pero mantuvo la vista fija en Nikki en todo momento. Ésta vio algo roto en aquella mirada, algo que, para ella, se traducía en tristeza, incomodidad o, quizá, vodka. O las tres cosas.

—Has crecido —dijo Damon mientras todos tomaban asiento—. Yo en cambio sólo me he hecho mayor.

Era cierto, había más sal que pimienta en su corte a cepillo y en su bigote de policía, y bajo sus ojos empezaban a sobresalir bolsas, pero a sus cincuenta años Damon seguía teniendo el cuerpo delgado de un tipo que se mantiene en forma. Encajaba a la perfección en la imagen que Nikki conservaba congelada en su cabeza de la primera vez que lo vio en la peor noche de su vida.

«Lo siento mucho» habían sido sus primeras palabras. Nikki, que entonces tenía diecinueve años, había levantado la vista hacia la cabeza flotante desde la silla del cuarto de estar donde estaba sentada, junto al piano. Ni siquiera le había oído acercarse. Perdida en una neblina, se había quedado paralizada por la visión de la sangre de su madre, todavía fresca, pero fría en la pernera de sus pantalones vaqueros, de cuando había acunado su cadáver en el suelo de la cocina hasta que los paramédicos y la mujer policía la convencieron de que se apartara. Mientras el detective Damon se presentaba, los flashes de las cámaras de fotografía procedentes de la cocina emitían

fogonazos a su espalda y hacían parpadear a Nikki. Cuando le dijo que iba a ser el detective encargado de investigar el crimen, la palabra decisiva, *crimen*, vino subrayada, como si fuera una cadena de relámpagos, por un doble fogonazo que la sobresaltó, obligándola a apartar la vista y situándola en un estado de alerta, de extrema lucidez, que le permitió registrar cada detalle, cada minuto, como en una grabación digital. Había reparado en la placa dorada sujeta al bolsillo de la pechera de su chaqueta de sport. Pero en lugar de una camisa, debajo llevaba un camiseta vieja y manchada de los Jets con el cuello raído, como si hubiera tenido que salir de casa a toda prisa, su cena de Acción de Gracias echada a perder por una llamada de teléfono para que acudiera a un aviso en un apartamento de Gramercy Park en el Distrito 13. Aviso a todas las unidades. Posible homicidio. Sospechoso o sospechosos huidos antes de encontrarse el cuerpo.

Cuando todo ocurrió Nikki se encontraba a dos manzanas, en el pasillo de las especias del supermercado Morton Williams. Visto ahora se le antojaba algo de lo más trivial, banal, estar allí pasando el dedo por los frascos ordenados alfabéticamente preocupada sólo por encontrar la canela en rama —en rama, no molida— mientras su madre exhalaba su último suspiro. Feliz de haberla encontrado por fin, la había llamado por el teléfono móvil para entonar el canto de la victoria y preguntarle si necesitaba alguna cosa más. Después de seis tonos había saltado el contestador: «Hola, soy Cynthia Heat. En este momento no puedo...». Y a continuación el chasquido de su madre descolgando el teléfono. Estaba amasando los pasteles para la cena y había tenido que limpiarse la mantequilla de las manos antes de contestar. Y, como de costumbre, no sabía apagar el contestador sin desconectarlo, así que lo dejó funcionando, grabándolo todo mientras Nikki escuchaba.

—Igual necesito leche condensada. Tengo una lata abierta en la nevera, déjame ver cuánto queda.

Luego, ruido de cristales seguido de los gritos de su madre. Nikki la había llamado lo bastante alto como para que la gente del supermercado se volviera a mirarla. Su madre no le había contestado, tan sólo había vuelto a gritar y después el teléfono se había caído, estrellado contra el suelo. Para entonces Nikki había salido disparada del supermercado, abriendo las puertas con

todas sus fuerzas, esquivando coches en Park Avenue South, llamando a su madre, suplicándole que le dijera algo. De fondo escuchó la voz ahogada de un hombre y una breve refriega. Después a su madre gemir y su cuerpo desplomándose junto al teléfono, seguido del ruido metálico de un cuchillo también cayendo al suelo. A continuación oyó un ruido de succión conforme se abría la puerta de la nevera. Las botellas de vino, puestas a enfriar en la puerta para la fiesta de Acción de Gracias, habían tintineado. Después había oído el chasquido y el silbido de una lata de refresco al abrirse. Una pausa y después pasos alejándose seguidos de silencio. Todavía le faltaba una manzana por recorrer cuando escuchó el débil gemido de su madre y su última palabra: «Nikki...».

—Gracias por acceder a vernos tan pronto —dijo Rook.

—¿Estás de broma? Cualquier cosa que pueda hacer... —Miró de nuevo a Nikki—. Aunque tengo que admitir que esto es duro para mí. —Dio otro trago de su cóctel mientras la miraba por encima del borde del vaso. Nikki se preguntó si Carter no estaría probando el sabor del fracaso.

—Para mí también —dijo.

Damon dejó el vaso.

—Seguro que para ti es diez veces peor, pero, ahora que eres policía, sabrás que este tipo de cosas no se te van de la cabeza. Los casos que no llegaste a resolver no te dejan dormir.

Nikki le dedicó la mejor sonrisa que fue capaz de esbozar.

—Es verdad —dijo permitiendo que lo neutro de su respuesta fuera un reconocimiento cortés a la preocupación de un colega por la justicia, pero sin llegar a perdonarle por haber dejado su trabajo sin terminar.

Su reacción surtió efecto. Damon palideció y dirigió su atención a Rook:

—¿Queríais verme por un reportaje? ¿Vas a escribir sobre este caso? Porque me parece que ya lo cubriste en el que publicaste hace un par de meses.

Ya estaban otra vez. Cómo odiaba Nikki aquel artículo. Aunque la retrataba muy favorablemente, como una de las mejores investigadoras de homicidios de la ciudad, «la ola de crímenes se topa con la ola de calor», el artículo de Rook para una de las revistas más importantes del país, le había

proporcionado a Heat quince minutos de fama que daría cualquier cosa por borrar de su vida. Damon debió de reparar en la expresión desdeñosa en su cara y se puso de su parte.

—Aunque no es que haya gran cosa que añadir.

—En realidad sí —dijo Rook.

Los hombros del ex policía se enderezaron e irguió un poco la cabeza mientras sopesaba la credibilidad que debía conceder al escritor. Era demasiado experimentado, demasiado desconfiado como para creerse todo lo que dice un periodista. Pero cuando vio que la detective Heat asentía, dijo:

—Venga ya. ¿En serio? —Sonrió para sí—. Bueno, ya sabéis lo que dicen: nunca hay que tirar la toalla, darse por vencido...

Las palabras de Carter Damon le sonaban huecas a Nikki, porque tirar la toalla y darse por vencido era precisamente lo que él había hecho; pero no estaban allí para repartir culpas. La estrategia de Rook de repasar la historia con ojos nuevos le parecía digna de ser tenida en cuenta. Así que puso al día al ex detective con las nuevas pistas encontradas aquella mañana, la mujer desconocida apuñalada y encontrada en la maleta de su madre. Éste atendió a cada detalle, asintiendo con todo el cuerpo. Cuando hubo terminado, dijo:

—Me acuerdo de haber anotado el robo de la maleta en el informe. —Hizo una pausa mientras el camarero tomaba nota de las bebidas. Nikki pidió una botella de Pellegrino y Rook, una Coca-Cola light. Damon deslizó su Bloody Mary sin terminar por el mantel de cuadros blancos y rojos y dijo—: Café solo. —En cuanto el camarero se hubo alejado, inclinó la cabeza hacia atrás hasta quedarse mirando al techo y recitó de memoria—: «Maleta marca American Tourister tamaño grande, modelo de finales de los setenta. Rígida, gris azulada con asa extraíble de cromo y dos ruedas». —Se dirigió a Rook, pues suponía que Nikki conocía el resto de la información—: Supusimos que la usaron para transportar el botín.

Rook preguntó:

—¿Así quedó la cosa? ¿Como robo con homicidio?

Damon se encogió de hombros.

—Era lo único que tenía sentido. —Pero cuando Rook le quitó la banda elástica a su Moleskine negra para tomar notas, el ex detective se puso tenso

y dijo—: Esto no es para un artículo, ¿verdad? —Cuando ambos negaron con la cabeza, carraspeó, sin duda aliviado al saber que no iba a aparecer en la prensa como el policía incapaz de resolver un caso—. El hecho es que hubo un robo.

—¿Cuándo? —preguntó Rook—. Nikki llegó al apartamento unos minutos después del asesinato.

—Quienquiera que perpetrara el robo, lo hizo antes. Se produjo en la parte de atrás del apartamento, en el dormitorio principal y en el segundo dormitorio, usado como oficina. Incluso pudo cometerse mientras las dos mujeres estaban en la cocina. Tenían la batidora y la televisión encendidas, estaban distraídas hablando, qué sé yo. Pero yo personalmente creo que fue durante el lapso de tiempo, bastante largo, en que ella estuvo fuera, cuando se fue al supermercado.

Rook se volvió hacia Nikki, era la primera vez que oía aquello.

—Estuve dando un paseo. —Se le tensaron los músculos del cuello—. Nada más. Hacía muy buena noche. No hacía nada de frío para esa época del año, así que estuve caminando una media hora. —Cruzó los brazos y se colocó de perfil, dando el tema por zanjado.

—¿Qué se llevaron?

—Está todo en el informe —dijo Damon—. Ella tiene una copia.

—Pero más o menos —dijo Rook.

—Pues algunas joyas y objetos de decoración, ya sabes, antigüedades de oro y plata. Dinero en metálico. Y también dieron un buen repaso a la mesa y a las carpetas.

Rook preguntó:

—¿Y eso es normal? ¿Robar joyas, oro y documentos?

—Es distinto, pero no insólito. Podría haberse tratado de un ladrón de identidad a la busca de papeles, pasaportes, cosas por el estilo. O, simplemente, de un aficionado que arrambló con lo primero que encontró. —Interceptó la mirada escéptica de Rook a Nikki y dijo—: Oye, tuvimos que descartar todo lo demás.

—Cuéntame —dijo Rook.

Carter Damon le dijo a Nikki:

—Tú todo esto ya lo tienes.

Al ex detective no le faltaba razón, pero el valor de aquella información empezaba y terminaba con Rook escuchándola de boca del investigador oficial del caso, no de su novia, que fue víctima del mismo.

—Es nuevo —dijo Nikki—. Dale el gusto.

Llegaron las bebidas, pero no quisieron pedir aún nada de comer. Damon sopló su café, dio un sorbo y empezó a contar con los dedos.

—Uno, descartamos a Nikki. Era evidente que no estaba en el lugar del crimen, teníamos su coartada en el contestador automático y en la grabación de la cámara de seguridad del supermercado, así que fin de la historia. Dos, no hubo agresión sexual.

—Pero eso no quiere decir que no pudiera ser el móvil, aunque no llegara a cometerse, ¿no? —apuntó Rook.

El ex poli hizo una mueca y movió la cabeza a ambos lados.

—No me convence. No quiero decir que no se produzcan robos con agresión sexual, porque sí se producen. Pero en un margen de tiempo tan pequeño como éste (y estoy dando por hecho que todo pasó en la media hora en que ella estuvo dando el paseo) la experiencia me dice que es o lo uno o lo otro. Creo que la señora Heat descubrió al ladrón y eso fue todo.

—Tres —dijo Rook, esperando.

—Tres, descartamos al padre. Un asunto delicado, pero los maridos siempre están los primeros de la lista, sobre todo cuando son ex maridos. El divorcio de los Heat había sido reciente pero, a todos los efectos, amistoso. Y, para facilitar aún más las cosas, Jeffrey Heat tenía coartada. Estaba de vacaciones jugando al golf en las Bermudas, donde las autoridades locales le comunicaron lo sucedido. —Rook miró de reojo a Nikki, quien permanecía estoica de perfil, igual que antes. Al menos hasta que Damon le preguntó—: ¿Qué tal está tu padre? —Entonces una cuerda invisible tensó los músculos de su cara—. ¿Estáis en contacto?

—¿Qué tal si nos damos un poco de prisa? —dijo Heat—. Tengo que volver a la comisaría.

—Lo siento, ¿he tocado un tema delicado? —Nikki no contestó, así que Dalton sacó otro dedo y siguió hablando con Rook—. Cuatro, su madre no

había empezado todavía a salir con otros hombres, así que no había pretendientes que investigar. —Nikki emitió un suspiro de impaciencia y dio un largo trago de agua mineral—. Problemas en el trabajo —señaló con el dedo meñique—, nada de nada. Cynthia Heat era profesora de piano y todos sus alumnos estaban encantados con ella. Excepto quizá un par de niños de once años que odiaban hacer escalas. —Empezó a contar de nuevo con el dedo índice—. ¿Enemigos? A ese respecto, la respuesta era: ninguno, en principio. En el edificio no había disputas entre vecinos y tampoco tenía ningún litigio pendiente.

Nikki intervino, interrogándole por vez primera:

—¿Conseguisteis averiguar algo de aquel Cherokee azul con el raspón que se saltó el límite de velocidad al final de nuestra calle aquella noche?

—Hum. No, di el aviso, pero ya sabes cómo son estas cosas. Nunca me llegó nada. Era dar palos de ciego, sin tener la matrícula ni nada en una ciudad tan grande como ésta.

Entonces Nikki le preguntó:

—¿Te importa decirme cuándo fue la última vez que hablaste con los del archivo policial para ver si alguna de las joyas o de las antigüedades había sido vendida o empeñada?

—Oye, que yo llevo tres años jubilado. —Una familia sentada en la mesa contigua se volvió a mirarlos. Damon bajó la voz—: Mira, hicimos todo lo que pudimos. Yo me esforcé al máximo, lo mismo que tu antiguo capitán.

—¿Montrose? —La familia les miró de nuevo y esta vez le tocó a Nikki bajar la voz—: ¿Estás hablando del capitán Montrose?

—¿No lo sabías? Se puso en contacto conmigo justo después de que entraras en su comisaría. Me pidió todos los detalles de la investigación, pero tampoco él encontró nada. Debía de tenerte en mucha estima para tomarse tantas molestias.

—El capitán Montrose era un hombre muy especial —se limitó a decir Nikki mientras asimilaba la noticia.

—Supongo que tú tampoco te portaste mal con él. —Dio un sorbo a su café—. Ya sé que te esforzaste mucho para limpiar su nombre.

—Son cosas que se hacen.

Damon asintió con la cabeza hacia Nikki mientras le hablaba a Rook:

—Y ya vi en las noticias que tú te llevaste un balazo en el pecho por salvar aquí a la amiga.

—Son cosas que se hacen.

—Yo hice lo mismo en mi primer año como agente uniformado. —Se llevó las puntas de dos dedos al hombro derecho—. Lo del disparo fue una tontería comparado con la rehabilitación. ¿A que sí?

—Una verdadera tortura —dijo Rook.

—Un infierno —rio Damon.

—Con breves intervalos de purgatorio. Tengo un fisio sádico que se llama Joe Guantánamo.

—¿De verdad se llama así?

—No, así es como le llamo yo. En realidad es Joe Gittman.

—Me encanta —dijo Damon—. Joe Guantánamo. ¿Usa la *bañera*?

—Pues no me extrañaría. Viene un día sí y otro no y me dan ganas de tener una célula terrorista que activar y así pararle los pies.

Damon se echó a reír hasta que reparó en que Nikki le estaba mirando fijamente y entonces paró.

—El 2003 —dijo ésta—. La última vez que preguntaste en el archivo por esos artículos fue el 2003. Hace siete años.

—¿Cómo lo sabes?

—Cuatro años antes de que te jubilaras.

—Si tú lo dices...

—El 13 de febrero del 2003 fue la última vez.

El silencio que se instaló entre los tres bastó para que el camarero se marchara sin decir palabra. Por fin Carter Damon se inclinó hacia delante con algo parecido a una súplica en sus ojos enrojecidos:

—Nikki... Detective... A veces las pistas se enfrían, lo sabes. No es culpa de nadie. Y hay que seguir adelante —como Nikki no respondió, continuó hablando, ahora con voz ronca—: Yo me esforcé mucho en tu caso. Me esforcé. Mucho.

—Hasta que dejaste de hacerlo.

—¿Tengo que recordarte cuánta gente muere asesinada cada día en esta

ciudad?

—¿A cuántas de mis madres han asesinado?

Damon movió la cabeza y se atrincheró. Su momento de vulnerabilidad se esfumó y se puso a la defensiva.

—Ah, no. Por ahí no paso. Eso es muy fácil de decir. Para ti es el caso. Para mí terminó siendo uno más de una larga lista. No puedes evitarlo, el trabajo acaba por desbordarte.

—Señor Damon —dijo Nikki, evitando deliberadamente dirigirse a él por su rango en la policía—, está usted hablando como si de verdad hubiera hecho el trabajo, cuando me da la impresión de que dejó de hacerlo cuatro años antes de jubilarse.

—Eso no es justo.

—Qué gracioso —dijo Nikki—. Porque eso es exactamente lo que pienso yo.

—Escucha, bruja. Si te crees capaz de resolver esto, adelante.

Heat se levantó.

—Espera y verás.

Rook dejó algunas monedas sobre la mesa y salió con ella.

Decidieron tirar la casa por la ventana y coger un taxi para recorrer las veinte manzanas hasta la comisaría para que así Heat pudiera trabajar desde su móvil por el camino, lo que habría sido imposible de ir en metro. Después de dar la dirección al taxista, Rook le dijo:

—Supongo que eres consciente de que el médico me aconsejó que recuperara algo de peso y que no me estás ayudando demasiado.

Heat siguió consultando sus mensajes en el teléfono y dijo:

—¿Por qué lloriqueas, Rook?

—Esta mañana nos saltamos el desayuno, pero supongo que no pasa nada porque fue a cambio de sexo salvaje —Rook atisbó un fugaz arqueo de cejas en el espejo retrovisor y se inclinó hacia delante, asomando la cabeza por la ventanilla de plexiglas para dirigirse al taxista—: No pasa nada. Somos primos, pero no primos hermanos. —Nikki se hundió en el asiento aguantando la risa, porque esas cosas que hacía Rook (en especial cuando todo se ponía triste y negro a su alrededor) la ayudaban a conservar el buen

humor y a seguir adelante. Rook se volvió de nuevo hacia ella y continuó hablando—: Y ahora ¿qué? Quedamos para comer con el señor (que no detective) Carter Damon (no creas que no percibí el matiz en el cambio de apelativo) y la ingesta nutricional total que obtengo de semejante ágape se reduce a un refresco sin azúcar.

—¿Ágape?

—Soy un artesano de las palabras que delira por efecto de la hipoglucemia.

Nikki levantó una mano.

—Voy a llamar a Lauren Parry.

—Estupendo, a la forense. Si sigo sin comer no tardaré en tener una cita con ella yo también.

Rook dejó a Nikki en la comisaría y siguió camino a su *loft* en Tribeca, donde quería hacer algunas investigaciones por su cuenta y leer el archivo del caso que Nikki había prometido enviarle por correo electrónico. Después de hacerlo, ésta reunió a su brigada para una puesta en común de mediodía junto a las pizarras y empezó con las noticias de Lauren:

—Me acaba de informar la forense de que ya tenemos hora de la muerte aproximada para nuestra mujer desconocida. Sería anoche, entre las diez y las dos de la madrugada. —Hizo una pausa para permitir que su equipo tomara notas y luego continuó—: También han logrado sacar algunas huellas que el detective Ochoa ya ha introducido en la base de datos. Hasta el momento no ha habido coincidencias, pero no perdamos la esperanza. Más noticias de los de la científica. Han encontrado restos en la piel de un disolvente que por lo general se usa en laboratorios. —Nikki empleó un rotulador rojo tapado para señalar la mancha en los pantalones de la víctima a la altura de la rodilla—. También los análisis de este barro y de otro similar encontrado en los zapatos han revelado elementos que lo relacionan con el tipo de tierra que hay en las inmediaciones de una estación de tren.

Hizo una pausa para mirar al grupo.

—Me alegra comprobar que el detective Rhymer ya juega otra vez en el patio de los mayores.

El detective Ochoa lideró el tradicional coro de «bienvenido a

Homicidios» usando el apodo con que se referían al detective natural del sur del país: Opie.

—Rhymer, estarás con Feller cuando vuelva de repasar las cámaras de seguridad con Raley. ¿Por qué no haces una comprobación de farmacéuticos, técnicos de laboratorio, profesionales de la medicina, etcétera, desaparecidos? Cualquier profesión que se te ocurra donde usen disolventes de laboratorio.

—Como, por ejemplo, la tintorería donde va Ochoa —dijo el detective Reynolds, dando comienzo a la inevitable ristra de pullas dirigidas a los Roach.

—Claro que sí —dijo Heat—. Con nosotros, los imparables detectives Malcolm y Reynolds. Os vais a poner con los trenes y el metro, a ver si trabajaba allí. Así que enseñad su foto en las oficinas de la empresa municipal de transportes, los ferrocarriles de Long Island, en PATH y también en MetroNorth. Como podéis ver —dijo Nikki señalando el plano aéreo de la víctima dentro de la maleta—, iba vestida como una directiva o una ejecutiva, así que empezad por ahí, aunque sin descartar revisores o trabajadores de las estaciones.

—Muy bien —dijo el detective Malcolm.

—Y pedid a los de seguridad de ferrocarriles que revisen las cámaras. La mujer puede no ser una empleada, sino una viajera que intentaba escapar de su asesino en tren.

Raley y Feller entraron por el fondo de la comisaría con gran alboroto, pero se detuvieron en seco al ver que la reunión no había terminado. Heat reparó en su nerviosismo y dijo:

—Hemos terminado.

Mientras Heat cerraba la puerta de un armario al que llamaban despacho situado pasillo arriba, donde Raley visionaba sin fin vídeos de seguridad, Feller dijo:

—Hiciste bien en decirnos que comprobáramos las cámaras cerca de las tiendas de la ruta de reparto. —Cogió la hoja de reparto del conductor del camión y enseñó a Nikki las marcas que había hecho y que conducían a la dirección de una *deli* rodeada con un círculo hecho a rotulador—. Estas imágenes son de una cámara situada a tres portales de distancia de la última

parada del conductor en un sitio de comida griega en Queens, antes de dejar Manhattan.

—Northern Boulevard cerca de Francis Lewis y la avenida 44 —añadió Raley mientras pulsaba comandos en el ordenador—. Ha habido suerte. Esto lo saqué de una joyería que ha tenido tantos robos y atracos que acaban de cambiar su cámara de vídeo por una de alta definición.

Se aseguró de que estaba preparada y le dio al play.

El vídeo mostró el terciopelo azul del escaparate vacío de la tienda. La hora sobreimpresa en la pantalla decía que eran las cinco y media de la madrugada y el tráfico era escaso, tan sólo unos faros ocasionales deslizándose en la oscuridad. La acera seguía vacía hasta que aparecía la silueta de un hombre procedente del aparcamiento situado detrás de la tienda de electrónica PC Richards, al otro lado de la calle. Llevaba la cabeza gacha y un mechón de pelo le caía sobre la cara, ocultándosela. Sin embargo la atención de Heat se centró en la maleta American Touriste azul grisáceo que arrastraba tirando del asa extraíble por la acera en dirección a la joyería. El hombre dio la espalda a la cámara mientras usaba ambas manos para tirar de la pesada maleta por la rampa que iba de la calzada a la acera. Por el camino la maleta se balanceó y se habría volcado de no ser por que el hombre alargó un brazo y la sujetó antes de que se cayera. Las sombras definieron entonces fuertes músculos enfundados en una camiseta ajustada. Con la maleta ya equilibrada sobre sus dos ruedas, el hombre continuó avanzando y pasó delante del escaparate, donde una luz brillante debió de llamar su atención, pues se volvió para mirar. Raley congeló la imagen y obtuvo un plano vívido y a alta definición de la cara del hombre. Sus ojos hundidos casi parecían mirar a la cámara. La imagen congelada dejó a Nikki temporalmente muda, al darse cuenta de que estaba viendo la cara del asesino de su madre.

—¿Estás bien? —preguntó Feller.

Nikki se limitó a decir:

—¿Qué deducimos de este plano?

Raley consultó sus notas.

—Calculo que tendrá unos cuarenta y cinco años, más o menos. Yo diría que mide entre uno sesenta y uno ochenta y pesará unos noventa, noventa y

cinco kilos, teniendo en cuenta lo mazas que está. Por el cuello de la camiseta parecía que se veía alguna clase de tatuaje. Nariz rota hace años y, en general, aspecto de tipo duro.

—Me apuesto a que ha estado en la trena —dijo Feller—. Reconozco la carne de trullo cuando la veo.

—Igual ahí es donde ha estado metido estos diez años —añadió el detective Raley.

—No adelantemos acontecimientos —dijo Nikki, y la advertencia iba dirigida hacia sí misma tanto como a los otros dos—. Haced la descripción física para acompañar a la orden de busca y captura. Sacad un primer plano del tatuaje y llevádselo a los de la base de datos de tinta y cicatrices de los de Crímenes en Tiempo Real. Aunque sea parcial, han hecho maravillas con menos. Y sí, hay que comprobar su fotografía con los registros de prisiones en cuanto empecemos y la pongamos en circulación. Cosa que deberíamos hacer ya.

—Ya está creado el archivo —dijo Raley—. ¿Algo más?

—Sí. Decirte que eres el rey de las cámaras de vigilancia.

Un aroma a hierbas la saludó al abrir la puerta del apartamento de Rook. La entrada y la cocina estaban a oscuras y reparó en cómo la cálida luz de las velas proyectaba sombras danzarinas en las paredes y en los apliques de metal. La luz parpadeante procedía del salón, situado al otro lado de la cocina americana, donde también sonaba una agradable música New Age. Nikki dejó sin hacer ruido las llaves en el gancho confiando en que Rook no se sintiera decepcionado cuando le pidiera que pospusieran la velada romántica. Después de aquel día tan duro, el cuerpo le pedía pizza, CNN, baño caliente y cama. Ya puestos, hasta podía saltarse la comida y la televisión.

—Estoy aquí. —La voz de Rook sonaba algo gutural y desaparegada, como si hubiera empezado a dar cuenta él solo de la botella de Sancerre. Nikki fue hasta la cocina y al otro lado de la misma vio a Rook tumbado boca abajo en la penumbra sobre una camilla de masaje. Tenía una toalla cubriéndole el trasero y una mujer espectacular vestida de enfermera le pasaba los nudillos por uno de los isquiotibiales, sus largos dedos un poquito demasiado cerca del glúteo redondo y perfecto. Rook hizo las presentaciones sin levantar la

cara de la rosquilla de gomaespuma.

—Nikki, ésta es Salena. Salena, Nikki.

Salena levantó la vista un momento, lo justo para mostrar una sonrisa de dientes perfectos. Susurró un «hola» y volvió a centrar su interés en el punto donde el muslo de Rook se juntaba con el borde de la toalla.

—Hum —dijo éste.

Salena dijo:

—Lo tienes muy tenso.

—Hum. Sí...

—Si me perdonáis... —dijo Nikki, y subió a oscuras hasta el piso superior del *loft* y se encerró en el dormitorio.

Cuando más tarde Rook entró vestido con un albornoz, la encontró cruzada de piernas encima de la cama y trabajando con su portátil.

—No tenías por qué esconderte aquí.

—Bueno, no me iba a quedar ahí plantada mientras disfrutabas de tu momento «porque yo lo valgo» con tu masajista.

—En realidad es una fisioterapeuta titulada. Me la ha enviado la agencia para sustituir a Joe Guantánamo. ¿Qué te parece?

Nikki cerró su MacBook.

—¿Sigue enfermo?

—No, se ha ido. Así que para lo que me queda de rehabilitación me toca la enfermera Salena. No tengo objeción. —Giró y se dobló unas cuantas veces—. De hecho, ya me siento mejor.

—¿Y Joe se ha ido así, sin más?

—Creo que sabía que no me gustaba. El tío era un sádico. Seguramente tampoco le hacía gracia que yo le contestara y me resistiera.

—Con Salena en cambio no has tenido ese problema, por lo poco que he visto.

—¿Estás celosa? Era una sesión de fisioterapia con una profesional titulada.

Nikki rio.

—Con sus aceites esenciales y su música de Enya. Venga ya, Rook, ha sido como entrar en el rodaje de una película porno.

—En las películas porno no ponen música de Enya.

Sonó el timbre de la puerta.

—Voy yo —dijo Nikki—. He pedido pizza.

Rook la siguió fuera de la habitación.

—Guau, pizza a domicilio. Esto sí que es porno y del duro.

Se la comieron en plan picnic, directamente de la caja, mientras Nikki le ponía al día de las imágenes que había sacado Raley con la cámara de seguridad de la joyería, y las novedades del laboratorio forense sobre el disolvente y los residuos de tren en el cuerpo de la mujer desconocida. Cuando terminaron de comer Rook se ofreció a lavar los platos, y así fue, puesto que tiró la caja de pizza en el cubo de reciclaje.

—Buena idea lo de la pizza —dijo—. Aunque no consigo decidir cuál me gusta más, si la Ray original, la Auténticamente original de Ray o la Os lo juro por Dios, tíos, ésta es la genuina pizza de Ray.

De la cocina americana pasaron a la mesa del comedor, donde por la tarde Rook había desplegado las hojas impresas del pdf que Nikki le había mandado junto con sus notas pasadas a ordenador de la reunión con Carter Damon.

—Por si te lo estás preguntando, detective Heat, sentarme a hablar con ese tío me ha resultado de lo más útil.

—Me alegra que alguien sacara algo útil del encuentro. Yo lo único que conseguí fue cabrearme.

—Pues no me di cuenta.

Nikki repasó las notas y dijo:

—No veo que tengas nada nuevo. Damon tenía razón, toda la información estaba ya en mi carpeta.

—Me sirvió para darme cuenta de su falta de rigor. A lo mejor no era así cuando empezó con el caso, pero tiró la toalla cuando se puso difícil y hacía falta un poco de perseverancia al más viejo estilo. En mi opinión Damon Carter es como Sharon Hinesburg, pero sin las uñas postizas y el Wonderbra. Tengo claro que tenemos que volver a principio y escarbar más hondo.

—No estoy de acuerdo. Por poco que me guste la mentalidad poco rigurosa de Damon...

—Muy de escaquearse...

—Estamos en un callejón sin salida. El capitán Montrose siempre nos enseñó a seguir la pista más fresca. Así que debemos centrarnos en la maleta.

—Podemos hacer las dos cosas.

Nikki le ignoró y siguió con lo suyo:

—Y cuando logremos identificar a la mujer estaremos aún más cerca.

—¿Por qué te resistes tanto?

—¿Quieres una cerveza? —preguntó Nikki, y se alejó en dirección a la nevera. Acababa de servir para los dos una Widmer Hefeweizen perfectamente turbia cuando sonó su teléfono móvil. Después de escuchar brevemente, dijo—: Muy bien. Nos vemos en el portal de Rook en cinco minutos. —Y colgó—. Eran los Roach. Si quieres venir, será mejor que te pongas algo que no sea un albornoz.

—¿Dónde vamos?

—A Queens. Han encontrado al tipo de la maleta.

4

El tatuaje fue lo que le delató. Tal y como Heat había esperado, el departamento de Crímenes en Tiempo Real tenía una entrada en su base de datos que coincidía con un sospechoso. Una semana antes, el propietario de una tienda abierta veinticuatro horas en el vecindario de Bayside, en Queens, había llamado para denunciar un hurto. La cámara de seguridad había grabado al culpable y, aunque el delito no era lo bastante importante como para llegar a las noticias o emitir una orden de busca y captura, el departamento de Crímenes en Tiempo Real había introducido el tatuaje en su base de datos y pocos minutos después de que el detective Raley subiera la imagen al servidor ya había una coincidencia. Las patrullas de agentes uniformados enseñaron la fotografía por Bayside y un vigilante nocturno en un aparcamiento de coches robados lo reconoció, era un tipo que había estado merodeando por allí últimamente. El remate llegó cuando el vigilante volvió a verlo unas horas después de recibir la visita de la policía, lo siguió hasta una casa cercana y desde allí llamó por el móvil a la policía.

Heat, Rook, Raley y Ochoa viajaban en tenso silencio en el coche patrulla de los Roach, con la sirena encendida y sus hombros y rodillas chocándose mientras el detective Raley sorteaba el tráfico de última hora de la tarde hacia el Midtown Tunnel y la Long Island Expressway. La única vez que Raley perdió la concentración fue nada más pasar la Unisfera en el parque Flushing Meadows, cuando miró de reojo a Ochoa, en el asiento del copiloto, y arrugó la nariz olisqueando como un conejo. Su colega suprimió una sonrisa referida a Rook, cuyo aroma fragante a aceite herbal de masaje también viajaba en el asiento trasero. Heat se dio cuenta, pero todo lo que dijo fue:

—¿Tiempo estimado de llegada?

Una forma sutil de recordarles que se dieran prisa y se concentraran.

Seis minutos después el Crown Vic llegaba a la zona de estacionamiento del parque Marie Curie en Bayside y Raley lo aparcó en paralelo a otros coches de policía. Los de la brigada 9 de operaciones especiales y también una unidad del SWAT estaban preparados con cascos negros y equipos de protección corporal. El oficial a cargo de la brigada de operaciones especiales saludó a Heat mientras esta salía del coche.

—Qué puntualidad, detective Heat.

—Gracias por esperarnos.

—Estamos a vuestras órdenes.

El mensaje tácito de respeto que encerraba aquel gesto emocionó tanto a Nikki que se le hizo un nudo en la garganta, pero todo lo que contestó fue un escueto:

—Gracias, capitán, es todo un detalle.

—Lo tenemos todo preparado —dijo éste—. El sospechoso está en el interior de una vivienda unifamiliar de dos pisos en Oceania, en la calle siguiente. Según las facturas de la luz, el propietario es un tal J. S. Palmer, aunque llevan sin pagar un recibo seis meses y les han cortado el suministro. —Puso un filtro rojo a su linterna para no deslumbrar a Nikki y desplegó un mapa lleno de marcas pulcramente realizadas en el techo del coche—. Es la casa de la esquina, aquí. He desplegado un perímetro cubriendo todas las salidas posibles, incluidas unidades caninas. Hay coches policía cerrando Northern Boulevard y también hemos bloqueado la avenida 47 en cuanto habéis pasado vosotros, así que las calles están cubiertas. También he puesto a un equipo en la casa de al lado y hemos evacuado a la familia que vive allí.

—Parece que está todo.

—No todo. —Se puso a hablar por su *walkie-talkie*—. Brigada 9 de Emergencia al Helicóptero 4-1-4.

—Adelante, brigada 9 —contestó una voz serena con un ronroneo agudo de fondo.

—Listos en cinco minutos.

—Recibido. Cinco minutos. A vuestra señal encendemos las luces.

Raley abrió el capó y Heat fue a reunirse con él, Ochoa y Rook en la parte trasera del coche. Mientras los tres detectives se ponían los chalecos antibalas, le dijo al último:

—Rook, tú espera aquí.

—Venga, te prometo que no me van a disparar. Me pongo un chaleco.

Ochoa señaló las letras escritas en blanco en la parte delantera y posterior de su chaleco.

—Lee aquí, tío. Dice: «Policía».

Rook miró dentro del capó.

—¿No tenéis uno que diga «Escritor»?

—Déjalo ya —dijo Nikki.

—Entonces, ¿para qué me habéis traído?

A Nikki estuvo a punto de escapársele la verdad, que le había llevado sólo para que le diera apoyo moral. Pero contestó:

—Porque si no te dejaba venir estarías quejándote un año.

—¿En serio? —dijo Ochoa mientras los tres detectives se unían a los miembros de la SWAT—. Y yo que pensaba que lo habías traído porque Rook es como un Air Wick humano. Con él en el coche ya no necesitamos el ambientador ése de pino.

La brigada de operaciones especiales ocupó la casa con una precisión táctica que los modales desenfadados de su comandante y el equipo no hacían presagiar. Heat y los Roach los siguieron a paso ligero usando un Bearcat blindado que avanzaba por la calle con el motor rugiendo. Cuando el furgón negro se detuvo, el helicóptero Bell hizo su ruidosa aparición y el piloto encendió el faro de búsqueda Nightsun, proyectando un gran haz de luz que debió de cegar a cualquiera que estuviera mirando por la ventana mientras el equipo se desplegaba. Se acercaron en una secuencia eficaz, de manual, poniéndose a cubierto detrás de la baranda del porche, de los cubos de basura y de los setos antes de entrar. Cuando Heat y el equipo que llevaba el ariete llegaron a la puerta principal, ésta llamó y gritó para hacerse oír por encima del estruendo del helicóptero:

—¡Policía de Nueva York, abra la puerta!

Después de una pausa demasiado breve para medirla, Heat dio el signo de

adelante a los del ariete.

El ruido seco que hizo la puerta al chocar contra la pared era comparable a los latidos del corazón de Nikki bajo el chaleco antibalas mientras entraba en la casa a oscuras, a la cabeza del equipo de la SWAT en un ballet surrealista de haces de linternas e incursiones rápidas. Gritó: «¡Policía! ¡Identifíquense!», pero solo escuchó el eco de su propia voz en la casa prácticamente vacía. Las fuerzas de asalto se desplegaron: unos avanzaron por el lateral derecho del piso con Heat, otros se dirigieron a la izquierda, trazando un círculo hacia el comedor y la cocina, con los Roach, mientras que el resto subió al piso de arriba y al ático. La luz del helicóptero entraba por las ventanas y subía por las paredes creando la impresión de que la casa giraba. Con cada nueva confirmación que recibía con toda claridad por el auricular aumentaban la confusión y el desánimo de Nikki: «Nada en el comedor». «Nada en la cocina». «Nada en el dormitorio principal». «Nada en el armario del vestíbulo». «Nada en el ático». «Nada en el sótano». Los grupos que habían rastreado el piso de abajo se reunieron en la cocina, que olía lo bastante a basura acumulada para ser candidata a un reality show sobre personas con síndrome de Diógenes.

Pero del sospechoso ni rastro.

—¿Qué hay del garaje? —preguntó Heat hablando al micrófono.

—Nada.

El jefe de brigada bajó las escaleras con los Roach y los tres se reunieron con Nikki en el cuarto de estar.

—No lo entiendo —dijo—. Y no hay dónde esconderse. Los armarios están vacíos. Sólo hay un colchón andrajoso en el dormitorio principal.

—Por aquí tampoco hay nada —dijo el detective Ochoa. Paseó su linterna LED por los agujeros de las paredes iluminando los puntos donde en otro tiempo habían colgado cuadros justo encima de un rectángulo más oscuro en el suelo de madera del tamaño y la forma de un sofá. Ahora sólo había dos sillas de jardín desaparejadas junto a una alfombra mugrienta y desgastada.

—¿Alguna falsa pared? —preguntó Rook entrando por la puerta principal—. Sé a ciencia cierta que estas casas viejas pueden tener puertas falsas detrás de las estanterías.

Heat repitió la frase de siempre:

—Rook, te he dicho que esperaras fuera.

—Es que la bonita luz del helicóptero me hipnotizó. Como en *Encuentros en la tercera fase*. O la llegada a la casa de los concursantes de *Gran Hermano*.

—Fuera. Ahora mismo.

—Muy bien. —Reculó para salir y tropezó, cayendo de culo. Ochoa sacudió la cabeza. Raley le ayudó a levantarse y dijo:

—¿Lo ves? Si es que no se te puede sacar de casa.

—No ha sido culpa mía. He tropezado con algo que hay debajo de la alfombra.

—Pues levanta más los pies —dijo Nikki— cuando salgas.

—Detective —dijo Ochoa. Estaba apoyado en una rodilla y recorría con la palma de la mano un bulto en la manchada alfombra verde. Se incorporó y le dijo en voz baja—: Es una trampilla.

Retiraron la alfombra y dejaron al descubierto un rectángulo de aglomerado de tres por tres metros cuadrados con una argolla y bisagras empotradas en el suelo.

—Voy a entrar —dijo Heat.

El jefe de operaciones especiales la previno.

—¿Y qué pasa si es un túnel?

—Entonces mandamos un perro.

Pero la adrenalina era demasiado fuerte. Nikki deslizó el dedo índice en la argolla y abrió la trampilla. Enfocó el agujero con la linterna y gritó:

—¡Policía de Nueva York, identifíquense!

De abajo llegó un gemido sobresaltado.

—¿Ves algo? —preguntó Raley.

Heat negó con la cabeza y metió una pierna por la abertura.

—Hay una escalera.

—Detective... —dijo el jefe de operaciones especiales.

Pero era demasiado tarde. Dominada por el deseo de capturar a su sospechoso, Heat se olvidó del protocolo e inició el descenso. Haciendo caso omiso de los peldaños, se deslizó por el pasamanos como si fuera el poste de

un cuartel de bomberos. Llegó al suelo de cuclillas y con su Sig Sauer semiautomática preparada en la mano derecha. Se quitó la linterna de entre los dientes e iluminó el sótano.

En el centro de un espacio separado de otro por un tabique había un hombre completamente desnudo, mirándola con los ojos perdidos, que parecían verla sin ver.

—Policía. No se mueva.

El sospechoso no reaccionó. Tampoco habría podido, allí paralizado y en modo alguno amenazador mientras los refuerzos de la SWAT, que en ese momento ya habían bajado y le apuntaban con sus rifles de asalto y sus linternas tácticas.

—No disparen —dijo Heat.

Quería verlo muerto, pero lo necesitaba vivo.

La luz de las linternas reveló un mar de zapatos que rodeaba al hombre. Cientos y cientos de ellos. Zapatos de hombre y de mujer, viejos y nuevos, en pares y desaparejados, todos ellos formando hileras cuidadosamente concéntricas con las puntas hacia él.

—Así que han venido por mis zapatos —dijo el hombre.

—¿Cómo le llaman, William o Bill? —Nikki esperó de nuevo a que el hombre dijera algo. Estaba dispuesta a esperar lo que hiciera falta. El sospechoso había permanecido en silencio desde que se habían sentado el uno frente al otro en la sala de interrogatorios número 1 diez minutos antes. La mayor parte del tiempo se había dedicado a estudiar su propia imagen en el espejo unidireccional. De vez en cuando apartaba la vista y luego volvía a fijarla en el espejo, como para darse una sorpresa. Después encogió sus musculosos hombros de manera que rozaran la tela naranja de su mono. Por fin dijo:

—¿Me lo puedo quedar? —Parecía hablar en serio.

—William —dijo Nikki—. Voy a llamarle por el nombre que figura en su ficha.

El hombre apartó la vista y la fijó de nuevo en el espejo. La detective Heat volvió a revisar el expediente, aunque para entonces se sabía los datos principales de memoria. William Wade Scott, varón caucásico, treinta y ocho

años. Básicamente un vagabundo buscavidas cuyo historial de arrestos incluía un tiempo deambulando por el noreste del país tras ser expulsado con deshonor del ejército acusado de consumir drogas durante la operación Tormenta del Desierto de 1991. Sus delitos eran casi todos de poca monta, muchos robos en tiendas, alteración de orden público más unas cuantas detenciones que subían un poco el listón, en especial una de 1998 por alunizaje en una tienda de electrónica en Providence que le valió tres años alojado con pensión completa en una cárcel federal. Nikki le encargó a Ochoa que comprobara la fecha de salida de prisión con las autoridades de Rhode Island, porque su reclusión le proporcionaba una coartada para el asesinato de su madre.

Desde detrás del espejo unidireccional de la sala de interrogatorios número 1, el detective Ochoa le envió un mensaje de texto confirmando que William Wade Scott había salido de prisión el 2001, un año y medio después de que mataran a su madre. Heat leyó el texto sin emoción aparente, pero Rook observó que cerraba los puños debajo de la mesa mientras se guardaba el teléfono móvil en el bolsillo.

Tantos obstáculos para encontrar al asesino de su madre a lo largo de los años habían enseñado a Nikki a no desesperar, pero este revés le dolió especialmente. Sin embargo, una vez más, su reacción a la desilusión fue poner aún mayor empeño en su trabajo. Y una inyección de realismo. ¿De verdad había creído que el asesino de su madre iba a aparecer como caído del cielo el mismo día en que encontraban una pista nueva? Pues no. Por razones como esta existe el mañana.

En la sala de observación, Rook se volvió hacia Raley y Ochoa.

—Pero es posible que asesinara a la mujer desconocida, ¿no?

—Bueno, posible es...

El *improbable* quedó tácito. Después de la intervención en Bayside los vecinos entrevistados habían dicho que el hombre desnudo del sótano no era el propietario de la casa de Oceania Square, sino un okupa sin techo, uno de los muchos que se habían trasladado a barrios residenciales de Long Island después de que sus habitantes se marcharan por no poder hacer frente a las hipotecas. Los vecinos habían denunciado a aquel hombre en varias

ocasiones, pero se quejaban de que las autoridades no les habían hecho ningún caso. Por otro lado, las pesquisas de Raley sobre el propietario ausente de la casa sugerían que no se había ido por no poder pagar la hipoteca. Había sido arrestado en 1995 en Nueva Jersey por cultivar marihuana en el sótano de su casa, lo que no sólo explicaba la trampilla en el suelo de su siguiente residencia —la de Bayside—, sino también que hubiera abandonado la propiedad para evitar ser arrestado por la brigada de narcóticos.

—Vale —dijo Rook decidido a aferrarse a cualquier noticia que fuera buena—, todavía tenemos la maleta. Tenía la maleta que relaciona este caso con el de la madre de Heat. Si no es el asesino, a lo mejor lo conoce.

Ochoa dijo:

—Nikki llegará a este tema. Espera y verás, tiene un arte especial.

—¿Por qué se escondió en el sótano? —preguntó Heat sin obtener respuesta—. Nos identificamos. Dijimos que éramos la policía. ¿Por qué necesitaba esconderse?

El hombre apartó la vista del espejo y sonrió.

—No necesito esconderme. Si quiero, puedo irme de aquí ahora mismo. —Levantó las dos muñecas, tensando las esposas y después bajándolas—. Esto no es nada para mí.

Nikki era consciente de la dificultad de obtener respuestas directas de un hombre que deliraba y que incluso probablemente era esquizofrénico. Pero en aquel momento William Wade Scott era lo único que tenía. Y si no podía ser sospechoso, tal vez sirviera como testigo. Sin inmutarse, decidió mover una pieza mental, un peón:

—¿Fue por los cigarrillos que robó la otra noche?

—Eso no tendrá ninguna importancia una vez esté de vuelta. Usted debería saberlo.

—Debe ser que no estoy tan bien informada como usted. ¿De vuelta a dónde?

—A mi nave —dijo—. Me ha llegado la comunicación especial.

—Entiendo. Felicidades, William. —Esta afirmación sorprendió al detenido, que dirigió a Nikki una mirada penetrante con los ojos

entrecerrados mientras la escuchaba con atención—. ¿Por eso necesitaba la maleta? ¿Para el viaje?

—¡No! ¡Para los zapatos! La encontré y pensé que habría más dentro. — Se inclinó hacia delante y guiñó un ojo—. Se pondrán muy contentos cuando les lleve zapatos.

Nikki también se inclinó hacia delante.

—Pero ¿entonces no había zapatos dentro de la maleta? ¿No vio ningún zapato?

—Pues... sí. —Empezó a inquietarse pero siguió atento—. Pero estaban... Todavía los llevaba puestos.

—¿Quién?

—¡Pues ella! —dijo y a continuación se frotó los ojos con las palmas de las manos—. No conseguía quitárselos. —Su agitación aumentó—. No me la podía quedar.

—¿La mataste?

—No. Me la encontré.

—¿Dónde?

—En la maleta. ¿Es que no me escucha?

—¿Dónde encontraste la maleta?

—Detrás de la residencia de ancianos de la esquina. —Pareció tranquilizarse y le guiñó un ojo a Nikki mientras le hacía la gran confianza —: Allí tiran un montón de zapatos.

Heat hizo un gesto con la mano hacia el espejo, pero Ochoa y Raley ya salían en dirección a Bayside y a la residencia de ancianos.

—Entonces, cuando la viste dentro de la maleta, ¿por qué no la llevaste adonde la habías encontrado?

—¿A la residencia? ¿Para qué? Estaba muerta —dijo como si la lógica de aquello fuera aplastante—. Pero no sabía qué hacer con ella. Un cadáver..., pues... complica el Plan. —Nikki optó por no presionarle y darle carrete. Scott se revolvió un poco más en la silla y dijo—: Anduve con ella de un lado para otro toda la noche y después se me ocurrió. Una cámara frigorífica. Era perfecta. Dentro hacía frío de sobra y hasta tenía una rampa.

—¿Seguro que no quieres ir directamente a sobar? —preguntó Rook

cuando estuvieron de vuelta en su *loft*—. Son casi las dos. Si quieres dejarlo para otro día, aquí paz y después gloria.

—Estoy demasiado cansada para dormir. Además me has prometido una de tus famosas caipirinhas y me la debes, señor escritor.

—Marchando entonces. Sólo por conseguir esta receta mereció la pena que aquel traficante de armas internacional me encañonara con su arma.

Abrió la nevera para sacar limas mientras Nikki se acomodaba en uno de los taburetes de la barra de la cocina americana para disfrutar del espectáculo.

Aunque había sido un día muy largo, su cansancio no era nada comparado con la decepción que sentía. Cuando los Roach la llamaron desde la oficina de seguridad de la residencia de Bayside tenían buenas y malas noticias. Debido a lo avanzado de la hora habían tenido la suerte de entrevistar al vigilante que estaba de guardia la noche en que William Wade Scott afirmaba haber encontrado la maleta. Por desgracia, sin embargo, el centro no disponía de cámaras de seguridad en la zona de los contenedores, lo que quería decir que no había imágenes del hombre sin techo encontrando la maleta y, lo que era aún peor, de quien fuera que la había dejado allí. El guarda de seguridad sí reconoció la imagen de Scott arrastrando la maleta y confirmó haberle visto con la misma abandonando la propiedad unas dos horas antes de que se grabara la imagen. También dijo que cuando llegó tenía las manos vacías, lo que confirmaba su historia de que había recogido allí la maleta. Como jarro de agua fría añadido, el guarda no había reconocido a la mujer sin identificar. Los Roach habían llamado a los de la científica para que inspeccionaran el área de contenedores —las probabilidades de encontrar algo eran remotas, pero había que intentarlo— y luego se habían marchado a casa, después de decirle a Heat que volverían a la residencia al día siguiente a primera hora para interrogar al personal y los pacientes sobre la maleta, la mujer sin identificar y cualquier otra cosa que algún nonagenario insomne hubiera podido ver por la ventana durante la noche oscura del alma.

—¿Y qué va a pasar con Joe Zapatitos? —preguntó Rook mientras brindaban con los vasos.

—Tú siempre tan considerado, Rook. —Nikki dio un sorbo a su cóctel—. Pero te perdono porque esta caipirinha está de muerte. Y ahora, contestando a

tu pregunta, le he aplicado el artículo 9: evaluación psiquiátrica obligatoria. Eso me permite retenerlo unos cuantos días, y además estará mejor en Bellevue. Aunque no espero sonsacarle nada más, me temo que es más bien una interrupción en la cadena y no un eslabón.

—Oye, nunca se sabe.

—No me hables como si fuera tonta. Yo sí lo sé.

Al darse cuenta de que se había topado con la coraza, Rook optó por concentrarse en su bebida para llenar el tenso silencio que había surgido entre ellos con algo que no era tensión. Transcurrido un tiempo que consideró razonable, dijo:

—Pues hay una cosa que yo sí sé. Puede que hayamos llegado a un callejón sin salida, pero sólo en un frente.

—Ya empezamos. ¿Otra vez de vuelta a 1999?

—No, antes que eso. Quiero que repases la vida de tu madre.

—Olvídalo, Rook.

—Carter Damon dijo que era profesora de piano. ¿Es verdad?

—Particular. Era profesora particular de piano.

—¿Y qué preparación tenía?

Nikki resopló.

—¿Que qué preparación tenía? Colega, no te haces una idea —pero entonces le sorprendió que Rook contestara al instante.

—Te refieres a que se licenció por el Conservatorio de Música de Nueva Inglaterra y se formó para ser concertista de piano de fama mundial. ¿Eso es lo que querías decir?

Mientras Nikki le miraba boquiabierta, brindó otra vez con ella y dijo:

—Oye, que a uno no le dan dos premios Pulitzer por hacer el vago.

—Muy bien. O sea, que has hecho los deberes, listillo. ¿Adónde quieres llegar?

—Contéstame a esto: ¿cuál es la primera regla de investigación para la detective Heat? —Y antes de que ésta pudiera responder lo hizo él mismo—: El calcetín desaparejado. Aquélla de todas las pruebas que parece no encajar.

—¿Y?

—¿Cuál es el calcetín desaparejado en la vida de tu madre? Muy sencillo.

¿Para qué tener toda esa pasión, esa formación clásica, ese talento si luego renuncia a ello para enseñar a mocosos malcriados a tocar *Oh, Susana*?

Esperó, igual que la había visto esperar a ella con el sin techo por el espejo de la sala de interrogatorios.

—Pues..., esto... —Nikki bajó la vista. No tenía respuesta a aquella pregunta.

—Pues vamos a investigarlo. Sigamos la pista del calcetín.

—¿Ahora?

—No, claro que no. Mañana. Mañana es sábado. Nos vamos a Boston, a la escuela de música donde estudió tu madre.

—¿Tengo elección?

—Claro. Siempre que elijas venir.

Desde luego en la recepción del hotel Lenox parecían conocer a Jameson Rook. Después de un corto paseo desde la estación Back Bay habían decidido dejar el equipaje en la recepción y seguir adelante con los planes para el día, pero un sonriente caballero de avanzada edad cuya placa identificativa decía «Cory» había dado la bienvenida al famoso escritor asegurando que era un placer volver a verle, y les había ofrecido trasladarles a una suite llamada «Paraíso nº 11» y la posibilidad de hacer el *check-in* antes de la hora. Mientras admiraban las vistas del barrio de Back Bay desde la habitación del último piso, Rook le explicó a Nikki:

—Solía venir mucho a este hotel porque está cerca de la biblioteca. — Señaló con la cabeza hacia la biblioteca pública de Boston, en la calle—. Pasé muchas horas allí trabajando en una historia de amor.

—¿De qué libro?

—Ninguno. Sandra, de la sección de microfichas.

—Qué ñoño, ¿no?

—Eso debía de pensar Sandra también, pues era inmune a mis encantos.

Sonó el móvil de Rook. Era la profesora de música de Cynthia Heat en el Conservatorio de Nueva Inglaterra devolviéndole su llamada y comunicándole que, aunque lo sentía, no estaría disponible hasta la mañana siguiente. Rook concertó una cita, le dio las gracias y colgó.

—Y ahora declaro oficialmente que hoy es una ERMTEUC.

—¿Qué es eso de ERM... lo que sea?

—Escapada Romántica Mientras Trabajamos En Un Caso. ¿Y te llamas a ti misma policia?

Habían decidido darse una vuelta por Newbury Street y almorzar en uno de los cientos de cafés con terraza, pero cuando en Boylston les llegó el olor a comida de una camioneta gourmet que vendía tallarines con cerdo al estilo vietnamita y boles de arroz, los quiches de la calle Newbury quedaron olvidados por completo. Se llevaron la bolsa de papel blanca hasta un banco en Copley Square y se dispusieron a dar cuenta del improvisado picnic.

—Bonita vista —dijo Rook señalando la estatua de bronce que tenían delante—. El trasero de Thomas Copley y una farmacia abierta veinticuatro horas. —Apoyó una mano en la rodilla de Nikki—. No lo cambiaría por nada. —Como Nikki no contestó, él repitió—: Por nada.

—No debería haberme marchado de Nueva York.

Rook apoyó el recipiente de fideos para poder dedicarle toda su atención.

—Mira, sé que no va contigo esto de dar un paso atrás en la investigación de un caso. Sobre todo en éste. Sé que lo tuyo es esfuerzo y nada más. Pero tienes que intentar ver esto como trabajo. Aunque no parezca que lo es cada segundo, estás investigando algo que tengo el presentimiento de que va a ser importante. Y recuerda que la brigada de esclavos que tienes en casa están dale que te pego. Es una buena estrategia, divide y vencerás en estado puro.

—No es ésa la impresión que yo tengo. —Heat dejó a un lado su bol de arroz y se dedicó a hacer llamadas referentes a la investigación mientras Rook comía. Cuando terminó apenas podía disimular su decepción.

—No han conseguido nada en la residencia de ancianos.

—Qué pena. Por un momento me pregunté si los residuos ésos de disolvente de laboratorio no vendrían de ahí. Tienen que tener líquidos de esa clase en un sitio así.

Nikki negó con la cabeza.

—Ya lo han comprobado los Roach.

—Tú y yo deberíamos tener un nombre así. Un apodo de nuestros dos nombres, como Raley y Ochoa: los Roach. —Y añadió—: Sólo que el nuestro tendría que ser más romántico. Quiero decir del tipo Bennifer... o

Brangelina. Podríamos ser...

—¿Hemos terminado? —Nikki rio, pero Rook siguió con lo suyo.

—¿Rooki?

—¿Quieres parar?

—¿O que tal Nooki? Hum, Nooki me gusta.

—¿Así es como perdiste a doña Microfilm de la biblioteca? ¿Diciéndole tonterías como ésta?

Rook dejó caer la cabeza.

—Sí.

Empezó a llover, así que decidieron visitar el museo de Bellas Artes. Corrieron bajo el aguacero desde el taxi dejando atrás a un grupo de artistas callejeros que se habían instalado en la acera y exponían obras de contenido político. Una de ellas era una pintura acrílica preciosa, aunque nada imaginativa, de un cerdo avaricioso con chistera y frac fumando un puro. A Rook le llamó la atención, sin embargo, y mientras corría casi se cayó encima de una escultura de casi un metro de alto de un puño dorado cerrado alrededor de un fajo de billetes.

—Vaya manera de dejar este mundo —le dijo a Nikki una vez estuvieron en el vestíbulo—. Muerto por el puño del capitalismo.

Nada más entrar en el museo se dio cuenta de que Nikki se había olvidado temporalmente de sus preocupaciones. Se animaba por momentos mientras le contaba que en su época de universitaria en Northeastern iba todas las semanas al museo. Le cogió del brazo y le llevó a ver sus cuadros favoritos de la colección, incluidos los retratos al óleo de Gilbert Stuart de Washington y Adams y *Chicos en un bote de remos*, de Winslow Homer. Fascinado, Rook lo contempló con reverencia.

—Es el agua más húmeda que he visto nunca en un cuadro.

Las pinturas de John Singer Sargent desencadenaron cálidos recuerdos de la reproducción *Clavel, lirio, lirio, clavel*, que Rook le había regalado cuando empezaron a salir. Se besaron bajo *Las hijas de Edward Darley Boit*, obra maestra del periodo en que el artista se ganaba la vida retratando a los americanos expatriados en París. A las cuatro hijas no pareció importarles la demostración pública de afecto.

Otro Sargent, prestado de una colección privada, colgaba solitario en una pared lateral. También había sido pintado en París y era el retrato de una tal madame Ramon Subercaseaux.

—Éste no lo había visto nunca —dijo Rook—. ¿No es increíble? —Pero el rostro de Nikki había vuelto a ensombrecerse y con un sucinto «sí» pasó a la sala siguiente. Rook se quedó atrás para disfrutar del retrato que representaba a una mujer joven y elegante de cabellos oscuros sentada ante un piano de pared. Madame Subercaseaux había posado de espaldas al instrumento, sus ojos melancólicos miraban al espectador y tenía una mano apoyada en el teclado. El cuadro evocaba el sentimiento de un pianista que ha sido interrumpido mientras toca.

Rook siguió a Nikki comprendiendo por qué la había hecho sentirse incómoda aquel retrato.

Había dejado de llover y Nikki le preguntó si la odiaría mucho si hacían un recorrido nostálgico por su universidad, que estaba justo al otro lado de la calle.

—¿En una ERMTEUC? —preguntó Rook—. En primer lugar, me encantaría.

—¿Y en segundo?

—Si dijera que no me apetece estaría arruinando mis posibilidades de llevarte a la cama cuando volvamos al hotel.

—Eso desde luego.

—Entonces, ¿a qué esperamos?

Lo cierto es que la idea de aquella visita no le volvía loco, pero no lamentó haber accedido al darse cuenta de cuánto animaba a Nikki. Comprobó cómo las preocupaciones de ésta se esfumaban con cada lugar de interés, cada rincón que le enseñaba. Se colaron entre bastidores en el Blackman Auditorium para ver el escenario donde, cuando era estudiante de primer año, había hecho de Ofelia en *Hamlet* y de Cathleen, la criada de *Largo viaje de un día hacia la noche*. En Churchill Hall, donde Heat estudió Justicia Criminal, encontraron las puertas cerradas, pero le señaló el quinto piso y la ventana donde daba las clases de Criminología. Cuando levantó la vista para mirar, Rook dijo:

—Fascinante la ventana. —Y se volvió hacia Nikki para añadir—: Más vale que el sexo sea espectacular.

Tuvo que pagar por el chiste soportando una pequeña charla de Nikki con su profesor de Literatura Medieval de primer año, a quien se encontró en el Starbucks del campus corrigiendo trabajos sobre *Beowulf*.

Cruzaron la zona ajardinada y Nikki le llevó hasta una estatua de bronce de Cy Young. Disfrutando ostensiblemente de su papel de guía turística, le informó a Rook de que se encontraba en el lugar exacto del montículo desde el que Young había hecho su primer lanzamiento perfecto cuando allí estaba el campo de Huntington.

—Foto —le dijo Rook pasándole su iPhone.

Nikki rio.

—Eres como un niño pequeño.

—Qué va. Es para que parezca que sé algo de béisbol. Cuando creces sin padre y te cría una estrella de Broadway, es inevitable que haya lagunas. Juro por Dios que hasta ahora mismo creía que Cy Young era el compositor de la canción *Big Spender*.

Le sacó una foto imitando al legendario lanzador mientras simulaba interpretar las señales que le enviaba el *catcher*.

—Te voy a sacar un primer plano. —Nikki le dio al zoom y por el visor reparó en que Rook miraba algo situado a su espalda con el ceño fruncido. Se volvió para ver qué ocurría y dijo:

—Pero, bueno... ¿Petar?

Un hombrecillo delgadísimo con una gorra de sherpa y vaqueros rotos de diseño que caminaba por la acera se detuvo.

—¿Nikki? —Se quitó las gafas de sol y sonrió—. ¡Madre mía, qué casualidad!

Rook permaneció al margen con un codo apoyado en el brazo lanzador de Cy Young mientras observaba a Nikki y a su antiguo compañero de universidad abrazarse. Con un pelín de excesivo entusiasmo para su gusto. Ahora se arrepentía de haber accedido visitar el campus. Aquel tipo, Petar, le había caído como el culo desde el día que lo conoció, el otoño anterior. Rook se había convencido a sí mismo de que no se trataba de un ataque irracional y

posesivo de celos de éstos que provocan los ex novios de la pareja de uno. Aunque Nikki había dicho que se trataba precisamente de eso. Petar Matic, su ex novio croata, era el típico pijo europeo y Rook no podía creerse que Nikki no se diera cuenta de ello. Para Rook, el productor ejecutivo de *Later On*, un *late-show* que Rook consideraba televisión basura, se comportaba como si llevara la batuta de los *late-shows* con su mano blancuzca. Cuando lo cierto era que había sólo una cosa de la que Petar Matic llevara la batuta cada noche y Rook prefería no imaginársela.

—¡Hombre, pero si está James! —exclamó Petar soltando por fin a Nikki.

—Es Jameson —dijo Rook, pero Petar estaba demasiado ocupado chocando los hombros con él en plan machote para oírle.

Nikki le tocó la mejilla.

—Oye, pero si te has vuelto a dejar barba.

—Solo un poquito —dijo Petar—. De tres días, la barba de moda.

—Por lo visto hace furor en Macedonia —dijo Rook. Petar pareció ignorar la pulla y les preguntó qué hacían en Boston—. Una escapada. — Rook le pasó a Nikki un brazo por los hombros y dijo—: Queríamos pasar algo de tiempo solos.

—Y se me ocurrió enseñarle nuestro viejo territorio —dijo Nikki—. ¿Y tú?

—Yo también quería pasar tiempo solo. Pero solo de verdad. —Rio de su propio chiste y continuó—: He venido de Nueva York a pasar el día para dar una conferencia en un seminario sobre el futuro de los *late-shows*.

—¿Lo organiza el profesor Mulkerin? —preguntó Nikki.

—Sí. Es gracioso, me aprobó por los pelos y ahora soy su alumno estrella.

—Bueno, pues ha sido un placer verte —dijo Rook en lo que era el equivalente verbal de mirar el reloj.

—Lo mismo te digo, Jim. Qué pena no haber sabido que veníais. Podríamos haber quedado para cenar.

—¿Por qué no quedamos? —La sonrisa que Nikki le dirigió a Rook tenía la baza del sexo en el hotel escrita en letras mayúsculas.

Éste forzó una sonrisa.

—Genial.

En el taxi de vuelta al Lenox, puesto que Nikki no tenía un cuchillo, cortó el silencio con la lengua.

—¿Sabes lo que te pasa, Rook? Que tienes envidia de Petar.

—No me hagas reír.

—Te cae mal y se te nota.

—Lo siento, pero cenar con tu ex novio no entraba dentro de mis planes para la ERMTEUC. ¿Es tu venganza por darme un masaje con una fisioterapeuta que resultó ser algo atractiva?

—Rook, era una modelo de Victoria's Secret sin las alas.

—Sí, eso mismo pensé yo.

—Tus celos son evidentes y están fuera de lugar. Vale, Petar intentó volver conmigo cuando nos encontramos el pasado otoño, pero le paré los pies.

—¿Te tiró los tejos? Nunca me lo habías contado.

—Ahora no es más que un viejo amigo. —Hizo una pausa para mirar la torre Prudential y luego dijo—: Y sí, estamos en el EDR ése lo que sea. Pero permíteme que te recuerde (porque igual tú sigues traumatizado o en fase de negación después de que te dispararan) que Petar resultó de gran ayuda en aquel caso. Y ésta es mi oportunidad de agradecersele.

—¿Haciendo que yo le invite a cenar?

Nikki miró por la ventana y sonrió.

—Si es que todo son ventajas.

Rook reservó una mesa en el Grill 23 por la sencilla razón de que, si era lo bastante bueno para Spenser, detective privado, entonces también lo sería para él. Después de empezar con unas almejas y una botella de Chardonnay Cakebrad, la cena no le resultó tan infernal. Durante la mayor parte de la misma se dedicó a sonreír y escuchar mientras Petar alardeaba de sí mismo y de su apasionante trabajo detrás de las cámaras consiguiendo invitados para *Later On*

—Estoy a puntito de conseguir el plato fuerte —dijo bajando la voz—: Brad y Angelina.

—Guau —dijo Nikki—. Brangelina.

—Odio esos apodos tan cursis —dijo Rook.

Petar se encogió de hombros.

—Nikki, ¿te acuerdas de cómo nos llamaban a nosotros? Petnik.

—¡Petnik! —rio Nikki—. Madre mía. Petnik.

Rook se sirvió más vino mientras se preguntaba qué tendrían esos mequetrefes de aspecto desvalido y ojos de carnero degollado para atraer tanto a las mujeres. ¿Sería la atracción fatal del fracaso y los cabellos rebeldes?

Después de un plato principal con incursiones al baúl de los recuerdos y de que Nikki hubiera comprobado por quinta vez si tenía mensajes de la comisaría, Petar pareció salir de su ensimismamiento y reparar en que estaba preocupada. Nikki apoyó el tenedor con un succulento buñuelo de patata impregnado de salsa de pato todavía pinchado y se limpió la boca con la servilleta. Le contó a Petar la nueva pista sobre el caso de su madre y se detuvo sólo cuando vino el camarero a llevarse los platos.

Es justo reconocer que —por una vez— Petar escuchó atentamente sin interrumpir, y que su expresión se tornó seria y una vieja tristeza asomó a sus ojos. Cuando Nikki terminó de hablar movió la cabeza y dijo:

—No hay manera de dejar eso atrás, ¿verdad?

—Quizá logre cerrar el caso alguna vez, pero ¿dejarlo atrás? —Hizo un gesto con la mano como desechando la idea.

—No sé cómo lograste superarlo, Nikki. —Petar le apoyó una mano en la muñeca—. Fuiste muy fuerte entonces.

Rook hizo un gesto pidiendo la cuenta.

—Quizá por eso rompimos —dijo Nikki.

Petar esbozó media sonrisa y dijo:

—¿Y no porque te engañara?

—¡Ah! —Nikki sonrió—. Eso también, claro.

Cuando estaban saliendo, Nikki fue al lavabo y Petar le dio las gracias a Rook por la cena.

—Eres un tío con suerte, Jameson Rook —dijo arrastrando la erre, un vestigio de su acento croata—. No lo estropees, ¿vale? De verdad que espero que tengas más suerte que yo. Nunca conseguí traspasar su muralla defensiva.

Igual tú no te rindes.

Muy a su pesar, Rook tuvo que admitir que el ex novio de Nikki y él sí tenían algo en común, después de todo.

El aire de abril se había enfriado durante la noche y mientras esperaban el domingo por la mañana en la acera desierta a la puerta del conservatorio a la antigua profesora de su madre, Nikki reparó en que de la nariz de Rook salían nubecillas de vapor. Aquello le recordó al aliento de Lauren Parry en el interior de la cámara frigorífica del camión, así que se giró y se puso a mirar un autobús que enfilaba la avenida Huntington. Entonces los dos oyeron una animada música de sintetizador seguida de una voz de hombre amplificadas cantando un tema de la película *Flashdance*: la canción «Maniac». Ambos se volvieron intentando averiguar de dónde venía aquello.

—Es ahí —dijo la mujer de pelo cano que se acercaba a ellos desde la parada del autobús, y señaló a la ventana abierta de la planta octava de un edificio de apartamentos detrás del colegio mayor del conservatorio, donde un hombre negro con camisa negra de manga larga, chaleco a juego y sombrero de fieltro cantaba ante un micrófono de karaoke—. Es Luther. —Saludó hacia la ventana y Luther hizo lo mismo sin dejar de cantar y bailar, su voz atronadora retumbando contra la fachada del conservatorio—. Todas las mañanas, en cuanto me ve, me hace un casting para el conservatorio. Le he explicado que no enseñamos música pop, pero parece darle lo mismo. —La profesora Yuki Shimizu alargó al mano y se presentó.

Los tres subieron los desgastados peldaños de mármol y cruzaron las míticas puertas de madera que daban al vestíbulo.

—La escuela de música privada más antigua de Estados Unidos. Y no, yo no estaba aquí cuando se fundó. Aunque lo parezca.

Cuando pasaron por el control de seguridad la profesora Shimizu dijo:

—Perdona que te mire así, pero es que no puedo evitarlo. Eres igual que tu madre. —La sonrisa de la anciana iluminaba por completo su rostro y conquistó a Nikki—. Tómalo como un cumplido, querida.

—Así lo haré, profesora. Gracias.

—Y puesto que es mi día libre, ¿qué tal si me llamáis Yuki?

—Y yo soy Nikki.

—A mí casi todo el mundo me llama Rook. Pero Jameson también me gusta.

—He leído tus artículos.

—Gracias.

Los ojos de la mujer se iluminaron con un brillo travieso.

—No he dicho que me gustaran. —Le guiñó un ojo a Nikki y los condujo por un pasillo situado a la derecha. A pesar de las canas, fruto de sus más de setenta y seis años de edad, caminaba con vitalidad y decisión, como si ni siquiera supiera lo que es un día libre.

Al pasar por delante de una sala de ensayos vieron a unos cuantos estudiantes desperdigados esperando su turno sentados con las piernas cruzadas en la alfombra roja y marrón con sus mochilas y cajas de instrumentos al lado, escuchando música en sus iPods. Desde el interior de la sala y a pesar de la puerta cerrada, se oía el *Bolero*, todo exuberancia y percusión. Rook se inclinó hacia Nikki y pícaramente le susurró:

—Hum. El *Bolero*...

La profesora Shimizu, que iba unos pasos por delante de ellos, se volvió:

—¿Le gusta Ravel, señor Rook? —preguntó dejando claro que tenía muy buen oído—. Es casi tan sensual como *Flashdance*, ¿verdad?

Los llevó escaleras abajo, hasta la audioteca Firestone, donde había preparado un reservado para que pudieran charlar tranquilamente y en privado. Una vez estuvieron sentados, la profesora miró de nuevo a Heat y dijo:

—Nikki, te hiciste policía, ¿verdad? Ya veo que la teoría del palo y la astilla no es cierta en tu caso.

—La verdad es que iba para actriz —dijo Nikki—. Estudié aquí al lado, en Northeastern, y estaba a punto de licenciarme en Artes Escénicas cuando mataron a mi madre.

Entonces la profesora Shimizu la sorprendió. Se puso en pie, fue hasta la silla de Nikki y entrelazó sus manos con las de ésta.

—No tengo palabras. Y las dos sabemos que nada puede llenar ese vacío.

Rook vio que Nikki parpadeaba para contener las lágrimas mientras la profesora regresaba a su sitio, así que empezó él:

—Profesora, ¿le importa que regresemos un momento a su palo metafórico?

La anciana se volvió hacia Nikki.

—Estos escritores...

—¿Le parece que la madre de Nikki tenía futuro como intérprete?

—Hablemos de la estudiante en conjunto, Jameson. El propósito de esta institución no es fabricar intérpretes como si fueran salchichas. Esto es una escuela, pero también una comunidad. Hacemos hincapié en la colaboración y en el crecimiento. El crecimiento artístico, técnico, pero sobre todo personal. Todos son necesarios para alcanzar la excelencia. —La vieja profesora se volvió hacia Nikki—: Dicho en otras palabras, tu madre encarnaba esos valores como pocas veces he visto en mis casi sesenta años aquí, como estudiante primero y como docente después. —Hizo una pausa para crear efecto y añadió—: ¿Y tengo aspecto de trolera? —Heat y Rook rieron, pero ella permaneció seria—. Sin embargo tu madre también me desconcertaba, Nikki. Estudiaba, practicaba, investigaba, experimentaba y luego volvía a estudiar y a practicar. Y todo para hacer realidad su pasión, su sueño de convertirse en una concertista de piano de primera fila. Sabía que lo conseguiría. Entre los profesores hicimos una porra apostando cuándo conseguiría su primer contrato con la Deutsche Grammophon.

—¿Y qué pasó? —preguntó Rook.

—Pregunta equivocada. Lo que quieres decir es: «¿Qué coño pasó?». —Miró a Nikki y dijo—: Tú tampoco lo sabes, ¿verdad?

—Por eso hemos venido a verla.

—Es algo que había visto antes, claro. Pero las razones solían ser el alcohol, las drogas, la mala influencia de un hombre o una mujer, quemarse antes de tiempo, miedo escénico o enfermedad mental. Pero tu madre... se fue a Europa de vacaciones después de licenciarse y... —La profesora levantó ambas manos y después las dejó caer de nuevo sobre el regazo—. No había ninguna razón. ¡Cuánto talento desperdiciado!

Rook rompió el breve silencio que siguió:

—¿De verdad tenía tanto talento?

La profesora sonrió.

—Dímelo tú. —Se giró en la silla hacia la consola que había a su espalda y encendió el televisor—. Por favor, las luces —dijo.

Rook se levantó, apagó la luz del techo y acercó su silla a la de Nikki, colocándola delante de la pantalla. La imagen que apareció, una cinta de 16 milímetros pasada a formato VHS años atrás, parpadeó y luego se definió. Se escucharon aplausos y la profesora Yuki Shimizu, joven, con el pelo negro azabache y vestida con un traje de pantalón, subió a un podio. El subtítulo decía: «Recital en Keller Hall, 22 de febrero de 1971». Entonces la profesora dijo en un susurro:

—Cualquiera puede aporrear a Beethoven y quedar muy aparente. He elegido esta grabación por su simplicidad, para que podáis apreciar todos sus matices.

—Buenas noches —dijo la profesora en la pantalla—. Hoy tenemos un regalo especial. La *Pavana* del compositor francés Gabriel Fauré. Opus 50. Interpretada por dos de nuestros mejores estudiantes, Leonard Frick, al violonchelo y, al piano, Cynthia Trope.

Al escuchar el nombre de soltera de su madre, Nikki se acercó más a la pantalla conforme la cámara enfocaba a un estudiante increíblemente delgado con gruesas patillas y una explosión de pelo crespo detrás de un violonchelo. A continuación Cynthia aparecía en la pantalla, con un austero vestido negro sin mangas y cabellos castaños que le rozaban los hombros. Al verla, Heat carraspeó y a Rook le pareció que veía doble.

La pieza empezaba en el Steinway, majestuosa, lenta, liviana y lastimera. Los elegantes brazos de Cynthia y sus dedos esbeltos recorrían el teclado en suaves olas y a continuación se le unía el chelo, en armonía y en contrapunto.

—Sólo una cosita y ya me callo —dijo la profesora Shimizu—. Es una obra coral, pero en este arreglo esa parte la hace el piano. Es increíble lo que consigue.

Durante seis minutos miraron y escucharon hipnotizados a la madre de Nikki —entonces sólo tenía veinte años— deslizarse debajo, dentro y entre la quejumbrosa melodía del violonchelo en gracioso movimiento, tocando con fluidez y seguridad, su cuerpo balanceándose al compás de la música y del piano, la viva imagen de talento. Cuando la aterciopelada obertura se tornó

marcadamente dramática, comunicando aflicción, tragedia y discordancia, la serenidad de Cynthia se quebró y empezó a golpear las teclas con gestos atormentados y violentos. Los músculos del cuello y del brazo se resaltaban con cada una de sus estocadas, inundando el auditorio de súbitas convulsiones antes de regresar sin solución de continuidad a la melodía, a la danza majestuosa, huyendo con su interpretación de todo exceso dramático y logrando en su lugar el verdadero propósito del compositor, la prima sofisticada del melodrama: la melancolía. Al concluir, sus dedos dieron forma a las notas con una dulzura no sólo escuchada, también sentida. En su solo final, su tersa creación evocaba un paisaje de mullidos copos de nieve aterrizando suavemente en ramas heladas.

Cuando sonaron los aplausos la madre y el cellista saludaron con humildad. Rook miro a Nikki esperando ver lágrimas en sus mejillas a causa del vídeo. Pero no, eso sería melodrama. Su reacción estaba en consonancia con la interpretación de su madre: melancolía. Y nostalgia.

—¿Queréis ver otra? —preguntó la profesora.

—Por favor —dijo Nikki.

El vídeo siguió avanzando y el dúo se convirtió en un trío cuando una compañera de clase subió al escenario con su violín. Heat y Rook reaccionaron al mismo tiempo. Rook dijo:

—Pare la cinta.

Nikki gritó:

—No, no la pare. Congele la imagen. ¿Puede hacerlo?

La profesora Shimizu pulsó el botón de pausa y la imagen de la violinista se congeló en el momento en que cogía su violín y su arco dejando ver una pequeña cicatriz que tenía en el brazo.

—Es ella —dijo Rook poniendo en palabras lo que Nikki ya sabía—. La violinista es la mujer sin identificar de la maleta.

5

Mientras el Acela Express discurría a gran velocidad camino de la estación Penn de Nueva York, Rook observaba por la ventana a una garza que pescaba bajo la nieve en la orilla de una marisma de la costa de Connecticut.

—De verdad, podrías decir algo —dijo Heat.

—¿A qué te refieres?

Rook apartó los ojos del paisaje de archipiélago que respunteaba el horizonte donde se recortaban varias mansiones de gran tamaño, cada una de ellas majestuosa y firmemente anclada en los diminutos islotes rocosos repartidos por la costa. Más de un siglo atrás, millonarios de Nueva York y Filadelfia en busca de paz e intimidad construyeron lo que caprichosamente llamaron casas de verano en aquellos montículos de granito, y convirtieron Long Island en un castillo con foso. Su total aislamiento le hizo recordar a Rook el comentario de Petar la noche anterior sobre la muralla defensiva de Nikki. Rook se volvió a mirarla, separada de él por una mesa.

—No he parado de rajar desde que salimos de Providence. ¿De verdad quieres oír mi teoría sobre por qué el *Bolero* de Ravel es el arma de seducción perfecta, bragas fuera, vámonos a la cama ahora mismo?

—Rook...

—Te lo digo en serio, es la pieza musical más erótica jamás compuesta. Con la posible excepción de *Mueve tu cu-cu*.

—Me estás volviendo loca, que lo sepas. Si no me hubieras animado a ir a Boston, nunca nos habríamos encontrado con esta pista. —El teléfono de Nikki vibró, era el detective Ochoa—. Genial —dijo y tomó unas cuantas notas. Después colgó y dijo—: Y hablando del caso, desde que identificamos

a Nicole Bernardin como nuestra mujer desconocida esta mañana, los Roach han localizado su apartamento. Está en la avenida Payson, cerca del Inwood Park. Van ahora para allá.

—Estos Roach no saben lo que es cogerse un domingo libre.

—Malcolm y Reynolds tampoco. Se han ofrecido a recogernos en Penn para que podamos ir también para allí. —Nikki consultó su reloj por enésima vez—. De todas maneras, llegaremos antes que si hubiéramos esperado a coger un avión.

Rook sonrió.

—No sabría decirte qué es exactamente, pero hay algo de Malcolm y Reynolds que me gusta.

Heat se puso a mirar de nuevo las fotocopias que la profesora Shimizu le había hecho de los archivos del conservatorio y del libro de antiguos alumnos de la promoción de 1971 de Nicole Aimée Bernardin. Mientras estudiaba el rostro de la estudiante francesa de violín en una de las fotografías, una instantánea tomada sin posar en la que aparecía riendo con su madre y Seiji Ozawa en Tanglewood, se dio cuenta de que Rook la miraba.

—¿Sabes lo que no consigo entender? —dijo éste—. Que tu madre nunca te hablara de ella. Dejemos a un lado lo alucinante del hecho de que la mujer dentro de la maleta de tu madre fuera una compañera suya de clase. Pero es que no eran sólo compañeras de clase. La profesora nos ha dicho que Nicole Bernardin y tu madre eran inseparables por aquella época. Amigas, compañeras de habitación. Joder, si hasta tenían su propio grupo de cámara. ¿Por qué crees que nunca te habló de ella?

Heat se puso a mirar otra fotocopia, también una fotografía del libro de antiguos alumnos donde aparecían su madre y Nicole. Ésta se había hecho en el Festival de Cultura Francesa de 1970 celebrado en el Hatch Shell, en la Charles River Esplanade. Las dos se miraban por el rabillo del ojo mientras tocaban, y el pie de foto decía: «Trope y Bernardin, dos a una». Pero para Nikki aquella foto decía: «Mejores amigas para siempre».

Rook preguntó:

—¿Crees que tuvieron una pelea gorda?

—¿Cómo lo voy a saber si nunca había oído hablar de ella?

—Escucha, tengo una teoría.

—Ya estabas tardando. ¿Seguro que no quieres ponerte el gorro de papel de plata?

—Nicole Bernardin mató a tu madre.

Nikki le miró y se limitó a preguntar:

—¿Y?

—Espera, estoy pensando en voz alta... Por eso tenía la maleta.

—Y después, diez años más tarde, alguien la mató, con el mismo modus operandi, y la metió en la maleta por casualidad, ¿no?

—Bueno... —Rook se revolvió en su asiento—. ¿Y si..., y si el marido de Nicole fuera el asesino de tu madre? Así fue como Nicole terminó en la maleta.

—Bueno, por lo menos eso entra dentro de lo posible.

—¿De verdad?

—Sí. Así que te aconsejo dejarlo antes de que empieces a desbarrar. — Cerró la carpeta y fijó la vista en el paisaje de marismas y bosques que discurría por la ventana sin mirarlo en realidad. En menos de un minuto Rook había vuelto a la carga, como si le hubiera dado al botón de reiniciar:

—Tiene que haber algún motivo por el que tu madre nunca mencionara a una amiga tan cercana.

—Rook, me están entrando ganas de pegarte un tiro.

—¿Estás intentando decirme que me calle?

—Gracias.

Rook se concentró de nuevo en el paisaje, logrando atisbar la última de las rocosas islas solitarias antes de que el tren entrara en un túnel y la pared de cemento le bloqueara la vista.

Aunque tuvieron que dar un rodeo para evitar una zona cortada en Dyckman por un escape de gas resultado del terremoto, llegaron en un tiempo récord al apartamento de Nicole Bernardin, situado en el extremo norte de Manhattan. El edificio, una elegante casa de dos plantas con vistas a Inwood Hill Park, al otro lado de la avenida, estaba construido en lo que un agente inmobiliario habría calificado de atractivo estilo Tudor. El barrio tenía aspecto de ser seguro y parecía bien conservado, una de esas zonas tranquilas

donde la gente pone fundas de lona a los coches y las barandillas que encierran los porches relucen recién pintadas. Pero cuando Heat y Rook entraron en la casa, el espectáculo que se encontraron fue muy distinto.

Desde el vestíbulo del piso inferior, miraran en la dirección que miraran, el desorden era espectacular. Armarios y cajones entreabiertos, cuadros y dibujos arrancados de las paredes yacían apoyados de cualquier manera con los marcos rotos en zócalos y quicios de puertas. Un escritorio chino antiguo en el comedor yacía abierto sobre un lado y rodeado de esquirlas de cristal como hielo picado. El suelo estaba cubierto de objetos decorativos, como si algo hubiera sacudido por completo el lugar.

—Dejadme que adivine: esto no es efecto del terremoto —dijo Rook.

La detective Heat se puso unos guantes azules. Raley le pasó unos a Rook y dijo:

—No, a no ser que el terremoto se paseara por la casa aplastándolo todo con unas botas del número 45.

Mientras recorría la casa desmantelada, Nikki tuvo un nuevo y asfixiante *déjà vu*. Su propio apartamento —que un día fue el escenario del asesinato de su madre— también había sido saqueado, aunque el asalto no había sido tan minucioso. El detective Damon lo había llamado «búsqueda interrumpida». Ésta en cambio había proseguido sin pausa hasta que el culpable encontró lo que buscaba o llegó a la conclusión de que no estaba allí.

Ochoa la recibió a la puerta del dormitorio principal. Mientras daban un rodeo para evitar al agente de la policía científica que estaba aplicando revelador de huellas dactilares a un pomo de cristal roto, Heat le preguntó a su detective:

—¿Hay indicios de sangre en alguna parte?

Ochoa negó con la cabeza y dijo:

—Tampoco de pelea. Aunque no creo que podamos estar seguros al cien por cien, con este caos.

—Yo te lo puedo asegurar al noventa y nueve por ciento, si te sirve de ayuda —dijo el jefe de la brigada de policía científica, Benigno DeJesus, mientras se levantaba de una alfombra detrás de un colchón volcado. En cuanto le vio, Nikki se relajó considerablemente. La escena del crimen no

podía estar en mejores manos.

—Detective DeJesus —dijo—, ¿a qué debemos el honor de verle en domingo?

El detective se bajó la mascarilla y sonrió.

—No lo sé. Hoy no pensaba hacer nada especial y cuando el detective me llamó y me habló de este caso... —Hizo una pausa y, con su modestia habitual, prosiguió—: Vamos, que me pareció interesante. Así que aquí estoy.

Nikki dirigió una rápida mirada a Ochoa preguntándose qué favor le habría pedido Miguel, el jefe de la científica, a cambio de enviar al mejor hombre de su departamento en su día libre, pero la expresión estoica de Ochoa era inescrutable.

DeJesus les hizo una breve visita guiada por la casa y les explicó que su hipótesis inicial era registro sin asalto. Señaló un segundo dormitorio, que Nicole Bernardin había destinado a despacho y que era la habitación que más revuelta estaba. Utilizó un puntero luminoso para mostrarle cuatro diminutas marcas circulares donde los apoyos de goma de su ordenador portátil habían estado antes de que alguien se lo llevara. El cable de alimentación, así como el cable USB a un disco duro desaparecido seguían en el lugar en que debían de haber estado conectados al ordenador. Los cajones de la mesa y los archivadores estaban todos abiertos y vacíos, a excepción de algún que otro artículo de papelería.

—El grado de meticulosidad me dice que quien registró la casa centró aquí casi toda su atención —dijo.

De regreso al dormitorio, el detective de la policía científica dijo que la propietaria de la casa no la compartía con un cónyuge. Los artículos de aseo, la ropa, la comida de la cocina y otros detalles sugerían que se trataba de una mujer que vivía sola, aunque guardaba condones en la mesilla de noche y un cepillo de dientes sin usar, crema de afeitar y un paquete de cuchillas desechables en el armario del cuarto de baño. Al oír aquello Nikki y Rook se miraron por el rabillo del ojo mientras cada uno tachaba tácitamente un punto de la lista mental que habían hecho sobre Cynthia Trope Heat y Nicole Aimée Bernardin. Las recetas en el armario de las medicinas llevaban todas

el nombre de Nicole y las escasas fotografías con los marcos rotos del suelo mostraban a la víctima a distintas edades acompañada de lo que parecían ser padres y hermanos. Nikki se agachó, curiosa por comprobar si su madre aparecía en alguna de ellas, pero no era así. Se levantó y vio que Rook estaba haciendo lo mismo en la habitación contigua.

Los Roach ya habían informado al detective DeJesus sobre los restos de disolvente de laboratorio y de polvo de ferrocarril encontrados en el cuerpo de la víctima, y éste prometió tenerlo en mente, así como coordinarse con Lauren Parry del Departamento Forense, sobre el informe toxicológico de Bernardin para comprobar si correspondía con los medicamentos encontrados en la casa y enterarse de cualquier otro dato que revelara la autopsia. Heat se quedó tranquila dejando el asunto en manos del capaz detective, pero antes de conducir a la comisaría 20 se dio una vuelta sola por la casa para hacerse su propia idea de lo ocurrido. Una de las cosas que quería comprobar satisfizo su curiosidad cuando la encontró. En el armario del piso inferior descubrió un juego de maletas completo, incluida una de idéntico tamaño a la que le habían robado a su madre. Todas estaban vacías y en el armario no quedaba espacio para aquélla en la que había sido encontrada la víctima. La información no era concluyente, pero disminuía las probabilidades de que Nicole Bernardin hubiera estado en posesión de la American Tourister y, por tanto, la hacía descender varios puestos en la lista de sospechosos del asesinato de su madre. Algo que le despertaba a Nikki sentimientos encontrados, porque lo cierto era que, diez años después, aquella lista seguía vacía.

El silencio en el despacho abierto de la comisaría mientras la detective Heat actualizaba las dos pizarras era tan completo que el único sonido era el chirrido de su rotulador en la superficie blanca conforme escribía en letras mayúsculas: «1. ¿Por qué matar a Nicole Bernardin? 2. ¿Por qué matar a Nicole Bernardin ahora?». No había terminado de escribir cuando dijo:

—Puesto que los dos crímenes parecen cada vez más relacionados, necesitamos pensar no sólo en el porqué, sino en por qué ahora, diez años después.

Se volvió hacia el semicírculo que Rook y su brigada habían formado alrededor. Aunque los había llamado un domingo por la tarde, todos los

detectives se habían presentado sin una sola queja. De hecho, más que cumplir con su deber, parecían estar disfrutando de la sensación de tener encomendada una difícil misión para ayudarla. Algunos incluso habían comprado cosas de comer para los compañeros que estaban de camino desde sus casas o desde la residencia de la víctima de Inwood. Las cajas de *bagels*, galletas y ensaladas estaban sobre la mesa de la única persona que no se había presentado, Sharon Hinesburg, quien tenía su móvil apagado, algo que iba en contra del reglamento. Heat golpeó la pizarra con el rotulador.

—Tened siempre presentes estas dos preguntas, ¿vale? Si resolvemos los casos será porque hemos logrado darles respuesta.

Aunque seguían atentos a Nikki, los ojos de todos estaban fascinados por las nuevas fotografías que ésta había puesto en la pizarra y la profunda —y literalmente gráfica— historia que narraban. En la pizarra de la izquierda, el plano ya familiar del cadáver de la mujer antes sin identificar y que ahora sabían que era Nicole Bernardin. A pocos centímetros, en la pizarra de la derecha, la maleta de la madre de Nikki con las iniciales grabadas por su mano infantil y, además, la instantánea de la actuación de Cynthia y Nicole cuarenta años antes en la Esplanade. Su efecto sobre el grupo no residía sólo en que probaba la relación entre las dos víctimas, sino en que el extraordinario parecido entre Cynthia Trope y su jefa de brigada acentuaba de forma drástica la necesidad que ya sentían de resolver el caso.

—A estas alturas, todos estáis al tanto de lo que descubrimos en Boston —empezó a decir Nikki—. Y también sabéis que han registrado el apartamento de Bernardin y, con toda probabilidad, lo han limpiado para eliminar posibles huellas. Se han llevado documentación, un ordenador portátil, incluso el correo. Ahora bien, los dos registros, el de la casa de mi madre y el de ahora, el de la de Nicole Bernardin, nos dicen que esto —señaló la pizarra dedicada a su madre— fue algo más que un robo frustrado a un domicilio. Alguien estaba muy interesado en encontrar algo en los dos sitios.

Feller levantó la mano.

—¿Damos por hecho que se trata de la misma persona?

—No damos nada por hecho. Y por supuesto no lo sabemos. Tampoco

sabemos si en los dos casos buscaban la misma cosa. El único denominador común es el modus operandi. Lo mismo que con los asesinatos.

Rook dijo:

—Yo tengo una teoría. Nicole era francesa. ¿Y si son ladrones internacionales de joyas buscando las dos mitades de un mapa del tesoro?

Malcolm conservó su expresión imperturbable para decir.

—Sí, claro, como en *La pantera rosa*.

Rook estaba a punto de asentir, pero notó cómo le miraba todo el mundo.

—Bueno, es una posibilidad.

Nikki siguió hablando:

—Otra cosa a tener en cuenta: no parece que falte ninguna de las maletas de Bernardin. Lo mismo con los cuchillos, que están en un portacuchillos de madera. He asignado a un par de agentes uniformados para que inspeccionen el vecindario y al departamento de vigilancia de parques públicos por si detectan alguna clase de actividad inusual o un vehículo extraño. Y nosotros tenemos bastante trabajo que hacer.

Empezó a escribir el nuevo reparto de tareas en la pizarra de Bernardin, con las iniciales de los detectives al lado de cada una:

—Detective Ochoa, quiero que investigues su biografía. Todas las cosas que se te ocurran que puedan salirse de lo normal: novios pasados y presentes; denuncias de acoso; órdenes de alejamiento; peleas familiares. Si no encuentras nada raro, habla con su peluquero. Te sorprenderá la de cosas que pueden llegar a saber.

—Como, por ejemplo, la cura de la alopecia —dijo Reynolds—. Tío, tu calva me está deslumbrando.

—Detective Reynolds, tú ponte otra vez en contacto con los gimnasios y asociaciones de corredores ahora que tenemos una fotografía y enséñasela. También mira en las páginas de contactos de Internet. Comprueba si Bernardin estaba registrada en alguna y si tuvo alguna cita que pudiera salir mal. Comprueba también las agencias matrimoniales más exclusivas. Es posible que una mujer profesional como ella recurriera a sus servicios.

—¿Y qué sabemos de su profesión? —preguntó el detective Malcolm.

—El papel con membrete y las tarjetas de visita encontradas en la casa

indican que la víctima tenía su propia empresa, era *headhunter* corporativa. —Heat leyó de una de las tarjetas—: «Grupo NAB. Búsqueda discreta y confidencial industrial e institucional en todo el mundo». NAB son sus iniciales.

Rhymer preguntó:

—¿Dirección?

—Es un apartado de correos, no figuran oficinas. El teléfono es un 88. He mandado comprobar el número y otras líneas que tuviera contratadas. La de la casa, si es que la tuvo alguna vez, se la habían llevado y, como recordaréis, cuando la encontramos no llevaba móvil.

Rook dijo:

—¿No tenía móvil? Eso es prácticamente como vivir en las cavernas o usar sanguijuelas para curar enfermedades.

Heat pegó la tarjeta en la pizarra.

—Tenía un sitio web, pero es sólo una página con la información que ya os he dado más una línea: «Referencias y recomendaciones bajo solicitud».

Raley dijo:

—Suena a tapadera o a negocio casero.

—Raley, tira de ese hilo a ver qué encuentras. Métete en Internet y busca posibles contratos a directivos, recomendaciones, ya sabes a lo que me refiero. —El detective asintió mientras tomaba nota—. Detective Feller, tú averigua su NIF, tanto el estatal como el federal. Así sabremos si tenía un contable.

—Y si lo encuentro, sólo tendré que seguir la pista al dinero —dijo Feller.

—Como buen sabueso que eres. Eso incluye cuentas bancarias, cajas de seguridad, tarjetas de crédito, préstamos y todo lo demás. Detective Malcolm, ¿tienes un traje?

—Sí, uno de cuero. El que llevaba cuando vino al mundo —la interrumpió su compañero, Reynolds.

—Da igual —dijo Heat—. Nicole Bernardin era ciudadana francesa, así que crúzate Central Park y haz una visita al consulado. A ver si la conocen. También llama al consulado de Boston. —Señaló la fotografía de la Esplanade—. Este evento cultural lo patrocinaron ellos y a lo mejor siguieron

en contacto. Entérate.

Rook había levantado la mano.

—¿Puedo decir una cosa?

—A ver —dijo Nikki.

—Se han llevado su portátil, ¿verdad?

—Y su disco duro externo y los pinchos de memoria.

—Exacto —continuó Rook—, pero yo viajo mucho con un portátil y hago copias de seguridad de forma compulsiva, ya sea enviándome documentos adjuntos por correo electrónico a mí mismo o usando las modernas cajas fuertes, es decir, mandándolos a un dispositivo de almacenamiento en la nube tipo Dropbox.

Heat dijo:

—Pues de hecho eso es una buena idea.

—La segunda que he tenido hoy.

Ochoa dijo:

—Ya te digo, este tío es de los elegidos, es de la casta de los Roach.

—Detective Rhymer —dijo Heat—, en cuanto terminemos pásate por la unidad de Informática y Tecnologías de la Información para ver si tienen a algún friki tipo los de la serie *The Big Bang Theory* que sepa cómo averiguar si Bernardin tenía archivos en la nube.

El detective de hablar suave y oriundo del sur del país hizo de nuevo honor a su apodo, Opie, al preguntar cortésmente:

—¿Y puedo darles el coñazo aunque sea domingo?

—Con mayor motivo —dijo Heat—. Así entenderán lo importante que es este caso.

Después de cenar se encontraron con que el ascensor de Heat seguía con el letrero de «Fuera de servicio» en la puerta. En el rellano del segundo piso, Rook se detuvo un momento para cambiarse de mano la bolsa de viaje que había llevado a Boston.

—Ya podían ponerles un motorcito a estos chismes.

—¿Quieres que te lo lleve?

—De eso nada —dijo Rook haciéndole un gesto para que apartara la mano—. Ésta es mi rehabilitación de hoy.

—No me lo digas, chico Pulitzer. Hoy toca rehabilitación y mañana la enfermera picarona para un masaje. ¿A que sí?

—Es lo que yo llamo un verdadero planazo —dijo Rook, y siguió subiendo escaleras.

Encontró una botella de Hautes-Côtes de Nuits del 2007 en el fondo de la nevera y después de acusar a Nikki de esconderla para bebérsela ella sola, se sentó a su lado en el sofá para ver su álbum de fotos.

—Es lo único que tengo —dijo Nikki señalando una caja de cartón con recuerdos familiares en el suelo, junto a ella—. Ni siquiera sé si falta algo. Quien registrara este apartamento la noche del asesinato se llevó el resto, no debió de darle tiempo a coger estas cosas.

—Nikki, si te resulta demasiado triste...

—Pues claro que es triste. ¿Cómo no iba a serlo? —Después le apoyó una mano en el muslo—. Por eso me alegro de que estés aquí conmigo.

Se besaron, cada uno saboreando el borgoña en la lengua del otro. Después Rook recorrió la habitación con la vista y dijo pensativo:

—Hay una cosa que siempre he querido preguntarte, pero que nunca he sabido muy bien cómo.

—¿Te refieres a cómo he sido capaz de vivir aquí después del asesinato? —Al ver su reacción añadió—: Venga ya, Rook, la manera en que acabas de mirar la habitación es la más ridícula que he visto en la vida. Bueno, exceptuando la última vez que te gané al póquer.

Rook no contestó y se limitó a mirarla. Nikki giró las piernas hacia la mesa baja y pasó los dedos por el álbum de fotos.

—Es difícil de explicar. Entonces todo el mundo me animaba a que me fuera a otro sitio. Pero para mí marcharme de aquí era como abandonar a mi madre. Puede que algún día sí quiera irme, pero hasta ahora vivir aquí me ha resultado lo más natural. Éste ha sido siempre mi hogar; mi vínculo con ella. —Se enderezó y dio dos palmadas para cambiar de estado de ánimo—. ¿Preparado para una aburrida sesión de fotos?

Empezaron despacio, pasando páginas con los retratos de los padres de Nikki en sus escuelas e institutos respectivos así como los bobalicones posados familiares, casi todos de personas bastante mayores. Las fotografías

del padre en la universidad George Washington incluían algunas tomadas mientras jugaba al baloncesto con los Colonials o exhibiendo su título de la escuela de negocios en la ceremonia de graduación en el Capitol Mall. Había muchas fotografías de su madre en el Conservatorio de Nueva Inglaterra, casi todas tocando un piano Steinway o de pie delante de uno. Incluso había una de la profesora Shimizu haciéndole entrega de un ramo de flores y un premio, pero ninguna del grupo de cámara, a excepción de una con Leonard Frick. Ni rastro de su amiga del alma Nicole Bernardin. Cuando Nikki cerró el primer álbum de tapas negras, Rook dijo:

—Es como un cruce entre el canal Syfy con Documentos TV en el que un desgarró en la curvatura del espacio tiempo ha borrado cualquier rastro de la mejor amiga.

Nikki le miró fijamente y dijo sin emoción alguna:

—Exactamente eso es lo que es.

Pero no pudo evitar sonreír un poco y Rook dijo:

—¿Sabes lo que deberíamos hacer? Es de cajón: preguntarle a tu padre.

—No.

—Pero él tiene que saber...

—Ni de broma, ¿vale? Así que olvídalo.

Su tono cortante no dejaba réplica posible, a excepción de:

—¿Seguimos?

El segundo álbum hacía una crónica del noviazgo de Jeff y Cynthia Heat, una pareja de anuncio recorriendo Europa, visitando París incluso, pero sin que Nicole apareciera por ninguna parte. Cuando Rook preguntó si no habría ido al banquete de boda, Nikki le dijo que no había habido banquete. Como buenos hijos de los setenta, sus padres habían sucumbido a un brote de rebeldía posthippy y se habían fugado. Las fotografías siguientes eran de Nikki de bebé en Nueva York, incluida una divertidísima en la que todavía casi no andaba y estaba aferrada a las rejas de hierro de Gramercy Park mirando enfadada a la cámara.

—He visto esa expresión en muchos de los detenidos cuando los metéis en el calabozo —dijo Rook. Nikki rio, pero cerró el álbum—. ¿No hay más? Venga ya, si ahora empezaba lo bueno.

—Hemos terminado. El resto son de mi desgarbada adolescencia y no estamos aquí para que te diviertas a mi costa. Ya tuve bastantes humillaciones en séptimo curso. Y desde luego en ninguna de estas fotos aparece Nicole.

—Se me ha ocurrido otra idea descabellada.

—¿A ti? No puede ser —dijo Nikki mientras volvía a llenar las copas.

—De hecho no es tan descabellada. ¿Has pensado, desde que nos enteramos de su nombre esta mañana, que igual tú te llamas así por Nicole? —Observó el efecto de sus palabras en la expresión de Nikki—. ¿A que ya no estoy tan loco?

Nikki pareció darle vueltas unos instantes y luego dijo:

—Pero es que mi nombre no es Nicole.

—¿Y qué? Nikki, Nicole; son parecidos. Y tiene sentido, sobre todo si eran tan amigas... Aunque, a juzgar por esto —señaló los álbumes de fotos—, Nicole tiene más pinta de amiga imaginaria que de otra cosa.

Nikki fue a su escritorio en el dormitorio que hacía las veces de despacho para hacer una ronda de llamadas desde el móvil sobre el caso y cuando volvió encontró a Rook sentado con las piernas cruzadas en mitad del salón.

—¿Se puede saber qué haces?

—Pues ser incorregible, es mi trabajo. —Pulsó el botón de play en el viejo reproductor de vídeo y en la pantalla de televisor apareció Nikki, sentada al piano junto a su madre. La fecha sobreimpresa decía: «16 de julio de 1985».

—Ya vale, Rook. Apágalo.

—¿Cuántos años tenías aquí?

—Cinco. Y ya hemos visto bastante, no hace falta seguir.

Se escuchó un voz masculina y grave en off:

—¿Qué vas a tocar, Nikki?

—¿Es tu padre? —preguntó Rook.

Nikki se encogió de hombros como si no supiera la respuesta a la pregunta y se quedó donde estaba, mirando la pantalla.

En aquel vídeo grabado hacía más de veinticinco años, una Nikki Heat niña, enfundada en un jersey amarillo, balanceaba los pies adelante y atrás en

el taburete y sonreía. Después gritaba a la cámara:

—Voy a tocar a Wolfgang Amadeus Mozart.

Rook esperaba escuchar *Estrellita del lugar*, pero en lugar de eso la niñita miró a quien fuera que sostenía la cámara y anunció con la mayor seguridad:

—Su sonata número 15.

Entonces Cynthia le hacía una seña con la cabeza para que empezara y Nikki apoyaba las manos en el teclado, contaba en silencio y comenzaba a tocar una pieza que Rook enseguida reconoció. Se acercó al televisor, cuando menos impresionado. Era una pieza difícil, pero factible para unas manos pequeñas y Nikki tocaba todas las notas sin fallar ninguna. La cadencia se notaba memorizada, pero ¡es que era una niña de cinco años! Mientras continuaba tocando, su madre se acercaba y le decía:

—Precioso, Nikki, pero no corras. Como Mozart solía decir: «El espacio entre notas también es música».

Heat permitió que Rook disfrutara de su momento voyeur, pero detuvo el vídeo en cuanto se terminó la pieza. Rook aplaudió de corazón. Se volvió al piano situado al otro lado de la habitación. El mismo y en el lugar exacto que aparecía en el vídeo.

—¿Sigues sabiendo tocar esa sonata?

—Ni hablar.

—Venga ya. A petición del público.

—No. Se acabó la función.

—Por favor...

Nikki se sentó en el sofá, de manera que daba la espalda al piano. Transmitía la misma vibración que delante del cuadro de Sargent que había evitado mirar en Boston.

—Tienes que entenderlo, ni siquiera le he quitado la tapa desde que la asesinaron. —Sus facciones se tensaron y su tez adquirió una ligera palidez—. Soy incapaz de tocar. No puedo.

Dos sirenas pasaron aullando bajo su ventana en plena noche y Nikki se despertó. Alguien camino del hospital o de la cárcel, algo que aquella vieja canción de los Eagles describía tan bien. El despertador en la mesilla de noche marcaba las 3.26 de la madrugada. Alargó un brazo para tocar a Rook

y solo palpó sábanas frías.

—Por favor, dime que no estás viendo porno por Internet —dijo mientras se ataba el albornoz. Rook estaba sentado en calzoncillos en su mesa del comedor, a oscuras, su cara iluminada siniestramente por la luz lunar de la pantalla de su portátil.

—En cierto modo sí. Es el porno de los escritores. —La miró. Los pelos de punta que siempre tenía al levantarse de la cama acentuaban su aspecto de loco—. ¿Por qué serán tan adictivas las búsquedas en Google? Es como sexo furtivo. Te preguntas: ¿Debería hacerlo? Pero no consigues quitártelo de la cabeza, así que al final dices: A la mierda y antes de que te des cuenta estás jadeando sudoroso por la emoción porque has encontrado justo lo que buscabas.

—Oye, si prefieres que te deje solo...

Giró el MacBook hacia ella para que pudiera ver los resultados de su búsqueda.

—Leonard Frick. ¿Te acuerdas del tipo del chelo en el vídeo de tu madre?

—También conocido como «el violonchelista».

—Y que también tocaba el clarinete en el trío de cámara con Nicole. Un tío de múltiples talentos. —Rook señaló la pantalla con el dedo pulgar—. Leonard Frick, licenciado por el Conservatorio de Nueva Inglaterra y en la actualidad primer clarinetista de la Queens Symphony Orchestra.

—También conocido como «primer clarinete».

—Por eso dejé el fagot. Demasiada terminología. —Rook se puso en pie—. Este tipo tuvo que conocer a tu madre y a Nicole mejor que nadie. Tenemos que ir a verle.

—¿Ahora?

—Claro que no, primero tenemos que vestirnos.

Nikki se apretó contra él y le acarició el culo con las dos manos. Después lo acercó contra sí apretándole los glúteos.

—Pero ¿ahora mismo?

Rook le soltó el albornoz y notó el calor de su piel contra el pecho.

—Supongo que podríamos volver a la cama. Un ratito sólo. Nos dará tiempo a pasarnos a verle de camino a la comisaría.

A las siete y media de la mañana Heat y Rook esperaban en la acera, a la puerta del Starbucks del barrio, con tres cafés. Uno para cada uno y el otro para el conductor del coche que había pedido Rook y que les esperaba apoyado contra el guardabarros del Lincoln negro, en la acera contraria de la 33. El tráfico se detuvo y el semáforo se abrió, pero cuando estaban a mitad de la calle el conductor gritó:

—¡Cuidado!

Entonces escucharon el rugido de un motor y, al volverse, vieron el morro de una furgoneta marrón a escasos centímetros de atropellarlos a los dos. Dieron un salto hacia atrás justo a tiempo y la camioneta enfiló la intersección y siguió su camino a gran velocidad. Todavía impresionados, se apresuraron a terminar de cruzar antes de que se cerrara el semáforo.

—Joder, qué susto me ha dado. ¿Están bien?

Nikki comprobó que tenía una pierna manchada de café con leche, algo normal en ella, y se lo limpió con una servilleta.

—¿Qué estaba haciendo ese tío? —preguntó—. ¿Mandar un mensaje por el móvil?

—No. Debía de estar borracho o drogado —dijo el conductor—. La estaba mirando a usted.

Nikki dejó de limpiarse la mancha y se acercó a la calzada para ver si lograba ver la matrícula del vehículo. Pero éste había desaparecido ya.

—¿Soy sospechoso? —preguntó Leonard Frick.

El otrora chico flacucho vestido de esmoquin con el pelo rizado y vaporoso había ganado peso con los años. Ahora, al verlo sentado frente a ella en la sala de ensayos de la Aaron Copeland School of Music del Queen College, Heat calculó que tendría setenta y dos años, y el único pelo que le quedaba en la cabeza era una perilla enmarcada por unos hoyuelos que cuando sonreía parecían paréntesis.

—No, señor. Es sólo porque estoy intentado reunir información.

Rook dijo:

—Pero usted no las mató, ¿verdad?

—Claro que no. —Y a continuación se dirigió a Nikki—: Éste no es policía, ¿a que no?

—¿Cómo lo ha sabido?

Aquello hizo aparecer de nuevo los hoyuelos del señor Frick mientras reía. Parecía encantado de verles y les explicó cómo su carrera musical había pasado por altos y bajos desde la década de 1970. Primero había trabajado de sustituto en algunas orquestas pequeñas en el noreste del país. Luego rachas de desempleo en las que se había llegado a plantear su vocación hasta que logró trabajo fijo en orquestas de musicales de Broadway, incluidos *Phantom*, *Cats* y un reestreno de *Thoroughly Modern Millie* antes de pasar a formar parte de la Orquesta Sinfónica de Queens.

—Claro que no es la Filarmónica de Filadelfia, pero pagan bien, tengo prestaciones y además una vez al año toco un solo de clarinete en la obertura de *Rhapsody in Blue*, de Gershwin. Merece la pena sólo por tocar esa nota ascendente y ver sonreír a todos los de la orquesta. Incluso los fagotistas, que están todos como una cabra —Rook sonrió y asintió dándole la razón. Leonard le dio el pésame a Nikki—. Yo quería mucho a tu madre. Las quería a las dos, pero, créeme, tu madre tenía mucho más talento, con diferencia. Y no lo digo porque estuviera enamorado de ella. Todos los chicos lo estábamos. Era muy guapa, como tú. Y tenía ese talento especial, ésa... fuerza que la hacía competitiva y la impulsaba a sobresalir, pero también era muy cariñosa con sus compañeros. Maternal, incluso. Algo muy raro en un conservatorio de música, donde la competencia es salvaje.

—Sobre eso quería preguntarle precisamente —dijo Rook—. ¿Es posible que hubiera rivalidades que se prolongaran en el tiempo?

—No que yo sepa. Además, Cindy estaba demasiado centrada en su música como para hacerse enemigos o perder el tiempo en tonterías. Trabajaba muy duro. Se estudiaba todas las grandes grabaciones de piano, Horowitz, Gould; todas. Era la primera en llegar a la sala de ensayos por la mañana y la última en salir por la noche —dijo riendo—. Una noche de domingo la vi en Cappy's Pizza y estuve a punto de ir hasta su mesa a gastar una broma, preguntarle cómo podía perdonarse a sí misma no estar ensayando, sobre todo teniendo un recital de Chopin al día siguiente. Pero entonces me fijé y vi que estaba moviendo los dedos sobre el mantel, como si fuera un teclado.

—Señor Frick —dijo Nikki—, ¿se le ocurre alguien de aquella época que pudiera tener una razón para matarlas? ¿A mi madre, a Nicole o a las dos? —La respuesta de Frick fue de nuevo negativa—. ¿Se ha puesto en contacto con usted alguien que las estuviera buscando?

Otra vez no. Rook entonces decidió llevar la conversación por el camino del calcetín desaparejado.

—No es usted el primero que nos habla del talento y la determinación de Cynthia.

—Y de su talento.

—¿Qué pasó?

—Ni idea. Ocurrió así —chasqueó los dedos—. Fue después de que Nicole la invitara a pasar un par de semanas con su familia en París, cuando nos licenciarnos. —Se volvió hacia Nikki para explicarle—: La familia de Bernardin era rica. Los padres de Nicole se ofrecieron a pagarle el viaje y el plan era que tu madre volvería a tiempo para presentarse a las pruebas de admisión de las orquestas sinfónicas que ya la habían preseleccionado. Se suponía que iba a estar fuera dos o tres semanas. Estamos hablando de junio de 1971. No volvió hasta 1979.

—Puede que le ofrecieran trabajo en alguna orquesta europea —sugirió Nikki.

Frick negó con la cabeza.

—Qué va. Cindy no llegó a hacer pruebas para ninguna orquesta. Ni allí ni aquí. Jamás firmó un contrato de grabación. Lo dejó todo.

—¿Qué cree que la hizo cambiar? —preguntó Rook—. ¿Pudo ser Nicole?

—Quizá. Pero no porque tuvieran una relación. A las dos les gustaban los hombres. —Hizo una pausa—. Excepto uno, yo. —Sonrió y después sus hoyuelos desaparecieron—. Algo pasó allí aquel verano. Cindy se marchó llena de energía y se desinfló por completo.

Los miembros de la orquesta empezaban a llegar para el ensayo. Leonard se levantó y cogió la chaqueta que decía «Sólo miembros de la orquesta» del respaldo de la silla.

—¡Lo que daría por un décima parte del talento de tu madre!

Rook marcó el teléfono del chófer del servicio de coches de alquiler que

había contratado para la mañana y el vehículo negro se detuvo en la puerta número 3 del campus en el momento preciso en que Nikki y él llegaban de su corto paseo de la escuela Copeland.

—Una cosa me ha quedado clara —dijo Rook mientras se incorporaban a la autovía de Long Island de camino a la comisaría—. La forma en que ha descrito a tu madre: ambiciosa, competitiva..., pero ¿maternal? La profesora Shimizu se equivocaba con lo del palo y la astilla.

—Rook, ¿te importa dejarlo? —Nikki bajó la ventanilla y cerró los ojos dejando que el viento le diera en la cara mientras pensaba.

Después de un kilómetro en silencio el conductor dijo:

—Señor Rook, puesto que ha sido tan amable de invitarme a un café le he comprado el periódico, por si le apetece echarle un vistazo.

—Claro, ¿por qué no?

El conductor le alargó el *Ledger*. Rook había esperado que se tratara del *New York Times*, pero un poco de sensacionalismo de vez en cuando no le hace mal a nadie. Por lo menos eso fue lo que pensó al leer el titular de portada.

—Me cago en la...

Heat se giró.

—¿Qué?

Entonces vio el periódico, se lo quitó de las manos y se puso a leerlo, muda de rabia.

6

Mujer congelada arroja nuevas pistas sobre caso abierto

Exclusiva de Ledger

Por Tam Svejda, redacción de Nueva York

Como si la noticia del descubrimiento la semana pasada del cadáver congelado de una mujer en el interior de un camión de refrigeración en el Upper West Side no fuera suficientemente estremecedora, ahora se ha producido en este escabroso caso una nueva vuelta de tuerca. Fuentes exclusivas a las que ha tenido acceso *Ledger* y que están al tanto de la investigación policial confirman que la víctima apuñalada y desconocida no sólo ha sido identificada como Nicole Aimée Bernardin, ciudadana francesa con domicilio en Inwood, sino que la maleta en cuyo interior la encontró la policía perteneció en otro tiempo a una víctima apuñalada en circunstancias similares en un caso de 1999 que continúa sin resolver. Los dos asesinatos dieron ayer un giro insólito cuando los investigadores descubrieron que madame Bernardin conocía a la primera víctima, Cynthia Trope Heat, apuñalada en su apartamento de Gramercy Park la víspera de Acción de Gracias hace diez años. La hija de la señora Heat, la detective de homicidios de la Policía de Nueva York Nikki Heat, atractiva agente convertida recientemente en modelo de portada de revista en un reportaje dedicado a «lo mejor de Nueva York», ha sido designada para dirigir la investigación por el capitán de comisaría Wallace *Wally* Irons, cuyo acierto a la hora de elegir a Heat ya ha dado sus frutos.

¿Son estas dos muertes mera coincidencia u obra de un asesino en serie? No hemos podido contactar con el capitán Wallace para conocer sus impresiones, pero esta periodista se atreve a formular una hipótesis: los casos abiertos, mejor cerrarlos de dos en dos.

Heat dobló el periódico y lo dejó en el asiento con violencia. Rook raras veces la había oído decir palabrotas, pero quizá había llegado el momento.

—Qué asco —dijo. Los músculos de su barbilla se contrajeron y los labios palidecieron de tanto como los apretaba.

Rook debería haber mantenido la boca callada, pero no lo hizo.

—Por lo menos lo que dice es verdad.

—Ni se te ocurra —empezó a decir Nikki, pero entonces le vino algo a la cabeza y le miró pensativa. Rook sabía por qué. No era la primera vez que se las veían con aquella periodista.

—No, yo no soy la fuente de Tam Svejda. —Pero Nikki siguió mirándole fijamente y Rook se sintió igual que aquellos criminales reincidentes a los que había visto quedarse pegados a la silla en la sala de interrogatorios—. En primer lugar, ¿cuándo iba a hacerlo?

—Durante tu sesión de Google esta madrugada.

—Sí, ya. —Le cogió el *Ledger* y miró la parte superior de la portada—. Para entonces esta edición ya estaba cerrada. —Se lo devolvió—. Además, ¿qué motivos iba a tener?

Aquello pareció frenar a Nikki, pero no logró hacerla desistir.

—Bueno, tú y esta Tam Svejda, la checa despampanante...

—... Somos viejos conocidos, sí. Pero sólo que me acostara con ella un par de veces no me convierte en fuente de todas sus exclusivas.

—Me dijiste que una vez lo fuiste.

—Tú lo has dicho —sonrió—. Una vez, en una galaxia muy, muy lejana. —Cuando Nikki pareció ablandarse un poco añadió—: ¿Quieres que la llame?

—No. —Sin embargo, después de pensárselo rectificó—: Sí.

Pero su mirada decía no.

La ciudad aún no había recuperado el ritmo normal desde el terremoto y

un nuevo problema de infraestructuras obligó al coche a desviarse por el puente de Queensborough para cruzar el East River porque las autoridades habían cerrado el que llevaba al centro de la ciudad. El conductor sintonizó la emisora 10-10 WINS, que informaba de que el cierre se debía a una acumulación de agua en el interior del túnel producto de una fuga de procedencia misteriosa.

—Fugas. De agua, de información... Esta mañana las tenemos todas —dijo Rook, pero a Nikki no pareció hacerle gracia.

Después de dejar a Rook en la acera frente a las oficinas de *The New York Ledger*, en el centro de la ciudad, Heat continuó hasta la comisaría 20, donde la recibió el runrún de los miembros de su brigada trabajando en las tareas asignadas. Vio a Sharon Hinesburg cerrando a toda prisa la ventana de la tienda *online* de botas UGG en su ordenador y pulsando el botón que oculta las pestañas abiertas en Internet para volver a la página de la base de datos de huellas dactilares.

—Ayer te echamos de menos, detective Hinesburg.

—Eso he oído. Es lo que me pasa por no tener el teléfono encendido el sábado por la noche.

—No, perdona. Es lo que me pasa a mí cuando uno de mis detectives está ilocalizable, y eso no puede ser. ¿Queda claro? —Hinesburg contestó con un saludo militar exagerado que, como casi todo lo que hacía, cabreó sobremanera a Nikki. Sin embargo lo dejó pasar, puesto que ya le había dicho lo que tenía que decirle. La puso a trabajar en la comprobación de las lecturas de teléfono de Nicole Bernardin para ver si encontraba algo y siguió hasta su mesa.

Para su decepción, la única novedad en la sala era que el trabajo seguía en marcha. Todos los informes —sobre huellas dactilares en la casa de Inwood, la investigación de las actividades como *headhunter* de Bernardin para acceder a sus datos fiscales, los extractos de sus tarjetas de crédito— o bien no traían nada, o bien estaban retrasados o carecían de pistas que resultaran útiles. En cualquier otro caso, echaría mano de su inteligencia y su experiencia acumulada a lo largo de los años para tener presente que es imposible encontrar el hilo conductor hasta que este asoma. Se diría que los

casos se resuelven a base de trabajo duro y paciencia. Pero aquélla no era una investigación cualquiera. Aunque había logrado no sólo identificar a la víctima, sino encontrar una conexión decisiva entre aquel caso y el de su madre, Nikki quería avanzar más e inmediatamente, a ser posible. Ya llevaba diez años siendo paciente.

Rook entró con una sonrisa y un café con leche.

—¿Te has enterado de quién le ha filtrado la información a Tam? —le preguntó Nikki en voz baja mientras la conducía hacia la cocina.

—Sí. Y ni siquiera he tenido que acostarme con ella. Simplemente la engañé haciéndole pensar que ya lo sabía. No sé si te has dado cuenta, pero Tam Svejda no suele ser la más lista de la habitación, ni siquiera cuando está sola.

—Muy agudo, Rook. Guárdate el ingenio para tu próximo artículo. Lo único que quiero saber es quién. —Heat inspeccionó la zona para asegurarse de que nadie les oía—. Ha sido Irons, ¿verdad? Está clarísimo.

—Bueno... Ya estás con tus ridículas teorías conspiratorias.

—Muy bien. Tú riéte.

Rook se acarició la barbilla con teatralidad disfrutando de la oportunidad de contestar a la detective con sus propias palabras.

—Prefiero centrarme en los hechos en lugar de perder el tiempo con lo que es una mera corazonada.

—¿Quieres que te ponga el café de sombrero?

—Fue Sharon Hinesburg.

Heat seguía sopesando qué hacer con aquella información cuando Irons la convocó a su despacho acristalado para que le pusiera al día. Aunque Nikki sabía que la capacidad de prestar atención de su superior era limitada y por eso se limitó a exponer el caso a grandes rasgos, el capitán no tardó en cambiar de tema.

—Desde que le llamé ayer desde Boston para contarle lo que Rook y yo habíamos averiguado sobre la mujer sin identificar y su relación con mi madre, nos hemos centrado en descubrir todo lo posible sobre Nicole Bernardin.

—¿Comieron marisco?

—¿Cómo dice, capitán?

Irons se reclinó en su silla y los muelles rechinaron bajo su peso.

—Cómo me gusta la crema de mariscos que hacen en Boston. Sí, señor, el Legal Seafood es parada obligatoria.

—Sí, es bastante famoso —dijo Nikki, pero sólo para mantenerle entretenido mientras ella seguía con la investigación del doble homicidio—. Así que ahora que hemos identificado a Bernardin, tenemos nuevas posibilidades que explorar. Las pruebas forenses que hemos obtenido de su casa son limitadas, pero podemos investigar otras facetas suyas a través de sus cuentas bancarias, su trabajo y su vida personal. Todavía no hemos tenido resultados, pero...

—¿Rook ha escrito algo en el viaje?

—¿Perdón?

—¿Hay algún artículo nuevo previsto? —Irons se enderezó en la silla mientras el esqueleto metálico volvía a protestar—. Es que el otro día mencionó que igual escribía una segunda parte del otro. —Después de todo, era posible que la capacidad de atención del capitán no fuera tan limitada. Quizá la dedicaba a otras cosas—. ¿Ha leído lo que decían de mí en el periódico esta mañana?

—Sí. De hecho, señor...

—Debería enseñárselo a Rook. Que vea que hay otros periodistas deseando hincarle el diente a este asunto.

A Nikki no le pasó desapercibido que el principal valor que para Irons tenía el artículo era que lo mencionara a él.

—Rook no sólo conoce el artículo, señor, sino que sabe que la información procede de una filtración. De dentro de nuestra brigada.

—¿Alguien de aquí se ha ido con el cuento al *Ledger*? —Irons ladeó la cabeza y miró por encima del hombro de Nikki a través del cristal que daba al despacho abierto—. ¿Se sabe quién?

Delante de cualquier otra persona Nikki lo habría negado.

—La detective Hinesburg —dijo.

—¿Sharon? ¿Está segura?

—Sí, señor.

—Vaya. Bueno, tenían que sacarlo de alguna parte. —Se llevó a los labios la taza de café, al parecer sin inmutarse por la filtración y confirmándolo después de tragar de forma ruidosa—. Igual hasta es mejor que se sepa.

—No estoy de acuerdo, capitán. —A Heat no le gustaba la expresión de autocomplacencia que vio en el rostro de Irons una vez hubo pronunciado aquellas palabras, pero aun así siguió hablando—: Este caso está en un punto en el que no nos interesa que se haga público y se convierta en un circo mediático. No antes de que hayamos podido investigar todas las pistas.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué tal va la cosa, detective? —La sonrisa del capitán no hacía más que empeorar el comentario de mal gusto, tal y como Nikki lo veía. No sólo era despectiva, sino que delataba cerrazón mental.

—Como le estaba contando..., hasta el momento va despacio. Pero siendo realistas... —Hizo una pausa para darle énfasis a la cosa, sabedora de que su superior era básicamente un burócrata. De manera que le dio una versión del mismo discurso que se había dado a sí misma minutos antes—, si queremos hacer las cosas bien, tenemos que ser pacientes, trabajar con tesón y comprender que todavía estamos en una fase muy preliminar.

—Ja. Este caso lleva diez años atascado. —Deslizó un ejemplar del *Ledger* sobre la mesa, en dirección a Nikki—. El artículo dice la verdad. Más nos valdría cerrar los dos casos. —Se levantó dando a entender que la reunión había terminado—. Que la información circule, a ver si la publicidad trae algo bueno.

«Seguro —pensó Nikki—. Como, por ejemplo, quince minutos de fama para el capitán».

El teléfono de Sharon Hinesburg sonó cuando Nikki pasó a su lado. Escuchó a la detective decir que iba enseguida y a continuación desapareció en el cubículo de cristal del capitán cerrando la puerta detrás de ella. Nikki se sentó a su mesa a leer unos documentos, pero no pudo resistir el impulso de darse la vuelta para poder controlar el despacho de Irons por encima de los papeles. Los Roach se acercaron a hablar con ella.

—Sólo para que lo sepas —dijo Ochoa—. No he sacado nada sobre Bernardin ni relativo a denuncias por acoso ni a órdenes de alejamiento.

Nada. Su peluquero libra los lunes, pero está encantado de vernos, así que me voy ahora al West Village a ver si tiene algo que nos pueda ser útil.

—Bien, ya me contaréis —dijo Nikki, pero los dos detectives no parecían haber terminado, así que esperó.

Raley carraspeó.

—Ya sé que no te gustan los cotilleos.

—Pues no.

—Pero necesitas saber esto —dijo Ochoa—. Cuéntaselo, colega.

—Se están acostando —susurró Raley lo más bajo que pudo. No se volvió, pero hizo una seña con los ojos en dirección a Irons y Hinesburg. Nikki miró a la pareja en el despacho y vio a Irons agitando un dedo delante de la detective Hinesburg, pero los dos parecían estar pasándolo en grande—. Cuando venía hacia aquí esta mañana vi a Wally dejarla en la esquina con la avenida Amsterdam para que no los vieran llegar juntos.

Heat recordó cómo Rook y ella hacían paripés similares antes de que lo suyo fuera público, pero dijo:

—Eso no quiere decir nada.

—Antes de que ella saliera del coche se dieron un beso. De los de exploración de amígdalas.

Ahora, que Sharon Hinesburg no se hubiera presentado el domingo y que hubiera filtrado a la prensa una información en la que Irons aparecía como un héroe cobraba sentido de una manera que encolerizó a Heat. En primer lugar estaba furiosa por tener que cargar con Hinesburg. También porque Irons se hubiera saltado las reglas y tuviera una aventura con una detective de la brigada. Y también porque, como resultado de ello, se había creado una dinámica pernicioso en la unidad que hacía peligrar la investigación. Pero, sobre todo, estaba furiosa consigo misma, por no haberlo visto venir.

—Ya sabéis lo que opino de los cotilleos. Así que ni una palabra más. —Enseguida añadió—: Pero mantenedme informada.

Mientras los Roach se alejaban, Rook se acercó a su mesa.

—¿Le has dicho que fue Hinesburg? —Nikki asintió—. ¿Crees que le va a echar la bronca?

—Sí, vamos, una cosa mala...

—Escucha, Nikki. Otra cosa que te quiero decir sobre la filtración. —Y le habló de la misma preocupación que tenía ella desde que había leído el artículo en el coche—: Supongo que tu padre lee los periódicos y ve las noticias, ¿no?

Nikki asintió muy seria, se sacó el móvil del bolsillo y después recorrió el despacho abierto con la mirada.

—Si me necesitáis estoy fuera —dijo—. Tengo que hacer una llamada personal.

Heat regresó a la comisaría diez minutos más tarde oliendo a aire fresco y le preguntó a Rook si le apetecía darse una vuelta hasta Scarsdale. Éste se limitó a contestar: «Claro», por miedo a que cambiara de parecer sobre lo de llevarle a conocer a su padre. Pero cuando cruzaban Broadway en el coche sin distintivo policial en dirección a la autopista del West Side se sintió lo bastante seguro como para arriesgarse y dijo:

—¿Puedo decirte que me ha sorprendido que me invitaras a venir?

—No te hagas ilusiones. Te estoy utilizando. —Nikki hizo el comentario sin mirarle porque simulaba prestar gran atención a la carretera en lugar de a él—. Te he traído a modo de distracción, por si la situación se pone incómoda.

—Un gran honor, a fe mía. Gracias. ¿Cómo de incómoda?

—Con un poco de suerte no lo sabrás.

—¿Tan mal os lleváis? —Por toda respuesta, Nikki se encogió de hombros, así que Rook insistió—: ¿Hace cuánto que no le ves?

—Desde Navidad. Nos vemos por nuestros cumpleaños y en las fiestas importantes. —Por una vez Rook dejó que el silencio hiciera su función, aunque estaba claro que había que llenar las pausas embarazosas—. Nuestra relación es más bien a distancia. Ya sabes, regalos electrónicos en lugar de regalos. Yo creo que los dos estamos cómodos. —Nikki se pasó la lengua seca por los labios y se concentró de nuevo en la carretera. O al menos simuló que se concentraba.

—¿No tenías que haber cogido ese desvío? —preguntó Rook. Heat resopló entre dientes y cogió la rotonda para volver a la salida que se había pasado por estar distraída. Rook esperó a que se hubiera incorporado al carril

adecuado. Por la ventanilla de Nikki, al oeste, vio nubes de tormenta que se formaban como coliflores gigantes al otro lado del Hudson—. ¿Siempre habéis estado tan distanciados?

—Tanto no. No ayudó mucho que mis padres se divorciaran cuando yo estaba pasando mi semestre en el extranjero en mi época de universitaria. No me lo dijeron hasta que volví y para entonces mi padre ya se había mudado.

—¿Eso fue el verano antes de...? —No terminó la frase.

—Sí. Se fue a uno de esos edificios de apartamentos amueblados, The Oak, en Park Avenue. Después, cuando mataron a mi madre, no pudo superarlo. Dejó el trabajo, se marchó a las afueras y montó un pequeño negocio inmobiliario.

—Tengo muchísimas ganas de conocerle, por fin. Esto es muy importante para mí.

—¿Y eso?

—No sé... Digamos que para las relaciones futuras.

En esta ocasión Nikki sí le miró.

—Echa el freno, madaleno. Esta visita es sólo para contarle en persona las novedades del caso. No es..., no sé lo que no es.

—¿*El padre de la novia*?

—Cállate ahora mismo.

—Cuarta entrega. Diana Keaton obliga a Steve Martin a hacerse una limpieza de colon justo antes de la boda. Puede pasar cualquier cosa, y así es.

—Mira que te dejo aquí y te vuelves andando...

—Oye, querías distracción, pues aquí la tienes.

Veinte minutos más tarde enfilaron la entrada de un recinto cerrado de apartamentos a unos quinientos metros de la autovía Hutchinson. Nikki pulsó unos cuantos números en el teclado de seguridad y esperó, pasándose las dos manos por el pelo. El auricular del telefonillo emitió un zumbido estridente y, mientras se abría la puerta, retumbó un trueno en la distancia.

—¡Retumbe tu vientre! ¡Escupe, fuego!; ¡revienta, nube!

—De verdad que no me lo puedo creer. Te traigo a ver a mi padre y te pones a recitar *El rey Lear*.

—¿Sabes lo que te digo? Que no hay peor castigo que un policía leído.

Para Rook, el Jeffrey Heat que les esperaba de pie en la puerta abierta de su casa guardaba sólo un ligero parecido con las fotografías que había visto del álbum familiar. Claro que habían pasado muchos años desde que aquellas instantáneas habían capturado una versión más robusta de un hombre dueño de su propia vida y con un futuro brillante, pero, a sus sesenta y un años, no era el tiempo lo que le había envejecido, sino la vida. Las múltiples embestidas del dolor habían transformado su rostro amable y jovial en una tímida réplica, en el rostro de alguien que ya no conoce la confianza y que vive permanentemente a la defensiva, preparado para el siguiente revés del destino. Cuando alargó la mano para estrechar la de Rook su sonrisa lo expresó muy bien. No era falsa, sino que parecía por completo ajena a cualquier cosa que fuera simplemente agradable. Lo mismo con el abrazo que le dio a su hija. Parecía esforzarse por hacer las cosas lo mejor que era capaz.

Su apartamento tenía un aire beis. No sólo limpio, también ordenado y masculino. Todos los muebles eran de la misma época: en torno al año 2000, incluido el televisor gigante como un elefante marino embarrancado, el típico capricho de un hombre soltero. Les preguntó si querían beber algo y tanto Nikki como Rook tuvieron la impresión de que estaba tan invitado en su propia casa como ellos. Cuando declinaron la oferta, el padre se sentó en la butaca de cuero, situándose en su centro de operaciones, flanqueado por dos mesas laterales donde estaban su teléfono, los mandos a distancia del televisor, una linterna, un escáner portátil, periódicos y unas cuantas novelas en edición de bolsillo de Thomas L. Friedman y Wayne Dyers.

—¿Has venido a comer a casa, papá?

—Todavía no he salido. Supongo que habéis oído hablar de lo mal que está el negocio inmobiliario. Pues la realidad es peor todavía. —Se agachó para subirse los calcetines, uno era negro y el otro azul marino.

Si su padre se había sentido ofendido de alguna manera al leer las últimas novedades sobre el asesinato de su ex mujer en la prensa sensacionalista, no lo dejó traslucir. En lugar de ello escuchó en silencio mientras Nikki le ponía al día de los detalles del caso. Sólo mostró signos de emoción cuando le contó el almuerzo con el detective que había estado encargado de la investigación, Carter Damon.

—Un imbécil —dijo— y un inútil. No habría sido capaz ni de encontrar arena en una playa.

—Dime una cosa, papá. Todo el mundo dice que mamá y esta tal Nicole Bernardin eran amiguísimas. Pero yo nunca había oído hablar de ella. —El padre no se inmutó, así que Nikki siguió hablando—: Es un poco raro, ¿no?

—No tanto. A mí nunca me gustó y tu madre lo sabía. Digamos que era una mala influencia. Cuando volvimos a Estados Unidos en el setenta y ocho, un año más o menos antes de que tú nacieras, Nicole había desaparecido de nuestras vidas. Por fin.

Nikki le contó la visita al Conservatorio de Nueva Inglaterra y le describió el vídeo del recital de su madre.

—Sabía que tocaba bien, pero, madre mía, en mi vida he visto algo semejante, papá.

—Una lástima, ¡con el talento que tenía! Por eso todo el tiempo que estuvimos en Europa no paraba de decirle que estaba desperdiciando su talento.

—¿Así que ya estaban juntos en Europa? —preguntó Rook—. ¿Cuándo se conocieron Cynthia y usted?

—En 1974, en el festival del cine de Cannes.

—¿Trabajaba usted en la industria del cine? Nikki no me lo había dicho.

—No. Cuando terminé la escuela de negocios un grupo inversor me contrató para que les llevara los asuntos en Europa. Mi trabajo consistía en localizar hoteles pequeños y reconvertirlos en establecimientos de lujo, un poco como los de la cadena Relais & Châteaux. ¡Menudo lujo de trabajo! Con veintitantos años, dispuesto a comerme el mundo y viajando por Italia, Francia, Suiza, Alemania Occidental (así es como la llamaban entonces) y con cuenta de gastos pagados por la empresa. ¿De verdad que no os apetece un refresco? ¿Una cerveza, quizá? —preguntó esperanzado.

—No, gracias —dijo Rook. Reparó en un cerco todavía húmedo en un posavasos junto a la silla de Jeff y le entristeció comprobar hasta qué punto estaba deseando apoyar otro vaso en él.

—En fin. El caso es que uno de los inversores también tenía intereses en el mundo del cine y me llevó a una fiesta que daba el famoso director Fellini.

Así que ahí estaba yo, con grandes estrellas como Robert Redford y Sophia Loren. Creo que Faye Dunaway también estaba, pero yo sólo tenía ojos para una chica americana espectacular que estaba cerca del bar tocando a Gershwin mientras todo el mundo la ignoraba y se dedicaba a beber champán gratis. Fue un flechazo, pero los dos viajábamos mucho. Luego la cosa se volvió más seria y yo empecé a adaptar mis itinerarios para coincidir con ella donde estuviera tocando.

—¿En fiestas? —preguntó Rook.

—Algunas veces. Lo que más hacía era pasar una semana o un mes en la residencia de vacaciones de alguna familia rica como intérprete particular o dando clases. Como he dicho, un desperdicio de su talento. Todo podía haber sido muy distinto...

Se hizo un silencio sombrío, roto sólo por el redoble de un trueno y el repiqueteo de la lluvia en el alféizar.

Nikki dijo:

—Deberíamos irnos ya. —E hizo ademán de levantarse, pero Rook tenía otros planes.

—¿Igual es que le daba miedo la fama?

—Imposible. Yo creo que la culpa fue de Nicole. Una juerguista. Cada vez que creía haber convencido a Cynthia para dedicarse de nuevo en serio a la música, aparecía ella y se largaban las dos a Saint-Tropez, Mónaco o Chamonix, vendiendo barato su talento para ganarse la vida. —Se volvió a mirar a su hija—. Las cosas mejoraron cuando tú llegaste. Teníamos la casa en Gramercy Park, tu madre se dedicó a criarte y le encantaba. Te quería tanto... —Al decir aquello, una sombra del antiguo Jeffrey Heat asomó en su cara y Rook reparó en que su mandíbula era idéntica a la de Nikki cuando sonreía.

—Fueron buenos tiempos —dijo ésta—. Para todos nosotros. —Se puso a buscar sus llaves.

—Pero esas cosas nunca duran, ¿verdad? Cuando cumpliste cinco años Cynthia regresó a sus antiguos hábitos. Dar clases a hijos de neoyorquinos ricos, a veces hasta se iba a pasar fines de semana con sus familias o salía hasta tarde, o no volvía en toda la noche. Y nunca hablaba de ello. Decía que

necesitaba tener independencia y hacía su vida, dejándome fuera. —Vaciló como si estuviera tomando una decisión y después dijo—: Esto nunca te lo he dicho, pero llegó un momento que hasta pensé que estaba teniendo una aventura.

Nikki se pasó las llaves a la mano derecha.

—Vale, me parece que éste no es el momento ni el lugar para hablar de ello.

Rook preguntó:

—¿Le contó alguna vez sus sospechas a la policía? —Nikki le dio un suave codazo que Rook ignoró—. Es la clase de información que podría haberles sido de utilidad.

—No lo mencioné.

—¿Porque ya estaban divorciados? —Esta vez el codazo fue algo más fuerte.

—Porque sabía que no era verdad. —Cerró la boca y hundió los carrillos. Después siguió hablando y le temblaba el labio superior—. Me resulta violento hablar de esto, sobre todo después de lo que pasó. —Nikki se inclinó hacia delante en el sofá y apoyó una mano en la rodilla de su padre—. Ahora me da vergüenza reconocerlo, pero contraté a un detective privado para..., esto..., para que la siguiera. —Pareció recuperar un poco la compostura y añadió—: No encontró nada, gracias a Dios.

Mientras corrían hacia el coche, sonó un relámpago como una gran cañonazo en el bosque detrás del complejo de apartamentos que les hizo apresurarse aún más. Cuando estuvieron dentro, Nikki comprobó su móvil y encontró un mensaje de su entrenador de lucha, Don: «¿Te apetece que te dé una buena paliza esta noche? ¿Sí o no?».

Rook preguntó:

—¿Alguna novedad sobre el caso?

Nikki negó con la cabeza, escribió «No» y metió la llave en el contacto. Rook debió de percibir el cambio en su estado de ánimo porque, por una vez, respetó su silencio durante todo el viaje de regreso a Manhattan.

La brigada trabajaba con tesón en el caso, pero sus esfuerzos seguían sin dar demasiados frutos. Los consulados franceses, tanto en Nueva York como

en Boston, no habían tratado recientemente con Nicole Bernardin. No parecía que tuviera línea de teléfono fijo y sus llamadas desde el móvil eran para pedir comida a domicilio o coger cita para hacerse la manicura y pedicura. Ochoa encontró que había cancelado a última hora dos citas para darse tinte y cortarse el pelo. Su estilista, que lamentaba la pérdida de una de sus mejores clientas, había dicho que era una señora muy agradable, aunque reservada, que en los últimos tiempos parecía algo dispersa. Nada que resultara de gran utilidad para el caso. Rook volvió en taxi a su casa y dejó a Heat actualizando las pizarras. Por desgracia, aquella tarea equivalía a poco más que poner una marca junto a cada tarea asignada en lugar de añadir información.

Por la noche, cuando Nikki llegó al apartamento de Rook y se abrieron las puertas del ascensor se encontró con una camilla de masaje con ruedas empujada por Salena, la masajista bombón.

—¡Hola! —dijo ésta agitando la mano que tenía libre a modo de saludo de manera que se le vieran los bíceps—. Es todo suyo.

Para cuando Rook salió de la ducha, Nikki había puesto en un plato los *antipasti* que había comprado en Citarella y había servido el vino.

—He pensado que hoy podíamos picar algo en casa —dijo.

—Por mí estupendo. —Rook miró la etiqueta de la botella de vino—. Vaya, Pinot Grigio.

—Sí, el acompañamiento perfecto para aceite de masaje y feromonas. —Brindaron—. Me he cruzado con tu enfermera picarona al salir. ¿Qué tal la rehabilitación? Por llamarlo de alguna manera, claro.

—Pues por desgracia era la última sesión, pero la necesitaba después de que me clavaras el codo en las costillas esta tarde.

—No me digas. —Nikki pinchó una loncha de jamón con el tenedor y la enrolló alrededor de un bola de mozzarella—. No me pareció que te dieras cuenta. Creo que se te olvidó que habías ido allí para distraer, para que mi padre no desbarrara demasiado.

—Sí. Ha resultado ser un poco al revés, ¿no?

Nikki dejó la comida y se limpió los dedos con una servilleta.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Pues que estaba preparado para interrumpirte, pero es que no estabas

haciendo ninguna pregunta. Así que las hice yo.

—Rook, es que no fuimos allí a hacer preguntas. Fuimos como gesto de cortesía hacia mi padre, para informarle del caso después de que saliera publicado en el periódico sensacionalista de tu ex novia.

—Voy a ignorar el comentario celoso de la segunda parte de la frase y me voy a concentrar en la visita a tu padre. —Rook mordisqueó una aceituna y dejó el hueso en la esquina de su plato—. Sí, fuimos allí a algo concreto, pero tu padre no dejaba de contarnos cosas que me hacían querer saber más. Sus sospechas sobre una posible aventura de tu madre eran algo demasiado importante como para dejarlo pasar. Cuando tú no dijiste nada, di por hecho que estabas demasiado ocupada tratando de asimilarlo emocionalmente y cogí el testigo. ¿Nunca te había hablado de eso?

—Ya le oíste. Dijo que no.

—¿Y tú no tenías ni idea?

Nikki dio otro sorbo de vino y observó arrugarse la superficie del líquido en la copa mientras la hacía girar.

—¿Puedo contarte una cosa?

—Lo que quieras, ya lo sabes.

Nikki se detuvo un instante a reflexionar y la expresión torturada de su cara era idéntica a la de su padre horas antes.

—Pues que yo también sospechaba que mi madre tenía una aventura. —Dio otro trago de vino—. No me di cuenta hasta que fui un poco más mayor, en la adolescencia, pero empecé a fijarme en las mismas cosas de las que habló hoy mi padre. Pasaba mucho tiempo fuera. A veces un fin de semana, noches enteras, volvía tarde. Cuando estás en el instituto te crees el centro del mundo y te sientes enfadada y sola. Además la tensión entre mis padres era más que obvia. Incluso empecé a intentar interceptar su correo para ver si le llegaban cartas de hombres o algo así. Es una locura, pero así se pusieron las cosas.

—¿Y tenía una aventura?

—Nunca lo supe.

—¿Y nunca hablaste con ella directamente del tema?

—Sí, claro.

—¿Y ella no te contó nada? ¿Ni siquiera te dio una pista? —Nikki le miró despectiva—. Oye, yo sólo pregunto. Tenía la impresión de que estabais muy unidas.

—En cierta manera, sí. Pero mi madre era muy reservada para sus cosas y eso fue siempre un motivo de discordia entre nosotras. Incluso la noche en que la mataron. ¿Sabes por qué estuve tanto tiempo fuera del apartamento antes de ir al supermercado? Necesitaba dar un paseo porque las cosas se habían puesto tensas entre las dos precisamente por su..., ¿cómo te diría? Por su... retraimiento. No me malinterpretes, mi madre era cariñosa, afectuosa conmigo. Pero a pesar de lo unidas que estábamos, había siempre como un muro que nos separaba.

Al entender ahora por qué Nikki se había resistido siempre a ahondar en el pasado de su madre, Rook dijo:

—Oye, no pasa nada. Todos tenemos nuestros secretos. Hay personas que levantan más muros a su alrededor que otras. ¿Cómo era la canción ésa de Sting, *Una fortaleza alrededor de tu corazón*? —Se comió una alcachofa marinada con los dedos y añadió—: Eso tú deberías saberlo mejor que nadie.

Nikki frunció el ceño y le miró fijamente.

—¿Qué quieres decir?

Rook tragó mal y el vinagre le hizo toser cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

—Nada, olvídalo.

Pero ya estaba dicho.

—Demasiado tarde. ¿Qué es lo que se supone que debería saber? ¿Algo en lo que al parecer tú te has hecho experto de tanto escuchar rock clásico?

—Pues..., bueno, mira, todos heredamos algo de nuestros padres. Yo soy tan teatrero y tan adorablemente impulsivo como mi madre. De mi padre no tengo ni idea de lo que he heredado porque ni siquiera sé quién es.

Confiaba en que saliéndose por la tangente zanjaría el tema de conversación, pero no fue así.

—Suéltalo, Rook. ¿Me estás diciendo que soy inaccesible?

—Por supuesto que no. —Se sentía atrapado en una discusión que no quería tener y sabía que nada de lo que dijera sería bien recibido. Como por

ejemplo lo que añadió, estúpidamente—: Por lo menos no siempre.

—¿Y cuándo soy inaccesible?

Intentó esquivar la bala.

—Casi nunca.

—¿Cuándo, Rook?

Al ver que no había escapatoria posible, optó por tirar por la calle de en medio:

—Vale, a veces, últimamente, cada vez que intento tocar ciertos temas, te cierras en banda.

—¿Me estás diciendo que soy cerrada?

—No, pero sabes cómo dejarme fuera.

—O sea, que te dejo fuera, eso es lo que quieres decir. Pues es una ridiculez, porque de hecho eres la primera persona que me dice algo así.

—De hecho...

Nikki se disponía a dar un sorbo de vino cuando palideció y dejó el vaso con fuerza en la encimera de piedra.

—A ver, termina la frase.

Agobiadísimo, Rook buscó con desesperación una escapatoria, pero en todas la puertas encontró el letrero de «No hay salida».

—Te lo digo en serio, Rook. No puedes tirar la piedra y esconder la mano. Termina la frase.

Le dedicó una de sus miradas penetrantes como rayos equis capaz de derretir a los sociópatas más duros en el curso de un interrogatorio.

—Vale. La otra noche en Boston, Petar y yo estuvimos hablando y...

—¿Cómo que Petar? ¿Hablaste con Petar de mí a mis espaldas?

—Solo un momento. Fuiste al baño y yo estaba a lo mío. A ver, ¿de qué tengo yo que hablar con Petar? Bueno, el caso es que fue él quien sacó el tema (él, no yo) de que tiendes a levantar un muro a tu alrededor.

—En primer lugar, me parece muy feo por tu parte cargarle el muerto a Petar.

—Pero ¡si fue él quien sacó el tema!

Nikki le ignoró, llevada por la furia que sentía y la liberación que le provocaba darle rienda suelta.

—Y en segundo, prefiero ser una persona ligeramente cauta, ligeramente controlada, que valora la privacidad y la discreción, antes que un cretino descerebrado, inmaduro y egoísta como tú.

—Oye, de verdad, me estás entendiendo mal.

—De eso nada. Lo que pasa es que por fin te estoy entendiendo.

Cogió la americana del respaldo del taburete.

—¿Adónde vas?

—No estoy segura, pero ahora mismo tengo la necesidad de que haya un muro a mí alrededor.

Y dicho esto, se marchó.

Don fue quien pagó el pato. Buscando una vía de escape a la furia que le corría por las venas, Nikki le había enviado un mensaje a su entrenador de combate cuerpo a cuerpo y, treinta minutos más tarde, el ex marine aterrizaba sin resuello boca abajo en una colchoneta del gimnasio. Se puso a cuatro patas jadeando, pero Nikki se dio cuenta de que fingía. Don saltó hacia ella con sus largos brazos como tentáculos dispuesto a engancharle las piernas para hacerla caer. Nikki se agachó antes de que la alcanzara y le encajó un hombro debajo de la axila, a continuación tomó impulso para ponerse en pie mientras tiraba de Don y le daba media vuelta en el aire. Éste cayó de espaldas con ella encima. Nikki se puso en pie jadeando y resoplando para ahuyentar las gotas de sudor que se le deslizaban por la nariz mientras bailaba de un lado al otro, lista para seguir. Lista no, deseando seguir.

Una hora después, ambos empapados en sudor, se saludaron con la cabeza y se dieron la mano en el centro de la colchoneta.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Don—. Hoy vienes hecha una furia. ¿Estás enfadada conmigo por algo?

—No, no eres tú, es que tengo muchas cosas en la cabeza. Siento haberlo pagado contigo.

—No te preocupes. Me viene bien para mantenerme en forma. —Se limpió el sudor de la cara con la camiseta y dijo—: ¿Te quedan fuerzas para tomar una cerveza u otra cosa?

Nikki dudó. La «otra cosa» era irse a la cama y los dos lo sabían. Don lo dijo como si fuera algo sin importancia porque así era. O lo había sido en otro

tiempo. Antes de que Nikki conociera a Rook. Nikki y Don habían estado acostándose de vez en cuando, sin ataduras, durante dos años. Ambos buscaban lo mismo, es decir, una relación full-contact, sin compromiso, física, sin resacas emocionales ni escenas de celos cuando alguno de los dos no estaba disponible. Si ambos lo estaban, perfecto; si no, también. Aquello nunca interfería con sus sesiones de *jiu jitsu* y Don jamás la había presionado ni le había puesto mala cara en todos los meses transcurridos desde que Nikki había decidido salir sólo con Rook, quien no sabía nada de la naturaleza de su relación con el entrenador.

—Me encantaría tomar una cerveza —dijo llevada por un impulso, notando un cosquilleo en el estómago que bien podía ser culpa. «Es sólo una cerveza», se dijo.

—No me importaría darme una ducha primero —dijo Don tocándose la camiseta empapada en sudor—. Lo malo es que aquí no hay agua caliente. La cortaron después del terremoto y me parece que las inspecciones van con retraso.

El cosquilleo volvió, pero Nikki lo ignoró y dijo:

—Puedes ducharte en casa.

Nikki siguió con su ropa de deporte, pero se puso una camiseta seca mientras Don se daba una ducha. Comprobó el móvil para ver si había novedades sobre el caso y sólo encontró tres mensajes de voz de Rook que no escuchó. De la nevera sacó un pack de seis cervezas y estuvo dudando si beberlas allí, tan cerca del dormitorio, o sugerir bajar a The Magic Bottle una vez Don estuviera presentable.

Se lavó la cara en la pila de la cocina para quitarse la sal del sudor de los ojos. Mientras se secaba con una toalla de papel se preguntó por qué había llevado a Don al apartamento. ¿Acaso buscaba una vía de escape? ¿O sólo la compañía de un amigo? ¿O es que quería volver a probar su vieja independencia para ver qué tal se sentía? Se dijo que si dejaba que aquella noche pasara algo, sería sólo para vengarse de Rook.

Pero entonces ¿por qué había invitado a Don a subir a su casa? ¿Era porque la relación que tenían era tan superficial que sabía que no le haría demasiadas preguntas ni intentaría meterse en honduras cuando ella no estaba

de humor? ¿Estaba recurriendo al sexo para no tener que pensar?

Lo que le molestaba de Rook no era tanto que hubiera puesto el dedo en la llaga con lo del muro protector... y después le hubiera echado la culpa a su ex novio. Era que insistiera en meter la nariz en cosas que no eran asunto suyo, haciéndole recordar secretos familiares que Nikki quería dejar atrás, interrogando a su padre como si fuera un sospechoso en la comisaría... y luego, por la noche, obligándola a hablar de su relación con su madre. ¿Cómo podía explicar ella algo como eso —y todo lo que suponía— a él ni a nadie? ¿Y por qué tenía que hacerlo? ¿Es que tenía obligación de contarle a Jameson Rook cómo la consolaba su madre cuando se hacía una herida en la rodilla? ¿O cómo la había iniciado en los placeres de leer a Jane Austen o a Victor Hugo? ¿O que practicar tanto piano como cualquier otro instrumento era un viaje de descubrimiento? No sólo de música, sino de ella misma.

No podía contarle todo eso. O más bien no quería. Ésos y otros miles de recuerdos eran lugares que Nikki rara vez se aventuraba a visitar. Como la tapa del piano al otro lado de la habitación, eran puertas que resultaba demasiado doloroso abrir. Quizá Rook tenía razón. Quizá había levantado una fortaleza a su alrededor a modo de defensa.

¿Igual que había hecho su madre?

Y, si así era, ¿se trataba de un defecto de personalidad o simplemente de una valiosa lección que le había transmitido Cynthia Heat? Como cuando le enseñó que hay que dejar respirar los espacios entre notas, porque también son música.

Oyó cerrarse la ducha y no tuvo más remedio que preguntarse qué estaba haciendo, porque no podía negar que se había puesto a sí misma en una encrucijada. ¿Por qué? Pero mientras se abría la puerta del baño, Nikki supo que aquello no era lo más apremiante. Lo fundamental ahora era saber de qué era ella capaz en aquella noche de impulsos.

Don caminó por el pasillo con la piel brillante y una toalla enrollada en la cintura por toda vestimenta.

—¿Y esa cervecita?

Antes de darle demasiadas vueltas, Nikki tiró de la puerta de la nevera, abrió un par de botellas y las dejó en la barra de la cocina entre ellos dos.

Brindaron y cada uno dio un sorbo.

—Mañana tengo agujetas seguro —dijo Don.

Alguien llamó con suavidad a la puerta.

—¿Esperas a alguien? —preguntó Don mientras iba hacia la entrada.

Rook tenía llave, pero igual, por una vez, había decidido ser discreto, así que Nikki susurró:

—No hables. Sólo mira a ver quién es.

Estaba rodeando la barra de la cocina mientras pensaba en cómo haría las presentaciones cuando la toalla de Don se soltó y cayó al suelo antes de que pudiera sujetársela. Se volvió hacia Nikki con un guiño y una sonrisa pícaro y después se inclinó para observar por la mirilla.

Sonó un disparo y una bala taladró la puerta y propulsó a Don de espaldas con tal fuerza que cayó a los pies de Nikki. Lo que pareció ser un río interminable de sangre manó de donde antes estaba su cara y trozos de materia gris quedaron pegados en la parte delantera de las piernas y la camiseta de la detective.

7

Si cedía al miedo, la paralizaría. Si se paraba a pensar en el horror ante sus ojos, estaría acabada. De modo que, antes de que el tsunami de sentimientos que amenazaba con engullirla la inmovilizara, se puso en modo policía. Desconectó el botón de las emociones y encendió el de las agallas y la acción. En otras palabras, se puso a trabajar.

Después de agacharse rodó hacia atrás sobre la alfombra, hasta donde la esquina del vestíbulo de entrada se encontraba con la barra de la cocina, y apagó las luces. Protegida por la pared, se puso en pie con las piernas temblorosas y cogió su Sig Sauer y el teléfono móvil de la encimera. Su brazo tropezó con una de las botellas de cerveza y la envió a la cocina, donde chocó contra la puerta del horno. Todavía giraba cuando se arrodilló junto a Don y marcó el 911 y «enviar» mientras le buscaba el pulso en la carótida.

—Nueve once. ¿Dígame?

—Soy la detective Heat, 1-Lincoln-40. Tengo un 10-13, una agente necesita ayuda, ha habido disparos. —Con los ojos fijos en la puerta, habló con toda la tranquilidad de la que era capaz y dio su dirección y la calle que hacia esquina—. Han disparado a un hombre, está muerto. —Apartó los dedos del cuello de Don y cogió la Sig—. El asaltante lleva un arma de fuego. El asaltante continúa suelto.

—La ayuda está en camino, detective. ¿Puede describir al asaltante?

—No, no le he visto...

Desde el otro lado de la puerta llegó el ruido escalofriante de un nuevo cartucho encajándose en la recámara. Nikki dejó caer el teléfono en la alfombra. El hilo de luz que había estado colándose desde el rellano de la

escalera desapareció, eclipsado por algún movimiento. Desde su móvil en el suelo una vocecilla seguía preguntando: «¿Detective Heat? Detective, ¿sigue ahí?». Se volvía más débil conforme Heat retrocedía agachada y se ponía a cubierto una vez más doblando la esquina y metiéndose debajo del mostrador de la cocina. Todavía agachada, echó un vistazo en el preciso instante en el que un grueso cañón asomaba por el agujero que había perforado antes en la madera de la puerta. Nikki se arrodilló de nuevo, esta vez con ambas manos contra la pared, en posición de triángulo isósceles.

—¡Policía, tire el arma! —gritó.

El cañón del arma giró unos milímetros y apuntó hacia donde estaba ella. Nikki volvió a ponerse a cubierto detrás de la esquina. Una explosión ensordecedora llenó la habitación y arrancó fragmentos de la pared a su lado. Antes de que el asaltante pudiera cargar de nuevo, Nikki salió preparada y, con tres rápidos disparos, vació el cargador de la Sig trazando un rombo en la puerta justo debajo del arma. Escuchó a un hombre gemir y entonces el cañón negro arañó el agujero de la puerta y desapareció. Pero entre las ahogadas voces de alarma de los vecinos que traspasaban paredes y ventanas, Nikki escuchó cómo se cargaba otra arma. Avanzó en la oscuridad por el pasillo hasta el salón, sacó la recámara y cogió una carga nueva de balas de nueve milímetros de la bolsa de gimnasia que había dejado encima de una silla.

Mientras recorría de puntillas el pasillo con la espalda pegada a la pared, sus zapatillas de deporte pisaron fragmentos de cristal procedentes de lámparas y un espejo hechos añicos a la entrada. Se apretó contra la escayola fría situada junto a la puerta y escuchó. Después de medio minuto, oyó pisadas ahogadas sobre la moqueta, alejándose. Luego hubo una pausa, después un chirrido de bisagras y el golpe sordo de una puerta cerrándose. Supuso que sería la de la escalera de servicio, situada a la derecha del descansillo. El ascensor seguía estropeado y el asaltante quería evitar las escaleras principales. O eso quería que Nikki creyera.

Oyó un pomo girarse y después la cadena de seguridad de una puerta. Una voz de mujer que identificó como la de su vecina, la señora Dunne, dijo:

—No veo nada, Phil. Aunque huele mal. Ven aquí, ¿es olor a pólvora?

Nikki lo interpretó como una señal de que el pistolero se había ido, pero

aun así salió al rellano con cautela empuñando el arma.

Primero fue a la derecha para asegurarse de que no la había engañado y no la estaba esperando en la escalera principal. A continuación se dirigió sujetando la Sig con ambas manos, que apuntaba al techo hacia la puerta de servicio con los goznes oxidados. Sus pies tropezaron con dos casquillos de bala vacíos y entonces vio la cara de la señora Dunne asomada detrás de un resquicio de la puerta.

—¿Estás bien, Nikki? —Como ésta no contestó, la anciana dijo—: ¿Quieres que llame a la policía? —Nikki asintió, sólo para que se fuera— y la señora Dunne desapareció con un «De acuerdo».

La perspectiva de tocar aquella ruidosa puerta no la volvía loca, pero no tenía alternativa si quería seguir adelante. En cuestión de décimas de segundo, miles de preguntas la asaltaron. ¿Qué pasaría si la estaba esperando para cortarla en dos en cuanto abriera la puerta? ¿Y si no estaba solo? ¿Debería ir por la escalera principal y cortar el paso en la acera? Todas las preguntas la conducían a malas respuestas y a nuevos motivos de alarma. Pegó la oreja al metal, pero no logró deducir nada de lo que podría haber al otro lado y el tiempo pasaba. Las señales de alarma se encendieron de nuevo y Nikki las ignoró.

Dio un paso atrás, empujó la barra de la puerta para abrirla y salió al rellano en posición de alerta, con el arma en alto y la espalda pegada a la pared de cemento.

Estaba oscuro, ya que, excepto por las luces del descansillo de la primera planta, todas las bombillas estaban apagadas. Las habrían desenroscado, supuso. Quienquiera que fuera el asaltante, lo tenía todo planeado.

Escuchó a ver si oía algo. Respiración, movimiento, pisadas en las escaleras metálicas, ruido de tripas... Nada. Nada excepto el agua goteando en el descansillo junto a ella. ¿Agua? Incluso si el tejado tenía goteras, llevaba días sin llover y en aquella escalera de incendios no había tuberías a la intemperie. Palpó el suelo metálico hasta notar la humedad. Se restregó las yemas de los dedos entre sí. Estaban pegajosas. Aquello no era agua, pensó. Era sangre. Que goteaba desde arriba.

Podía esperar o podía atacarle.

Puesto que estaba agazapado esperando a que bajara las escaleras, decidió adelantarse y disparar antes de darle tiempo a volver a cargar el arma. Era una buena estrategia siempre que actuara con rapidez y el tipo no tuviera una segunda arma. Para despistarle, se serviría de la oscuridad que él había provocado en su beneficio. Palpó el suelo a su alrededor y localizó la pesada cuña de madera que el conserje usaba para mantener abierta la puerta. Después se puso en pie, pero siguiendo agachada para usar la escalera metálica como protección, y avanzó por el rellano como si se dispusiera a bajar, pero, en lugar de eso, tiró la cuña de madera.

El tipo disparó de inmediato. Heat se inclinó sobre la barandilla y disparó dos veces hacia arriba, pero debió de fallar, porque lo escuchó escabullirse escaleras arriba hacia la azotea, dos pisos más arriba. Mientras le seguía, escuchó la puerta metálica abrirse y cerrarse.

Una vez arriba se enfrentó a otra puerta que de nuevo la exponía a peligros al otro lado. Para entonces el asaltante podía haberse puesto a cubierto detrás de un ventilador o una chimenea y estar esperándola. Pero cuando aguzó el oído se dio cuenta de que estaba muy cerca, cruzando la azotea. Abrió la puerta de golpe y echó a correr, rezando porque estuviera solo.

Lo vio por primera vez cuando llegaba a un extremo de la azotea y se volvía para bajar por la escalera de incendios. Era varón, de aproximadamente uno sesenta de estatura, complexión fuerte, raza blanca probablemente, pero sin ningún rasgo especial que lo identificara. Llevaba una sudadera con capucha gris debajo de una gorra de los Yanquis y una máscara oscura o bufanda sobre la nariz y la boca. Nikki también consiguió ver el arma, de cañón corto y empuñadura de pistola, que sostenía con las manos enguantadas. Apoyó el cañón en la barandilla de la azotea y apuntó. Nikki se escondió detrás de una chimenea. El hombre disparó y la bala levantó una nube de polvo de ladrillo.

Temerosa de que se escapara, Nikki corrió hasta otra salida de incendios, la situada en la parte posterior del edificio. Hasta ese momento había tenido suerte, pero bajar por una escalera descubierta mientras un hombre armado la apuntaba desde abajo era forzar las cosas, y eso sería una estupidez. Además

mortal.

Bajó por la escalerilla y, cuando estuvo a poco más de un metro del suelo, saltó al callejón situado detrás del edificio y se pegó contra la pared. Asomó rápidamente la cabeza por la esquina para inspeccionar el terreno y enseguida volvió a ponerse a cubierto. No la estaba esperando; el estrecho callejón entre los edificios de apartamentos estaba vacío. Después escuchó a alguien correr. Se asomó de nuevo y atisbó a su asaltante huyendo a toda prisa por la acera. Subió a toda prisa las escaleras a la calle para perseguirle.

Cuando cruzó la puerta del callejón y llegó a la acera la encontró desierta. Era imposible que hubiera doblado ya la esquina de Irving Place. Corrió hacia allí, dejando atrás unas obras donde estaban restaurando un edificio. Al llegar al final de la acera aflojó el paso y se arrodilló junto a la esquina que formaba una barrera de aglomerado colocada allí provisionalmente para las obras. Inspeccionó con atención el tramo de calle, pero no vio a nadie. ¿Dónde se habría metido? Recordó la letrina situada junto a la caseta de obra y fue hacia ella, aproximándose con cautela. Pero tenía un candado, lo mismo que la caseta. Regresó a la esquina y avanzó en dirección sur, hacia la calle 19 Este, con cuidado y protegiéndose bajo los andamios que rodeaban el edificio. Las sirenas se acercaban, pero no podía perder la oportunidad de atrapar a su hombre yendo al encuentro de los refuerzos. Cuando llegó a la esquina de la 19 se detuvo de nuevo. Ni rastro del pistolero. Un hombre paseando a un chihuahua y a un Golden retriever se acercaba desde el oeste, pero le dijo que no había visto a nadie que respondiera a la descripción que le dio Nikki. Cuando se hubo marchado, ésta esperó. Estaba a punto de darse por vencida y regresar cuando lo oyó.

Sobre su cabeza, uno de los andamios rechinó y una cascada de polvo se posó en el suelo, a sus pies. A no ser que se estuviera produciendo una nueva réplica del terremoto, el asesino estaba escondido arriba, había usado el andamio para escapar.

Heat se agachó entre las barras de hierro y regresó a la calle para intentar verle. Sin embargo, un tablón de aglomerado puesto allí para evitar que cayeran escombros a la calle le bloqueaba la vista. La barrera protectora recorría todo el segundo nivel del andamio, casi hasta Park Avenue South, lo

que le proporcionaba al fugitivo una protección perfecta.

Sin hacer ruido, Nikki cambió de dirección y corrió hacia Irving Place. Cuando iba por la mitad de la calle, trepó por el andamio.

Al llegar a la segunda altura empujó la malla de contención de nailon, pasó sin hacer ruido por encima de la barrera de aglomerado y se acuclilló detrás de una caja para almacenar herramientas sujeta a una de las vigas. Empuñó el arma y miró desde detrás de la caja metálica. En el andamio, en la esquina más alejada del edificio, había una figura oscura arrodillada con una escopeta, esperando. Le dio tiempo a decirle «Tire el ar...» antes de que el hombre disparara. La bala retumbó en la caja de herramientas como una lluvia de artillería. Cuando Nikki volvió a asomarse, el hombre había desaparecido.

Aunque le pitaban los oídos, percibía el ruido de sus pisadas mientras se alejaba corriendo por los tablones de madera. Le siguió. Se detuvo antes de doblar una esquina, asomó la cabeza y le vio al final de la plataforma en el preciso instante en que bajaba por la rampa de escombros hacia la acera. Heat llegó al borde y mientras sopesaba los riesgos de saltar y situarse en su línea de fuego, la escopeta atronó de nuevo abriendo un agujero en los tablones a casi un metro de donde se encontraba. Escuchó el ruido metálico de la recámara pertrechándose para disparar una vez más. Nikki saltó al otro lado de la rampa y el hombre disparó otra ráfaga. Estaba dudando qué hacer, si huir o arriesgarse a bajar por la rampa mientras disparaba para cubrirse, cuando escuchó un helicóptero acercándose. El hombre debió de oírlo también, porque alguien gritó desde una ventana al otro lado de la calle:

—Está allí, ¿lo ves? Se está marchando.

Heat cruzó los brazos delante del cuerpo y saltó con los pies delante por la rampa. Aterrizó con la pistola preparada para disparar junto al contenedor de escombros y vio al pistolero corriendo por Park Avenue South con la escopeta en las manos.

Rodeó el contenedor e inició la persecución. Se encontraba herido, así que Nikki pronto estuvo cerca. Al llegar a la intersección, gritó:

—¡Alto, policía!

Lo tenía a tiro, con grandes posibilidades de acertar, pero un grupo de

universitarios salió riendo del Magic Bottle y Nikki tuvo que bajar el arma. Reinició la persecución y corrió hasta la esquina, desde donde lo vio dirigirse hacia el norte, corriendo en dirección contraria al tráfico. El semáforo estaba de parte de Nikki, quien cruzó la calle con rapidez y le siguió. Ambos, policía y asesino, alcanzaron la isleta que dividía los dos carriles de la calzada. En la calle 20, Nikki vio que a la puerta de su edificio se había congregado una multitud de vehículos y luces de emergencia. Un coche de la policía doblaba en ese momento la calle para unirse al resto y Nikki gritó:

—¡Policía, aquí!

Pero no repararon en ella y prosiguieron su camino. En cambio el pistolero sí la oyó. Se volvió para mirarla por encima del hombro, comprobó que Heat se acercaba y se transformó en un blanco móvil, zigzagueando entre las jardineras que había distribuidas por la isleta, pasándose al carril de dirección norte y saltando después al contrario. Al cruzar en la intersección con la 21 Este, Nikki se encontró con que una limusina larguísima le cortaba el paso, al darse cuenta el conductor demasiado tarde de que no tenía espacio suficiente para girar. Le hizo un corte de mangas a Nikki cuando ésta se subió al capó del vehículo para pasar por encima. Cuando lo consiguió, el tirador ya le llevaba una manzana de ventaja.

Pero empezaba a ir más despacio. Una de las veces que él se volvió para mirar, Heat reparó en que tenía una mancha roja que iba aumentando de tamaño a la altura del pecho de la sudadera gris. En la calle 22 dejó de correr, pero no de huir. Apuntó con la escopeta a un taxista que esperaba a que se abriera el semáforo y que de inmediato salió del coche con las manos en alto. El sospechoso se puso al volante y se saltó la luz roja, casi chocando con otro taxi que cruzaba pero recuperando el control después de derrapar, y se dirigió hacia Nikki.

Ésta se situó en el centro de la isleta, pero el asesino no se detuvo y se dispuso a subir el coche al bordillo. Nikki se preparó para disparar y, al verla, el hombre viró con brusquedad a la derecha para evitar que le alcanzara y a continuación sacó el cañón de la escopeta por la ventanilla, preparado para dispararla cuando pasara a su lado. En vez de ponerse a cubierto, Nikki se quedó donde estaba, se aseguró de que el campo estaba libre detrás de él y le

disparó tres veces. Dos de las balas se estrellaron contra el parabrisas y no le alcanzaron porque viró de nuevo el volante para esquivarlas, pero el tercer disparo entró directo por la ventanilla derecha y dio en el blanco. Nikki vio desgarrarse la tela de la sudadera a la altura del hombro y la cabeza caer bruscamente a un lado. El coche se zarandeó con violencia, pero después recuperó el control y siguió camino hacia el centro de la ciudad a gran velocidad. Nikki memorizó la matrícula y echó a andar hacia su casa.

También tomó nota mentalmente de dónde estaba para incluirlo en el informe del tiroteo. Justo enfrente del supermercado Morton Williams, donde diez años atrás había dado comienzo aquella pesadilla.

Cuando Heat hubo terminado de hacer su declaración al detective de la comisaría 33, Lauren Parry dejó un momento de examinar el cadáver de Don y le ofreció un vaso de zumo de naranja.

—Lo he encontrado en tu nevera. Bébetelo, te subirá el azúcar. —Nikki dio un pequeño sorbo y dejó el vaso en la mesa —No has bebido nada. ¿Qué te pasa? ¿Tienes náuseas? ¿Dolor en el pecho? ¿Te mareas? —La forense le tomó el pulso y, una vez hubo comprobado que Nikki no estaba en estado de shock, le pasó una caja de toallitas desinfectantes—. Tengo que volver al examen preliminar. Límpiase. —Señaló los restos de sangre seca y tejidos en los brazos y piernas de Heat y añadió mientras se alejaba—: Y no te olvides de la cara.

Nikki no hizo nada de lo que le había dicho Lauren y se limitó a dejar la caja de toallitas junto al zumo de naranja y a mirar, con los ojos de par en par, el cadáver de su amigo. La distrajerón una voces que entraban por la puerta abierta que daba al vestíbulo. El detective Ochoa fue el primero en entrar, su semblante era serio pero intercambió un discreto saludo de cabeza con su novia, Lauren. Le seguía su compañero Raley, quien también contempló la escena del crimen con expresión sombría. Heat fue a recibirlos y mientras se acercaba Raley, se volvió y le dijo en voz baja a alguien que estaba en el recibidor:

—¿Estás seguro de que es buen momento?

Rook apareció en el umbral y asintió con la cabeza.

Cuando Nikki se acercó la tomó en sus brazos y la estrechó contra sí. Ella

le abrazó apretándolo con fuerza y así estuvieron, aferrados el uno al otro, un buen rato. Cuando por fin se separaron Rook seguía sin soltarla, con las palmas de las manos apoyadas en sus brazos.

—Gracias a Dios que estás bien. —Después su mirada fue hasta el cadáver tendido en el suelo, desnudo a excepción de la toalla de papel con que Lauren acababa de cubrirle la entrepierna.

—¿Quién es? —preguntó Rook.

Nikki inspiró profundamente por la nariz, preguntándose por dónde empezar. Antes de que pudiera hablar, el investigador a cargo del caso intervino:

—Eso mismo me estaba preguntando yo. Soy el detective Caparella, de homicidios.

—Ah, detective —dijo Nikki—. Éste es mi amigo, Jameson Rook.

Caparella reparó en que seguían agarrados de la mano y su mirada fue de los dos al cadáver.

—Me gustaría tomarle declaración, si no tiene inconveniente, señor Rook.

—¿A mí? ¿Por qué?

Nikki dijo:

—En realidad él no tiene nada que ver con esto.

—Sabe que tenemos que cubrir todos los ángulos posibles, detective —dijo el policía—. Dos novios, uno vivo y el otro muerto... —Levantó un brazo a modo de separación entre Rook y Nikki indicando que ésta tendría que mantenerse al margen—. Ahora, si no le importa, señor...

Mientras el detective entrevistaba a Rook en el dormitorio de invitados, Nikki aprovechó para limpiarse un poco con las toallitas. Cuando se pasaba una por la frente se le ocurrió que era probable que Lauren le hubiera oído decir a Miguel, su novio, que Sean y él habían recogido a Rook con su coche de camino hacia allí y que por eso le había dado las toallitas a ella, para darle la oportunidad de ponerse presentable antes de que él llegara. Limpiándose algo que parecía una costra en la barbilla, regresó al pasillo, dando por hecho que la entrevista sería breve, puesto que Rook ni siquiera sabía de la existencia de Don. Eso confirmaría sin duda la respuesta que le había dado

ella a Caparella a la pregunta de si tenía relaciones con algún hombre aparte de la víctima. Al mencionar Nikki el nombre de Rook, Caparella lo había apuntado, pero entonces ella había añadido:

—No le conocía. Por lo que sé, ni siquiera conocía su existencia.

De haber estado en la piel del otro detective estaría haciendo las mismas preguntas —cubriendo todos los ángulos posibles, tal y como él lo había expresado—, pero Nikki creía de todo corazón que ella era el objetivo y no Don, que había hecho cierta, de la manera más trágica posible, la máxima de estar en el sitio equivocado en el momento equivocado. La parte más incómoda de la entrevista había sido cuando tuvo que dar a su colega la información que tenía de Don, que era tan escasa que podría interpretarse como una evasiva: ex marine, soltero, o al menos eso decía, se habían conocido en el gimnasio hacía dos años, cuando se apuntó a clases de combate cuerpo a cuerpo; era su profesor, empezaron a verse fuera de clase para sesiones de entrenamiento personal seguidas de una cerveza. Después habían iniciado una relación... informal... estrictamente física. El detective había guardado silencio y fruncido el ceño con la vista fija en su bloc de notas, procesando la información, juzgando o imaginándose cosas, Nikki no lo sabía. Era consciente de que aquello no era algo que pudiera explicarse fácilmente a una tercera parte no interesada y la reacción del detective le hacía temer la reacción de Rook, quien sin duda era una tercera parte interesada.

Después de hablar de Don, Nikki había informado al detective Caparella de los dos casos de asesinato en que estaba trabajando y de su convencimiento de que aquella nueva muerte tenía por objeto cerrarle la boca.

—¿Tiene idea de quién ha podido ser? —había preguntado el detective.

—Llevo diez años intentando contestar a esa pregunta, créame, detective. De hecho es la misión principal en mi vida, encontrarle y detenerle.

Aparentemente satisfecho con la respuesta, el detective tomó unas cuantas notas más, le pidió que le enviara por correo electrónico los datos del caso que considerara relevantes y eso fue todo.

Lauren Parry había concluido su examen en tiempo récord y había

conseguido que retiraran el cuerpo de Don antes de que Rook saliera del cuarto de invitados y se enfrentara de nuevo a aquel hombre misterioso tendido desnudo en el suelo.

—¿Qué tal ha ido? —le preguntó Nikki cuando por fin apareció.

Rook la miró despacio, pensativo.

—Pues me las ha hecho pasar canutas. —Su tono era cortante. Su alivio inicial había sido reemplazado por un enfado que amenazaba con aflorar en cualquier momento—. ¿Tienes idea de lo difícil que es contestar «No lo sé» de cincuenta maneras distintas? Y eso que soy escritor.

Un experto en balística pasó junto a ellos y señaló un agujero hecho por una bala en una estantería de roble cercana. Heat condujo a Rook hacia el piano en un intento por encontrar algo de intimidad en una habitación llena de detectives y agentes de la policía científica. Aunque Rook se dejó llevar, tenía el brazo rígido. Nikki dijo:

—Sé que esto es un trago muy gordo para ti.

—¿Gordo? Nikki, me he quedado sin palabras.

—Lo entiendo, pero...

—Pero ¿qué? —Su dolor, su confusión, su temor y su enfado eran patentes en las dos sucintas palabras.

—Pues que no es lo que parece.

—Eso es algo que yo diría. —Pero no parecía divertido—. Entonces ¿qué es?

—Complicado —dijo Nikki.

—Las cosas complicadas son lo mío.

Esperó, pero Nikki no decía nada. No tenía ni idea de por dónde empezar y temía lo que pasaría en cuanto comenzara a hablar. Así que se limitó a mirar la mancha roja en la alfombra de la entrada, donde la cabeza de Don había aterrizado y se había desangrado. Sin decir palabra. A Rook se le acabó la paciencia.

—Muy bien. Tienes las llaves de mi casa, ¿no? Pues lo mejor es que Raley y Ochoa te acerquen para que puedas darte una ducha y dormir un poco.

—¿Tú no vienes?

No tenía la excusa de la investigación policial, así que recurrió a la logística:

—Voy a quedarme aquí para asegurarme de que cierran bien todo cuando hayan terminado.

Nikki repitió:

—¿No vienes?

—Llamaré al conserje. Seguro que Jerzy sabe cómo tapar el agujero de la puerta.

—Gracias —dijo Nikki, pero su tono revelaba sarcasmo—. Eso me tranquiliza.

—¿Qué quieres, Nikki? —Y aventurándose en arenas movedizas, añadió—: La verdad, no sé qué coño hacer. Porque no me cuentas nada y lo único que hago es cabrearme cada vez más.

—Ah. O sea, que ahora eres tú el protagonista, después de la nochecita que he tenido.

—No —dijo Rook—, de lo único que estoy seguro es de que la protagonista aquí eres tú.

—Muy agudo, Rook. Genial. No te olvides de apuntarlo en tu Moleskine, por si luego lo puedes usar. También puede servirte algún día, cuando no te acuerdes de por qué rompimos. —Nikki metió la mano en la bolsa de gimnasia y sacó las llaves del *loft*—. Toma.

Rook las cogió al vuelo y le hicieron daño en la palma de la mano al cerrar el puño.

—¿Me estás echando?

—Este follón lo he montado yo, así que yo me ocupo.

A Rook no se le escaparon las implicaciones de tal declaración y hasta qué punto él quedaba excluido de la misma. Miró a Nikki, pero la cara de ésta era una máscara inexpresiva. Así que se metió las llaves en el bolsillo y se fue.

Nikki se cuidó mucho de no mirarle mientras se marchaba. Tampoco a Raley ni a Ochoa, que habían observado su encuentro desde el otro lado de la habitación como si fuera la escena de una película muda sin necesidad de subtítulos, e hicieron como que no estaban con la boca abierta, que era lo que

ocurría.

Mientras se hundía en una butaca junto al piano, Nikki se descubrió reviviendo una noche como aquella diez años antes con todo detalle. Sintióse igual que entonces, confusa, vacía y terriblemente sola, miró a la policía científica examinar el apartamento desde la misma perspectiva que entonces. Estaba tan conmocionada como si acabara de vivir un terremoto y notaba el suelo bajo sus pies amenazador y hostil.

Las dos pizarras blancas no consiguieron que se sintiera más segura después, en el despacho diáfano antes del amanecer, ya con la segunda taza de café estudiando las fotografías de las pruebas de los dos casos desde una silla situada en el centro de la habitación. Llevaba allí casi tres horas. Incapaz de dormir después de que los de la científica y el Departamento Forense hubieran terminado y Jerzy hubiera tapado el agujero de bala en la puerta con un tablero de aglomerado, Nikki se había dado una ducha y había pedido que el coche policía que el comisario de la 30 le había dejado a la puerta de su casa como cortesía la llevara a trabajar.

Las pizarras seguían exactamente igual que como estaban cuando Heat dejó a la brigada la noche anterior, sólo que ahora las había actualizado, creando una sección nueva para el tercer homicidio. El de Don. Le costó un esfuerzo emocional sobrehumano dejar —de momento— a un lado el dolor que sentía por su muerte para poder concentrarse en aclararla. Dibujó un cuadrado con rotulador verde para delimitar el espacio destinado a Don y, debajo de su nombre y hora de la muerte, escribió: «Muerto de un disparo» y «Pistolero desconocido de raza blanca», junto con una descripción telegráfica de su altura y su peso. También «huido en un taxi» y a continuación una palabra que odiaba escribir: «Prófugo».

Las pruebas no relacionaban el caso de Don con los otros dos, pero era cuestión de puro sentido común. Por eso puso a Don junto a su madre y a Nicole Bernardin, porque la experiencia le había enseñado a desconfiar de las coincidencias. Sabía que ella era el objetivo y que el ataque se había producido después de que se pusiera a investigar los otros dos asesinatos. Eso contestaba a una de las preguntas que seguían en la pizarra: «¿Por qué ahora?», pero la más importante seguía sin respuesta: «¿Por qué?».

Ésa sería la que conduciría a «¿Quién?». O al menos eso esperaba.

Escuchó el ruido lejano de un metro, pero cerca de allí no pasaba ninguno. Las persianas metálicas empezaron a golpear los marcos de las ventanas y los fluorescentes que colgaban del techo se balancearon con suavidad. Escuchó a una de las secretarias de la entrada exclamar: «¡Uuuuuy!» y alguien dijo: «Es una réplica». Nikki vio que las persianas volvían a quedarse quietas y se concentró de nuevo en las pizarras, con la esperanza de que el miniterremoto las hubiera sacudido y hecho aparecer nuevas pistas.

Aquel ejercicio, el de esperar pacientemente a que la pizarra blanca le diera la solución o, al menos, una conexión, por lo general le daba resultado. El método no tenía nada de metafísico, nada de incienso ni de encantamientos. Tampoco era como jugar a la ouija. Era tan sólo una manera de ordenar sus pensamientos y, mientras estudiaba las piezas del puzle, dejar que su subconsciente trabajara para encajarlas. Y de hecho allí había algo, pero aún no sabía qué. ¿Qué estaba pasando por alto? Empezó a reprocharse no ser más paciente, pero se detuvo: «Nada de reproches», susurró. Si Nikki Heat tenía un aliado capaz de ayudarla a confiar y a mantenerse positiva, era ella misma.

Necesitaba seguir concentrada, a pesar de la que estaba cayendo.

Ésa era la belleza de la coraza que tanto le echaba Rook en cara. Rook, que refunfuñaba de cómo era capaz de encerrar sus sentimientos en compartimentos estancos cuando precisamente esa capacidad era la que le había permitido resolver casos en momentos de extrema agitación. Intentó no pensar en Rook. Lo último que necesitaba en aquel momento eran distracciones ¿De verdad quieres ver una coraza, señor Rook? Pues a ver qué te parece ésta.

Un leal compañero de brigada interrumpió su soledad. El detective Feller llegaba una hora y media antes, justo después de Raley y Ochoa, de quienes Nikki se había despedido en su apartamento a las dos de la madrugada. Randall Feller ya había hecho unas cuantas llamadas y había enviado mensajes de texto a colegas secretas de la Brigada de Taxis de la Policía de Nueva York para que estuvieran pendientes de un vehículo robado con daños

en la parte delantera y dos agujeros de bala en el parabrisas. Hasta el momento nadie había visto nada. Los Roach estaban comprobando si el aviso que habían enviado a todos los servicios de urgencias, ambulatorios y farmacias para que informaran de víctimas de herida de bala o sangrando en busca de primeros auxilios o analgésicos había tenido alguna respuesta.

Pronto la brigada entera estuvo reunida para una puesta en común. Estaba todos menos Sharon Hinesburg, que llegaba tarde una vez más. Mientras se congregaban alrededor de las pizarras para enterarse de las últimas novedades, Heat echó un vistazo al despacho acristalado, pero dentro sólo estaba el capitán revisando hojas de estadísticas con un lapicero rojo. Pensó que quizá Iron Man la había dejado en una esquina más alejada aquella mañana. Decidió empezar sin ella, sabedora de que no la echarían de menos.

Comenzó con el asesinato de Don, que todos conocían, de forma que se limitó a hacer un breve resumen. Nadie hizo preguntas. Todos sabían que se trataba de un caso delicado y, al igual que Nikki, estaban deseando pasar a otra cosa.

Agentes uniformados que patrullaban la calle de Inwood, donde vivía Nicole Bernardin, habían informado de que los vecinos habían visto en los últimos días una furgoneta de una empresa de limpieza de alfombras.

—Los testigos no se acordaban del nombre de la compañía, pero, como coincidía con la hora aproximada de la muerte, quiero que Feller y Rhymer hagan algunas preguntas más. A ver qué conseguís. Color de la furgoneta, rotulación, lo que sea.

—Y seguimos esperando el informe de toxicología —continuó, mientras escribía un nuevo signo de interrogación en la pizarra, junto a dicho punto. Debajo borró el que decía: «Huellas» (que seguía en blanco pero era innecesario ahora que habían identificado a la víctima) y escribió: «Limpieza de alfombras en Inwood».

Raley informó de que no había novedades sobre la supuesta empresa de *headhunting* de Nicole Bernardin.

—El grupo NAB está registrado en Better Business y otras cuantas asociaciones de empresarios, pero, aparte de que pagaba las cuotas, hay poco que contar. No hay constancia de quejas contra ella por búsqueda de

directivos o colocaciones, básicamente porque no hay registro de que haya hecho ninguna. Esta mujer parecía ser la discreción personificada.

Malcolm y Reynolds informaron de que el ordenador portátil de Bernardin no aparecía ni en objetos robados ni en el mercado negro. Nikki les encargó que enviaran correos electrónicos a las tiendas de empeño y que miraran en eBay. El detective Rhymer contó que seguía trabajando con los informáticos en lo de sus copias de seguridad.

—Por ahora no hemos encontrado nada —dijo, pero subrayando el «por ahora». Los de informática están con ello a tope. Y también quieren saber si les firmarías un ejemplar de *First Press* con tu foto en la portada para enmarcarlo.

—Sí, claro —dijo Nikki—, siempre que no lo cuelguen en el cuarto de baño.

Rhymer sonrió.

—No, estoy seguro de que se turnarán para llevárselo a casa.

Nada nuevo tampoco de los consulados franceses, según el detective Reynolds, quien también se había puesto en contacto con la Interpol. Sin embargo confirmó que Nikki tenía razón, pues la pesquisa en el club de corredores New York Road Runners sí había dado frutos.

—Es socia vitalicia.

—Qué ironía —se le escapó comentar a Feller.

—Bernardin participaba en las sesiones de entrenamiento nocturno en Central Park, corría la carrera de la Quinta Avenida y otras de mil metros, pero no saben nada de su vida. Básicamente, para ellos no era más que un dorsal.

Y así ocurrió con el resto de informes. Había datos nuevos, pero ninguno conducía a ninguna parte. Hasta Rhymer, que se había dedicado por su cuenta a investigar orquestas de aficionados y sindicatos de intérpretes a ver si Bernardin, antes virtuosa del violín, pertenecía a alguno, venía con las manos vacías. Los esfuerzos no parecían conducir a ninguna parte; lo mismo que las carreras de Bernardin alrededor de Central Park durante el verano. Terminaban en el mismo punto en el que empezaban.

Cuando el grupo se dispersó Nikki se volvió inconscientemente hacia la

silla de Rook para conocer sus impresiones como espectador. En realidad se sentía afortunada de que hubiera transcurrido ya una hora sin susurros ni chismorreos y sin verse obligada a reconocer las contradicciones de su vida personal en la comisaría. Pero entonces llegó la detective Hinesburg y todo cambió.

—Ya me he enterado de lo de anoche. ¿Estás bien? —preguntó Sharon, que se había quedado de pie un poco demasiado cerca de Nikki. Lo cierto era que nunca se le había dado bien lo de no invadir el espacio de los demás—. Ha tenido que ser horroroso, encima en tu propia casa. —Se inclinó y bajó el volumen de voz, pero sólo un poco—: Y era tu novio. Nikki, lo siento mucho.

—No era mi novio. —Heat se arrepintió inmediatamente de haber entrado al trapo.

—Claro, lo que tú digas. Ha tenido que ser supertraumático. La verdad, pensaba que hoy no vendrías a trabajar.

Heat se subió la manga para mirar su reloj.

—Sí, eso ya lo veo. ¿Dónde estabas?

—Haciendo una cosa que me encargó el capitán Irons.

Al principio Nikki pensó que mentía, pero era demasiado fácil comprobarlo, así que ignoró el molesto hecho de que el capitán de la comisaría la puenteara robándole a los miembros de su brigada. Pero entonces reparó en a quién le había robado. Después de todo, la mañana había sido mucho más agradable sin Sharon. Ésta fue hasta su mesa para dejar su gigantesco bolso y dijo:

—Habría venido antes, pero ya sabes que no quiere que nos pasemos con lo de las horas extras. Y como anoche tuve que ir a Scarsdale, me dijo que hoy entrara más tarde, para compensar.

Nikki contuvo la respiración. Fue hasta la mesa de Hinesburg y, para variar, fue ella la que invadió su espacio.

—¿A qué has ido a Scarsdale?

La detective dejó escapar un silbido en voz baja.

—Pero, bueno... En serio, pensaba que lo sabías.

Aquellas palabras fueron como una bofetada para Nikki, que a punto

estuvo de tambalearse.

—¿Has ido a ver a mi padre? ¿Para interrogarle?

Antes de que Hinesburg pudiera contestar, Nikki ya estaba de camino a la oficina del capitán. Hinesburg le dijo sin demasiada convicción:

—Pero no como sospechoso. sólo como alguien que pueda aportar información de interés para el caso.

Heat dio tal portazo que la mitad de la comisaría debió de pensar que se hallaban ante una nueva réplica del terremoto. Y de haber estado en el despacho de Irons habrían comprobado que en efecto era sí.

—Pero ¿se puede saber qué coño pasa, Heat? —Wally Irons no solo había dado un salto en la silla al más puro estilo Roger Rabbit, también había empujado las ruedas de esta hacia atrás, apoyando los pies en la alfombra de plástico del suelo, y ahora la miraba con los ojos y la boca abiertos de par en par. Se ve que tenía instinto de conservación. La detective Heat se inclinó sobre su mesa como si tuviera intención de atacarle.

—Eso digo yo, ¿qué coño pasa? ¿Se puede saber por qué cojones ha mandado a la detective Hinesburg a casa de mi padre? —Heat rara vez decía palabrotas y, por si su entrada no hubiera bastado para dejar claro su enfado, el vocabulario empleado no dejaba lugar a dudas—. ¡A casa de mi padre, capitán!

—Tienes que tranquilizarte ahora mismo.

—Y una mierda. Conteste a mi pregunta.

—Detective, todos sabemos que ha tenido una noche muy estresante.

—Conteste. —Cuando el capitán se limitó a mirarla, Nikki cogió su taza de café ya frío del posavasos y la volcó sobre las estadísticas—. Ahora mismo.

—Estás perdiendo los papeles.

—Pues no he hecho más que empezar, Wally.

Se quedó allí amenazadora y jadeando como si acabara de estar corriendo. Pero el capitán sabía que aún le quedaba resuello, así que dijo:

—Vale, vamos a hablar. Siéntate. —Nikki no se movió—. ¿Quieres hacer el favor de sentarte?

Cuando Nikki cogió una silla, Irons sacó su pañuelo para limpiar la

mancha de descafeinado con leche que goteaba de la mesa a sus pantalones, pero sin apartar los ojos de Nikki.

—Vale —dijo ésta—. Estoy sentada. Empiece.

—Tomé una decisión... como responsable de esta comisaría —explicó sin convicción— de abrir una nueva línea de investigación para ver si conseguíamos avanzar en el caso.

—¿Con mi padre? —Nikki ladeó la cabeza en dirección a la comisaría al otro lado del cristal—. ¿Y con ella? ¡Venga ya!

—Un poco de respeto, detective.

Nikki dio una palmada en la mesa.

—¿Es una persona de interés para la investigación? ¿Mi padre? En primer lugar, fue descartado como sospechoso hace años y, además, ¿cómo puede mandar a alguien a interrogarle sin decírmelo?

—Soy el capitán de la comisaría.

—Y yo la jefe de la brigada de homicidios.

—Al mando de una investigación en punto muerto. Mira, Heat, ya hablamos ayer de esto cuando se publicó lo del *Ledger*. Después de diez años hace falta alguien con ojos nuevos capaz...

—Huy, qué bonito. ¿Lo ha preparado para cuando le citen en el próximo artículo? ¿Cuando ponga otra vez en peligro mi investigación y se entrometa en mis relaciones familiares?

—Estoy convencido de que estás demasiado implicada. Tienes un conflicto de intereses y esta reacción es prueba de ello.

—Eso es una gilipollez.

—Mandé a la detective Hinesburg porque tengo la impresión de que su talento está infrutilizado.

—¿Hinesburg? Me apuesto cinco pavos a que anoche pasó más rato en el centro comercial de Westchester que con mi padre.

—Y además —levantó un dedo como si quisiera pulsar un imaginario botón de pausa que hiciera callar a Nikki— decidí que necesitábamos un poco de objetividad, no un lobo solitario en busca de venganza.

—Tampoco necesitamos una caza de brujas. Con bruja y todo.

—Estás descontrolada.

—Créame, si lo estuviera se daría cuenta.

—¿Como la otra noche en Bayside, cuando te saltaste los procedimientos y entraste por la trampilla de aquel sótano sola llevada por tu obsesión con este caso?

—Necesita pasar más tiempo en la calle, capitán. Así igual empezaría a entender lo que es el trabajo policial.

—¿Y sabes lo que necesitas tú? Algo de tiempo fuera de la calle. A partir de ahora te vas a quedar en la comisaría.

—¿Cómo dice?

—No es nada personal. Aunque hayamos tenido éste... encuentro. He decidido que tienes que pasar por un examen psicológico después del asesinato de tu novio y el tiroteo con el sospechoso en fuga. —Se puso de pie—. Después de unas cuantas sesiones con el loquero, hablaremos otra vez. La reunión ha terminado.

Pero fue el único en marcharse. Y lo hizo a toda prisa.

El loquero dijo:

—Le ha faltado tiempo para pedir cita, detective.

El psicólogo del departamento, el doctor Lon King, tenía un tono de voz amistoso y suave que hacía pensar en surf y en playas tropicales. —Esta mañana me llegó la nota de su superior después de su... reunión.

—Quiero terminar con esto cuanto antes y volver al trabajo, si puedo serle franca.

—La franqueza me encanta, aunque la sinceridad me gusta todavía más.

El psicólogo se tomó un momento en la butaca que ocupaba frente a Nikki para revisar el cuestionario que ésta acababa de rellenar. Nikki le miró para observar su reacción, pero no hubo ninguna. La cara del doctor Lon King tenía una expresión tan neutra e irradiaba una calma tan natural que pensó que más le valía no jugar nunca al póquer con él. Lo cierto es que Nikki se consideraba afortunada por haber podido concertar una cita para el mismo día de la estúpida orden de Irons. Eso sí, confiaba en que la sesión fuera corta, porque uno de los amigos que tenía Feller en la Brigada de Taxis había localizado el vehículo que había robado el pistolero. Estaba aparcado bajo un paso elevado de la autovía Bruckner, en el Bronx. Claro que los

ladrones de piezas y los vándalos lo habían limpiado durante la noche, desde la placa de la matrícula hasta el cableado, pero ya estaba en manos de la policía científica y Nikki estaba deseando volver para ver si habían encontrado alguna pista sobre la identidad del asesino. Como, por ejemplo, si se había quitado los guantes y había dejado alguna huella. Entonces se dio cuenta de que el doctor King le estaba haciendo una pregunta.

—¿Perdón?

—Le preguntaba si últimamente le cuesta concentrarse.

—No —dijo con la esperanza de que la primera pregunta no fuera eliminatoria—. Estoy completamente alerta.

—Veo muchos casos de estrés postraumático y estoy acostumbrado a tratar con oficiales de policía siempre dispuestos a demostrar que son invulnerables. Así que, por favor, que no le dé vergüenza sentir cualquier cosa ni tampoco contármela. —Heat asintió y sonrió para demostrar su aceptación, mientras no dejaba de pensar que aquel hombre podía mantenerla apartada indefinidamente del servicio activo armado sólo con su bolígrafo—. Y, para que quede claro, no tengo ningún interés en obligarla a hacer terapia —añadió el doctor como si le leyera el pensamiento.

Después siguió haciéndole preguntas, a algunas de las cuales ya había respondido Nikki en el cuestionario. Preguntas sobre sus hábitos de sueño, consumo de alcohol, si se encontraba nerviosa o se sobresaltaba con facilidad. Si el doctor se quedó o no satisfecho con sus respuestas, era algo imposible de deducir de la expresión de su cara. Dijo:

—Supongo que la respuesta a la pregunta de si se ha visto expuesta a situaciones que hicieran peligrar su vida es sí.

—Soy detective de homicidios —contestó Nikki señalándose con las dos manos.

—¿Y en el terreno personal? ¿Fuera del trabajo?

Nikki le relató lo más sucintamente posible, pero sin parecer irrespetuosa, el asesinato de su madre. Cuando terminó, el doctor se quedó callado y después, con una voz tan aterciopelada como el locutor de un programa de jazz, dijo:

—A los diecinueve años una experiencia así puede ser determinante.

¿Alguna vez tiene la sensación de estar reviviendo aquella tragedia?

Nikki sintió ganas de reír y dijo:

—sólo las veinticuatro horas del día. —Pero enseguida temió verse desterrada a meses fuera del servicio activo, así que añadió—: Aunque de una forma de lo más positiva. Por mi trabajo estoy en contacto con víctimas y sus seres queridos. Cuando encuentro paralelismos con mi propia experiencia, procuro usarlos para ayudarlos a ellos y a la investigación.

King no se apresuró a darle una palmadita en la espalda y se limitó a un «Ya veo» antes de preguntar:

—¿Y qué me dice de lo que asocia al asesinato de su madre? ¿Trata de evitar a aquellas personas o situaciones que se lo recuerden?

—Pues... —Nikki se recostó sobre el cojín y miró al techo. La segunda manecilla de un reloj situado a su espalda avanzó suavemente y por la ventana cerrada detrás del doctor entraba el reconfortante murmullo del tráfico de Nueva York, doce plantas más abajo. La única respuesta de Nikki se refirió al piano de su salón. Le dijo que no conseguía tocarlo y le explicó por qué mientras el psicólogo la escuchaba en silencio. Otro síntoma, en el que no había reparado hasta ese momento, era la frialdad en la relación con su padre. Nikki siempre le había atribuido el distanciamiento a él, pero sacar el tema a relucir allí habría sido como destapar la caja de los truenos, así que decidió limitarse al piano e incluso le preguntó al psiquiatra si era una mala señal.

—Aquí no hay nada ni malo ni bueno. Se trata de hablar y ver qué es lo que sale.

—Genial.

—¿Su padre vive aún?

Pero ¿aquel tipo era psicólogo o adivino? Nikki le contó lo del divorcio y pintó una relación distante pero cordial, en la que quien marcaba las distancias era su padre más que ella, algo que de todas formas era verdad en parte.

—¿Cuándo fue la última vez que estuvo en contacto con él?

—Hace un par de horas le llamé para tranquilizarle sobre una metedura de pata de mi capitán, que mandó a una investigadora a interrogarle sobre el

asesinato de mi madre.

—Así que salió de usted, lo de ponerse en contacto —Heat asintió con energía, consciente de que evitar a las personas relacionadas con el episodio desencadenante es uno de los síntomas del síndrome de estrés postraumático—. ¿Y qué tal se lo tomó su padre?

Heat recordó su arrogancia y el vaso con hielo.

—Digamos que podía haber estado más receptivo. —El terapeuta no insistió en aquello, sino que pasó a preguntarle sobre sus otras relaciones, y la respuesta de Nikki fue—: Por mi trabajo es complicado mantener una relación, como probablemente sabe.

—¿Por qué no me lo explica usted?

Con sinceridad, pero lo más brevemente que pudo, Nikki le resumió la naturaleza de sus relaciones en los últimos años, la más larga de las cuales había sido con Don. Le dio a King la misma versión que al detective Caparella la noche anterior, a saber, que Don era un compañero de entrenamiento con derecho a roce. También le habló de Jameson Rook, provocando así la única digresión del terapeuta, que le preguntó si se trataba del famoso escritor. Nikki aprovechó para contarle cómo se habían conocido trabajando juntos el verano anterior y cómo, aunque podía parecer que Rook y ella mantenían una relación monógama, nunca lo habían establecido así. Sin embargo no se había acostado ni con Don ni con nadie desde que conoció a Rook.

—¿Cómo se siente después del tiroteo de anoche?

—Es complicado. —Sintió ganas de llorar al pensar en el pobre Don, pero se contuvo—. Básicamente estoy intentando no pensar en ello de momento.

—Y anoche, cuando estuvo con Don, ¿fue un encuentro sin sexo?

—Sí —dijo Nikki con sequedad.

—Parece que no le ha sentado muy bien la pregunta. ¿He tocado un tema delicado?

—En realidad no. Don y yo quedamos para entrenar, en el gimnasio. Y después vino a mi casa a darse una ducha. Entonces fue cuando le dispararon.

—A darse una ducha. ¿Y dónde estaba el señor Rook?

—En su casa. Habíamos discutido y yo necesitaba... desahogarme un rato. —Lon King apartó los papeles del cuestionario, cruzó las manos en el regazo y la miró fijamente. Incómoda por su silencio, Nikki dijo—: Lo admito, lo de echar una cana al aire se me pasó por la cabeza, pero...

—Ha dicho que su relación con el señor Rook no es monógama.

—No, pero...

—Entonces, ¿a qué cree que venía eso de la cana al aire, como usted lo llama?

—No lo sé. —Entonces Nikki se sorprendió a sí misma preguntando—: ¿Y usted?

—sólo usted puede saberlo —dijo el terapeuta—. La gente se inventa sus propias reglas sobre lo que es ser fiel o no. Igual que tiene sus razones para seguir o no las reglas. —Pero luego reconoció—: A veces..., solo a veces..., en medio de una crisis una persona puede intentar huir del dolor buscando hacer daño a otros. Como un intento inconsciente de cambiar de emisora en la cabeza, de sintonizar otro tipo de dolor distinto de aquél al que le resulta imposible enfrentarse. ¿Por qué discutieron usted y el señor Rook?

Las escasas defensas que le quedaban a Nikki desaparecieron. A pesar de su actitud al entrar en aquel despacho, la sesión le estaba resultando reconfortante. Le explicó a King las recriminaciones de Rook sobre su muralla defensiva y cómo había provocado la discusión.

—¿Y por qué cree que reaccionó así?

—Lleva tiempo provocándome de maneras que no me gustan nada.

—Cuéntemelo.

—Me atosiga. Se empeña en sacar de nuevo a relucir viejos problemas familiares para investigar el asesinato de mi ma...

Ninguno de los dos necesitaba oír la frase completa para darse cuenta de las implicaciones potenciales de lo que Nikki estaba diciendo. Le entró el pánico. Se vio encerrada en Mundoterapia durante una eternidad sin posibilidad de reducción de condena por buen comportamiento y de inmediato trató de rectificar:

—Pero todo el mundo sabe —dijo— que es normal que las parejas discutan. Aunque no tiene por qué ser una cosa o la otra, ¿a que no?

—Es que en este caso fue una cosa, y no la otra.

Mientras el silencio la aplastaba, el terapeuta esperó. Y esperó.

—¿Qué quiere decir eso? —preguntó Nikki.

—No puedo contestarle. Lo que sí puedo es preguntarle con quién estaba de verdad enfadada. Y también quién habría sido el más perjudicado si se hubiera acostado con Don. —Sonrió y miró el reloj detrás de Nikki—. Se nos ha acabado el tiempo.

—¿Ya? —Mientras el psicólogo recogía los papeles y los metía en una carpeta, Nikki le preguntó—: ¿Y bien?

—Después de tantos años, de tantas sesiones, al final siempre es lo mismo. Un poli que me pregunta: «¿Y bien?». —Sonrió de nuevo—. Nikki, ha sufrido más pérdidas de las que es capaz de soportar y ha pasado por más experiencias traumáticas que la mayoría de la gente en toda su vida. —Nikki tenía la boca como un estropajo—. Dicho esto, veo que tiene una gran capacidad de recuperación y que es, desde mi punto de vista, una persona centrada, fuerte y de alto rendimiento, de ésas que, parafraseando a Hemingway, florecen bajo presión. Bastante más sana que muchos compañeros de profesión.

—Gracias.

—Por eso creo que le parecerá bien mi recomendación de que vuelva al trabajo... después de una semana de descanso.

—Pero el trabajo, la investigación...

—Nikki, piense en todo por lo que ha pasado. Necesita un tiempo para centrarse. Lo de destacar bajo presión tiene un precio. —Sacó un bolígrafo y escribió algo en la carpeta—. Por eso voy a ordenarle que se tome una vacaciones de siete días, pagadas. —Giró el bolígrafo para cerrarlo—. E interpretaría como un síntoma saludable el que accediera a intentar restablecer aquellas relaciones que ha roto por estar relacionadas con el episodio traumático.

—¿Se refiere a Rook?

—Eso sería importante. —Cerró la carpeta y dijo—: Nos veremos dentro de una semana, para una nueva evaluación.

—¿Quiere decir que el permiso obligatorio puede prolongarse si no hago

lo que me dice?

—Nos vemos en una semana. Entonces decidiremos.

8

La pantalla del teléfono decía que la llamada era de la comisaría 30. Nikki se apartó de la caja de cobro para dejar que el cliente que iba detrás de ella pasara mientras pulsaba el botón de descolgar.

—Heat.

—Roach —dijeron Ochoa y Raley al unísono.

—Hombre, en estéreo.

Raley dijo:

—Bueno, en realidad esa tecnología es del año de la polca. Tu teléfono es, siento comunicártelo, mono.

—¿Qué, me llamáis para hacer el oso? Porque como humoristas no tenéis mucho futuro, la verdad.

Ochoa empezó:

—Te llamamos para ponerte al día sobre el taxi al que disparaste, porque hemos dado por hecho que puedes seguir informada. ¿Te pillamos en buen momento?

—Sí, claro. Estoy comprando una alfombra nueva. Para el recibidor.

—Escucha —dijo Ochoa—, ¿necesitas que te ayudemos a limpiar? Porque Raley no tiene un plan mejor, el pobre —la pareja rio y Ochoa siguió hablando—: En serio, podemos pasarnos después del turno.

—Gracias, de verdad, pero me he pasado el resto de la tarde barriendo y frotando, así que no hace falta. ¿Qué habéis encontrado?

El Departamento Forense acababa de enviar el informe preliminar y los Roach querían que Nikki supiera que habían encontrado un montón de huellas y que las estaban analizando. Para agilizar las cosas, Feller había

llevado un kit de identificación a la casa del conductor del taxi para así eliminar las suyas. Los Roach no parecían albergar demasiadas esperanzas respecto al resto de las huellas. Ochoa dijo:

—Me temo que la mayoría van a ser de los ladrones de piezas. Han arrasado con el taxi como un cardumen de pirañas.

—Hasta se llevaron la cámara de seguridad del salpicadero y el disco duro, así que no tenemos vídeo del pistolero.

Heat preguntó esperanzada:

—¿Había mucha sangre en los asientos?

—¿Qué asientos? —dijo Raley.

—Ese tipo sigue suelto, detective. Así que ten cuidado.

Cuando colgó, el cajero ya tenía preparada su alfombra, una turca de lana, de uno por dos metros con un color y un dibujo similares a los de la anterior. Nikki pagó y el dependiente le preguntó:

—¿Quiere que se la enviemos? Hoy ya vamos a cerrar, pero podemos mandársela a primera hora de la mañana.

Heat sonrió y se echó la alfombra enrollada al hombro.

—sólo son tres manzanas.

Eran las ocho de la tarde y vestigios del día que se marchaba teñían de verde el cielo del oeste en la calle 23. Las luces del escaparate de una tienda de artículos de segunda mano parpadearon y Nikki se detuvo a mirar una lámpara, pensando que volvería para verla más despacio cuando abrieran por la mañana. Algo se reflejó en el metal pulido de la base, algo que se movía a su espalda. Nikki se giró.

No había nadie. Al volverse, la alfombra se le balanceó en el hombro y casi le dio a un chico que pasaba repartiendo propaganda de un sastre a medida. Aliviada por haberse librado de un escena propia de cine cómico, Heat dobló la esquina para coger Lexington y volver a su casa. Ya fuera por la advertencia de los Ochoa de que el pistolero seguía suelto o por un miedo irracional conforme las tiendas y las luces comerciales de la calle daban paso a bloques de apartamentos, decidió coger un taxi. Levantó la mano que tenía libre sin dejar de caminar, pero los dos únicos que pasaron estaban ocupados, así que después de cruzar la calle 22 Este, como sólo quedaban dos

manzanas, renunció.

Cuando iba por la mitad de la 21 escuchó un chirrido de neumáticos, un claxon furioso y una voz de mujer:

—¡Oye, imbécil, que el semáforo está cerrado!

Nikki se volvió para inspeccionar la manzana, pero todo lo que vio fue los faros traseros del coche dirigiéndose hacia el oeste y el brillo plateado del edificio Chrysler un kilómetro y medio al norte. Siguió caminando, pero no podía apartar de su cabeza las imágenes que se reproducían como un vídeo sin fin: los pasos del pistolero con la sudadera con capucha cruzando la azotea, sus pisadas en la plataforma del andamio, en el asfalto de Park Avenue South. ¿Estaba nerviosa por la falta de sueño o es que estaba ocurriendo de nuevo? Es lo que pasa cuando sabes que alguien quiere matarte y está buscando una nueva oportunidad para hacerlo. ¿Qué hacía andando sola por la calle de noche? Heat perdió la poca seguridad que le quedaba desde que el capitán Irons le requisó su arma reglamentaria. La de repuesto, la Beretta 950, estaba en un cajón del escritorio en su apartamento, donde no le servía de nada. Apretó el paso.

Al cruzar a paso ligero la calle 20 Este escuchó el sonido inconfundible de unas pisadas siguiendo las suyas, pero cuando se detuvo éstas también lo hicieron. Le pasó por la cabeza tirar la alfombra, pero al ver su edificio al otro lado de la plaza, echó a correr, dirigiéndose al oeste a paso ligero en paralelo a la verja de hierro que cerraba Gramercy Park.

Se le pasó por la cabeza que igual le estaban tendiendo una trampa. Si resultaba que aquel tipo tenía un cómplice esperándola en las escaleras de entrada, podría estar yendo derecha a la boca del lobo. Decidió que tenía más posibilidades en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, sobre todo si le cogía desprevenido. En la esquina del parque la verja no trazaba un ángulo recto, sino una curva. En cuanto Heat la hubo rodeado, se detuvo y se agachó.

Allí acucillada esperó y escuchó. Ahora estaba segura, las pisadas se acercaron corriendo pero se detuvieron a poco más de diez metros. La vegetación del parque, que los ocultaba a ambos, le bloqueaba la vista, pero escuchó jadeos. El hombre era sólo una forma oscura con la tenue iluminación del parque, pero Nikki reconoció la sudadera con capucha y la

gorra deportiva. Le perdió cuando el hombre se puso de nuevo en marcha prosiguiendo su persecución. Heat se preparó.

El hombre dobló la esquina por la acera a paso ligero y Nikki aprovechó para lanzarse hacia delante con fuerza, dispuesta a darle en la cara con dos metros de lana turca. Entonces vio que su perseguidor era Rook.

A duras penas consiguió rectificar el golpe y evitar darle, pero no evitó que Rook gritara:

—Eh, eh, ¡oye!

Mientras, levantaba los dos brazos para protegerse la cara y perdía el equilibrio. Se inclinó hacia delante, se dobló luchando desesperadamente contra la fuerza de la gravedad y perdió la batalla. Aterrizó con un «uf» en las losetas de la pizarra logrando al menos protegerse la cara al interponer un brazo entre ésta y el suelo mientras caía.

—Por Dios, Rook, pero ¿se puede saber qué haces?

—Protegerte —dijo con voz ahogada hablándole a la manga de la sudadera. Se volvió y se sentó. Le salía sangre por las dos fosas nasales.

Cuando llegaron al apartamento de Nikki, esta dijo:

—Por favor, no sangres en el suelo. Acabo de limpiarlo.

—Tú siempre tan comprensiva. No te preocupes por mí, estoy perfectamente.

Nikki le hizo sentarse en un taburete con un paquete de pañuelos de papel y le limpió con el resto de las toallitas que Lauren le había dado la noche anterior. Mientras le quitaba la sangre seca del labio superior y de la nariz, dijo:

—Rook, ya hace tres años que me conoces ¿y todavía no has aprendido que nunca debes seguirme?

—Está claro que no. ¡Ay!

—Perdón.

—Y está claro que tú no has aprendido que, si alguien va detrás tuyo, es posible que sea la caballería. Es decir, yo.

—Detrás tuyo, no: detrás de ti.

—No estoy de humor para jugar a la policía gramatical, ¿vale? —Rook se sacó una bola de papel de la nariz para ver si seguía sangrando y, al

comprobar que no era así, la tiró al cubo de la basura. —¿Qué nos pasa, Nikki? ¿Por qué no podemos ser como las parejas de las películas de Woody Allen? Dos amantes con una asignatura pendiente que se encuentran en una acera de Nueva York.

—¿Quieres decir en vez de perseguirse el uno al otro por una acera de Nueva York?

—¿Tengo la nariz rota?

—Déjame ver. —Nikki alargó la mano para tocarle, pero Rook se apartó.

—No, ya me he hecho bastante daño por hoy. —Se levantó y miró su reflejo en una tetera—. La imagen está demasiado distorsionada para saberlo. —Se encogió de hombros—. Bueno, si me la he roto me dará personalidad. Mi belleza curtida será aún más bella.

—Hasta que la gente se entere de cómo te la rompiste.

Aquello impulsó a Rook a mirarse de nuevo en la tetera. Mientras lo hacía, mientras inspeccionaba los daños, Nikki dijo:

—Gracias por intentar protegerme —y añadió—. Supongo que eso quiere decir que no estás tan enfadado.

Rook levantó la cara para mirarla:

—¿Quieres apostar algo? —Pero sus ojos decían que el enfado por lo menos había bajado de intensidad.

—Y no te culpo. Sé que te sentiste engañado.

—¿Por qué? ¿Por qué me dejaste tirado y un par de horas más tarde me encuentro a un hombre desnudo en tu apartamento? ¿Y porque, cuando me atrevo a preguntar, te crees que puedes darme esquinazo con la excusa de que es «complicado» para acto seguido darme la patada?

—Vale, o sea que sigues enfadado.

—¿Qué pasaría de haber sido al revés? ¿Si hubieras llegado a mi casa y encontrado a Tam Svejda desnuda y con los sesos desparramados por el suelo? Vale, seguramente no habría demasiados sesos, pero tú ya me entiendes.

Un silencio cargado de partículas tóxicas invisibles se instaló en el abismo entre los dos. Nikki era consciente de que le correspondía a ella romperlo, y así lo hizo.

—Puede que no estés de acuerdo —empezó— por la humillación de la nariz rota, pero que nos hayamos encontrado esta noche resulta muy oportuno. Hoy mi psicólogo me sugirió que me pusiera en contacto contigo.

—Esto ya suena más a Woody Allen. ¿Has ido al psicólogo? —Y añadió, para darle más énfasis a la cosa—: ¿Tú?

—He ido obligada. Es una larga historia que tiene que ver con el capitán Irons, pero el caso es que he tenido que ir a una sesión con el terapeuta del departamento. —Nikki hizo una pausa para tomar aire, pero éste parecía agarrado a su pecho. Su capacidad para compartimentar siempre la salvaba, así que ahora se encontraba en terreno desconocido. Abrirse significaba ser vulnerable, pero lo hizo, desarmada y sin protección—. Estoy dispuesta a explicártelo todo, si quieres escucharme.

Entonces fue cuando la parte de Rook que para Nikki constituía su esencia, la parte con la que más unida se sentía, la que le hacía interponerse en la trayectoria de una bala para protegerla, se volvía todavía más palpable. Cediendo a su compasión innata, Rook le tendió una mano y dijo:

—Estaremos más cómodos en el sofá.

Como ocurre con todos los grandes miedos, incluidos monstruos imaginarios que acechan detrás de las puertas, el de Nikki cobró dimensiones reales una vez se enfrentó a él y lo dejó salir. La disposición de Rook a escucharla en lugar de interrumpirla para darle su opinión, ponerse a la defensiva o incluso para hacer bromas la ayudó inmensamente a la hora de contarle su historia con Don. Cuando le informó del paréntesis en su relación sexual después de empezar a ver a Rook el verano anterior, éste asintió, aceptando aquello como un hecho. Incluso tuvo la delicadeza de no preguntarle si se habían acostado la noche anterior. Cuando Nikki terminó, sólo dijo una cosa, la mejor que podía haber dicho:

—Has tenido que pasarlo fatal enfrentándote a todo esto tú sola.

Nikki rompió a llorar y se echó en brazos de Rook entre sollozos, permitiéndose un despliegue emocional sin contenerse. El llanto le brotaba de un manantial profundo y en apariencia inagotable que arrancaba no sólo del dolor en carne viva de las últimas veinticuatro horas, también de una década de sentimientos reprimidos de pérdida, sufrimiento, ira, frustración, soledad y

miedo que —hasta aquel momento— habían permanecido cuidadosamente guardados bajo llave. Rook la abrazó, meciéndola contra su hombro, sabiendo al parecer que aquella demostración silenciosa de cariño era su fortaleza y que al rodearla con sus brazos le transmitía esperanza y amistad incondicional en su momento de catarsis.

Cuando, después de un rato, Nikki hubo terminado de llorar, se apartó de Rook y ambos se miraron, comunicándose sin decir nada toda la confianza y la intimidad que compartían. Se besaron levemente y se separaron una vez más, sonriendo y sosteniéndose la mirada. Nunca habían hablado de ser monógamos, pero tampoco se habían dicho nunca que se querían. Ahora, en la intimidad del nuevo santuario que acababan de erigir, habría sido el momento de hacerlo. Pero ninguno de los dos sabía si aquellas palabras le habían pasado por la cabeza al otro en aquellos instantes de ternura y vulnerabilidad. El momento de pronunciarlas pasó, quedó pospuesto para otro día. Tal vez.

Nikki se disculpó y fue a echarse agua fría en los ojos hinchados. Cuando volvió, Rook la ayudó a desenrollar la alfombra nueva para la entrada. Después de alinearla con la pared, Rook pisó los bordes curvos para aplanarlos y recorrió el apartamento con la vista.

—Has hecho una buena limpieza.

—Fuera, mancha maldita —dijo Nikki—. El conserje me ha puesto una puerta nueva y ha rellenado los agujeros con escayola. Mañana va a pintar, así que muy pronto las cosas estarán igual que antes.

—Como si nunca hubiera pasado.

—Pero ha pasado. Y tenemos que vivir con ello.

El rostro de Rook se ensombreció.

—Me he pasado todo el día pensando que habría podido ser peor. Que habrías podido ser tú.

—Ya...

—O todavía peor. Podría haber sido yo.

—¿Y eso habría sido peor?

—Para ti. No tener a quien te tire de las coletas o te menee el trasero. —
Trazó unos cuantos pasos de baile sobre la alfombra, meneando bastante el

trasero y terminando con un «tachán». Nikki rio. Si algo se le daba bien a Rook, era animar a una chica y hacerla reír cuando no había ningún motivo para ello.

Ambos tenían hambre, pero les apetecía más salir que pedir algo y quedarse en el apartamento, dados los últimos acontecimientos. El Griffou en el Village era tranquilo y servía hasta tarde, así que emprendieron camino hacia la calle 9. Antes de salir, Heat se aseguró de meterse la Beretta en el bolsillo con una carga extra de balas del 25.

A aquella hora pudieron elegir entre los cuatro comedores de lo que había sido una casa de huéspedes en la década de 1880, y que un bloguero definió con gran acierto cuando escribió que rebosaba «atmósfera subterránea». Rook escogió la denominada Biblioteca por su tranquilidad y por la reconfortante compañía de los libros. Después de dar un sorbo a su Manhattan, inspeccionó la habitación, en otro tiempo frecuentada por Allan Poe, Mark Twain y Edna St. Vincent Millay, y se preguntó si llegaría el día en que las estanterías estuvieran llenas de Kindles y Tagus.

Nikki pidió la ensalada variada y Rook pulpo a la brasa. Mientras comían él dijo:

—He estado pensando sobre tus vacaciones forzosas. ¿Has considerado la posibilidad de usar tus contactos?

—¿Para qué? ¿Para que le den un buen susto a Wally Irons?

—No, me refiero a contactos políticos. El poder de la influencia. Así es como yo conseguí que me dejaran salir a patrullar con vosotros. Deberías darle un toque a la comadreja aquélla de las oficinas centrales. ¿Cómo se llamaba?

—¿A Zach Hamner? Ni de broma.

—No tiene por qué caerte bien para usar su influencia. Y ha nacido para este tipo de cosas. Tú misma dijiste que se la casca mirando fotografías del gobernador de Chicago.

—Yo no he dicho eso jamás.

—Bueno, a lo mejor es que se me ha escapado a mí. ¿Puedes recomendarme a algún loquero?

—No pienso llamar a Hamner. —Negó con la cabeza para sí misma tanto

como para Rook—. Por eso precisamente renuncié a mi ascenso, para mantenerme al margen de fregados políticos.

—¿Te has parado a pensar que si lo hubieras aceptado ahora no tendrías que sentarte al otro lado de la mesa de Irons?

—Pues claro, pero la respuesta sigue siendo no. Significaría deberle un favor y no me compensa. Y puedes dar por seguro que Zach Hamner querrá cobrarse el favor. No —repitió—. No.

—Vale, te entiendo —dijo Rook—, pero tengo una alternativa.

—Debería haberte dado con la alfombra.

—Tú escúchame. Te conozco y sé que odias estar sin hacer nada, pero, como no te queda más remedio, deberías dedicar este tiempo a algo relajante.

—No vamos a ir a Maui.

—No, hablo de seguir trabajando en el caso. Juntos, claro. Venga, ¿crees que a estas alturas todavía no sé que serías incapaz de relajarte en Hawai? No es allí adonde vamos.

Nikki apoyó el tenedor.

—¿Cómo que nos vamos? ¿Adónde?

—A París, ¿dónde va a ser? —Levantó su Manhattan—. Yo invito. Lo he pensado todo mientras veníamos en el taxi.

—¡No me digas!

—Pues sí. Los astros nos son favorables, Nikki. En primer lugar, te han apartado del caso. En segundo lugar, quizá no te venga mal desaparecer un tiempo de esta ciudad, considerando que tu amigo el de la escopeta sigue suelto.

—No pienso huir de él ni de nadie. Nunca.

—Y en tercer lugar —siguió impertérrito—, mientras que los Roach y el resto de la brigada trabajan aquí en el caso tú y yo podemos dedicarnos a investigar el calcetín desaparecido en la vida de tu madre, es decir, por qué renunció a su sueño aquel verano de 1971.

—No me parece bien.

—Tampoco te parecía bien lo de Boston y mira luego. —Cuando comprobó que asimilaba la información, continuó—: Nikki, tenemos muy pocas pistas y las pocas que tenemos o no conducen a ninguna parte o Iron

Man nos las jode. En este caso estamos yendo como los cangrejos. ¿O me equivoco?

—No...

—Lo que nos lleva a lo que siempre te digo sobre el esfuerzo. Yo no soy policía, pero en mi experiencia como periodista de investigación he aprendido que no siempre se pueden forzar las cosas. Los resultados vienen cuando les apetece. A veces, cuando uno ha sido muy, muy paciente durante mucho tiempo, la respuesta es más paciencia todavía.

Las objeciones de Heat empezaron a esfumarse. Cogió de nuevo el tenedor y pinchó unos trozos de hinojo y unas almendras mezcladas con manzana y pera.

—Supongo que ahora vas a decir que mis vacaciones obligatorias son guay del Paraguay.

—Esa expresión es totalmente ochentera... —y Rook soltó una de sus ocurrencias—: Lo mismo que Sting. —Pinchó un tentáculo con el tenedor—. Pero no, yo diría más bien que cuando la vida te da limones, haz limonada. O, en este caso, salsa *meunière*, que también lleva mantequilla.

El primer vuelo a París en el que encontraron plaza no salía hasta las cuatro y media de la tarde siguiente, lo que a Nikki le venía de perlas. Y es que necesitaba dormir. La conmoción de la terrible muerte de Don, la persecución —no, las persecuciones en plural, si contaba la falsa de Rook—, la preocupación por su padre, Irons, sus vacaciones forzosas, el caso sin resolver y los altibajos emocionales... Su cuerpo lo acusaba todo. Si a esto se le añadía que había pasado una noche entera en la comisaría, era normal que Nikki se quedara KO en cuanto apoyó la cabeza en la almohada, en la cama y casa de Rook, y no se levantara hasta que la despertó un ruido de truenos y lluvia golpeando los cristales del dormitorio.

Rook ya estaba levantado y listo, reservando un hotel con su MacBook y llamando para concertar una cita con los padres de Nicole Bernardin en París.

—¿Quieres saber a qué hotel vamos?

—No —dijo Nikki mientras le abrazaba por detrás—. Me pongo en tus manos. Sorpréndeme.

—Vale, pero me será difícil superar la sorpresa que me diste tú la otra

noche.

Nikki le dio una palmadita en el hombro y se sirvió una taza de café mientras llamaba por teléfono a los Roach para que la pusieran al día de las novedades del caso.

—¿Qué pasa con lo que les encargué a Feller y a Rhymer? Lo de preguntar a los vecinos de Nicole Bernardin sobre la furgoneta de la empresa de limpieza de alfombras.

—Pues al principio nada. Sus vecinos no tenían ni idea.

Pero Raley añadió:

—Pero puesto que su casa daba al parque de Inwood Hill, a Rhymer se le ocurrió que quizá los que van a correr allí o a pasear al perro podían ser habituales del barrio, así que decidió quedarse un rato para ver quién aparecía. Al principio nada, pero después encontró a una mujer que hace marcha por la avenida Payson todos los días. Y no sólo se había fijado en la furgoneta, sino que había intentado que le limpiaran las alfombras de su casa, que está allí al lado.

Ochoa continuó:

—Llamó a la puerta para que le dieran un folleto y la atendió un tipo cabreado que le dijo que se olvidara, que tenían todo el tiempo ocupado.

Nikki dijo:

—¿Os dio una descripción?

—Negativo —dijo Raley—. El tipo no llegó a abrir la puerta.

—Qué raro —dijo Heat—. ¿Se acordaba del nombre de la empresa o copió el número de teléfono de la furgoneta?

—No —dijo Ochoa—. No se molestó. Estaba demasiado cabreada.

Heat tuvo una idea:

—¿Dijo de qué color era la furgoneta?

—Marrón —dijeron los Roach al unísono.

—Una furgoneta de ese mismo color fue la que intentó atropellarnos a Rook y a mí el otro día.

Raley dijo:

—Eso no nos lo habías contado.

—Porque no lo había asociado con el caso hasta ahora. Ponedlo en la

pizarra. Porque supongo que sigue habiendo una pizarra, ¿no?

—Sí, no te preocupes, lo tenemos todo controlado.

El detective Ochoa añadió:

—Y por cierto, que sepas que estamos haciendo todo lo posible por avanzar algo en este caso.

Raley continuó:

—Y no te hagas demasiadas ilusiones, pero esta mañana Miguel y yo nos reunimos con Malcolm y Reynolds y decidimos, por si las moscas, peinar la zona alrededor de la autovía Bruckner donde encontraron el taxi robado.

El detective Ochoa tomó el relevo:

—Había un montón de neumáticos viejos y latas de pintura en el desagüe, calle arriba. Por la noche había llovido, así que decidí echar un ojo por si el fugitivo hubiera tirado algo allí y encontré un guante de hombre.

Heat empezó a caminar:

—¿De qué color?

—De piel marrón.

—Como los que llevaba puestos el pistolero —dijo Nikki recordando los guantes que empuñaban la escopeta.

—Hay pocas probabilidades —dijo Raley—, porque está empapado y tiene pinta de que un perro lo ha estado usando de juguete o algo así. Pero hay restos de sangre y residuos de pólvora. El laboratorio está buscando huellas por dentro y por fuera, además de muestras de ADN.

—Buen trabajo, los dos. Y decídselo también a Malcolm y a Reynolds.

—No —dijo Ochoa—. Este tanto nos lo vamos a apuntar nosotros.

Rook percibió el cambio operado en Nikki cuando salió de su despacho.

—Nos vamos a ir.

Nikki le contó lo del guante y su respuesta fue:

—Nos vamos a ir.

—Pero tengo la impresión de que estoy siendo irresponsable. De que debería quedarme por aquí por si aparece algo nuevo.

—Estás de permiso. Y además, ¿qué vas a hacer? ¿Plantarte en la puerta del Departamento Forense metiéndoles prisa cada media hora? —Nikki se mordió el interior del labio, no parecía convencida—. Nikki, esto ya lo

hablamos anoche. ¿Te acuerdas de Boston? Conseguimos identificar a Nicole y relacionarla con tu madre. Nada menos.

—Vale. Nos vamos.

—Genial. Porque lo cierto es que los billetes no se pueden devolver.

El vuelo nocturno a París les dejó en el aeropuerto Charles Degaulle a las seis de la mañana siguiente. Ambos durmieron como troncos en el avión, pero, por si acaso, Rook había reservado y pagado la habitación desde la noche anterior, para que pudieran echarse un sueñecito si lo necesitaban y no tener que esperar a las doce.

—Está bien —dijo Nikki mientras subían por el ascensor.

—Ya sé que no es el George V y que lo de Washington Opera no suena demasiado francés, pero como hotel boutique ha sido todo un hallazgo.

Le explicó que el elegante edificio era la antigua residencia de madame de Pompadour, y Nikki no pudo evitar pensar en el trabajo de su padre cuando llegó a Europa con veintitantos años y se dedicaba a buscar lugares como aquél en los que invertir para reformarlos. Aquel pensamiento la reconfortó y la inquietó al mismo tiempo. Recordó lo que le había dicho el terapeuta de recuperar el pasado que había estado intentando evitar, y aceptó el hecho de que aquel iba a ser un viaje de sentimientos encontrados por los que tenía que pasar.

Ya en la habitación, Rook abrió las ventanas para enseñarle la pastelería más antigua de París, al otro lado de la calle, y le prometió que todas las mañana tendrían *croissants* y *pains au chocolat* recién hechos.

—El Louvre está sólo a unas manzanas por allí —dijo señalando a la izquierda—. L'Opéra está a nuestra derecha y detrás del hotel, los jardines de Le Palais Royale. Ojo, perros no.

—Sería perfecto si estuviéramos aquí para hacer turismo —dijo Nikki—. ¿O es que este viaje también entra dentro de la categoría de Escapada Romántica Mientras Trabajamos en un Caso?

—¿En París? ¿Cómo puedes hablar de romanticismo estando en París? Tenemos trabajo que hacer. Tienes el número de los padres de Nicole, así que en cuanto sean la nueve les llamas.

—Todavía falta media hora.

—Entonces quítate la ropa y echamos uno rápido.

—Qué romántico.

—Estamos en París, cariño —dijo.

Y empezaron a desnudarse a toda prisa.

9

La voz de Lysette Bernardin cuando contestó al teléfono sonaba cansada y frágil, algo que Nikki no atribuyó a la edad, sino al tremendo dolor que con los años tantas veces había percibido en tantos familiares de víctimas de asesinato. La anciana hablaba un inglés excelente y se alegró al saber que quien la llamaba era la hija de la amiga de su querida Nicole, Cynthia. Su marido estaría en el médico por una prótesis de cadera que necesitaba hasta primera hora de la tarde. Madame Bernardin le dio a Nikki una dirección en el Boulevard Saint-Germain, cerca de la Rue du Dragon, y convinieron en verse a las dos de la tarde.

Cogieron un taxi —un Mercedes nuevo— en dirección a la margen izquierda del Sena y pidieron al conductor que los dejara cerca del apartamento de los Bernardin para poder comer algo antes. Rook tenía intención de revivir sus vivencias como escritor en la Rive Gauche, ya fuera en Les Deux Magots o en el Café de Flore, pero ambos estaban atestados de turistas. Incluso las emblemáticas mesas de fuera estaban rodeadas de maletas. Optaron por la terraza de la Brasserie Lipp, que, según le había contado Johnny Depp a Rook, también había frecuentado gente como Hemingway, Proust o Camus.

—¿Te imaginas lo que debía ser servir a un existencialista? —dijo Rook—. «¿Qué va a tomar, señor Camus, el *steak tartare* o los *escargots*?». «Pues... ¿acaso importa?».

Heat miró su reloj.

—Es la una aquí, ya deben de estar en la comisaría en Nueva York. — Marcó el prefijo de llamadas internacionales y llamó al móvil de Raley.

—Hola —dijo el detective—. ¿O debería decir *bonjour*? Precisamente iba a llamarte. ¿Qué tal el jet lag?

—Llevo toda la vida con jet lag, así que no sabría decirte. ¿Por qué me ibas a llamar? —Heat sacó su bloc de notas con la esperanza de tener algo interesante que escribir.

—Primero las buenas noticias. Los del Departamento Forense han llamado y han confirmado que el guante que encontró Ochoa tenía residuos de pólvora. También partículas de pintura que podrían ser de la puerta principal de tu casa. El pigmento es el mismo, pero no lo sabrán seguro hasta esta tarde.

Nikki tapó el teléfono y le dio la información a Rook. Después dijo:

—Muy bien, Raley. Ahora las malas noticias.

—Espera. —Después de algún ruido ahogado y el sonido de una puerta abriéndose y cerrándose, el detective continuó, esta vez con eco, lo que hizo pensar a Nikki que se había ido al fondo de la comisaría para tener algo de intimidad—. Es Irons. Ahora que parece que el guante puede ser una buena pista, ha decidido apartar al equipo Roach de la investigación forense.

—No, por favor. No me digas que ha puesto a Hinesburg.

—No ha llegado a eso, pero casi. Se va a hacer cargo él mismo. Los del laboratorio todavía están buscando huellas en el guante, pero si las encuentran, Iron Man saltará a la fama.

Aunque por dentro Nikki echaba humo, con el detective de su brigada hizo como que le quitaba importancia.

—Desde luego, es que no os puedo dejar solos. —La risa de Raley resonó en la comisaría y Nikki añadió—: Oye, es lo que hay. Gracias por contármelo y mantenerme informada.

El camarero había esperado a que colgara y cuando se acercó, Rook le hizo un gesto a Nikki y le preguntó:

—¿Quieres que pida yo?

—No, me las arreglaré.

Se giró hacia el camarero y le dijo en un francés impecable:

—*Bonjour, monsieur. Je voudrais deux petits plats, s'il vous plaît. La salade de frisée, et apres, les pommes de terre a l'huile avec les harengs*

marinés.

Rook se recompuso, farfulló:

—¡*Deux!*, y le devolvió las cartas al camarero.

—Guau, no tenía ni idea.

—Una vez más —dijo Nikki.

—Estás llena de sorpresas.

—Siempre me ha encantado el francés. Incluso estuve exenta en cuarto de bachillerato. Pero lo mejor para aprender es hacer inmersión en el país y hablarlo con los nativos.

—¿Y cuándo hiciste eso?

—Durante el semestre que estudié en el extranjero, en la universidad. Estuve en Venecia casi todo el tiempo, pero Petar y yo vinimos aquí a pasar un mes antes de que yo volviera a Northeastern.

—Ah, Petar. ¿Le guardamos una silla?

—Por Dios, ¿quieres dejarlo ya, señor gracioso? Por si no te habías enterado, los celos no ponen nada. Pero nada.

—Sabes perfectamente que no soy celoso.

—Sí, claro. Veamos. Hagamos un repaso de tus mejores amigos: Petar, Don, Randall Feller.

—Vale. Ése es un caso aparte. Y con ese nombrecito, Randy Feller. Pero, vamos, que era sólo un comentario.

—Es que últimamente haces muchos comentarios.

Rook se quedó un rato pensativo revolviendo los cubiertos, jugando a pídola con un tenedor, y por fin dijo:

—Has mencionado tres. ¿No hay más?

—Rook, ¿de verdad quieres que te diga con cuántos tíos me he acostado? Porque si es así nos vamos a meter en un verdadero berenjenal. Y eso puede ser determinante para una relación. Querrá decir que tendremos que hablar. Mucho. E incluso aunque sigas decidido, antes me gustaría que respondieras a esta pregunta: ¿cuántas sorpresas eres capaz de digerir en cuarenta y ocho horas?

Rook vio que el camarero se acercaba y dijo:

—¿Sabes que es lo que creo que deberíamos hacer? Relajarnos y disfrutar

de lo que has pedido, aunque no tengo ni idea de qué coño es.

—*Merveilleux* —fue la respuesta de Nikki.

Monsieur y madame Bernardin les recibieron en la entrada de su espacioso apartamento, un dúplex que ocupaba las dos plantas superiores de un edificio de seis pisos. A pesar del pedigrí bohemio de la Rive Gauche, aquel tramo del Boulevard Saint-Germain exhalaba riqueza sin pretensiones cuidadosamente disimulada detrás de fachadas Luis XV. El bloque de apartamentos se alzaba por encima de locales comerciales que sólo vendían elegancia en estado puro. Era un vecindario donde era más fácil encontrar una vinoteca o a una modista que un sitio donde hacerse un tatuaje o la cera brasileña. Los Bernardin, de ochenta y tantos años, armonizaban con el vecindario en su indumentaria. Ambos iban elegantemente vestidos con ropa clásica y discreta. Ella con jersey de cachemir negro y pantalones *sastre et pour monsieur*, un chaleco marrón debajo de una americana de pana en tono caramelo. No llevaban batines de terciopelo, pero desde luego no eran de esas parejas de abuelos que se visten con chándales a juego.

Lysette aceptó el pequeño ramo de lirios blancos que Nikki había comprado de camino hacia allí con una mezcla de agradecimiento por la amabilidad del gesto y tristeza por lo que simbolizaban las flores. Emile Bernardin les invitó a pasar con un inglés de marcado acento y voz áspera y le siguieron mientras renqueaba hacia la sala de estar y su esposa desaparecía a la búsqueda de un jarrón. Mientras tomaban asiento el anciano se disculpó por su lentitud, de la que culpó a su operación de cadera. La mujer regresó con las flores y las colocó en una mesa esquinera donde había otras muestras de pésame alrededor de una foto de la hija. Heat reparó en que el retrato era idéntico al del libro de antiguos alumnos del Conservatorio de Nueva Inglaterra que tenía fotocopiado en el expediente del caso.

—Gracias por recibirnos hoy —dijo Nikki en francés—. Sé que es un momento difícil y sentimos mucho su pérdida.

Los Bernardin, sentados frente a ella en el sofá, se tomaron de la mano en un gesto espontáneo y así se quedaron. Ambos eran menudos y delgados, como Nicole, pero lo parecían aún más —casi como dos pajarillos— abrumados como estaban por el peso de la pérdida de su única hija.

Dieron las gracias a Nikki y Emile sugirió que continuaran hablando en inglés, puesto que los dos lo hablaban con fluidez y se daba cuenta de que al señor Rook le gustaría participar más en la conversación. Después el señor Bernardin cojeó alrededor de la mesa con una botella de Chorey-les-Beaune llenando unas copas pequeñas y ofreciendo un platito con *petit fours* que habían preparado para la visita. Después de un brindis silencioso y unos sorbos corteses, los ojos de la pareja se fijaron en Nikki.

—Perdone que la mire así, pero es que se parece mucho a su madre. —De nuevo Nikki oía aquello—. Se me hace muy raro verla ahí sentada en la misma silla que le gustaba a Cynthia. La sensación es como si hubiéramos..., ¿cómo se dice?

—Retrocedido en el tiempo —dijo su marido y los dos sonrieron y asintieron a la vez—. Queríamos mucho a Cindy, pero estoy seguro de que eso ya lo sabe.

—De hecho, no. Todo esto es una novedad para mí. Nunca conocí a su hija y mi madre jamás me habló de ella.

—Qué raro —dijo Lysette.

—Estoy de acuerdo. ¿Tuvieron alguna pelea mi madre y Nicole en algún momento? ¿Cualquier cosa que las hiciera distanciarse así?

Los Bernardin se miraron y negaron con la cabeza.

—*Au contraire* —dijo Emile—. Por lo que nosotros sabemos, su relación fue siempre sólida y feliz.

—Perdónenme si toco un tema delicado, pero creo que el asesinato de Nicole está relacionado de alguna manera con el de mi madre, por eso quiero saber todo lo que pueda sobre su relación, para encontrar al asesino.

—Eran como hermanas —dijo Emile—, aunque tenían sus diferencias.

—Pero por eso precisamente eran amigas —dijo Lysette—. Personalidades opuestas que se complementaban a la perfección. Nuestra Nicole fue siempre un *esprit libre*.

Heat le tradujo a Rook:

—Un espíritu libre. —Éste asintió como si ya lo hubiera comprendido.

—Cuando era niña nos tenía muy preocupados —continuó Emile—. Desde el momento en que aprendió a andar siempre estaba explorando,

probándolo todo. Se subía a todas partes, saltaba. Lo mismo que ese deporte urbano que está ahora tan de moda. ¿Cómo se llamaba?

—Parkour —dijo su mujer—. Cuando tenía siete años tuvo una conmoción cerebral. *Mon Dieu*, qué susto pasamos. Le regalamos por su cumpleaños unos patines que quería y una semana más tarde la muy loca decidió bajar las escaleras de *le Métro* con ellos puestos.

El marido movió la cabeza como recordando y después usó su propio cuerpo para señalar las diferentes lesiones de Nicole.

—Conmoción cerebral, un diente roto, fractura de muñeca. —Heat y Rook intercambiaron una mirada, ambos pensando lo mismo, que aquello explicaba la cicatriz—. Pensamos que al hacerse mayor se le pasaría, pero su *esprit*, su lado salvaje, no hizo más que empeorar con la adolescencia.

—Chicos —dijo Lysette—. Chicos, chicos y más chicos. Dedicaba todas sus energías a salir con chicos y a ir a fiestas.

Rook cambió de postura en su butaca antigua mientras los padres proseguían su relato hasta llegar a la década de 1960. Nikki era consciente de que aquello llevaría su tiempo, pero no hizo nada por interrumpirles. Parecía importante para ellos contarle la historia de su hija, sobre todo considerando lo reciente de su pérdida. Pero es que además el relato le estaba dando a Nikki lo que quería, no sólo la recompensa obvia a sus esfuerzos por desenterrar el pasado de Nicole con vistas a la investigación, también la oportunidad de aprender cosas que no sabía sobre su madre y su mundo. El ritual de compartir aquel momento con la familia de la mejor amiga de su madre le daba una sensación de plenitud que no había esperado, un sentimiento de conexión personal con cosas que había evitado durante mucho tiempo. Si Lon King no la declaraba apta para el servicio después de aquello, podía irse a hacer puñetas.

Madame Bernardin dijo:

—No sabíamos adónde dirigiría sus pasos en la vida hasta que descubrió su pasión por el violín.

—Y así fue como conoció a la madre de Nikki —dijo Rook en un intento de hacer una pausa en aquel viaje al baúl de los recuerdos.

—Fue lo mejor que pudo pasarle a nuestra niña —dijo Emile—. Se

entregó por completo a desarrollar su talento en Boston y al mismo tiempo hizo una amiga completamente distinta a ella que la complementaba.

—Era algo que Nicole necesitaba —se mostró de acuerdo su esposa—. Y tengo la impresión (si no le importa que se lo diga, Nikki) de que Nicole ayudó a abrirse a tu madre, que tenía un carácter mucho más reservado. Estaba tan centrada, tan volcada en su trabajo, que rara vez se permitía el lujo de divertirse. —Hizo una pausa—. Ya veo que esto le hace sentirse un poco incómoda, pero no lo esté. Después de todo estamos hablando de su madre, no de usted.

—Aunque, ahora mismo, ahí sentada, podría ser ella perfectamente —añadió Emile haciendo sentirse a Nikki todavía más vulnerable, hasta que Rook, gracias a Dios, entró a saco con el calcetín desaparejado.

—Eso es lo que me llama tanto la atención —empezó—. Cynthia (Cindy) estaba tan centrada, tenía tan claro que su objetivo era triunfar como concertista de piano... He visto el vídeo de una de sus actuaciones. Era asombrosa.

—Sí —dijeron ambos.

Rook levantó las manos con las palmas hacia arriba.

—¿Qué pasó? Algo cambió cuando vino aquí en el verano de 1971. Algo gordo. Puede que no abandonara el piano, pero sí su sueño. Tenía oportunidades profesionales esperándola en Estados Unidos y no se molestó en volver para aprovecharlas. Me pregunto qué es lo que pudo apartar a aquella mujer joven y sería de su camino.

Después de pensar un instante, Lysette dijo:

—Bueno, yo puedo comprender, y estoy segura de que ustedes también, que los jóvenes en ocasiones cambian. Para algunos, las exigencias que conlleva trabajar para conseguir algo les resultan demasiado. Y no es motivo para avergonzarse.

—Claro que no —dijo Rook—. Sin embargo, con todos mis respetos, París es una ciudad maravillosa, sí, pero después de solo tres semanas aquí ¿deja la carrera de piano?

Lysette se volvió hacia Nikki para contestar:

—Yo no diría que su madre abandonó. Más bien se tomó un descanso de

la presión a que se sometía a sí misma y se dedicó a disfrutar de la vida. A pasear, a ver museos, cosas así. Le encantaba aprender a cocinar cosas nuevas. Le enseñé a hacer *cassoulet* con pato confitado.

—¡A mí me lo hacía! —dijo Nikki.

—Entonces dígame, ¿qué tal cocinera soy? —rio Lysette.

—De tres estrellas Michelin. Su *cassoulet* era siempre para ocasiones especiales. —Lysette cerró las manos en un gesto de alegría, pero Nikki reparó en que la pareja parecía cada vez más cansada y, antes de agotarlos por completo, tenía que hacerles unas preguntas importantes. Las mismas que haría a los padres de cualquier víctima de asesinato en su distrito—. No quiero entretenerles mucho más, pero hay algunos detalles sobre Nicole que necesitaría saber.

—Claro. Es hija pero también policía, ¿*n'est ce pas?* —dijo Emile—. Y, por favor, si la ayuda a descubrir lo que pasó con *cher* Nicole... —La voz se le quebró y la pareja volvió a cogerse de la mano.

La detective Heat empezó por el trabajo de Nicole. Preguntó si tenía problemas, como rivalidades profesionales o apuros financieros. Los padres contestaron que no, igual que cuando Nikki les preguntó si sabían de alguna relación personal complicada en la vida de Nicole, ya fuera en París o en Nueva York. ¿Amantes, amigos, triángulos amorosos? ¿Cómo la encontraron la última vez que hablaron con ella por teléfono?

El señor Bernardin miró a su mujer y dijo:

—¿Te acuerdas de aquella llamada?

Ésta asintió y se dirigió a Nikki:

—No parecía ella, estuvo muy seca. Le pregunté si le pasaba algo, me dijo que no y no quiso hablar más del tema. Pero me di cuenta de que estaba alterada.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace tres semanas —dijo Lysette—. Lo que también fue raro. Nicole llamaba todos los domingos, para ver cómo estábamos. En sus últimas semanas de vida no supimos nada de ella.

—¿Dijo desde dónde llamaba?

—Era desde un aeropuerto. Lo sé porque, cuando le pregunté qué le

pasaba no me contestó y me dijo que tenía que embarcar.

La anciana frunció el ceño al recordar. Rook preguntó:

—¿Tenía su hija casa aquí, en París?

Cuando preparaban la visita Nikki y él habían tenido la esperanza de descubrir un apartamento que poder registrar, con el permiso de los padres, claro. Pero Nicole no tenía casa propia.

—Cuando venía a la ciudad se quedaba en su antiguo dormitorio.

—Si no tienen inconveniente —comentó Heat—, me gustaría verlo.

La habitación de Nicole Bernardin había sido redecorada hacía tiempo y convertida en estudio para Lysette, cuyas acuarelas de naturalezas muertas con flores y frutas estaban en distintas fases de ejecución.

—Perdonen el desorden —dijo la anciana sin que hubiera necesidad de ello, pues la habitación estaba ordenada y organizada—. No sé muy bien qué quieren ver. Nicole guardaba algo de ropa y algunos zapatos en el armario. Poca cosa. Pueden echar un vistazo. —Nikki abrió las puertas de madera antigua y palpó los bolsillos de las escasas prendas colgadas en su interior sin encontrar nada. Lo mismo dentro de los zapatos y del solitario bolso que colgaba de un gancho metálico—. El resto de sus cosas está ahí —dijo Lysette retirando un caballete para señalar el cajón inferior de un armario empotrado. Nikki lo encontró tan ordenado como el resto del apartamento. Ropa interior limpia, sujetadores, calcetines, pantalones cortos y camisetas, cuidadosamente dobladas; todo metido en una funda de plástico transparente. Se arrodilló y la abrió para hacer su inspección con cuidado de dejar todo igual que estaba, apilado y clasificado. Junto a la funda de plástico encontró un par de zapatillas para correr y un casco de bicicleta. Examinó el interior de ambos sin encontrar nada.

—Gracias —dijo y cerró el cajón y devolvió el caballete a su sitio, colocándolo sobre las marcas que había hecho en la alfombra.

Cuando se reunieron con Emile en el salón, Rook preguntó:

—¿Tenía Nicole un ordenador aquí? —Cuando madame Bernardin contestó que no, prosiguió—: ¿Y qué hay del correo? ¿Recibía correspondencia aquí?

Monsieur Bernardin dijo:

—No, nada de correo. —Pero cuando lo dijo tanto Nikki como Rook percibieron algo raro en su reacción a la pregunta.

—No parece estar seguro del todo —dijo Nikki.

—No, estoy seguro de que no recibía cartas aquí. Pero cuando me lo han preguntado me he acordado de que alguien me hizo esa misma pregunta.

Heat sacó su bloc de notas mientras se metamorfoseaba de inmediato de invitada en policía.

—¿Quién se lo preguntó, señor Bernardin?

—Alguien que llamó por teléfono. Déjeme pensar. Era americano, me parece que dijo... Sea... gal. Sí. El señor Seagal. Dijo que era socio de mi hija y me llamó por mi nombre de pila, así que no tuve motivos para dudar de su palabra.

—Por supuesto que no. ¿Y qué le preguntó exactamente el señor Seagal?

—Le preocupaba que un paquete de Nicole pudiera haber sido enviado aquí por equivocación. Le dije que no había llegado nada a su nombre.

Rook preguntó:

—¿Le dijo cómo era el paquete o qué podía haber dentro?

—Pues... no. En cuanto le dije que no había llegado nada colgó.

Heat le hizo preguntas sobre el interlocutor y cualquier rasgo que pudiera revelar su voz —edad, acento, tono—, pero el anciano parecía perdido.

—¿Recuerda cuándo fue la llamada?

—Sí, hace poco. El domingo. Por la noche. —Nikki lo apuntó y el señor Bernardin preguntó—: ¿Le parece sospechoso?

—Es difícil decirlo, pero tendremos que investigarlo —Nikki le dio una de sus tarjetas de visita—. Si recuerda algo más, y sobre todo si alguien se pone en contacto con usted para preguntarle sobre Nicole, por favor, llame a este número.

Lysette dijo:

—Ha sido un placer conocerla, Nikki.

—Lo mismo digo. Me han permitido acercarme a una parte de la vida de mi madre que no conocía. Ojalá hubiera podido contármelo ella.

Madame Bernardin se levantó.

—¿Sabe lo que me gustaría, Nikki? Tengo una cosa que me gustaría

enseñarle y que igual le puede ayudar a comprender. *Excusez-moi*.

Nikki tomó asiento de nuevo y, en ausencia de Lysette, Emile volvió a llenarles los vasos, aunque ninguno había dado más de un sorbo. Nikki dijo:

—Mi padre conoció a mi madre mientras tocaba el piano en una fiesta en Cannes. Me dijo que se ganaba la vida haciendo eso y dando clases de piano. ¿Ya lo hacía el verano que pasó aquí con ustedes?

—Sí. Y me siento orgulloso de poder decir que yo la ayudé a conseguir trabajo.

—¿Tenía usted algo que ver con el mundo de la música? —preguntó Nikki.

—No, aparte de cantar en la ducha como todo el mundo. No, me dedicaba a los seguros comerciales y corporativos. Y por mi trabajo conocí a un banquero de inversiones, un americano que vivía aquí y que se convirtió en amigo de la familia. Nicole le adoraba. Tanto que le llamaba *oncle* Tyler.

—Tío Tyler —dijo Rook.

—Muy bien —le dijo Emile mientras le guiñaba un ojo a Nikki. Ésta, llevada por el instinto, le preguntó el apellido de Tyler—. Tyler Wynn —contestó el anciano—. Un hombre encantador. Con el tiempo hice muchos negocios con él. Tenía muy buenos contactos con inversores internacionales y conocía a todo el mundo en París. Y su generosidad a la hora de dar referencias no se limitaba a mí. De eso nada. Cada vez que Nicole venía de Boston por vacaciones le encontraba trabajo dando clases particulares de música a los niños de sus conocidos más adinerados. Para ella fue una experiencia muy buena y además le pagaban bien.

—Y la mantenía ocupada. Y no se metía en líos.

Emile levantó el dedo índice.

—Eso era lo mejor de todo.

Nikki había hecho sus cálculos y siguió preguntando:

—Entonces ¿este Tyler Wynn también le buscó clases a mi madre aquel verano?

—Exacto. Y Cindy era tan buena que pronto tuvo trabajo todos los días. Tyler la siguió recomendando y un trabajo la llevaba a otro. Algunos de los padres que tenían residencias de verano incluso contrataron a su madre para

que se fuera con ellos durante las vacaciones y siguiera dando clases a sus hijos. Una semana en Portofino, otra en Montecarlo, después Zúrich o la Costiera Amalfitana. Viaje, alojamiento y comida pagados, y todo de primera clase. No es mala vida para una chica de veintiún años, ¿no?

—A no ser que estuviera destinada a otra cosa —dijo Nikki.

—Ay, Nikki, cómo se parece a su madre. ¡Las dos tan responsables y hermosas! —Dio un sorbo de vino—. Recuerde las palabras de uno de nuestros filósofos: «Existe en el corazón humano una generación perpetua de pasiones, de tal manera que la ruina de una coincide casi siempre con el advenimiento de otra».

Lysette parecía haber sacado fuerzas renovadas de su misión, y entró deprisa en el salón llevando una caja del mismo tamaño que una de zapatos forrada de una tela blanca y vino con cintas también color vino anudadas en un lazos.

—Ya veo que les he dejado solos demasiado tiempo. Emile se ha puesto a citar máximas filosóficas. —Se detuvo frente a la silla de Nikki y dijo:

—En esta caja hay viejas fotos de Cynthia que guardo de cuando era amiga de Nicole y también de sus viajes. Cindy era estupenda escribiendo cartas. Si no le importa, prefiero no verlas con usted ahora, no creo que pudiera soportarlo. —Le ofreció la caja—. Tome.

Nikki alargó los brazos vacilando y la cogió con ambas manos.

—Gracias, madame Bernardin. Tendré mucho cuidado y se las devolveré mañana.

—No, Nikki, quédeselas. Yo tengo mis recuerdos aquí. —Se llevó una mano al corazón—. Usted todavía tiene que descubrir los suyos. Espero que la acerquen a su madre.

Fue una tortura. Nikki se consideraba la reina de la gratificación aplazada, pero no podía esperar a llegar al hotel y le quitó la tapa a la caja dentro del taxi. Pero se contuvo. El miedo a perder una sola foto pudo más que su curiosidad. Rook decidió dejarle un poco de espacio y salió a buscar un café tradicional de París en cuya barra pudiera tomarse un chute de cafeína, tan necesario a aquella hora de la tarde. Nikki se quedó en la habitación disfrutando de aquel inesperado regalo de los Bernardin. Cuando, media hora

después, Rook volvió con una lata helada de su bebida preferida, un San Pellegrino de naranja, la encontró cruzada de piernas encima de la cama con una hilera de fotografías y postales cuidadosamente dispuestas a su alrededor como los rayos de un sol.

—¿Has encontrado algo útil?

—¿Útil? —preguntó Nikki—. Eso es difícil de saber. Interesante desde luego. Mira ésta. Era guapísima. —Le mostró una instantánea de su madre haciendo el tonto y riendo mientras le apretaba el bíceps a un gondolero debajo del puente de los Suspiros en Venecia—. Dale la vuelta, tiene algo escrito detrás.

Rook le dio la vuelta a la foto y leyó en voz alta:

—«Querida Lysette: suspiro».

—¿No era genial?

Rook le devolvió la fotografía.

—Soy demasiado inteligente como para contestar a una pregunta así sobre tu madre. Al menos antes de aparecer en un reality show.

—Creo que ya me has contestado.

Rook se sentó en el borde de la cama, con cuidado de no desordenar las fotografías.

—¿Qué sacas de todo esto?

—Pues básicamente que se lo pasó de maravilla. Es como cuando miras esas fotos de los europeos ricos en *Vanity Fair* y en *First Press* y te preguntas cómo será esa vida. Pues es la que llevó mi madre. Por lo menos durante un tiempo. Mira. —Fue sacando fotos como si fueran cartas, una detrás de la otra y cada una mostrando a Cynthia en un lujoso entorno: en el extenso césped de una mansión en el campo que parecía salida de *Downton Abbey*; sentada ante un reluciente piano de cola con una ventana a su espalda por donde se adivinaba la escarpada costa mediterránea; en la terraza de una casa solariega encaramada a la cima de una colina sobre Florencia; en París con una familia asiática, a la puerta de un espectáculo de la compañía del ballet del Bolshoi, y muchas más—. Al parecer, para ella lo de ser profesora particular era como un sueño de cuento de hadas del que te despiertas algún día, pero entonces aparece el mayordomo para cogerte las maletas.

También había fotografías de Nicole y de otros jóvenes de la edad de su madre, además de unas cuantas instantáneas de su madre con sus amigos posando individualmente en varios lugares de Europa, sonriendo y gesticulando de forma exagerada como si fueran azafatas de *El precio justo*, obviamente compartiendo alguna broma privada. Pero Nikki sólo tenía ojos para su madre y el recuerdo congelado en el tiempo de sus andanzas por Francia, Italia, Austria y Alemania. En varias de las fotografías aparecía con sus anfitriones. La mayoría tenían aspecto de viejos ricos posando con gran pompa en la rotonda de entrada a sus residencias o en jardines privados, pero casi todos en pequeños o medianos grupos de madres, padres e impacientes jóvenes músicos ataviados con pajarita o vestidos de fiesta delante de un Steinway de cola. En todas las fotografías de grupo salía una persona: un hombre alto y bien parecido, y en la mayoría la madre de Nikki estaba a su lado.

—¿Quién es William Holden? —preguntó Rook señalando con el dedo una fotografía del hombre y Cynthia a la puerta del Louvre. Parecía unos veinte años mayor que la madre de Nikki y desprendía ese encanto un tanto rudo de los viejos galanes de cine.

—No estoy segura. Me suena, pero no consigo identificarle. —Nikki cogió la fotografía y la colocó en su sitio.

—Oye, no tan rápido. —Rook la cogió otra vez—. A lo mejor lo que te suena es el aire a William Holden... ¿O es otra cosa?

—¿Como qué? —Nikki trató de arrebatársela, pero Rook la esquivó—. A mí no se me parece a William Holden.

—Pues a mí sí. Me recuerdan a William Holden y a Audrey Hepburn. Parecen sacados de un cartel de *Encuentro en París*. —Se acercó la fotografía a la nariz—. Fíjate, su aspecto curtido hace juego con la refinada inocencia de ella, que esconde la tigresa sensual de su interior. Se ve que hay química. Podríamos ser nosotros dos.

Nikki apartó la vista.

—No hay ninguna química en esas fotos. Él es demasiado viejo.

—¿Sabes quién creo que es? —dijo Rook—. El *oncle* Tyler ése que le buscaba los clientes. Sí, es Tyler Wynn. ¿A que sí?

Nikki le ignoró, sacó otra fotografía del montón y la sostuvo en alto.

—Mira, ésta es de mi madre aquí, en París —la fecha de revelado en el dorso decía: «Mayo de 1975». Cynthia estaba a la pata coja y con una mano encima de los ojos a modo de visera, como si oteara el futuro. La imagen había sido tomada a la puerta de la catedral de Notre Dame—. Quiero ir ahí —dijo Nikki—, ahora mismo.

Le dejaron la caja al gerente del hotel para que la metiera en la caja fuerte y cogieron un taxi hasta Île de la Cité. Había oscurecido y la piedra gris del edificio estaba bañada por una luz blanca, que también proyectaba un reflejo inquietante en las gárgolas que espiaban desde las alturas.

Rook sabía de qué iba todo aquello, Nikki no necesitaba explicárselo. Salieron del taxi y caminaron deprisa y en silencio, rodeando a un grupo de turistas que se había congregado alrededor de unos artistas callejeros que hacían malabares con fuego. Avanzaron hasta su destino, el centro de la plaza situada frente a la fachada de la inmensa catedral. Se detuvieron, esperando pacientes a que un grupo de estudiantes se fuera y después se acercaron a una pequeña pieza de metal incrustada en el pavimento de piedra, un octógono de latón reluciente y desgastado por el paso del tiempo. Era el punto exacto en el que había sido tomada la fotografía de la madre de Nikki. Ésta la sacó de su bolsillo para prepararse y hacer lo que había ido a hacer allí. Treinta y cinco años menos un mes más tarde, Nikki Heat pisó donde había pisado su madre. Después levantó un pie y se protegió los ojos con el mismo cómico gesto, que Rook capturó con la cámara de su iPhone.

Aquel lugar donde Nikki había recreado el pasado era el famoso kilómetro cero, el punto de París desde donde se miden todas las distancias en Francia. De allí, según el dicho, partían todos los caminos. Nikki esperaba que así fuera. sólo que no sabía aún adónde la conducirían.

Cenaron en Mon Vieil Ami, a diez minutos paseando de la Île Saint-Louis. Durante la cena siguieron hablando sobre la visita a los padres de Nicole, lo que dio a Rook la oportunidad de decir que no se creía la teoría de Lysette y Emile de que Cindy había decidido tomarse un descanso de las obligaciones de su carrera artística para explicar que hubiera renunciado a su sueño.

—¿Tienes una teoría mejor? —le preguntó Nikki—. ¿Y tiene que ver con ovnis o con un hombre de negro inyectando agujas en el cráneo de las personas o borrándoles la memoria?

—Sabes perfectamente que me duele cuando hablas de mi enfoque no ortodoxo de la resolución de casos policiales. Búrlate si quieres, pero con cariño. Sabes que soy sensible como un cervatillo.

—De acuerdo, Bambi —dijo Nikki—, pero no mires la pizarra de los platos del día, porque hay venado.

Después de pedir, Rook volvió a la carga.

—Seguimos teniendo el calcetín desaparejado —dijo—. Si alguien dedica toda su vida a prepararse para una carrera como concertista de piano, como hizo tu madre, no abandona así como así. Es como si un atleta que está entrenando para las Olimpiadas se larga en la línea de salida para hacerse entrenador personal. Un trabajo estupendo, pero ¿después de todas esas horas de sacrificio y preparación?

—Estoy de acuerdo, pero ¿y lo que dijo Emile de sustituir una pasión por otra?

—Pues, con todos los respetos, y una *merde*. Y vuelvo a mi teoría del atleta olímpico frente a entrenador personal. Lo primero es una pasión, lo segundo un trabajo, nada más.

Heat dijo:

—Vale, a lo mejor eso no era una pasión, pero ya has visto las fotografías. Se lo estaba pasando en grande, y seguramente ganando un dinero al que le costaría renunciar. Igual lo de trabajar pasó a ser como llevar puestos unos grilletes dorados.

—No es que el tema de los grilletes dorados no me resulte estimulante, pero tampoco me lo creo. ¿Una mujer joven responsable que se convierte en Paris Hilton en sólo un verano? Lo dudo. —Llegaron su ensalada y el guiso de Nikki. Rook probó las lentejas y siguió hablando—: ¿Crees que tenía algo con este tal Tyler Wynn?

Heat dejó la cuchara y se inclinó sobre el plato.

—Estás hablando de mi madre.

—Estoy intentando ayudarnos (rectifico, ayudarte) a comprender lo que

pudo pasar entonces que cambió todo.

—Metiéndote en terreno espinoso. —Su tono calmado era lo que más nervioso puso a Rook. Eso y la mirada gélida.

—Corramos un tupido velo.

—Eso.

—Además —dijo Rook—, ya tenemos a un sospechoso. Espero que les hayas dicho a Raley y a Ochoa que emitan una orden de busca y captura contra Steven Seagal.

Nikki rio y dijo:

—Los Roach reaccionaron igual cuando les llamé. Es evidente que el nombre es falso, pero van a revisar las llamadas de teléfono a ver si localizan desde dónde se hizo la del domingo.

—Lo que es seguro es que hay alguien que busca algo. Y puesto que la llamada se hizo después de que registraran la casa de Nicole Bernardin, sabemos que no lo ha encontrado.

—Suponiendo que quien registró la casa y quien hizo la llamada sean la misma persona.

—Muy bien —dijo Rook con sorna—. Si quieres ponerte en plan Doña Objetiva con este caso en vez de adelantar conclusiones, tú misma.

—Mi trabajo consiste en ser objetiva.

—Más o menos —dijo Rook con ligero escepticismo. La mirada de Nikki le decía que sabía muy bien por dónde iban los tiros, pero pareció decidir ignorarle y concentrarse en el guiso.

Una suave brisa había traído calidez primaveral a la noche, y cuando salieron del restaurante decidieron renunciar a coger un taxi y volver paseando al hotel. Caminaron del brazo cruzando el puente a la Île de la Cite, disfrutando de las vistas de la catedral y el Palais de Justice hasta que llegaron al Pont Neuf. Allí se detuvieron en uno de sus bastiones semicirculares para detener el tiempo y disfrutar del espectáculo del París nocturno reflejado en el Sena.

—Aquí estamos, Nikki, en la Ciudad de la Luz.

Nikki se volvió hacia él y se besaron. Pasó un *bateau mouche* con gente cenando y una pareja que iba feliz en la cubierta gritó *Bon soir* y levantó sus

copas de champán haciendo ademán de brindar con ellos.

Les devolvieron el gesto y Nikki dijo:

—Es increíble. No, es mágico. ¿Qué tiene esta ciudad? El aire huele mejor, la comida sabe mejor que en ningún otro sitio...

—¿Y el sexo? ¿Te he hablado del sexo?

Nikki rio.

—sólo cada cinco minutos.

—¿Quién sabe lo que tendrá? Igual es la ciudad. O nosotros.

Nikki no contestó a eso y se limitó a apoyar la cabeza en su hombro. Rook la abrazó, notando su aliento contra la nuca, pero sintiéndose al mismo tiempo atraído por el fluir hipnótico del Sena. Las aguas oscuras discurrían a sus pies, una fuerza poderosa canalizada entre gruesos muros de piedra contruidos para ser impenetrables y para mantener la naturaleza bajo límites controlados y seguros. Se preguntó qué pasaría si algún día esos muros se resquebrajaban.

No pusieron la alarma y en lugar de ello los despertó la luz rosa del amanecer filtrándose entre una delgada capa de nubes grises. Volviéndose el uno hacia el otro, se sonrieron y se dieron los buenos días. Luego Rook hizo ademán de levantarse, pero Nikki gruñó:

—No te vayas, quédate conmigo. —Y tiró de él hacia sí.

Hicieron el amor una vez más con las campanas de una iglesia de fondo y el aroma celestial que llegaba de la pastelería Au Grand Richelieu, al otro lado de la calle.

—No es una mala manera de empezar un nuevo día de investigación de un homicidio —dijo Heat de camino a la ducha.

Tal y como Rook había calculado, los bollos recién hechos les duraron desde la pastelería hasta el café que había descubierto la tarde anterior. Encontraron dos taburetes vacíos en la barra situada frente a la ventana y se tomaron cada uno un zumo de naranja sanguina y un café con leche mientras miraban a un hombre de negocios de pie en la acera colocarse de espaldas al viento y liarse con destreza un cigarrillo.

Nikki comprobó sus correos y sus mensajes de voz. Los Roach, siempre pendientes de mantenerla al día, la informaban al concluir su jornada de que

se había puesto en marcha la petición para examinar el registro de llamadas e intentar localizar la que había hecho el supuesto Seagal a los Bernardin. Los engranajes de la burocracia internacional eran lentos, pero el detective Raley afirmaba que la Interpol estaba colaborando, lo que era una buena noticia. El Departamento Forense había prometido tener resultados de las huellas encontradas en el guante para la mañana siguiente, y Irons le había dicho a Ochoa que él mismo se pasaría por el laboratorio de camino a la comisaría. Heat se guardó el teléfono en el bolsillo y luego volvió a sacarlo para comprobar de nuevo qué hora era en Nueva York y decidir que era demasiado temprano para llamar. Rook dijo:

—He estado dándole más vueltas. —Hizo una pausa, consciente de que tocaba un tema delicado—. Y creo que ayer te dieron algo más que una caja llena de recuerdos. Algo me dice que tenemos una nueva pista y que se llama Tyler Wynn.

—¿Por qué será que no me sorprende oírte decir esto?

—Tranquila. Ahora he cambiado por completo de hipótesis. Le estoy viendo bajo una luz distinta.

—Déjame adivinar. Ya no es William Holden, sino Jason Bateman.

—No es un amante, sino un espía. —Heat rio—. Por lo menos escúchame, detective. —Esperó hasta que Nikki dejó de reírse y entonces se inclinó hacia ella haciendo todo lo posible por no poner ojos de loco—. Eso de banquero internacional me suena a falso. Es un poco como «agregado de embajada» o «contratista gubernamental». Me pega que sea una tapadera.

—Vale..., ¿y qué pintaría mi madre en eso?

—No lo sé. —Nikki resopló con desdén y dio un sorbo de café. Rook repitió—: No lo sé.

—Pues claro que no lo sabes.

—¡No lo sé! —dijo Rook entre dientes—. ¿A que es genial? —Esta vez sí tenía ojos de loco. Nikki miró a su alrededor algo violenta, pero nadie en el café parecía haberles oído. Incluso el hombre de la acera que fumaba un cigarrillo de liar les daba la espalda enfundado en un traje azul. Rook la asustó al cogerla del hombro—. ¡Espera, ya lo sé! —Chasqueó los dedos y la señaló—. Tyler Wynn —dibujó unas comillas en el aire—, banquero de

inversiones internacional, estaba utilizando a tu madre como tapadera. Y haciéndose pasar por su amante. —Hizo una pausa—. Fíjate que he dicho «haciéndose pasar». Y ésa es la razón por la que Cindy le dejó y se volvió a Estados Unidos cuando se casó con tu padre.

Nikki se terminó el café y deslizó un euro debajo del platillo.

—Rook, tengo que comunicarte una cosa: se te ha ido la pinza.

Estuvo intentando convencerla durante todo el camino de vuelta al hotel y llegó un momento en que a Nikki le costó trabajo refutar su lógica, a saber, que habían ido a París en busca de la causa del cambio de vida de su madre y que puesto que el tío Tayler había sido un factor tan importante —fuera un espía o no—, sería absurdo no averiguar si era posible hablar con él.

—¿O te resulta demasiado delicado este tema? —preguntó Rook, una táctica de lo más astuta, porque lo que tenía de reto la pregunta imposibilitaba que Nikki se negara.

De vuelta a la habitación, Rook se puso a caminar de un lado a otro, pensando en cuál sería la mejor manera de acercarse a Tyler Wynn.

—Todavía tengo algunos contactos clandestinos aquí, de cuando estuve trabajando en el artículo sobre Rusia y Chechenia. También la CIA y la NSA me deben unos cuantos favores. No, espera... Igual deberíamos empezar de manera más discreta y hacer una consulta directamente en la embajada de Estados Unidos... O quizá la Interpol. Aunque, por otra parte —empezó a divagar—, esto puede ser tan gordo que igual nos topamos con la DCRI, que son como la CIA francesa, por si no lo sabías. —Vio que Nikki sacaba su móvil—. ¿A quién vas a llamar?

Nikki levantó un dedo indicándole que guardara silencio.

—*Bonjour*, madame Bernardin. *C'est* Nikki Heat. En primer lugar, gracias por recibirnos ayer y por las maravillosas fotografías. No sabe cuánta ilusión me hace tenerlas. —Asintió y dijo—: Lo mismo le digo. Me gustaría pedirle un favor. ¿Tendría el número de teléfono de Tyler Wynn? —sonrió y Rook se puso a tomar nota.

Cuando colgó, este dijo:

—Bueno, ésa era la manera fácil, pero si es lo que te gusta... A mí es que así me da la impresión de que estoy haciendo trampas.

Nikki cogió el cuaderno donde estaba escrito el número de teléfono de Wynn.

—Entonces, ¿no llamo?

Rook dijo:

—¿Quieres dejar de decir tonterías y empezar a tomarte este caso en serio de una vez?

La llamada empezó en francés, pero quienquiera que fuera el interlocutor hablaba inglés. Cuando Rook vio la expresión de asombro de Nikki después de preguntar por Tyler Wynn, dejó corriendo su silla junto a la ventana para ir a sentarse en la cama, a su lado.

—Qué horror —dijo Nikki. Rook gesticuló para llamar su atención mientras articulaba en silencio: «¿Qué?», como una mosca cojonera, y Nikki le daba la espalda en un esfuerzo por concentrarse en la conversación y murmuraba una serie de «ajás», pedía una dirección, daba las gracias y colgaba.

—¿Se puede saber qué pasa? ¿Por qué has dicho: «Qué horror»?

—Tyler Wynn está en el hospital —dijo Nikki—. Alguien ha intentado matarlo.

Rook se puso en pie de un salto e hizo una pirueta.

—Eso sí que es una pista y lo demás son tonterías.

10

El taxista conocía la dirección, el hospital Canard, en el barrio residencial de Boulogne-Billancourt, situado al oeste y uno de los más ricos de la ciudad. Echó un vistazo a la pareja sentada en el asiento trasero y les preguntó si se trataba de una emergencia. Los dos contestaron al mismo tiempo. Ella dijo que no, él que sí. Rook le preguntó entonces:

—¿Cómo dices que te ha descrito el ama de llaves de Wynn su estado?

Él se colocó una mano detrás de la oreja.

—Herida de bala de extrema gravedad.

—¿Y eso no es una emergencia?

Nikki estuvo de acuerdo y le dijo al taxista:

—Vaya lo más deprisa que pueda.

Pero el tráfico tenía otra idea del asunto. Además del romanticismo y el encanto, París tenía una hora punta matinal. El taxista no hacía más que pulsar el dial de la radio, como si sufriera un trastorno de déficit de atención e hiperactividad, sintonizando fundamentalmente emisoras de hip-hop francés y de música dance. Pero lo cierto es que el frenético *chunda, chunda* no se correspondía con la velocidad del taxi circulando paralelo al Sena. Cuando el coche se acercaba a un letrero que decía «Bois de Boulogne, 10 km» bajó el volumen de la música y preguntó:

—¿Han estado en el Bois de Boulogne? Es muy bonito, para pasear en plan romántico. Como Central Park en Nueva York.

Y de nuevo subió el *chunda... chunda*.

Rook le dijo a Nikki:

—Me encanta ese nombre. De hecho, voy a titular mi próxima novela

romántica de Victoria St. Clair *Le Chateau du Bois de Boulogne*, que (corrígeme si me equivoco) podría traducirse más o menos como «El castillo del bosque de pasta boloñesa». Ya lo estoy viendo, va a ser un superventas en el extranjero.

El hospital estaba justo saliendo de la A-13 en un tranquilo vecindario lleno de consultas médicas y dentistas. Un edificio sorprendentemente pequeño, de cuatro plantas, el Canard tenía más aspecto de clínica privada de lujo que de gran hospital público.

—Es lo bueno de tener dinero —dijo Rook mientras dejaban atrás los primorosos setos y las jardineras con palmeras de camino a la entrada—. Verás como aquí no vemos a indigentes expirando en los pasillos de urgencias. Me apuesto algo a que incluso calientan los orinales.

Nikki señaló que las flores parecían haber funcionado el día anterior con los Bernardin, de manera que hicieron una parada en la pequeña tienda que había en el vestíbulo. Minutos después, armados con un ramo de peonías envuelto en celofán, rodearon la recepción y cogieron el ascensor hasta la segunda planta. Mientras subían Nikki dijo:

—No es que me queje, pero me sorprende que nos hayan dejado pasar sin más.

—Es por las peonías. Mi experiencia como periodista de investigación me dice que se puede pasar prácticamente cualquier control de seguridad siempre que lleves algo en la mano. Flores, un cartapacio... Y no te digo ya si estás comiendo algo, sobre todo si es de un plato desechable.

—Habitación 203 —dijo Nikki tras consultar lo que había apuntado en el hotel. Doblaron una esquina y a la puerta de la habitación 203 un *policier* de uniforme se levantó de su silla plegable y les cerró el paso. Heat le dio un codazo a Rook.

—No llevarás por causalidad un plato de alubias, ¿verdad?

El policía les dijo en francés que no estaban permitidas las visitas y Nikki le contestó, también en francés, que había hablado con el ama de llaves del señor Wynn, quien le había asegurado que podían verle.

—Hemos venido desde muy lejos —dijo Rook— y nos encanta su país.

El agente le miró despectivamente.

—*Allez* —dijo con expresión de que no le importaba tener un poco de acción y así romper la monotonía. Heat le enseñó su placa del Departamento de Policía de Nueva York, algo que nunca fallaba. El agente autóctono de la prefectura de extrarradio estudió la identificación extranjera con cuidado, comparando la fotografía con la cara de Nikki, moviendo rápido los ojos debajo de la visera de su gorra. En un francés fluido y perfecto como el de un nativo, Nikki le explicó que su madre, Cynthia Heat, había sido muy amiga de *oncle* Tyler y que el ataque a este podía estar relacionado con un caso de homicidio en el que estaba trabajando en Nueva York. El gendarme pareció intrigado, pero no cedió. Hasta que escuchó la débil voz del anciano por la puerta abierta de la habitación.

—¿Ha dicho... que es la hija de Cindy Heat?

—Sí, señor Wynn —dijo Nikki en dirección a la cortina amarilla pálida que separaba la cama—. Soy Nikki Heat y he venido a verle.

Tras una pausa seguida de un profuso carraspeo acompañado de flemas, la voz incorpórea dijo:

—Déjela pasar.

Los ojos del agente parpadearon, desconcertado ante la situación. Por fin, miró la identificación de Nikki una vez más, se la devolvió y dio un paso atrás para dejarles pasar. Mientras los dos entraban en la habitación le oyeron hablar por su *walkie-talkie* para cubrirse las espaldas.

A Nikki la escena que la aguardaba detrás de la cortina la retrotrajo directamente al febrero pasado en el hospital de Saint Luke's Roosevelt, donde Rook se había debatido entre la vida y la muerte después de recibir un disparo. Tyler Wynn, con aspecto frágil y tumbado de costado para mantener la mitad de su espalda separada del colchón, la miró con ojos confusos y entreabiertos. Después consiguió esbozar una sonrisa con labios resecos.

—Dios mío —dijo—, mírate. Es como si me hubiera muerto e ido al cielo a encontrarme con mi querida Cindy. —Después asomó en sus ojos un brillo travieso—. Pero sigo vivo, ¿verdad? —Rio, lo que provocó de nuevo la dolorosa tos. Cuando el ataque cedió, inspiró oxígeno del tubo transparente que tenía debajo de la nariz—. Siéntense, por favor.

sólo había una silla y Rook la colocó junto a la cama para Nikki, con

cuidado de no tocar el montón de cables que salían como serpientes de debajo de las sábanas de Wynn hacia una serie de monitores. Nikki explicó quién era mientras él se abría paso hacia los pies de la cama y el alféizar de la ventana, donde se apoyó.

—El periodista —dijo Wynn—. Ya sé quién es. Perdona que no me levante. —Alzó durante un instante los dos brazos, que tenía conectados a múltiples goteos intravenosos—. Disparos de bala y un corazón débil, una mala combinación.

—¿Me prometes que cuando quiera que nos marchemos nos lo dirás? —preguntó Nikki.

Tyler Wynn se limitó a sonreír y dijo:

—Mira todas estas máquinas. Los franceses sí que saben hacer las cosas a lo grande, ¿no te parece? Gastronomía, cine, escándalos sexuales, les *hôpitaux*. Este país ha perfeccionado la medicina moderna, pero antes de eso, según me cuentan, operaban sin anestesia. Ni siquiera se lavaban las manos. Así que supongo que he tenido suerte, después de todo. —Acercó la cabeza apoyada en la almohada hacia Nikki y la miró fijamente—. ¿Todo el mundo te dice lo mucho que te pareces a tu madre?

—Todo el rato. Me lo tomo como un cumplido.

—Porque lo es. —La miró unos instantes más y añadió—: Le he oído decir al gendarme encargado de protegerme que estás investigando un homicidio.

—Sí, estoy en el Departamento de Policía de Nueva York.

—Leí el artículo. —Enarcó una ceja mientras miraba a Rook—. No sé por qué, pero me parece que aquel reportaje que escribió le salió a cuenta.

—No puedo quejarme —dijo Rook.

Eran tantas las cosas de las que Nikki quería hablar con Wynn, tantas las preguntas para las que necesitaba respuestas y así poder llenar las lagunas que había en la relación de aquel hombre con su madre... Pero una mirada le bastó para darse cuenta de que aquella no iba a ser una visita larga, así que tomó la decisión de priorizar y empezar con los datos básicos del caso. Por desconsiderado que pareciera, lo primero y más importante era seguir con la investigación. Heat era una experta en dejar de lado lo personal. Eso podría

esperar a la siguiente visita.

—Señor Wynn —empezó a decir, pero éste la interrumpió.

—Llámame Tyler, tío Tyler. Así es como me llamaba tu madre.

—De acuerdo, Tyler. Deduzco que puesto que tiene un agente protegiéndole, no han cogido a quien le disparó. ¿Tiene alguna idea de quién ha podido ser?

—Es un mundo de locos. Incluso en Europa la gente empieza a llevar armas.

—¿Le atracaron?

—No, sigo teniendo mi Rolex de oro. Si es que la enfermera del turno de noche no se lo ha llevado.

—¿Vio a quien le disparó?

Negó con la cabeza y después dijo:

—La expresión de tu cara es la misma que la del inspector que me entrevistó. Lo siento.

Desde la ventana Rook preguntó:

—¿Cuándo ocurrió eso?

El anciano miró al techo.

—Deme un minuto. He estado cuatro días inconsciente, así que no tengo muy claros los días. —Rook asintió—. El martes de la semana pasada, por la tarde. ¿Por qué?

Heat y Rook intercambiaron una mirada en la que reconocían la importancia de aquella información. Al margen de la diferencia horaria, había sido la noche anterior a que asesinaran a Nicole Bernardin.

—Estamos completando la información que tenemos —se limitó a decir Nikki—. ¿Cómo fue?

—No hay mucho que describir. Acababa de volver a mi apartamento de ver la última sesión de *Millenium: los hombres que no amaban a las mujeres* en el Gaumont Pathé. Estaba saliendo del coche en el garaje y oí tres disparos a mi espalda y alguien que se marchaba corriendo mientras yo caía al suelo. Me desperté aquí.

Nikki había sacado su bloc de espiral lo más discretamente posible y había tomado algunas notas. Le hizo las preguntas que llevaba tanto tiempo

haciendo en estos casos. ¿Había recibido amenazas recientemente? No. ¿Algún problema de negocios? No. ¿Celos de pareja?

—Ya me gustaría —dijo Wynn.

Tras agotar todas las posibilidades habituales, Nikki se llevó el capuchón del bolígrafo a los labios.

—Después del cine estuve tomando unas copas. Es posible que condujera mal y que alguien quisiera ajustar cuentas conmigo.

Aquello sonaba sospechoso. No sólo no se lo creyeron ninguno de los dos, sino que además olía a intento de dar esquinazo, como si Wynn quisiera dar por zanjado aquel asunto.

—¿Y un encargo? —preguntó Rook. Al principio a Nikki le pareció mal lo abrupto de la pregunta, pero al ver cómo cambiaba la expresión de Tyler Wynn se abstuvo de hacer ningún comentario.

—¿Perdón?

—Un asesinato por encargo. Es la impresión que me da a mí. ¿Quién puede tener motivos para neutralizarlo? Previo pago de su importe.

Empleaba la jerga de las operaciones clandestinas de los servicios secretos para resultar más impactante. Nikki tenía que reconocerlo, Rook sabía muy bien lo que hacía, sin retroceder pero tampoco atosigando a Wynn. Insinuando antes que afirmando nada. Como diciendo: yo lo sé y tú lo sabes, pero sin pronunciar esas palabras.

—Eso sería algo extraordinario, señor Rook —dijo Wynn sin negar nada.

—Para un banquero de inversiones internacional, sí —contraatacó Rook.

En ese momento Wynn había cedido terreno hasta llegar a un término medio, y allí fue donde Rook decidió quedarse, de momento. Dijo:

—Sería extraordinario querer asesinar a un simple banquero de inversiones. —Los dos hombres se sostuvieron la mirada en un auténtico pulso para ver quién cedía antes. Wynn fue el primero en parpadear.

—Agente Bergeron —dijo y cuando el policía se asomó por detrás de la cortina amarilla añadió—: Quisiera hablar en privado con mis amigos. ¿Podría, por favor, ir a buscar agua para estas flores y cerrar la puerta al salir?

El agente vaciló y después hizo lo que se le había pedido. Tyler Wynn cerró los ojos y permaneció tanto rato pensativo y en silencio, sin otro ruido

de fondo que el pitido intermitente de su monitor cardiaco, que Nikki y Rook pensaron que se había quedado dormido. Pero entonces tosió para aclarar la congestión que tenía en el pecho y empezó su relato:

—Voy a contarte esto porque no sólo tiene que ver conmigo, sino que también está relacionado con tu madre.

Al oír aquellas palabras a Nikki le dio un vuelco el corazón. No se atrevió a interrumpir y se limitó a asentir con la cabeza, animándole a seguir.

—Y no es solo que después de haber pasado unos minutos contigo, Nikki, ya sepa que vas a ser discreta, también es que llegado este momento de mi vida, solo y claramente sin... infraestructura... para protegerme, no puedo seguir engañándome sobre las falsas lealtades.

Al escuchar la alusión a su discreción, Nikki tapó el bolígrafo y cruzó las manos sobre el bloc de notas. Rook siguió quieto, con los brazos cruzados, contando los pitidos del monitor.

—Durante muchos años, cuando era joven y más útil a la sociedad... — hizo una pausa y después reunió fuerzas para seguir adelante—, fui reclutado para servir a mi país como agente secreto. Dicho sin miramientos: fui un espía. Para la CIA. —Rook tomó aire y cambió de postura, cruzando las piernas a la altura de los tobillos mientras seguía apoyado. Wynn ladeó la cabeza en su dirección y dijo—: Claro que eso ya lo sabía el señor Rook. Otra razón más para no seguir con la farsa, porque el espionaje es eso precisamente, una farsa. Más ruido que nueces. Nos inventamos historias y luego actuamos como si fueran ciertas. Y tiene razón, enviarme a Europa como banquero de inversiones me proporcionaba un camuflaje perfecto. Mejor todavía, me daba acceso a sitios donde podía obtener información. Nada como hacer rica a la gente, nada como abrirles unas cuantas puertas para que no te hagan demasiadas preguntas sobre uno mismo.

Se volvió hacia Nikki.

—Estaba a cargo de lo que en el cuartel general llamaban la «red de niñeras». La llamaban así porque se me ocurrió algo ingenioso. Con tantos contactos influyentes como había conseguido mediante el negocio que me hacía de tapadera, empecé a reclutar y a colocar a niñeras en casas de diplomáticos y otros sujetos de interés previamente seleccionados para que

les espieran y luego me informaran. La sencillez de la idea la superaba sólo el éxito de los resultados. Una vez las niñeras se integraban en la familia, no sólo escuchaban, también ponían micrófonos ocultos y, en algunos casos, sacaban fotografías fuera con información interesante o, sí, también para hacer chantaje con ellas. —Sonrió a Nikki—. Veo que no te sorprende. Sospechabas algo así, ¿verdad?

Nikki notaba perlas de sudor en el pecho y también en la zona lumbar, donde su espalda estaba en contacto con la silla de plástico.

—Me parece que sí. —Su voz le sonaba como si fuera de otra persona.

—El director estaba tan encantado con los secretos que estaba descubriendo que me ordenaron ampliar mis operaciones. No olvidemos que estamos hablando de la década de 1970. La Guerra Fría no había terminado. Estaba la guerra de Vietnam. El IRA. El Muro de Berlín. Carlos *el Chacal* estaba secuestrando a ministros de la OPEP en Viena. En Moscú se firmaban los acuerdos SALT. La monarquía griega había sido derrocada, las células rojas durmientes de China empezaban a integrarse dentro de Estados Unidos. Y la mayoría de los que participaban en todas estas cosas tarde o temprano pasaban por París.

Lo genial de la red de niñeras era que podía expandirla sólo con reclutar más niñeras y *au pairs*. Añadí un mayordomo, después algunos cocineros, luego profesores de inglés y, sí, también a Cindy Heat, profesora de música. Una de las compañeras de clase de tu madre, Nicole Bernardin, me había hecho algunas labores de espionaje excelentes y me ayudó a reclutar a Cynthia un verano que vino de visita.

Heat y Rook se volvieron lentamente el uno hacia el otro. Ninguno quería hacer perder a Wynn el hilo de la conversación hablando y ambos se volvieron de nuevo hacia el anciano. Nikki escuchó voces procedentes del pasillo y confió en tener algo de tiempo antes de que la versión francesa de la enfermera de *Alguien voló sobre el nido del cuco* los echara de allí a patadas.

—La primera misión de tu madre era importante y la cumplió de maravilla. En el verano de 1971 empezó una ronda de negociaciones secretas para poner fin a la guerra de Vietnam.

—La Conferencia de París —dijo Rook, incapaz de contenerse.

—Exacto. Me enteré de que el embajador de cierto país del bloque soviético, un comunista de boquilla para el que había hecho algunas inversiones en secreto, iba a recibir en su casa a la familia de uno de los negociadores de Vietnam del Norte. Los norvietnamitas tenían un hijo que quería perfeccionar sus estudios de piano. —Nikki recordó la caja de su madre y la fotografía de ésta con una familia asiática a la puerta del Bolshoi—. Mandé a Cindy a la casa del embajador para que diera clases de piano al chico durante el verano. El muchacho dio un recital excelente y tu madre nos pasó una información crucial que ayudó a Kissinger a hacerse valer en la mesa de negociaciones. Deberías estar orgullosa.

—Lo estoy —dijo Nikki—, y además me ayuda a comprender el cambio que sufrió mi madre cuando vino aquí.

—¿Te refieres a que renunció a su carrera como concertista de piano? Después de unas cuantas misiones no había quien la parara. No sólo aceptó empleos como profesora de música aquí, en París, sino que durante años estuvo viajando por Europa, escuchando e informando, escuchando e informando —repitió—. Ya fuera por patriotismo o porque el trabajo le resultaba emocionante, el caso es que era una espía extraordinaria. Me decía que la sensación de estar cumpliendo una misión la llenaba más que cualquier otra cosa. Más que la música, incluso.

Después de procesar esta información, Nikki dijo:

—Debió de pasar por muchas situaciones de peligro.

—A veces sí. Pero también disfrutaba con esa parte. Cynthia era valiente, pero tenía más cosas. Dedicación. Una determinación singular que le hacía destacar en todo. En la preparación, en el cálculo de los riesgos y en la ejecución. Cubría todos los campos y no dejaba nada al azar.

Alargó la mano para coger el vaso de papel. Nikki se levantó y le ayudó a beber con una pajita.

—Gracias. —Wynn esperó a que Nikki estuviera sentada—. Claro que todas las cosas buenas se acaban. Conoció a tu padre, se casó y nos dejó para irse a Estados Unidos a criarte.

Sus labios, humedecidos por el agua, esbozaron una sonrisa sarcástica.

—¿Qué? —preguntó Nikki.

—Pues que éste es un trabajo del que nunca puedes retirarte del todo. En los años ochenta el mundo seguía siendo un polvorín. Al igual que París, Nueva York era terreno abonado para tareas de inteligencia. En 1985 viajé a Manhattan y volví a reclutarla.

En 1985... Nikki ladeó la cabeza y miró detenidamente a Wynn, buscando la misma conexión que había intentado establecer sin éxito la primera vez que había visto su fotografía, el día anterior.

El anciano sonrió de nuevo, pero esta vez sin sarcasmo. Solo nostalgia.

—También me acuerdo de ti, Nikki. Tenías cinco años cuando visité a tu madre y me tocaste el allegro de la sonata número 15 de Mozart. Incluso te grabé en vídeo.

—Precisamente vimos ese vídeo la otra noche —dijo Rook.

Nikki asintió, no tanto para transmitir que estaba de acuerdo con Rook como para permitirse el consuelo que le producía tender un nuevo puente a su pasado.

—Todavía me parece estar viéndote —dijo el anciano.

—¿Así que dice que volvió a fichar a su madre para que se infiltrara en las casas de personas de Nueva York? —preguntó Rook.

—Y alrededores, sí.

—Pero usted estaba en la CIA. ¿No es ilegal el espionaje en terreno nacional?

—No lo es si lo haces bien. —Wynn se rio de su propio chiste hasta que la risa le provocó una mueca de dolor. Buscó entre las mantas el botón de la morfina conectado a un goteo intravenoso y lo presionó dos veces con el pulgar—. Ya no sé si me hace efecto —dijo, y se concentró en respirar profundamente. Luego, cuando se tranquilizó, terminó lo que estaba diciendo —: He de decir que cuando volvió tu madre resultó igual de eficiente.

Nikki, al haber llegado por fin adonde tanto había deseado, le preguntó:

—Tyler, ¿estuvo haciendo de espía para usted hasta el último momento? Quiero decir, ¿hasta que fue asesinada?

Su cara se ensombreció por el recuerdo.

—Sí.

—¿Puede darme más detalles? ¿Algo que me ayude a encontrar a quien la

mató?

—Por entonces Cindy estaba trabajando en varios proyectos. —Wynn levantó un brazo y con él las vías intravenosas, a continuación se llevo el dedo índice a la sien y sonrió travieso—. Todavía los tengo todos aquí. Llevo muchos años fuera del negocio, pero no se me ha olvidado nada. No debería contarte en lo que andaba metida, pero lo voy a hacer. En primer lugar, porque no me queda mucho tiempo y quizá sea de las pocas personas que pueden ayudarte. Este negocio ha perdido el factor humano. Nadie aprecia ya los talentos de un hombre como yo, no cuando tienes aviones no tripulados. Pero sobre todo te lo voy a contar porque se trata de mi Cynthia. No tengo ni idea de quién es ese hijo de perra, pero quiero que lo cojáis de una puñetera vez. —La emoción pareció animarle, pero no sin cobrarse un precio. Se acercó el tubo de oxígeno a la nariz y aspiró mientras Nikki y Rook esperaban impacientes—. Creo que lo que pasó es que tu madre descubrió algo delicado y alguien la quitó de en medio antes de que pudiera informar de ello.

—¿Algo cómo qué? —preguntó Nikki.

—Eso no lo sé. ¿No te fijaste en si se comportaba de manera distinta? Si cambió algo de su rutina, por ejemplo, si empezó a tener reuniones a horas que no eran normales.

—Justo antes no lo sé, porque yo estaba en la universidad. Pero sí tenía muchas reuniones a horas raras. De hecho aquello se había convertido en un asunto incómodo en casa.

—Gajes del oficio, me temo. —Wynn la miró pensativo y preguntó—: ¿La viste intentando esconder algo o encontraste alguna llave que no abriera nada? ¿Se compró una cajonera nueva o algo así?

—No, lo siento. No me fijé.

Rook intervino:

—Cuándo dice que alguien decidió quitarla de en medio, ¿se refiere a uno de sus clientes, a la familia a la que estaba espiando o a otro espía que quería lo que ella tenía?

—A todos. Cuando ocurre algo así pueden venir a por ti de todas partes.

La posible conexión a la que Nikki había estado dando vueltas ya no

podía esperar más.

—Ha mencionado a Nicole Bernardin. ¿Es posible que fuera ella quien se volvió en su contra y la matara?

Wynn movió la cabeza con vehemencia.

—No, eso está fuera de toda duda. Nicole quería a Cindy. Eran como hermanas. Nicole Bernardin habría dado la vida por tu madre. Habla con ella, ya verás. —Entonces leyó algo en sus caras—. ¿Qué?

—Tyler, siento tener que decirle esto —dijo Nikki—: Nicole está muerta. Los ojos se le abrieron de par en par y se quedó boquiabierto.

—¿Nicole? ¿Muerta?

—También la han asesinado.

—No.

Nikki se alarmó al ver lo alterado que estaba.

—Quizá deberíamos hablar de esto en otro momento.

Hizo ademán de levantarse.

—No, cuéntamelo, cuéntamelo ahora. —Con gran esfuerzo, se incorporó sobre un hombro—. No os vayáis. Por favor, necesito saberlo.

—Muy bien, pero, por favor, tranquilícese.

No lo hizo. La conmoción y la incredulidad dieron paso a la ira.

—¿Quién la mató? ¿Cómo? ¿Cuándo?

—Tyler, por favor —dijo Nikki. Se acercó más a la cama y apoyó una mano sobre él mientras Rook iba por el otro lado para ayudarlo a recostarse de nuevo en las almohadas. Wynn se dejó hacer y pareció tranquilizarse, al menos en apariencia, aunque su respiración seguía siendo entrecortada.

—Contádmelo, estoy bien. ¿Veis? —Forzó una sonrisa y luego se puso serio—. Es lo justo. Yo he confiado en vosotros.

Nikki dijo:

—A Nicole la apuñalaron la semana pasada en Nueva York. El día después de que lo atacaran a usted.

Tyler Wynn cerró con fuerza los ojos y su cara se contrajo en una mueca.

—No... —dijo con voz ronca mientras ladeaba la cabeza de un lado a otro como delirando. Entonces abrió los ojos y empezó a toser. Entre toses dijo—: No..., todavía siguen...

—Tiene que intentar calmarse —dijo Rook y a continuación le preguntó a Nikki—: ¿Dónde está el botón para llamar a la enfermera?

—¡No, a Nicole también no! —aulló Wynn incorporándose de nuevo sobre un hombro y jadeando, mientras el blanco de sus ojos resaltaba contra las pupilas descontroladas. El ritmo del monitor cardiaco empezó a descender.

—Voy a buscar al agente —dijo Nikki, pero, cuando se estaba girando, la cortina se ahuecó por la puerta que se abría y entró una enfermera.

Al ver al paciente corrió hacia él. Nikki y Rook se apartaron para dejarle hacer su trabajo, pero incluso mientras la enfermera le atendía, Wynn gemía con voz ronca y se retorció con las manos en el pecho. Una alarma se disparó en el monitor y los gráficos verdes que reflejaban su ritmo cardiaco empezaron a subir y a bajar al tiempo que los pitidos se hacían más seguidos. La enfermera pulsó un botón.

—*Code bleu, salle deux-zero-trois, rapidement. Code bleu, salle deux-zero-trois.*

Voces apremiantes y el sonido de ruedas de goma arañando el suelo de linóleo se oían cada vez más cerca. Un brazo apartó la cortina separadora. Entró el equipo cardiaco, un médico y una enfermera con un desfibrilador. La enfermera hizo un gesto a Nikki y a Rook indicándoles que se retiraran hacia la ventana:

—*Reculez-vous, s'éloigner.*

Los dos se quedaron pegados a la pared mientras el equipo médico respondía a la situación de emergencia. El médico comprobó las constantes vitales.

—*Vingt joules* —dijo.

La enfermera con el desfibrilador sacó los electrodos y giró un dial. Oyeron un tono ascendente y apenas audible que indicaba que las palas se estaban cargando. Con voz serena, el médico dijo:

—*Au loin.*

Todos se separaron del paciente mientras se le aplicaba la descarga en el pecho. El cuerpo entero de Tyler sufrió una sacudida.

La cara de Rook era una mueca de dolor, pues recordaba lo cerca que

había estado también él de la muerte. A su lado Nikki susurró:

—Vamos. —Y luego, cuando la pantalla se quedó plana y la señal monótona de ausencia de actividad cardiaca llenó la habitación, le apremió de nuevo—. Vamos, Tyler, vamos.

Pero la asistolia en el monitor persistía. El médico ordenó aumentar la descarga:

—*Au loin.*

El equipo se apartó. Tyler se agitó de nuevo en la cama. Nikki escrutó la pequeña pantalla en busca de un pico ascendente en la línea color verde. Nada.

Le dieron otra descarga en el pecho. El equipo médico no decía nada, pero en sus ojos se leía la falta de esperanza. Nikki reparó en que tenía las uñas clavadas en las palmas de las manos y relajó los puños. El médico aumentó de nuevo el voltaje, pero la siguiente descarga no tuvo ningún efecto. Lo mismo que la siguiente.

Nikki y Rook miraron con tristeza e impotencia mientras aquel hombre al que acababan de conocer y con el que empezaban a encariñarse seguía sin responder, con las respuestas clave a las preguntas más trascendentes de Nikki encerradas en aquella cabeza que se había tocado de forma traviesa solo unos minutos antes.

Después de múltiples intentos, primero el médico y a continuación su equipo consultaron el reloj de la pared. El médico escribió la hora exacta. Una enfermera desenchufó el desfibrilador y enrolló los cables de las palas. La otra alargó la mano hasta el monitor cardiaco y apagó un interruptor.

El pitido penetrante cesó y la línea plana desapareció, dejando un rastro verde horizontal y efímero en la pantalla. La enfermera miró con simpatía a Nikki y a Rook sin que fuera necesaria traducción alguna. Después se volvió para cubrir el cadáver de Tyler Wynn.

Despacio y con delicadeza fue tapándole con una sábana. Para Nikki aquello fue como si la puerta de acero a la cámara secreta se le cerrara en las narices.

11

Parece que París además de la ciudad de la luz es la ciudad del adiós —dijo Rook mientras cogían un taxi a la puerta del hospital.

—Muy bonito. Tú, como siempre, tan considerado.

—¿Qué pasa? Yo no le he matado, le has matado tú.

—¿Te importaría no decir eso?

—Es que es verdad. Has matado al tito Tyler. —Rook enarcó una ceja—. Estarás contenta.

Nikki le dio la espalda y se puso a mirar por la ventanilla al bosque de castaños en flor al otro lado de la autopista, en el Bois de Boulogne. La suave aceleración del Mercedes para incorporarse a la A-13 de vuelta a París creaba la ilusión de que no era el coche lo que se movía, sino el jardín de árboles en flor que parecían discurrir a su lado como radiantes nubes de primavera.

Pues claro que no había matado a Tyler Wynn.

Pues claro que parte de ella pensaba que lo había hecho. No se quitaba de encima la sensación de culpa. Imaginó que una de las gárgolas de Notre Dame cobraba vida y podía oír su voz diabólica rugiendo: «Ha muerto porque has ido a verle. Tu visita era más de lo que podía soportar». El detective de paisano que había llegado al Hôpital Canard para hablar con ella después de la muerte había descartado esa posibilidad. Naturalmente le había preguntado qué había ocurrido justo antes de la parada cardiaca y Nikki, evitando darle detalles sobre su madre, había compartido con él un resumen de los hecho de colega a colega: Tyler Wynn conocía a las víctimas de dos de los asesinatos que estaba investigando. Había hablado con ella voluntariamente, algo que el agente de guardia había corroborado. Cuando

Wynn empezó a mostrar signos de agitación, Nikki había intentado interrumpir la conversación, pero aquello le había disgustado más, así que pensó que lo mejor sería darle la información que le pedía y terminar la entrevista lo antes posible.

—¿Quién iba a saberlo? —dijo el inspector francés encogiéndose de hombros mientras le devolvía sus credenciales—. Ya he hablado con el médico, que dice que no ha sido su visita, sino los tres balazos y algo llamado estenosis aórtica los que le han matado.

Pero Rook no la dejaba tranquila. ¿Quizá porque conocía a Nikki lo bastante bien como para saber que era mejor quitarle el sentimiento de culpa mediante falsas burlas? Una de las primeras cosas que había aprendido el verano anterior, cuando salió a hacer rondas con ella, era que los policías se enfrentan a las emociones mediante el sarcasmo. Lo primero que le había dicho al salir del coma en el que había estado hacía poco fue lo cabreado que estaba por no haber parado la bala con los dientes, algo propio del superhéroe que era, y después habérsela escupido de vuelta al malo. Ahora, en el asiento trasero del E-320, Rook estaba intentando animar a Nikki acusándola de lo ocurrido con toda la ironía del mundo.

En la Avenue de New York pasaron junto al túnel del puente del Alma, y mientras Nikki miraba los perennes ramos de flores depositados en el suelo y las velas consumidas, ofrendas a la memoria de la princesa que falleció allí, se puso a pensar en los secretos, en especial en aquéllos que morían con quienes los escondían. Aquella reflexión le trajo a la cabeza la necesidad de tener presente que en este mundo cada acontecimiento tiene una causa y que las coincidencias son sólo causa y efecto, pero ocultas.

Hasta que ella las descubría.

La muerte de Tyler Wynn era, ante todo, una tragedia para él mismo y, para ella, otra muerte más en una semana en la que ya había visto demasiadas. Aparte de eso, el momento tan inoportuno en que se había producido cerraba una puerta que sólo se había abierto a medias. Haciendo realidad el sentido más cruel —y más exacto— de la palabra *tormento*. Nikki había descubierto lo suficiente como para atormentarse por todo lo demás que seguía siendo un misterio.

Rook dijo:

—Supongo que ahora mis descabelladas teorías conspiratorias no resultan tan descabelladas.

—Escucha, colega, antes de que te emociones y me hagas el baile de la victoria, permíteme que te diga que pareces un reloj estropeado.

—¿Por qué? ¿Porque doy la hora exacta dos veces al día?

—Por favor...

—Venga ya, detective, admítelo. Yo tenía razón, lo he clavado. El tito Tyler era un espía. —Los ojos del taxista aparecieron de repente en el espejo retrovisor. Rook se inclinó hacia delante, tomándole el pelo lo mismo que hacía con los taxistas de Nueva York—. Dígale que lo admita. —El taxista apartó la mirada y recolocó el espejo de manera que todo lo que pudieran ver de él fuera el pico de viuda de su pelo negro oscuro.

Rook se echó hacia atrás y cambió de postura para mirar a Nikki.

—No entiendo por qué estás tan triste, sobre todo ahora. Éste es sin duda un ejemplo de vaso medio lleno, a no ser, claro, que uno sea Tyler Wynn. —Hizo una breve pausa en señal de respeto hacia el difunto, pero luego continuó—: Fíjate en todas las respuestas que has encontrado esta mañana. Tendrías que estar feliz no sólo de saber que tu madre sí llevaba esa doble vida que tú le suponías, pero no porque estuviera teniendo una aventura amorosa. Y no me digas que no mola: era la espía de la familia, igual que Arnold en *Mentiras arriesgadas*. No, espera, todavía mejor: Cindy Heat era como Julia Child en la Segunda Guerra Mundial cuando espiaba para los servicios de inteligencia estadounidenses.

—Vale, reconozco que eso es algo.

—Vaya si lo es. Tal y como yo lo veo, hasta hemos superado a Dickens. París nos ha dado *Historia de dos Cynthias*.

Esta vez fue Nikki quien se dirigió al taxista:

—¿Qué me dice?, ¿le hacemos bajarse aquí mismo?

Al otro lado del Atlántico, en Nueva York, ya era de día para cuando volvieron al hotel. Nikki se puso a hacer llamadas y Rook se echó a la calle a la caza de algo para comer. El detective Ochoa contestó solo a la llamada, su compañero estaba ocupado comprobando una de las docenas de pistas

anónimas que la brigada había recibido desde que Hinesburg filtrara información al *Ledger*.

—Esto es una mierda, te lo digo en serio —dijo—. Ya tenemos bastantes cosas de verdad que comprobar, pero es que desde que el caso salió en los medios de comunicación estamos hasta el cuello de pistas malas. Ese artículo ha paralizado la investigación.

—A mí me lo vas a decir, Miguel.

—Lo sé, pero tú estás en París con Rook y quiero hacer todo lo posible por estropearle las vacaciones. Oye, igual consigo que Irons me aparte del caso y entonces Lauren y yo podemos largarnos a alguna parte. Hay una convención de Elvis en Atlantic City, podría hacer mi numerito pélvico.

—Pues antes de que te pongas el chándal de lamé dorado, necesito que me hagas una comprobación. —Le hizo jurar que no diría nada y le contó una versión abreviada de la conexión de Tyler Wynn con su madre y con Nicole. Después del tercer «joooder» de Ochoa, Nikki dijo—: A Wynn lo dispararon la noche antes del asesinato de Nicole. Quiero que contactes con control de aduanas y con las compañías aéreas para que te den los nombres de los pasajeros que llegaron a aeropuertos de París desde el JFK o el Newark el miércoles de la semana pasada. No te olvides de los vuelos con escala en Londres, Fráncfort o donde sea. Después mete los nombres en las bases de datos para ver si alguno está en la lista de sospechosos bajo vigilancia o tiene antecedentes de delitos de asalto o con armas de fuego. Haz lo mismo con la Interpol.

—¿Crees que puede ser el mismo asesino?

—No sé lo que creo, pero si hay alguna posibilidad merece la pena investigarla. No me gusta lo de que los modus operandi sean distintos, pero es posible que con Nicole usara un cuchillo porque no podía viajar con un arma de fuego.

—Sí, claro, como en Nueva York es tan difícil encontrar una pistola... —dijo el detective Ochoa—. Pero me pongo con ello. —Se aclaró la garganta y dijo—: Supongo que ahora me toca a mí darte la mala noticia.

—A ver.

—Es el guante.

—¿No han aparecido huellas?

—Peor todavía, lo que no aparece es el guante.

—¿Cómo?

—Acaba de llamar el capitán Irons desde el laboratorio. Ha ido esta mañana a presionarles para que le dieran los resultados y, no saben cómo, lo han perdido. —El silencio al otro extremo de la línea era tal que dijo—: Detective Heat, ¿estás ahí?

Todo lo que Nikki contestó fue:

—¿No saben cómo?

Rook dijo:

—¿No saben cómo? —Empleó el mismo tono de incredulidad cuando Nikki volvió al hotel y le contó lo ocurrido—. No creo que esa sea la explicación. Me pega más que lo haya perdido alguien.

—Ya estamos otra vez...

—¿Por qué dices eso?

—Porque ya te has puesto en modo «conspiración mundial». ¿Por una vez no podrías intentar hacer lo mismo que yo y atenerte a los hechos probados en lugar de imaginarte cosas?

—¿Quieres que hablemos de hechos probados, Nikki? Muy bien, perfecto. ¿Exactamente cuántas veces desaparece una prueba clave en una investigación de asesinato? —Nikki se limitó a mirarle—. Vale, olvida la pregunta. Pero es que esto es distinto. Esto apesta a juego sucio.

—O a incompetencia.

—Cada vez que oigo esa palabra pienso en una persona: Iron Man, el capitán de hierro.

—Supongo que tendremos que esperar a volver para comprobar si eso es así.

Nikki le quitó el envoltorio a una de las baguettes de jamón y queso que había traído Rook. Éste sin embargo tenía demasiadas cosas en la cabeza como para comer. Dejó el bocadillo después de darle sólo un mordisco y se puso a caminar por la habitación. Cuando Nikki le vio tocar con ímpetu la pantalla de su iPhone dijo:

—Espero que estés jugando a Apalabrados con Alec Baldwin, porque si

sigues emperrado en desenmascarar a las fuerzas malignas del universo que han hecho desaparecer el guante, más vale que lo dejes.

—Paso del guante... por ahora. Estoy buscando en mis contactos.

—¿A quién?

—Igual a ti te gusta atenerte a los hechos probados —dijo Rook buscando provocarla con el empleo de sus propias palabras—, pero, como periodista de investigación que soy con no uno, sino dos premios Pulitzer en la repisa de mi chimenea...

—¿Dos, has dicho? —Nikki le dio otro mordisco a su bocadillo.

—... Me gusta verificar los hechos por mi cuenta —Rook dejó de pasar el dedo por la pantalla de su teléfono—. Ah, aquí está.

—Muy bien, señor Woodward. ¿O te gusta más Bernstein? ¿Qué es lo que estás planeando?

—Quiero confirmar lo que Tyler Wynn nos contó sobre que era de la CIA y que había reclutado a tu madre para la red de niñeras. Todo lo que nos dijo me parece que tiene sentido. Es más, su historia vendría a aclarar muchas cosas. No sé si tú piensas igual.

—Más bien sí. Pero ¿con quién vas a comprobarlo?

—Con un antiguo informador mío, de cuando estaba investigando para mi reportaje sobre Chechenia para *First Press*. Se llama Anatoly Kijé. Es increíble el tío, parece un personaje salido de *El topo*. Un espía de la vieja escuela al servicio de la SVR, que es como se llaman ahora los servicios de inteligencia rusos, es decir, la KGB. Todo el mundo está cambiando su nombre de marca: la KGB, el KFC...

—Rook...

—Perdón. Bueno, el caso es que mi colega Anatoly vive aquí, en París, y si hay alguien que pueda saber algo sobre Tyler, tu madre y más cosas de la red aquélla de espías, es él. De hecho, es posible que pueda iluminarnos sobre cuestiones con las que Tyler Wynn fue tan maleducado como para morirse antes de que le diera tiempo de contárnoslas. Descanse en paz.

—Vale. Supongamos que este tipo de la KGB...

—SVR.

—... Sepa alguna cosa, ¿por qué iba a contártela?

—Porque en la época en que estuve investigando aquí, *à Paris*, digamos que Anatoly y servidor cerramos unos cuantos bares. Nos hicimos íntimos. —Juntó dos dedos y después pulsó el icono de la pantalla de su teléfono—. No hay un día que tenga resaca y no me acuerde de él. —Levantó una mano pidiéndole a Nikki que guardara silencio, como si no fuera él quien no dejaba de hablar—. ¿Hola? ¿Es Imports International? —Le hizo a Nikki un guiño cómplice—. Sí, hola. Quería hablar con el jefe de la sucursal, por favor. El señor Anatoly Kijé. Sí, espero. —Le susurró a Nikki—: Me van a pasar con su asistente. —Después habló al auricular—: ¿Hola? ¿Eres Mishka? Ah ¿no? Entonces es que eres nueva. Hace tiempo que no llamo. Me llamo Jameson Rook y soy un viejo amigo de Anatoly. Resulta que estoy en París y quería saber si... Rook, Jameson Rook, eso es. Sí, espero.

Rook estuvo en espera lo suficiente para que Nikki se terminara su baguette. Lo suficiente para que Rook se cansara de dar vueltas y se sentara en una silla de la esquina de la habitación. Después, de repente, se puso en pie.

—¿Hola? ¿Sí? —Y frunció el ceño—. ¿De verdad? ¿Está seguro? Lo siento muchísimo. Sí, adiós.

Colgó y se dejó caer de nuevo en la silla.

Nikki dijo:

—No me digas que también le han pegado un tiro.

—Peor. Ha dicho que no conoce a ningún Jameson Rook.

Con respuestas que resolvían, al menos en parte, el misterio de la vida de su madre y sin nuevas pistas que seguir en París, Heat y Rook reservaron plazas en un vuelo que salía para Nueva York a la mañana siguiente. El caos y la incompetencia que habían hecho presa de su brigada de élite eran en gran parte la explicación a la prisa de Nikki por volver a casa. El capitán Irons encarnaba lo peor de los funcionarios públicos. Siempre había sido un burócrata con placa de policía, pero ahora que no estaba Nikki para frenarlo, sus chapuzas parecían no tener fin. Sí, por supuesto que en ocasiones hay pruebas, como un guante, que se pierden. Y también hay filtraciones a los medios de comunicación que entorpecen las investigaciones. Y, de vez en

cuando, la peor detective de una brigada recurre a los favores sexuales para ascender en el escalafón a un puesto para el que no está capacitada. Lo raro es que estas cosas sucedieran todas a la vez en una sucesión perfecta de descomunales meteduras de pata. Incluso si seguía de permiso forzoso, Nikki decidió que estar más cerca de la comisaría le daría al menos la oportunidad de controlar los daños antes de que la investigación entera se fuera al garete.

Como no podía ser menos, Rook sugirió aprovechar su última noche en París para desconectar del caso. Nikki le preguntó:

—¿Te refieres a ignorar el hecho de que esta misma mañana hemos visto morir delante de nuestras narices a uno de los principales testigos del caso?

—Eso mismo —dijo Rook—. Y sí, lo siento, pero voy a decirlo: creo que al viejo Tyler le habría gustado vernos felices. A juzgar por las fotografías de esa caja, no era de los que desprecian una buena juerga.

Nikki accedió a la noche libre mentalmente. De hecho la agradecía, pero sólo si Rook se dejaba invitar a cenar en la que iba a ser su VRMNTEUC (Velada Romántica Mientras No Trabajamos En Un Caso).

—Cada vez me cuesta más entender esas siglas y eso que me las he inventado yo —dijo Rook—. Pero, por supuesto.

Le llevó a Le Papillon Bleu, una joya escondida en una callecita de Le Marais donde se podía cenar a la luz de las velas a base de mejillones y almejas frescas traídas del Port du Belon y escuchar jazz americano en vivo cantado con fuerte acento francés. Una asombrosa reencarnación francesa de Billie Holiday cantó *I Can't Give You Anything But Love* con una voz que casi hacía olvidar la versión de Louis Armstrong. Casi.

Pidieron *aperitifs* y después de que Rook echara un vistazo a la carta y declarara que aquel lugar era todo un descubrimiento, Nikki le aseguró, sin que tuviera que preguntárselo, que era la primera vez que iba allí.

—¿Quieres decir que no traías aquí a tus novios?

—Pues no —dijo Nikki—. Claro que había oído hablar de Le Papillon Bleu, pero hace diez años, cuando era estudiante, no tenía dinero para comer en un sitio así.

Rook le cogió la mano por encima del mantel de lino recién planchado.

—Así que ésta es una ocasión especial.

—Eso desde luego.

Después de cenar pasearon de la mano dejando atrás los pintorescos comercios de Le Marais. Con las melodías de *Our Love Is Here to Stay* y *Body and Soul* todavía en la cabeza, terminaron en la Place des Vosges, una plaza inmaculadamente limpia rodeada por sus cuatro lados de casas de fachadas históricas con tejados de pizarra azul.

—Este sitio parece el tío rico de Gramercy Park —dijo Nikki mientras tomaban el sendero que conducía al jardín.

—Sí, pero sin los ataques por sorpresa de policías armadas con alfombras.

No había terminado de pronunciar esas palabras cuando escucharon un crujido de pisadas en la grava a su espalda y Nikki se volvió enseguida. Un hombre solitario renqueaba por la calle, fuera del parque, silbando para sí. Rook dijo:

—Tienes que tranquilizarte. Nadie va a venir a por nosotros. No en nuestra ROTA.

—¿ROTA?

—Vale, lo reconozco: estoy diciendo siglas al tuntún.

Estaban solos en el parque y Nikki le llevó hasta un banco bajo los árboles, donde se sentaron juntos entre las sombras, reclinados el uno en el otro. El tráfico de la ciudad flotaba en la distancia como un ruido de fondo, a sólo unas manzanas de allí pero amortiguado por la hilera uniforme de majestuosos edificios que rodeaban la plaza y por el suave rumor de las fuentes. Como hacían a menudo sin una palabra o una señal previa, se acercaron y se besaron. El vino y la cálida noche de abril perfumada por los árboles en flor liberaron a Nikki del peso de sus preocupaciones y se apretó contra Rook. Éste la rodeó con sus brazos y el beso creció en intensidad hasta que sus labios se separaron como si de repente hubieran recordado que también necesitaban respirar.

—Igual deberíamos volver al hotel —sugirió Rook.

—Pues sí. Pero es que no quiero moverme. Quiero congelar este momento.

Se besaron de nuevo y, mientras lo hacían, Rook le desabrochó a Nikki el primer botón de la blusa. Ésta alargó una mano y le tocó en la entrepierna. Al

oírle gemir dijo:

—No creo que mi placa de policía de Nueva York nos libre de una multa por comportamiento poco decoroso.

—O por escándalo público —dijo Rook deslizándole una mano dentro del sujetador.

—Muy bien. Creo que esto puede ser mucho más interesante si lo hacemos en una cama. Vámonos.

Cruzaron el parque en silencio, entrelazados por la cintura. Mientras caminaban Rook notó cómo los hombros y los bíceps de Nikki se tensaban ligeramente. Dijo:

—Puesto que sigues dándole vueltas al caso, ¿por qué no me dices lo que estás pensando? Igual se nos ocurre una manera de incorporarlo a los preliminares y así darle emoción a la cosa. Con esposas, claro.

—¿Tanto se me nota?

—Por favor, quiero pensar que soy algo más para ti que un ingenioso hombre objeto. Pero no pasa nada si estás preocupada. Es un caso gordo.

—Lo siento, pero es que hay algo de hoy que tengo la sensación de haber pasado por alto y no consigo quitármelo de la cabeza, aunque no logro dar con ello. Y eso no suele pasarme. —La respuesta de Nikki era sólo una verdad a medias. Tenía la sensación de haberse saltado algo y eso la estaba volviendo loca. Pero lo estaba usando como excusa para no hablar de un problema de índole más profunda y personal al que llevaba dando vueltas todo el día.

Rook le tiró de la cadera de manera que chocara con la suya y así zarandearla un poco.

—Date un descanso, han sido muchas cosas juntas —Nikki asintió en la oscuridad de una manera que Rook no encontró muy convincente, así que mientras paseaban prosiguió hablando—: Lo que quiero decir es que, aparte del evidente torbellino por el que has pasado esta semana, algunas de las cosas que has descubierto sobre tu madre... Vas a necesitar un tiempo para digerirlas.

—Ya lo sé. —Sentía una opresión en la garganta y tragó saliva con fuerza, algo que no pareció servir de mucho. ¿Cómo podía Rook conocerla

tan bien?, ¿cómo podían estar tan compenetrados que siempre lograba ver lo que escondía tras su coraza? A saber, que no era realmente la investigación de asesinato por sí misma lo que la tenía obsesionada. Lo que no sabía Rook, sin embargo, era hasta qué punto. No podía saber que, en aquel momento, Nikki no estaba paseando por un parque de cuento de hadas frente a la casa de Victor Hugo, abrazada a él mientras tarareaba *Stardust* desafinando en todas las notas. Mentalmente estaba todavía en aquella habitación de hospital aliviada por haber descubierto que su madre había sido una espía al servicio de su país y al mismo tiempo anonadada por aquellas palabras que no conseguía quitarse de la cabeza.

Aún podía ver a Tyler mirándola desde la cama. El antiguo agente de la CIA diciéndole que su madre había sido una espía de primera. Y cómo «la sensación de estar cumpliendo una misión la llenaba más que cualquier otra cosa. Más que la música, incluso».

Nikki completó mentalmente aquella afirmación: «Más que yo».

Oyó ruido de neumáticos derrapando. Una luz la cegó y la sacó de sus ensoñaciones. Les habían tendido una emboscada, estaban arrinconados en la esquina de una calle, atrapados entre dos Peugeot 508 oscuros, con cristales tintados y los faros alumbrándoles a la cara.

Rook se movió deprisa y con un gesto instintivo se colocó delante de ella. Pero había pisadas que se acercaban también por detrás. Nikki se giró y vio al hombre de antes, al que silbaba, correr hacia ellos; su cojera había desaparecido como por arte de magia. Otros cuatro —dos parejas de matones que salieron cada una de un coche— convergieron a ambos lados de Rook y Nikki e hicieron ademán de agarrarles. Nikki se llevó la mano a la cadera en un acto reflejo. Pero se había dejado la pistola en Nueva York.

En un santiamén dos de los hombres sujetaron a Rook y lo arrastraron a uno de los vehículos mientras que un tercero salió del asiento del copiloto y le cubrió la cabeza con una capucha negra. Heat logró esquivar al primero de los otros dos hombres, pero el que se acercó a ella por detrás, el silbador, le dio un golpe en la cabeza. Desorientada y sorprendida, notó los poderosos brazos de los otros dos matones envolverla en un abrazo de oso y levantarla en volandas. Pataleó, se revolvió y gritó, pero los hombres estaban en clara

situación de superioridad.

La empujaron al asiento trasero del otro coche y, después de entrar ellos también, la encajaron entre los dos con sus anchas espaldas. Los gritos de Nikki se confundieron con el chirrido de neumáticos sobre la calzada conforme el Peugeot aceleraba. El coche circulaba a gran velocidad calle arriba cuando notó un intenso pinchazo en la parte superior del brazo.

12

Cuando Nikki se despertó no podía moverse. Intentó deducir dónde estaba. Estaba demasiado oscuro para ver nada, pero sabía que estaba tendida de lado, en posición casi fetal. Sentía calambres en las rodillas por tenerlas tan cerca del pecho, pero cuando trató de estirar las piernas no pudo; tenía las suelas de los zapatos tocando una pared. Se estremeció. Era exactamente la misma postura en la que había encontrado a Nicole Bernardin dentro de la maleta de su madre.

Le picaba el brazo donde le habían clavado una aguja, pero cuando intentó rascárselo algo la detuvo. No necesitaba ver para saber qué pasaba. Estaba esposada.

Para comprobar de qué rango de movimiento disponía, tuvo que dar un tirón a las esposas. Entonces la invadió una extraña sensación que le hizo preguntarse si no estaría alucinando por efecto de alguna droga que le hubieran inyectado. Y es que las esposas... le devolvieron el tirón.

—Estás despierta, qué bien —dijo Rook—. ¿Puedes hacerme un favor? Me estás clavando el codo derecho en las costillas.

Todavía confusa por la sedación, Nikki tardó unos instantes en procesar todo aquello. Dondequiera que se encontrara, Rook también estaba, encajado cerca de ella. O debajo. O un poco las dos cosas. Acercó al cuerpo el brazo derecho todo lo que pudo.

—¿Mejor?

—En la gloria.

—Rook, ¿sabes dónde estamos?

—No estoy seguro, me dieron algo para dejarme KO. Noté un pinchacito

que me dio bastante gustirrinín...

—¿Quieres parar?

—Lo siento, me sale solo. Bueno, pues a juzgar por el aroma a llantas de acero, yo diría que o bien estamos en un *menage à trois* con el muñeco Michelin o nos han metido en el maletero de un coche.

Nikki no percibía ni movimiento ni ruido de motor. Entonces intentó hacerse una idea del espacio lo más aproximada posible sin ver.

—¿Sabes si el maletero de estos coches puede abrirse desde dentro?

—No. Ignoro si las estipulaciones de seguridad francesas lo incluyen o no —dijo Rook.

—Pues vamos a palpar a nuestro alrededor a ver si damos con alguna palanca. Y sin chistecitos, por favor. —Ambos intentaron mover las manos, pero las tenían inmovilizadas—. Rook, ¿estamos esposados el uno al otro?

Rook no contestó, sino que se quedó callado. A continuación dio un tirón a las esposas de Nikki.

—Flipante.

Nikki le ignoró y se pasó los dedos por las muñecas para evaluar la situación.

—Me parece que la cadena de mis esposas pasa por dentro de la cadena de las tuyas. ¿Se te está clavando?

—Un poco, pero lo aguanto. De hecho, en mis fantasías con esto había pompones y estampado de leopardo, pero, oye, ya sabes que yo me conformo con poco.

—Chis. Escucha.

Del exterior llegaba el ruido de un coche acercándose despacio por un sendero de grava y frenando con un chirrido. Oyeron pisadas y voces ahogadas y después el pitido de un mando a distancia seguido del chasquido del maletero abriéndose. Unas manos cogieron las esposas y tiraron de ellas; eran de los mismos hombres que los habían capturado.

Con piernas temblorosas, Nikki se protegió los ojos de los potentes faros del Mercedes e intentó pensar en un plan de huida. Rook se colocó a su lado masajeándose las muñecas. Nikki notó que también él se estaba haciendo su propia composición de lugar.

La cosa no pintaba bien. Estaban solos, desarmados y debilitados por las inyecciones que les habían puesto, en un bosque desconocido y en plena noche, frente a cuatro matones forzudos que ya habían demostrado ser unos profesionales y que seguramente llevaban armas. Y además en el coche parecía haber más gente. Nikki esperó mientras inhalaba el olor a sudor y a colonia barata de sus captores y decidió desistir por el momento, en la esperanza de que hubiera una oportunidad mejor. Y en la esperanza también de que aquéllas no fueran las mismas personas que se habían ocupado de Tyler Wynn.

Dirigió una rápida mirada a Rook como diciéndole «tranquilo» y éste bajó la barbilla en gesto de asentimiento. Después ambos miraron mientras la puerta del copiloto del Mercedes se abría y del interior salía otro tipo corpulento. Éste le abrió la puerta a uno más bajo y rechoncho ataviado con un sombrero de fieltro de ala corta que avanzó hasta situarse en plena luz de los faros, de manera que sólo se veía su silueta mientras su guardaespaldas esperaba a poca distancia a su lado. El hombre se quitó el sombrero y dijo:

—¿Querías hablar conmigo, chavalote?

—Madre mía —dijo Rook—. ¡Anatoly!

La silueta dio un paso al frente con los brazos abiertos y Rook corrió a su encuentro, lo que hizo a Nikki ponerse en situación de alerta, aunque nadie hizo nada por detenerle. Los dos hombres se abrazaron y se enzarzaron en una serie de palmadas en la espalda, risas e insultos del tipo «que cabrón», «no, qué cabrón tú», que se repitieron varias veces.

Cuando la efusividad del reencuentro hubo remitido un poco, Rook dijo:

—Nikki, éste es Anatoly. ¿Ves como sí que me conoce? —Le pasó un brazo por los hombros a Anatoly—. Ven, quiero presentarte a alguien. Ésta es...

—Nikki Heat. Sí, lo sé.

—Pues claro que lo sabes —dijo Rook—. Nikki, saluda a mi viejo amigo, Anatoly Kijé.

El ruso extendió una mano encallecida que Nikki estrechó. El conductor del Mercedes apagó el motor y bajó la intensidad de las faros. Mientras sus ojos se habituaban a la nueva luz, Nikki estudió a Kijé. Tenía una complexión

corta y cuadrada y una cara de viejo bulldog que habría encajado a la perfección al lado de Brezhnev en un desfile del Día de los Trabajadores en la plaza Roja. El pelo, extrañamente negro para un hombre de su edad, estaba coronado por un tirabuzón sujeto con tanta laca que el sombrero no lo había movido. Bajo un rudo seto de cejas artificialmente negras, sus ojos eran juguetones, ojos de mujeriego. Nikki había visto a muchos hombres como él en Estados Unidos, pero no se dedicaban a secuestrar a gente en la calle, sino que instalaban piscinas a medida y suelos de terrazo en Long Island y Jersey. Se preguntó si también limpiarían alfombras.

—Un placer conocerla.

—Se ha tomado muchas molestias, eso desde luego —dijo Nikki—. Si nos hubiera llamado por teléfono, habríamos podido quedar a tomar un café.

—Pido disculpas. —El espía hizo una leve reverencia y después le soltó la mano a Nikki con delicadeza—. Es lo que se llama exceso de cautela. Así es como uno consigue cumplir sesenta años en mi oficio.

Nikki dijo:

—¿Se refiere al de importaciones y exportaciones?

—Ah —dijo el ruso riendo y señalándola—. Me gusta, chavalote. Tiene arrestos, ¿eh?

—Desde luego.

Anatoly consultó su reloj y echó una rápida ojeada al bosque.

—Dime, Jameson, para no reteneros demasiado tiempo. ¿De qué querías hablar conmigo? ¿Para otro artículo por el que a ti te darán un premio y yo no cobraré un duro? —preguntó riéndose.

Rook dijo:

—Estoy intentando verificar algunos detalles sobre una antigua red que pudo funcionar aquí en París. Ya sabes cómo trabajo yo, Anatoly. No voy a poner en peligro la seguridad nacional ni arriesgar la vida de nadie, aunque no creo que aquí exista ese riesgo, porque creo que se trata de una operación ya inactiva.

—Déjame adivinar. —El ruso sonrió a Nikki mientras le hablaba a Rook—. ¿A que tiene que ver con el trabajo que hacía la madre de tu amiga?

—Eres clarividente, chavalote —dijo Rook.

—Eso me parecía a mí. Y para qué perder el tiempo, cuando podemos ir directamente al grano. —Llegó un ruido del bosque, probablemente una rama cayendo de un árbol, pero Kijé miró a uno de sus guardaespaldas y dos de ellos desaparecieron en la oscuridad para ir a investigar.

—Entonces ¿mi madre participaba en alguna clase de actividad clandestina? —dijo Nikki en un intento por centrarse en el tema de conversación.

—Desde luego. La primera vez que supe de ella fue cuando me destinaron aquí en el 72 como enlace para temas de agricultura con la Unión Soviética.

Rook simuló que tosía.

—La KGB, vamos.

—Qué chico tan listo. Me encanta. —Kijé hizo como que boxeaba con Rook y se volvió hacia Nikki de nuevo—. ¿Contesta eso a tu pregunta?

—Depende de lo que esté dispuesto a contarme. —Le sostuvo la mirada de una manera que decía: «Quiero más y lo sabes»—. Y por las molestias que se ha tomando trayéndonos hasta aquí...

—Es un toma y daca, ¿no? El precio de quedarme con la conciencia tranquila es ayudarte a ti a hacer lo mismo. ¿Qué más quieres saber?

—A mi madre la asesinaron.

—Lo siento muchísimo.

—Fue hace diez años en Estados Unidos. Pero eso usted ya lo sabía, ¿a que sí? —dijo Nikki—. Estoy tratando de descubrir si aquello tuvo que ver con el hecho de que fuera una espía.

—Nikki Heat, no insultemos mutuamente nuestras inteligencias. Tú ya piensas que existe una relación. Lo que quieres que yo te diga es cómo. —Hizo una pausa y añadió—: Y la verdad es que no lo sé.

—Anatoly Kijé, chavalote —dijo Nikki—, por favor, no insultes mi inteligencia. Sí que lo sabes.

—He oído rumores, eso es todo, y, de ser ciertos —dijo apuntando al aire con un dedo para dar más énfasis a lo que decía—, podrían haberle costado muy caro.

Rook dijo:

—Venga. Cuéntenos lo que has oído.

Anatoly se distrajo un momento cuando los dos guardaespaldas volvieron de su inspección y declararon que todo estaba en orden. Algo más relajado, le dijo a Nikki:

—Se rumoreaba que tu madre se había convertido en agente doble.

Heat se puso a mover la cabeza de un lado a otro con vehemencia.

—No, ella nunca habría hecho una cosa así.

—Desde luego para mí no, y mira que lo intenté. —Sus ojos de sinvergüenza brillaron traviesos—. Pero hay gente que se pasa al otro lado, algunos por ideología, otros porque están siendo chantajeados. En la mayoría de los casos, según mi propia experiencia, por el dinero. La verdadera razón por lo común hay que buscarla en el banco y no en el corazón. —Nikki seguía negando con la cabeza, pero el ruso insistió—: Has hecho la pregunta, *dorogaya moya*. La percepción general sobre tu madre, verdadera o no, era que tenía ciertos contactos y actividades «extracurriculares».

—Y yo le digo que mi madre jamás habría trabajado para otro país que no fuera Estados Unidos.

—No siempre se trata de trabajar para otro Gobierno. Existen otras entidades, ya lo sabes. En los últimos diez años este negocio ha cambiado mucho. —Aquel rudo espía ruso, que sin duda había administrado palizas y pegado algún que otro tiro en oscuros callejones, se puso pensativo al hablar de los nuevos tiempos. Nikki podía entender que un espía a la vieja usanza como él no encajara bien en los profesionales más modernos y refinados que comían sushi, hacían yoga y extraían la información que necesitaban de terminales informáticas ocultas en sótanos.

Pero Kijé había sobrevivido, más o menos. La piel hinchada de su rostro le dijo a Nikki que se enfrentaba a las incertidumbres de los nuevos tiempos ayudado por una botella de Stoli. Pero lo que a ella le interesaba era obtener más información.

—¿Qué quiere decir con lo de «otras entidades»?

—Te diría que se lo preguntaras a Nicole Bernardin, pero no puedes, ¿verdad?

—¿Qué sabe usted de Nicole Bernardin?

—Sé que, al igual que tu madre, Nicole trabajó con personas fuera de los límites del Gobierno.

Rook intervino de nuevo:

—Pero vamos a ver. Si la madre de Nikki se hubiera pasado al otro lado... —Casi podía oír la adrenalina circulando por las venas de Nikki, así que añadió—: O si hubiera dado esa impresión, ¿qué habría hecho la CIA? ¿Intervenir?

—Es poco probable —dijo el ruso—. Desde luego no en suelo estadounidense.

—¿Quién entonces? —preguntó Nikki consciente de la posibilidad de que podría haber sido precisamente el hombre que tenía ahora enfrente.

—¿Que quién la pudo haber matado? —Se encogió de hombros—. Como he dicho, los tiempos han cambiado. No tendría por qué ser necesariamente un Gobierno.

—¿Pudo ser la misma persona que mató a Tyler Wynn? —preguntó Rook.

—¿Quién sabe? Sea como sea, es una lección sobre este oficio. Nunca puedes retirarte. Yo lo intenté una vez y no salió bien. Por eso tengo que montar todo este número cada vez que quiero reunirme con alguien. —Hizo un gesto en dirección al bosque y a la noche.

—¿Incluso si son viejos amigos? —preguntó Rook.

—¿Estás de broma, chavalote? Precisamente los viejos amigos pueden ser los más letales.

Nikki dijo:

—Tiene que conocer algunas de las misiones en las que trabajó mi madre. Y Nicole.

Nikki había hecho los suficientes interrogatorios a lo largo de su vida como para saber, cuando el espía entrecerró los ojos pensativo, que sí lo sabía y que estaba considerando cuánto debía revelarle exactamente a aquella amiga de Jameson Rook e hija de una agente de la CIA. Después algo le distrajo.

Kijé se puso a escuchar en la oscuridad y pronto sus guardaespaldas estuvieron haciendo lo mismo, escudriñando el horizonte igual que lobos en

busca de alimento. O ante el peligro. Nikki y Rook también escucharon y pronto les oyeron murmurar:

—*Βεptonèt.*

Rook iba a traducir pero para entonces también Nikki lo había oído. Un helicóptero. Intentó atraer de nuevo la atención de Kijé, pero el Mercedes de éste ya estaba en marcha.

—¿A qué actividades extracurriculares se refería? —preguntó Nikki.

El guardaespaldas abrió la puerta trasera del coche y la sujetó para que entrara Kijé. El pequeño ruso le estrechó la mano a Rook y le dio una rápida palmada en la espalda.

—Hasta la próxima, chavalote. ¿De acuerdo? —y saludó con la cabeza a Nikki—. Un placer, Nikki Heat.

Las portezuelas de los dos Peugeot empezaron a cerrarse mientras el resto de guardaespaldas tomaba asiento dentro. La frustración de Nikki crecía al darse cuenta de que, por segunda vez, iba a quedarse sin esa respuesta de la que estaba ya tan cerca. Kijé corrió hacia su lado del coche.

—Anatoly, por favor. Al menos deme alguna pista.

—Ya te lo he dicho. Mira en el banco —dijo Kijé y se agachó para entrar en el vehículo.

—Eso ya lo sé, pero deme algo más. ¡Por favor!

Kijé se detuvo y asomó la cabeza por encima de la puerta abierta. Dijo:

—Entonces piensa en las otras cosas que te he dicho. Lo de que estamos en una nueva era.

Eso fue todo.

El guardaespaldas cerró la puerta de Anatoly y ocupó el asiento del copiloto. Los tres coches trazaron un semicírculo alrededor de Nikki y Rook levantando un rastro de polvo. El Peugeot que iba en último lugar se detuvo para que el Mercedes pudiera ocupar su sitio en el centro del convoy, y después todos se alejaron a gran velocidad con las luces apagadas.

Heat y Rook masticaron la fina nube de polvo que flotaba a su alrededor iluminada por la luna envolviéndolos en una pálida niebla. Cuando la nube se aclaró, Nikki vio algo que brillaba en el suelo cerca de ellos y encontró sus teléfonos móviles, a los que habían quitado las baterías para impedir que

emitieran una señal de GPS. Mientras volvían a ponerlas y encendían los aparatos, el helicóptero pasó de nuevo y siguió su camino, aparentemente sin ningún interés ni prisa alguna. Nikki se detuvo para verlo volar, ocultando la luna de París. Reparó en que iba al menos medio lleno.

A la noche siguiente Nikki vio salir la media luna detrás de la terminal A1 del aeropuerto JFK mientras subía con Rook al taxi particular que había llamado éste para que los llevara a Manhattan. A pesar de sus reticencias a la hora de dejar Nueva York por París, tenía que reconocer que Rook había estado en lo cierto. Aquel corto viaje había dado un impulso a los dos casos. No lo bastante para Nikki —para Nikki nada era nunca bastante— pero la asombrosa información, aunque incompleta, que había obtenido allí serviría para llenar importantes huecos en las dos pizarras. Lo que le preocupaba ahora era adónde ir. Había una calle que sabía que tenía que explorar y, aunque le dolía, decidió hacerlo en ese mismo momento.

—Hola, papá. Soy yo —dijo cuando Jeff Heat contestó el teléfono. Para darle alegría a la conversación, añadió—: ¿Qué haces en casa un sábado por la noche?

—Tener el contestador puesto para no coger más llamadas de esos idiotas de periodistas que quieren entrevistarme.

—No me digas. ¿Tan mal está la cosa?

—No paran. Son peor incluso que los televendedores. Espera un momento. —Nikki escuchó cubos de hielo tintinear en un vaso y se imaginó a su padre situado en su butaca de cuero combatiendo el estrés con otro cóctel—. Hasta la rubia tonta ésa del *Ledger* se ha presentado esta mañana aquí. Ha debido de colarse en la urbanización detrás de algún residente. Esos cretinos no entienden lo que es la intimidad.

—Bueno, ya sabemos que los periodistas son todos una basura. —Rook ladeó la cabeza y le dirigió una mirada. Luego, sin embargo, pareció pensárselo un instante y asintió—. Escucha, papá, ¿vas a estar en casa mañana? Quería pasarme y que volviéramos a hablar. Me he enterado de unas cuantas cosas sobre mamá que creo que te interesarán.

Eso y que quería pedirle que viera con ella las fotos de la caja que le había dado Lysette Bernardin eran excusa suficiente para hacerle una visita.

Pero su verdadero plan era aprovechar la ocasión para abordar otros temas con él cara a cara. Acordaron una hora y se dieron las buenas noches. Nikki pulsó el botón de colgar con remordimientos por no haber sido sincera con su padre sobre su verdadera razón para querer verlo. Se preguntó si su madre habría sentido esa clase de escrúpulos cada vez que les ocultaba información. Y también se preguntó si, después de todo, Rook no tendría razón cuando decía que en ese aspecto ella se parecía a su madre.

El detective Ochoa acababa de dejarle un mensaje en el buzón de voz desde su extensión en la comisaría 20.

—Me sorprende encontrarte ahí esta noche, Miguel —le dijo.

—Alguien tiene que hacerse cargo del caso mientras Rook y tú os dedicáis a beber vino y comer caracoles, ¿no te parece?

—Pues se acabó el hacer el vago. Ya estoy de vuelta y dispuesta a arreglar todos los estropicios que hayáis hecho.

El detective Raley se coló en la conversación y dijo:

—¿Me has traído algún regalo?

—¿Tú también estás trabajando, Sean? Bueno, espero estar de vuelta a tiempo para ver explotar al capitán Irons cuando le pasen el informe de horas extra.

—Oye —dijo Raley—, ¿sabes que el hombre de hierro se ha pasado por aquí esta noche?

—¿Irons? ¿En fin de semana?

Ochoa dijo:

—Sí, ha venido con la detective Hinesburg hace una hora. Los dos se encerraron en su despacho, estuvieron escuchando algún tipo de grabación en el teléfono de él y después salieron como si tuvieran muchísima prisa.

Raley dijo:

—Ya le he dicho a Ochoa que probablemente estaban llamando a información para enterarse de a qué hora ponen *Atrapados en el jacuzzi*.

Todos rieron, pero lo cierto era que cualquier actividad de Irons preocupaba a Nikki, sobre todo si también estaba metida en ella Sharon Hinesburg.

Los Roach la pusieron al día de las novedades del caso.

—Por fin las autoridades francesas me han confirmado esa llamada que los Bernardin dijeron haber recibido el domingo pasado por la noche de aquel misterioso señor Seagal —empezó a contar el detective Raley—. En su teléfono aparecía como una llamada internacional, pero por desgracia era un móvil de esos de usar y tirar, así que el rastro termina ahí.

La decepción de Heat se mezcló con alivio al comprobar que Emile Bernardin había dicho la verdad. Claro que habría preferido que aquella pista la condujera hasta Seagal, pero al menos tenía la satisfacción de saber que la credibilidad de los Bernardin estaba fuera de duda.

—¿Apareció el guante?

—Negativo —dijo Ochoa—. Si prometes no decírselo a nadie, tenemos un plan B para este tema.

—Primero me lo contáis y luego os digo si puedo o no prometerlo.

Ochoa vaciló un instante y dijo:

—El detective Feller está investigando por su cuenta. Aunque Irons inmediatamente se agencia cualquier investigación que huela a pista definitiva para resolver el caso...

—Incluido el guante —añadió Raley.

—... Feller está recurriendo a gente que le debe favores para que echen un ojo en el Departamento Forense que le permita averiguar lo que pasó con el guante.

Raley dijo:

—Ya sabes cómo es Feller. Después del tiempo que pasó en las calles con esos matones de la Brigada de Taxis, ahora le cuesta asumir las jerarquías.

—Entonces, ¿está ignorando las órdenes directas del capitán? —preguntó Heat.

—Pues sí —dijeron los Roach al unísono.

—Pues me alegra estar de baja forzosa, porque si no tendría que hacer algo al respecto.

Cuando colgó, Rook dijo:

—¿Quién está desobedeciendo a Wally Irons y cuándo puedo felicitarle personalmente? —Pero antes de que Nikki pudiera contestar reparó en que estaban dejando la autopista por la salida de Van Dam—. Perdona,

conductor. ¿No vamos a coger el túnel de Midtown?

—Lo han cerrado mientras reparan los daños del terremoto.

Nikki miró por la ventanilla pero no vio conos señalizadores, luces intermitentes ni tampoco vallas portátiles naranjas que indicaran obras.

—¿Está seguro?

A su espalda el tráfico de la autovía de Long Island fluía a buen ritmo hacia la zona de peaje situada a la entrada del túnel.

El conductor cruzó Van Dam y a continuación dio la vuelta para coger una calle lateral a suficiente velocidad como para que el hombro de Nikki chocara con el de Rook, y después se desvió de nuevo para coger una carretera de servicio que llevaba a una zona industrial de tiendas de una y dos plantas de piezas de coches y talleres de reparación.

Rook preguntó:

—¿Por qué no coge la autopista de Brooklyn a Queens hasta el puente de Williamsburg?

Pero el conductor no contestó. Los pestillos de las puertas se cerraron y giró de nuevo abruptamente para enfilarse una calle y después entrar en las cocheras de un depósito de camiones. El conductor salió del coche y les dejó dentro mientras las puertas dobles de acero del garaje se cerraban y dejaban el lugar completamente a oscuras. Una vez más Nikki se llevó la mano a la cadera, comprobó que no llevaba nada y se puso a echar pestes.

—Una cosa sí te voy a decir —dijo Rook en la oscuridad—. Es la última vez que llamo a esta empresa de taxis.

Una única lámpara fluorescente parpadeó y proyectó una luz azul y enfermiza sobre dos hombres vestidos de traje que bajaban la rampa que salía de una furgoneta al otro lado del almacén. Caminaron con tranquilidad pero también con decisión y ritmo hacia el coche. La luz fantasmagórica del tubo fluorescente del techo resaltaba el blanco de sus camisas sobre sus trajes y corbatas. Cuando estuvieron cerca, el del traje marrón levantó su identificación y la pegó contra el cristal de la ventana para que Heat y Rook pudieran verla.

Decía: «Bart Callan. Departamento de Seguridad Nacional de Estados Unidos».

Estaban sentados en sillas plegables metálicas dentro de la furgoneta observando cómo dos técnicos con bata blanca al fondo tomaban muestras de todas sus maletas y después las pasaban por escáneres infrarrojos. Una vez todas las prendas eran olisqueadas electrónicamente, se guardaban en una bolsa de plástico hermética, como prueba. Los técnicos habían hecho lo mismo con las muestras que les habían tomado de las manos y de los zapatos.

—Yo no es por criticar al Gobierno federal —dijo Rook—, pero ¿no se supone que esto hay que hacerlo antes de subir al avión?

El agente Callan dejó el escáner y fue hasta donde estaba Rook. Tenía aspecto de hacer triatlones porque los maratones le resultaban demasiado fáciles.

—Señor Rook, resérvese las ocurrencias para cuando salga otra vez en el programa de Anderson Cooper. Aunque no podrá hablar de esta reunión ni allí ni en ninguna otra parte, puesto que es información clasificada. Los dos van a tener que firmar un papel.

Se metió las manos en los bolsillos y se balanceó sobre sus talones, lo que en lenguaje corporal quería decir: «Aquí mando yo».

Heat se volvió para estudiar al compañero de Callan, que estaba sentado a un lado, observando. No debió de gustarle la forma en que Nikki le sonrió, con complicidad, porque apartó la mirada. Nikki se volvió entonces al macho alfa.

—¿De qué va esto, agente Callan? Yo soy agente de policía. No tiene ninguna razón para retenerme aquí.

—Me parece que eso no lo decide usted, detective Heat. —Su tono era natural, no amenazador. Parecía demasiado seguro de sí mismo para recurrir a la intimidación. Desprendía esa clase de autoridad que viene de la dedicación profesional y no del ego. Pero era evidente que también disfrutaba llevando la batuta—. Tengo algunas preguntas para las que quiero respuestas. Veremos qué tal las contestan y entonces hablaremos de cuándo podrán irse.

Rook no pudo evitarlo.

—Estupendo, porque quiero pasarme por la tienda Apple del SoHo antes de que cierre, a ver qué tal es el iPad ése que ha salido nuevo.

Nikki miró a Callan y se encogió de hombros como diciendo: «¿Qué

quiere que le haga?»), y el agente respondió con un asomo de sonrisa. Apoyó una cadera en la mesa de metal que había preparado como lugar de trabajo dentro de la furgoneta y sacó una carpeta.

—Dos días en París. Eso es lo que yo llamo un viaje relámpago.

—¿No decía que quería preguntarnos algo? —fue todo lo que contestó Nikki.

—¿Me lo va a poner difícil, detective?

—Esta reunión la ha organizado usted, agente.

Rook se frotó las manos.

—Esto es genial. Como un combate de artes marciales. Y hasta tenemos sillas plegables.

Hubo un tiempo muerto mientras Callan estudiaba a Nikki. En circunstancias normales ésta no se resistiría demasiado a dar información a un agente federal, pero en aquella situación el instinto le decía que era lo correcto. Aparte de que no conseguía quitarse de la cabeza el hecho de que los habían secuestrado, estaba la voluntad de proteger a su madre, una vez se había enterado que se rumoreaba que había sido agente doble. Y además, siendo francos, había muchas cosas que todavía ignoraba. Así que decidió que si le daba trabajo al Departamento de Seguridad Nacional, al final saldría ganando.

Bart Callan cambió entonces de técnica y sustituyó la charla amistosa por un tono más profesional.

—Quiero que me diga a quién vio y qué hizo mientras estuvo en París.

—¿Por qué? —preguntó Rook.

—Porque lo estoy preguntando. Y se lo estoy preguntando a ella.

Para ver qué podía sonsacarle a Callan, Nikki dijo:

—Quizá si pudiera ser un poco más concreto... ¿Hay algo que le interese en particular? Hicimos un montón de cosas en dos días.

Aquello se había convertido en una partida de ajedrez entre dos interrogadores expertos, y el agente Callan sabía que no lo tenía fácil. Probó una nueva táctica, para ver cómo reaccionaba Heat a una exhibición de poder. La paranoia era un arma efectiva para desconcertar a un sujeto que está siendo interrogado. Sacando como quien no quiere la cosa una hoja de la

carpeta, leyó:

Sujeto B: «Yo no le he matado, le has matado tú». Sujeto A: «¿Te importa no decir eso?». Sujeto B: «Es que es verdad. Estarás contenta».

Heat evitó mirar a Rook a los ojos porque sabía que eso era precisamente lo que Callan buscaba. El agente continuó:

Sujeto B: «Tendrías que estar feliz no solo de saber que tu madre sí llevaba esa doble vida que tú le suponías, pero no porque estuviera teniendo una aventura amorosa. Y no me digas que no mola: era la espía de la familia, igual que Arnold en *Mentiras arriesgadas*. No, espera, todavía mejor: Cindy Heat era como Julia Child en la Segunda Guerra Mundial cuando espiaba para los servicios de inteligencia estadounidenses».

—¡Cómo se atreve! —saltó Heat, que se arrepintió en cuanto lo dijo, pero no había podido evitarlo. La alusión a su madre había sido un cebo y ella había picado al instante.

El agente Callan se apresuró a aprovechar aquel punto débil: «Sujeto A: “Vale, reconozco que eso es algo”».

—Ya sabía yo que ese taxista no era de fiar —dijo Rook—. ¿Qué hizo, grabarnos durante todo el camino al hospital?

El agente de Seguridad Nacional sonrió y sacó otro papel. Éste era de la Brasserie Lipp:

Sujeto B: «Hagamos un repaso de tus mejores amigos: Petar, Don, Randall Feller... Has mencionado tres. ¿No hay más?».

Sujeto A: «Rook, ¿de verdad quieres que te diga con cuántos tíos me he acostado?».

Callan agitó unas cuantas hojas y miró a Heat y a Rook.

—¿Creen que eso es todo lo que tenemos?

Para entonces Nikki se había tranquilizado y había logrado tomar distancia de aquella invasión a su intimidad para recuperar terreno.

—Si tienen todo lo que necesitan, entonces no les hacemos falta.

—Quiero saberlo todo de sus encuentros. ¿Con quién se vieron en el bosque de Vincennes anoche?

—Ah. O sea, que no tienen tanto como dice —dijo Nikki.

—Le estoy pidiendo que coopere conmigo. Llevamos el mismo uniforme,

detective.

—Si estuviéramos en el mismo equipo, me daría algo de información. Por ejemplo, ¿qué hacía Nicole Bernardin antes de que la mataran y para quién lo hacía?

—Por ahí no voy a entrar —dijo Callan.

—¿Quién quería verla muerta?

—Déjelo, Heat.

—¿Quién es Seagal?

—Aquí el que pregunta soy yo. —Callan usó su voz autoritaria, pero saltaba a la vista que la mención de aquel nombre le había alterado. Un aumento casi imperceptible de la tensión.

—¿Es usted Seagal?

—No pienso abrir la boca.

—Entonces nosotros tampoco —dijo Heat. Era una apuesta arriesgada, pero con todo lo que había en juego, decidió seguir hasta el final. El agente se dio cuenta y se volvió hacia Rook.

—Entonces le preguntaré a usted. ¿A quién vieron y de qué hablaron?

—Eso son asuntos privados. Quiero hacer valer mis derechos como periodista amparados por la Constitución de Estados Unidos.

Callan regresó a Heat.

—Entonces, que quede claro: ¿Se niegan a colaborar en una investigación que afecta a la seguridad nacional?

—Estoy dispuesta a colaborar con una investigación oficial —dijo Nikki—, pero un agente que actúe según la ley entraría por la puerta principal en vez de recurrir al secuestro y a la intimidación. ¿Es esto siquiera oficial? Porque lo único que veo es un almacén alquilado y dos vaqueros en una furgoneta con un kit forense. Agente Callan, vaya usted por los canales oficiales y seré toda suya. Si no, prepárese para un enfrentamiento cuerpo a cuerpo con sillas plegables.

El agente Callan cerró la carpeta y la utilizó para darse golpecitos en el muslo mientras se mordía el interior de la boca. Miró a su socio, quien se limitó a asentir.

—Muy bien —dijo—. Pueden irse.

Pero mientras recogían el equipaje, añadió:

—Una cosa, Rook. Puede ampararse bajo la Constitución, pero déjeme que le diga algo: teniendo en cuenta en lo que andan metidos los dos, es posible que esa protección termine sirviéndole de muy poco.

Esa noche decidieron que cenarían en casa. Heat quería trabajar y los dos tenían antojo de la famosa pasta carbonara de Rook. Mientras Nikki estudiaba sus notas en la mesa del comedor del *loft* de Rook, éste se dedicaba a cortar y trocear en el otro extremo.

—Hazme un favor —dijo—. Ten cuidado con dónde pisas. La figurilla de Scotty el perrito, el que vive encima de la mesa junto al sofá, puede ser una de las víctimas del terremoto. Está *missing*.

—Pobrecito Scotty... Estaré atenta. —Nikki se agachó y recorrió la habitación sin encontrarla hasta terminar en la cocina—. Hum..., qué bien huele el beicon. ¿Cuánto falta?

—En cuanto el agua empiece a hervir. Y, por favor, no toques la cazuela. Demasiado tarde: Nikki ya estaba levantando la tapa.

—Me parece que has puesto demasiada agua.

—En su sitio de Internet, Alton Brown dice específicamente que la pasta no debe hervirse en menos de tres litros y medio de agua. —Le quitó la tapa a Nikki y volvió a ponerla en su sitio—. ¿Por qué no me dejas rallar el parmesano tranquilamente y tú te relajas y te dedicas a encontrar al asesino?

Mientras cocinaba, el ruido del rotulador de Nikki arañando la pizarra blanca que habían bautizado Pizarra Sur se mezclaba con los golpes del cuchillo de cocina en la tabla de cortar.

—La hora del test, Rook. ¿Qué hemos aprendido del secuestro de los Servicios de Seguridad Nacional?

—¿Quieres decir aparte del hecho de que viajar contigo es siempre un peligro? Hemos sacado que estamos a punto de descubrir algo gordo. Por eso nos hacen tanto caso.

—Tanto que hasta se han molestado en espiar nuestras conversaciones y seguirnos a París. ¿Reconociste al compañero de Callan?

Rook pareció desconcertado, pero intentó disimular.

—Sí, claro. Esto..., no tengo ni idea.

—Espabila, Rook. Era el tipo del traje azul que estaba a la puerta del café la otra mañana haciendo como que mataba el tiempo liándose un cigarrillo. ¿No te fijaste en cómo desvió la mirada cuando me fijé en él?

—Sí, por supuesto —mintió Rook.

—Seguridad Nacional está nerviosa por algo. Y todo eso de espiarnos e interrogarnos me hace pensar que todavía no saben de qué va la cosa.

—Y que lo digas. Con cada pregunta que nos hacían dejaban más claro que no tienen ni idea. ¿Y viste la cara que puso cuando hablaste de Seagal? ¿Y a qué viene eso de tomar muestras de todo? —Rook miró a Nikki a través del vapor que subía de la cazuela y la vio rodear con un círculo «Seguridad Nacional: ¿muestras?» en la pizarra—. ¿A qué viene ese comportamiento propio de una situación de alarma nacional?

—No lo sé, pero creo que debemos continuar con lo que estamos haciendo, porque está claro que funciona.

Rook repartió los espagueti en forma de abanico en la cazuela de agua hirviendo y sonrió satisfecho.

—¿Te refieres a cosas como ir a Boston y a París?

—Sí —dijo Nikki—. Qué ideas tan buenas tuve, ¿verdad?

—Geniales —dijo Rook—. Geniales.

Jeff Heat llevaba los dos calcetines del mismo color, lo que complació a su hija, que en aquel momento no estaba preparada para que su padre empezara con demencia senil. Quizá el que le hubiera llamado la noche anterior esta vez le había dado la oportunidad de prepararse mejor para la visita. Pero cuando lo tuvo sentado a su lado en el sofá en Scarsdale, aquella tarde, repasando la caja de viejas fotografías, Nikki se dio cuenta de que incluso con los pantalones caqui planchados y recién salidos de la tintorería, un suéter color pastel muy primaveral y un buen afeitado, su padre parecía mucho más mayor de lo que en realidad era.

Cada vez que se detenía en una fotografía, Nikki le preguntaba:

—¿Te suena de algo?

Entonces el padre negaba con la cabeza, pero dudaba un momento antes de pasar a la siguiente. Nikki no tardó en comprender lo que pasaba. Jeff Heat no reconocía a ninguna de las personas que aparecían allí, pero estaba

recreándose en aquellas fotografías de la mujer de la que se había enamorado. El hecho de que estuvieran divorciados había hecho pasar por alto a Nikki la posibilidad de que su padre pudiera disfrutar de esas imágenes. Pero ¿por qué no? No sólo eran parte de su vida, quizá también de lo mejor de ésta. Se propuso escanear algunas de las fotografías y hacerle un álbum.

—A éste sí lo reconozco: Eugene Summers. Ahora hace de mayordomo en esa tontería de programa de televisión —dijo sosteniendo una foto de grupo con su madre, Tyler Wynn y un hombre joven que ahora, décadas más tarde, tenía su propio reality haciendo de mayordomo de un holgazán distinto cada semana—. Creo que hasta fui yo quien hizo esta fotografía.

—Me encanta ese programa. ¿Conoce a Eugene Summers? —preguntó Rook.

—En realidad no. sólo le vi una vez en Londres. Al principio me cayó bien, pero luego no dejaba de corregir cada cosa que yo hacía. Incluso me sacó el pañuelo del bolsillo de la chaqueta para volver a doblármelo. ¿Os lo podéis creer?

—Genial —dijo Rook ganándose una mirada asesina de Nikki.

—¿Por qué estabas en Londres, papá?

—Por tu madre, ¿por qué va a ser, si no? Tenía un trabajo de profesora particular aquel verano del 76. Un momento pésimo para estar en Londres: la peor ola de calor en décadas. Y una sequía. Y un horror estar en Inglaterra justo cuando se jugaba la copa de fútbol del bicentenario de la declaración de independencia y les estábamos dando hasta en el carné de identidad.

Dejó la fotografía de Eugene Summers con las demás.

Nikki, que había visto la foto sin reparar en que era Summers, la apartó a un lado para recordarse que tenía que ponerse en contacto con la estrella de televisión.

—¿Te acuerdas de a quién le daba clases mamá?

Su padre rio.

—Pues claro. Al niño de un supermillonario de la cerveza. Y de la buena. Durdle's Finest. Por eso me acuerdo. —Se pasó la lengua por los labios, lo que entristeció a Nikki—. El principal exportador a Irlanda. No me extraña que el hijo de puta estuviera forrado. Alguien que consigue exportar cerveza

a Irlanda durante una ola de calor tiene la vida solucionada.

Su atención decreció al llegar al fondo de la caja forrada de tela, algo que hizo sin identificar a nadie más, excepto a Nicole Bernardin, que aparecía en muchas de las fotografías.

—Siento no poder ser de más ayuda.

Nikki recogió las fotos tomándose su tiempo para no estropearlas, pero también para retrasar lo siguiente que tenía que hacer. Se trataba de un asunto delicado. Pero primero tenía una pregunta.

—La gente con la que he hablado me preguntaba si mamá estaba intentando esconder algo.

—Su otra vida —dijo su padre con un bufido—. Si, como dices, se dedicaba a espiar para la CIA, pues muy bien. Pero igualmente no me contaba nada. Y además, que fuera espía no quiere decir que no pudiera también estar teniendo una aventura con ése... —señaló la caja que Nikki acababa de cerrar — zalamero, Wynn; a lo mejor se hizo espía por él.

Nikki no tenía nada que decir al respecto y consideró que lo mejor sería asentir y dejar que él se enfrentara a su ira a su manera. La noticia de la CIA no había tenido en su padre el efecto que Nikki había esperado. Y tenía que admitir que parte de lo que decía tenía sentido. Espiar y tener una aventura no eran dos actividades mutuamente excluyentes. Para consolarse, quizá de forma poco realista, Nikki aquello no se lo había planteado. Quizá porque los dos buscaban cosas distintas. Ella quería absolver a Cindy Heat; su padre en cambio quería que se reconociera la injusticia que se había cometido con él.

Rook había estado intentando quedarse al margen, pero entonces intervino para reconducir la conversación al tema principal:

—Nikki, cuando decimos lo de esconder algo, ¿no nos referimos a un acto más bien físico?

—Ah, sí. Papá, ¿viste alguna vez a mamá escondiendo algo o encontraste algo en casa alguna vez que te resultara raro?

—¿Como qué?

—No estoy segura. Podría haber sido una llave, un casete, un plano, un sobre. La cuestión es que no lo sé. Pero ¿te encontraste alguna vez con alguna cosa que te hiciera pensar?: «¿Qué narices es esto?»

Le miró chasquear los dientes y sus ojos tenían la misma expresión que cuando admitió que había contratado a un detective privado para que siguiera a su mujer. Entonces su padre se excusó y volvió después de pasar cinco minutos en su dormitorio abriendo y cerrando cajones y armarios.

—Esto fue lo que me hizo contratar a Joe Flynn.

Rook preguntó:

—¿Joe Flynn era el detective?

Jeff Heat asintió y le dio a Nikki una bolsa pequeña de terciopelo. Mientras ésta la cogía notó el mismo nudo en el pecho que notaba cuando le parecía que un caso muerto cobraba de nuevo vida. También Rook se animó. Se echó hacia delante en la silla y levantó la cabeza mientras Nikki tiraba del cordón de la bolsa.

—Es una pulsera de la suerte —dijo mientras se la colocaba en la palma de la mano. Rook se levantó y se quedó de pie junto al padre para ver mejor. Era una pulsera sencilla, nada cara. Una cadena chapada en oro con dos únicos amuletos: los números uno y nueve—. ¿De quién es?

—Nunca lo supe.

—¿No te lo dijo mamá?

—Ay, es que nunca le dije que la tenía. Me daba demasiada vergüenza. Y ella tampoco me lo preguntó. Así que cuando el detective me dijo que no había indicios de ninguna aventura, decidí no tentar a la suerte. ¿Me entiendes?

—Claro. —Heat le dio la vuelta a los números para inspeccionarlos, pero no vio nada fuera de lo común—. ¿Te importa si me la quedo?

—Cógela. —Después hizo un gesto con la mano, como si tuviera una escoba—. Llévatela.

Nikki estudió la cara de su padre y ya no vio vejez, sino el peso de los secretos. Entonces se preguntó cómo sería la cara de su madre si aún viviera.

—Oye, una cosa más antes de irnos. —Nikki abordó el tema tan delicado como quien no quiere la cosa, como tratando de ignorar hasta qué punto mentir así la situaba al mismo nivel que su madre. Pero aquella pregunta tan difícil tenía que hacerse, sobre todo después de que el ruso le hubiera dado tanta importancia la otra noche en el Bois des Vincennes—. Sigues

guardando todos los extractos bancarios, ¿verdad?

—Sí... —Aunque Jeff Heat era una auténtica hormiguita guardando papeles, su respuesta llevaba un timbre de incertidumbre que era tan directo como la pregunta de Nikki. Tras recordarse a sí misma que la información que buscaba era desmentir los rumores según los cuales su madre había sido una agente doble, Heat siguió adelante con la bomba que estaba a punto de soltar.

—¿Podría verlos?

—¿Puedo preguntar por qué? —En su expresión a Nikki le pareció ver algo más que desconfianza. Era más bien algo que había observado en muchos sospechosos durante los interrogatorios: el miedo a ser descubierto. Pero él no era un sospechoso, era su padre. Nikki no tenía que conseguir que confesara, sólo quería información. Así que fue al grano.

—Quiero saber si mamá tenía alguna cuenta separada. Secreta, como esto. —Levantó la bolsita de terciopelo que contenía la pulsera de la suerte—. Una cuenta de la que tú no tuvieras conocimiento hasta que te la encontraras un día.

El silencio que siguió se vio interrumpido por el timbre del teléfono de su padre, en la mesa rinconera. Nikki leyó las letras mayúsculas en color naranja que identificaban a quien hacía la llamada: «NYLedger». Su padre también las vio y dejó sonar el teléfono cuatro veces sin descolgarlo. Para cuando saltó el buzón de voz había tomado una decisión y dijo:

—Fue lo mismo que esa puñetera pulsera. Se lo pregunté. Le dije: «Para qué quieres cuentas separadas». Me dijo que para tener sus ahorros, un poco de independencia. Es lo primero que me hizo sospechar que podía haber otro hombre. —La expresión de su cara le rompió el corazón a Nikki—. ¿De verdad necesitas hacer eso?

Nikki asintió con tristeza.

—Puede servir para encontrar a su asesino —dijo con la esperanza de que aquello fuera para lo único que sirviera ver la cuenta secreta de su madre.

Su padre pareció pensar un momento y luego desapareció de nuevo por el pasillo, esta vez hacia el dormitorio de invitados. Rook le dirigió a Nikki una sonrisa de ánimo que no la animó en absoluto. Cuando instantes después el

padre regresó, llevaba una carpeta archivadora de acordeón cerrada con una goma elástica. Sin embargo no se acercó a Nikki, sino que se quedó de pie junto a la puerta de entrada, esperándolos. Los dos se acercaron a él y le dio la carpeta a Nikki.

—Gracias —dijo ésta.

—Dime una cosa, Nikki —dijo el padre con voz baja y apagada—. ¿En qué te diferencias tú de cualquiera de los policías que vienen aquí a faltarme al respeto? —Hizo un gesto con el brazo en dirección a la luz parpadeante del buzón del teléfono—. ¿O de los periodistas?

A Nikki empezaron a escocerle los ojos. Cuando habló dijo la verdad, lo que sentía:

—La diferencia es que yo estoy intentando ayudar.

Aquello no pareció consolar a su padre, que dijo:

—Creo que sería buena idea que me dejaras tranquilo un tiempo.

Y dicho aquello se retiró hacia el pasillo invitándolos a salir de la casa.

Lo normal habría sido hacer el viaje de vuelta en el Crown Victoria de la comisaría, pero puesto que Nikki estaba de permiso forzoso, habían ido en un coche que Rook había alquilado. Así fue como terminó teniendo la inmensa fortuna de compartir con el resto de domingueros la interminable caravana de vuelta a Manhattan. Él se había preparado para un trayecto silencioso y melancólico, pero Nikki estaba en modo trabajo. Si se tenía en cuenta la bofetada emocional que acababa de recibir de su padre, su coraza protectora era una ventaja, así que Rook se alegró por ella, de que fuera capaz de cerrarse en banda de semejante manera, al menos temporalmente.

Desde el asiento del copiloto Nikki echó un vistazo rápido a la carpeta de extractos bancarios y pensó que había muy pocos papeles dentro.

—Esto está incompleto —dijo—. Mi madre tenía un saldo de unos pocos cientos de dólares, con una actividad mínima, pero los extractos terminan de repente sin que parezca que se ha cerrado la cuenta.

—¿De cuándo es el último extracto?

—De octubre de 1999. Un mes antes de que la mataran. —Sacó el teléfono y estuvo un rato buscando hasta que localizó a Carter Damon. Mientras escuchaba el tono de llamada, se preguntó si el detective que en su

momento investigó el caso de su madre estaría demasiado cabreado con ella después de su último encuentro como para hablar—. Detective Damon — empezó a decir cuando saltó el buzón, llamándole por su antiguo rango en la policía a modo de ofrenda de paz—, soy Nikki Heat. No quería molestarle en fin de semana, pero necesito preguntarle algo sobre el caso y saber si recuerda algo sobre una cuenta bancaria. —Dejó su número de móvil y colgó.

Para darse un homenaje y celebrar su regreso a la patria del tío Sam, después de devolver el coche fueron a uno de los restaurantes preferidos de Rook, el Mudville9, para una cena temprana a base de alitas a la barbacoa y cerveza Prohibition. Escogieron una mesa cerca del televisor donde estaban puestas las noticias para ponerse al día de las tareas de limpieza posteriores al terremoto, las cuales, según el texto sobreimpreso en la pantalla debajo de un agente con casco de obrero, estaban completadas en un 95 por ciento y habían costado varios millones de dólares. Rook mojó una patata frita en el cuenco de salsa barbacoa Buffalo Wow y empezó a preguntarse qué aspecto tendría Nikki con uno de esos cascos.

—No lo llevarías por seguridad, claro, sino porque te apetecería.

Pero ella se encontraba tan absorta en la pantalla que Rook tuvo que girarse para comprobar qué era lo que le había llamado tanto la atención.

En la parte superior de la pantalla parpadeaba un titular: «Noticia de última hora: la policía arresta al asesino del caso del cadáver congelado».

13

Rook pidió al barman que subiera el volumen del televisor para poder oír la noticia de última hora, algo que no sentó demasiado bien a los seguidores de *Sunday Night Baseball*, pero ni a él ni a Nikki les importó. Se quedaron de pie bajo la enorme pantalla, olvidando las alitas que se estaban quedando frías en la mesa a su espalda mientras miraban boquiabiertos el canal de noticias locales de la cadena de televisión por cable.

El reportero estaba delante de una zona acordonada en una calle de la ciudad y hablaba a la cámara. Debajo de él un titular decía: «En directo desde el barrio de Hell's Kitchen». Se sujetaba el auricular y asentía, mientras la presentadora le daba paso.

—Gracias, Miranda. Sí, un gran paso adelante en el caso del que todo el mundo habla en Nueva York esta semana, desde que el cadáver congelado de una mujer, apuñalada hasta morir, apareció dentro de una maleta en la cámara frigorífica de un camión de reparto. —Se volvió e hizo un gesto hacia lo que había a su espalda, y entonces la cámara se acercó hasta mostrar el portal de un edificio de apartamentos de ladrillo marrón, donde un agente de uniforme hacía guardia—. Como pueden ver, ahora mismo aquí en la calle 54 Oeste reina la tranquilidad, pero ésta es la entrada al edificio donde, hace unos minutos, oficiales y detectives de la policía de Nueva York entraron en el apartamento del presunto asesino.

A continuación venían imágenes del capitán Irons de pie con la barriga apuntando al cordón de seguridad, todo ufano, con su nombre superimpreso en la pantalla y un mar de micrófonos apuntándole.

—Nuestro sospechoso se llama Hank Norman Spooner, tiene cuarenta y

dos años y se dedica a cuidar casas a los dueños cuando están vacías. El señor Spooner fue detenido sin incidencias por mí mismo y la detective Sharon Hinesburg, de mi comisaría, la número 20, con la colaboración de agentes de Midtown North.

Rook dijo:

—Esto se pone cada vez mejor.

Heat no contestó y se limitó a permanecer absorta mientras Irons iba contestando a las preguntas que le gritaban los periodistas.

—El sospechoso llevaba bajo vigilancia desde el fin de semana, cuando uno de los miembros de mi equipo recibió una llamada anónima lamentando el asesinato de Nicole Bernardin la semana pasada, así como la muerte de otra víctima, Cynthia Trope Heat, en 1999. —Nikki recordó entonces que los Roach le habían contado que el domingo por la noche había sorprendido a Irons y a Hinesburg escuchando una grabación de audio con la puerta del despacho cerrada—. Así es —contestó el capitán—. Quien hizo la llamada reconocía su implicación en ambos crímenes y decía que no podía seguir callando por más tiempo. Ofrecía detalles suficientes sobre ambos asesinatos, por lo que tuvimos la certeza de que se trataba de nuestro hombre y, después de localizar su dirección, llevamos a cabo el arresto de esta noche. En este momento se encuentra bajo custodia en la comisaría 20, donde le están tomando declaración. Me complace decir que los ciudadanos de Nueva York podrán irse a dormir esta noche más tranquilos sabiendo que este individuo ya no anda suelto, y me siento orgulloso de haber dirigido al equipo que ha conseguido cerrar este caso. Gracias.

El teléfono de Nikki empezó a sonar. Era Ochoa.

—¿Por qué no me habéis avisado? —le espetó Nikki sin un triste hola.

—Oye, que yo me acabo de enterar ahora mismo. El capitán nos ha dejado a todos fuera. Excepto Hinesburg, ninguno sabíamos nada. Te estaba llamando para ver si te habías enterado y ya veo que sí.

—Ay, Miguel, perdóname por saltar así.

—No te preocupes. Esto es un asco, todos lo sabemos. Salgo ahora para allí a ver qué se puede hacer. Te mantendré informada.

—Por favor —dijo Nikki y colgó. Después dejó en la mesa dinero

suficiente para cubrir la cuenta y la propina, y se dirigió hacia la puerta, que Rook ya sostenía abierta.

De camino de vuelta al *loft*, Rook dijo:

—Me pregunto cuántas posturas del Kama Sutra se ha ganado el viejo Wally con esa mención a Hinesburg.

—Déjalo, Rook.

—Oye, que yo también estoy cabreado. Es mi forma de echarlo fuera.

—Pues mejor échalo hacia dentro, porque no estoy de humor para charlas ahora mismo. —Pero después de dar tres pasos dijo—: Se está cargando la investigación. No, mucho peor, lo que más miedo me da es que no ha hecho más que empezar a cargársela. Estoy fuera menos de un semana y no sólo se ha equivocado de tipo, sino que está causando un daño irreparable a los dos casos abiertos.

—Pues párale los pies.

—¿Cómo?

Esperaron en el paso de cebra y Rook se colocó de manera que se quedaron frente a frente.

—Ya sabes cómo.

—No —dijo Nikki—. Sabes que eso no pienso hacerlo.

—Muy bien, entonces que Wally siga haciendo de elefante en una cacharrería mientras tú le ves por televisión.

Se abrió el semáforo y Rook empezó a cruzar. Nikki le alcanzó.

—Te odio —dijo.

—Perdona, pero no estoy de humor para charlas.

A la mañana siguiente Heat llegó diez minutos antes a su cita para desayunar con Zach Hamner a las siete, con la esperanza de poder emplear aquel tiempo extra en aplacar el desasosiego que le producía tener que agachar la cabeza para ponerse a la altura de esa comadreja. Pero cuando entró en el café junto al cuartel general de la policía de Nueva York, Hamner ya estaba sentado terminándose un desayuno especial de la casa consistente en tortilla de jamón, champiñones y queso, patatas fritas, *bagel* con crema de queso, zumo y un expreso. No se levantó cuando Nikki entró, se limitó a saludarla con la cabeza y a señalar la silla al otro lado de la mesa.

—Llegas pronto —dijo después de comprobar la hora en su Blackberry.

—Puedo esperar fuera si quieres terminar de desayunar.

De camino hacia allí, en el metro, se había dicho que no se mostraría seca con él, pero eso era difícil con Zach Hamner. Al primer asistente administrativo del director adjunto de asuntos legales de la policía de Nueva York le gustaba ir de machito, aunque Nikki suponía que lo único que tenía verdaderamente largo era el título de su cargo en la policía. Cada transacción, grande o pequeña, era para Hamner un juego de poder, y obligar a Nikki a desplazarse desde la otra punta de Manhattan hasta el Cort Café, para una conversación que podían haber tenido fácilmente por teléfono la noche anterior cuando ésta le llamó, era un gesto de poder para dejar claro quién mandaba allí.

Hamner ignoró el tono con que le había contestado Nikki.

—No, puedo comer mientras hablamos. ¿Un café?

—No, gracias.

Hamner se terminó el *bagel* y mientras masticaba, Nikki se dedicó a leer los correos en su móvil. Tenía que reconocer que Zach Hamner, alias *el Martillo*, tenía motivos para estar disgustado con ella. Y claramente aquella demostración de falta de respeto era su forma de vengarse por el peso político que le había hecho perder dos meses atrás. Fue cuando Nikki declinó el ascenso de la comisión policial que quería ponerla al frente de la comisaría 20.

Cuando Hamner se puso a quitarse tranquilamente una semilla de sésamo de la manga de su traje mil rayas color gris oscuro, Nikki estuvo a punto de largarse. Durante aquellos escasos minutos de proximidad, la viscosidad de su mundo —un mercado de capital de poder, de intercambio de influencias— la retrotrajo a aquel sentimiento que la había impulsado a huir de la posibilidad de ascender. Por esa razón Heat se había negado a llamar a Hamner cuando Rook se lo propuso semanas antes. Pero ahora, con Irons a punto de cargarse la investigación sobre su madre, Nikki sabía que no tenía más opción que tragar y aceptar.

Y de ello se aprovechaba Zach Hamner, que dejó su Blackberry a un lado y dijo:

—¿Qué pasa? ¿Hay problemas en la calle 82?

—Como le dije anoche por teléfono, estoy de permiso forzoso y el momento no podía ser peor. El capitán Irons me ha mandado a mi casa y ahora está haciendo toda clase de estropicios con mis casos y poniendo en peligro las investigaciones.

—Y una de ellas es el asesinato de su madre, ¿no?

Eso Hamner ya lo sabía, pero Nikki decidió seguirle el juego y tragarse el comentario.

—Por eso te estoy pidiendo ayuda.

—Ya intenté ayudarte una vez y no salió demasiado bien.

—Seamos sinceros, Zach, con mi ascenso tú también habrías salido beneficiado.

—Interés pero de motivaciones honestas. Uno no puede lanzar a una estrella sin convertirse también en estrella. —Sonrió sin alegría un instante solo—. Te juzgué mal, Heat. Me cabreaste en público.

Haciendo lo que sabía que se esperaba de ella, Nikki dijo:

—Siento mucho haberte causado problemas. —Le observó procesar aquellas palabras, la única razón por la que la había hecho ir hasta allí a verle.

—De acuerdo entonces —dijo Hamner, satisfecho con aquel gesto de deferencia—. Wally Irons. Está complicado. En el cuartel general le tienen un gran aprecio. Sus estadísticas son fabulosas.

—Venga ya, Zach. ¿Qué son unas estadísticas para el Martillo?

Aquello pareció gustarle.

—¿Tienes batería en el teléfono? Bien. Estate disponible hoy por la mañana para que pueda ponerme en contacto contigo.

—Te lo agradezco.

—Oye —dijo—, para que quede claro. Ya tendrás ocasión de agradecérmelo. La factura te llegará en algún momento. —Le acercó la cuenta del desayuno—. Y será algo más elevada que ésta.

Después se marchó sin decir adiós.

Dos horas más tarde, Nikki podía haber hecho su entrada en el despacho abierto de la comisaría 20 entre aplausos, pero tuvo buen cuidado de evitarlo. Había llamado a los Roach para avisarles de que su vuelta debía ser recibida

con discreción. Zach Hamner le había advertido de que Irons tendría que tragarse las órdenes llegadas desde arriba y sin poner mala cara. Pero el Martillo había conseguido que los mandamases autorizaran que Nikki volviera a su puesto con la condición de que reanudara sus sesiones con el psicólogo, aquél al que había ido a ver después de perder los estribos en la comisaría.

—¿Y con eso ya está?

—Por lo que respecta a ellos, sí —dijo Hamner. Como si hiciera falta recordarle a Nikki que todavía estaba en deuda con él.

Nikki no perdió el tiempo, e hizo que sacaran a Hank Norman Spooner de la celda donde estaba retenido y lo llevaran a la sala de interrogatorios número 1 mientras leía la confesión que éste había firmado la noche anterior. El sospechoso también tenía un expediente penal que Nikki estudió. En la década de 1990 había trabajado como guarda de seguridad, pero fue despedido tras denunciarse una serie de hurtos en las oficinas que vigilaba y por acosar a varias inquilinas de apartamentos que se suponía que debía proteger. Había estado en libertad condicional y recibido sentencias sin encarcelamiento, además de varias órdenes de alejamiento. También le habían acusado de mirón en Florida, cuando trabajaba en un crucero, en lo que parecía haber sido su principal ocupación en la década anterior. Por aquel cargo había cumplido noventa días más libertad condicional; era la única vez que había estado en la cárcel.

Nikki le preguntó al detective Rhymer si alguien había cotejado las fechas en las que Spooner había estado trabajando en el barco con las de los asesinatos, y cuando éste le contestó que no, le encargó que lo hiciera y se preguntó cómo había tenido el valor Wally Irons de salir en la tele y llamar a aquello una investigación.

El momento de enfrentarse a su superior en la comisaría se produjo cuando estaba guardando a su vieja amiga, la pistola Sig Sauer, en la taquilla del vestíbulo a la puerta de la sala de interrogatorios número 1.

—Bienvenida de nuevo, Heat.

Ésta puso la combinación y se volvió. Allí estaba, con la detective Hinesburg pegada a él.

—Capitán.

La brevedad, decidió, es la mejor arma en estos casos.

—¿Qué está pasando? Me han dicho que has llamado a mi detenido.

—Sí, señor —dijo Heat guardando las formas—. Tengo unas cuantas preguntas que hacerle. Y también tengo una para usted: ¿se sabe algo del guante desaparecido?

—Nada de nada. Y no he dejado de dar el coñazo a los del Departamento Forense.

La detective Hinesburg intervino:

—De todas formas ya no importa mucho, ¿no? Ahora ya hemos cogido al asesino.

La estupidez de Hinesburg, al más puro estilo Paris Hilton, podía haberle hecho gracia a Nikki en otras circunstancias y si no resultara tan perjudicial.

—¿Y qué pasa con el hombre al que disparé, que era quien llevaba ese guante? ¿Os habéis fijado en si «el asesino» tiene alguna herida de bala?

—No —dijo Sharon—. No he visto ninguna.

Irons acudió en ayuda de su detective guion amante secreta:

—Evidentemente no se trata de la misma persona, Heat. Lo que significa que el hombre que te disparó seguramente no tiene nada que ver con el caso. Será algún ajuste de cuentas. Un cabo suelto de aquel ataque el invierno pasado en Central Park.

La detective Heat se daba cuenta de que aquella conversación no llevaba a ninguna parte, así que decidió no seguir perdiendo el tiempo.

—Ya veremos. Perdonadme.

—Un momento —dijo Irons—. Ya tenemos una confesión firmada. ¿De qué quieres hablar con él?

Nikki levantó la carpeta con el expediente de Spooner.

—Con todos mis respetos, capitán. Todo lo contenido en esta confesión es de dominio público. Todos los detalles han aparecido en revistas, como el artículo que escribió Rook sobre mí, telediarios, filtraciones... —Se las arregló para no mirar a Hinesburg, quien, estaba segura, era el origen de las numerosas noticias que se habían publicado a raíz de la primera filtración. Hasta se habían hecho ya públicos detalles de la investigación, tales como la

mancha de tierra en la ropa de Nicole Bernardin y la coincidencia de las heridas de arma blanca en la espalda de ésta y la de la madre de Nikki.

Irons levantó las dos manos.

—Vamos a ver, que quede claro, detective. Fuera información del dominio público o no, este hombre lo ha confesado todo. Y tú deberías estar contenta, porque elimina a tu padre de la lista de sospechosos. Por lo tanto, ¿qué piensas hacer ahí dentro? ¿Cuál se supone que es tu trabajo? ¿Coger a los culpables o ponerlos en libertad?

—Nuestro trabajo es averiguar la verdad y eso es precisamente lo que tengo intención de hacer. Porque si lo que pasa es que este hombre está intentando conseguir su minuto de fama o lo que sea, entonces el asesino sigue suelto. Así que déjeme hacer mi trabajo. Porque si han arrestado al hombre que no es, ¿no prefiere saberlo antes de que el fiscal convoque una rueda de prensa para ridiculizarle en público?

Disfrutó viendo la reacción de Irons ante semejante posibilidad.

—De acuerdo, Heat. Te doy una oportunidad. Pero voy a estar vigilándote.

La mirada de Hank Norman Spooner se iluminó cuando la detective Heat cruzó la puerta automática de la sala de interrogatorios. Una sonrisa que Nikki encontró algo exagerada mientras tomaba asiento frente a él, al otro lado de la mesa. No dijo nada, se limitó a empaparse de la primera impresión, simplemente. Esta costumbre siempre demostraba ser útil y, para poder ponerla mejor en práctica, dejó fuera de su cabeza todo lo demás: lo que había en juego en el caso, el caos que había sido su vida desde el descubrimiento una semana antes en la cámara frigorífica del camión, el hecho de que Irons y otros estuvieran observándola desde detrás del espejo. Para Nikki Heat lo importante siempre era verlo todo con ojos nuevos.

Spooner no se había afeitado, pero conservaba un aspecto aceptablemente aseado. Su expediente decía que tenía cuarenta y dos años, pero Nikki le habría echado siete menos. Eso se debía a su complexión menuda y cara aniñada. Y al pelo. Cuidadosamente cortado y peinado, era de color rojo. No rojo intenso, sino claro, castaño rojizo. La sombra de bigote aparecida durante la noche era más rubia y casi se fundía con las mejillas, que, como

Nikki observó, empezaron a ruborizarse cuando el detenido se dio cuenta de que estaba siendo estudiado. Y su sonrisa seguía siendo demasiado cordial, demasiado confiada. Los dientes estaban algo amarillos y parecía ser consciente de ello, a juzgar por cómo mantenía cerrado el labio superior. Tenía las manos apoyadas en el regazo, debajo de la mesa, así que tendría que estudiarlas más tarde. Para Nikki las manos eran las que más decían de una persona, después de los ojos. Los de Spooner estaban fijos en ella y expresaban algo que sólo podía calificar de felicidad. Y aquello de sostenerle la mirada era bueno. Como la sonrisa, demasiado bueno para ser verdad. Sus sospechas se vieron confirmadas en cuanto el detenido abrió la boca:

—No me puedo creer que esté con la auténtica Nikki Heat.

Hank Spooner era un admirador.

Nikki decidió ignorar aquel hecho y mantuvo una distancia aséptica concentrándose en la carpeta con el expediente. Ya habría tiempo de sacarle partido a lo de la admiración, si es que era necesario. Lo que quería ahora era escuchar y sacar deducciones. Si aquél era de hecho el asesino, Nikki quería sacarle la información que lo corroborara. Si no lo era, necesitaba detectar las inconsistencias que le permitieran demostrarlo. Así que hizo lo mismo que en todos sus interrogatorios: dejó los prejuicios a un lado y prestó atención.

—Necesito que me aclare algunos puntos de su declaración.

—Pues claro.

—Pero antes necesito repasar sus antecedentes.

—Pregúnteme lo que quiera.

—Tuvo problemas cuando trabajaba como guarda de seguridad.

—En realidad fue un malentendido. —Las esposas tintinearono cuando intentó gesticular. A Nikki no le sorprendió comprobar que llevaba las uñas perfectamente cuidadas, que sus esbeltos dedos estaba limpios y tenían algunas pecas, igual que la piel debajo de los ojos.

—Aquí dice que robó en las oficinas y acosó a mujeres de los apartamentos que tenía que vigilar.

—Como le digo, fue un malentendido. Cogí prestados algunos aparatos electrónicos, pero tenía intención de devolverlos.

—¿Y lo de las mujeres?

Se llevó una mano al corazón.

—Cuando era guarda de seguridad de un edificio de apartamentos de mala muerte tuve ocasión de aprender que más vale no invitar a salir a las inquilinas.

—Le pusieron tres órdenes de alejamiento.

—A eso me refería precisamente. —La miró de nuevo sonriendo y Nikki hundió la nariz en la carpeta marrón.

—Y trabajó durante unos diez años en compañías de cruceros.

—Sí, bueno, de forma intermitente.

—¿Qué trabajo hacía?

—Un poco de todo. Estuve en la plantilla del casino haciendo el mantenimiento de las máquinas. También tareas de cubierta. Ya sabe, ocuparme de las hamacas, las toallas, de socorrista.

—En el 2007 le despidieron.

—sólo porque me negué a que me pusieran a trabajar de barman. Tengo alergia a los cítricos. —Por primera vez Heat le miró fijamente durante un buen rato. Spooner se puso nervioso y empezó a explicarse—: Es la verdad. Y es imposible preparar un cóctel en un crucero tropical que no lleve limón, naranja o lima.

—Ya me lo imagino.

—Ésa fue la razón, no le miento. De niño estuve a punto de morir de shock anafiláctico, así que dije que de ninguna manera. Y me dieron la patada.

Nikki reflexionó sobre aquello y volvió a la hoja de antecedentes.

—Pensaba que le habían echado del barco porque le cogieron acosando a una pasajera.

—Eso fue en otro crucero. Y lo único que hice fue entrar en su camarote para comprobar si tenía toallas. Era su palabra contra la mía. ¿A quién iban a creer? ¿A la pasajera o al pardillo de uniforme?

—¿Y de qué vive entre crucero y crucero?

—Pues paseo perros, cuido apartamentos... Ah, y ahora escribo un blog.

—¡No me diga! ¿Y da mucho dinero eso de escribir un blog?

—De momento no mucho, pero todo llegará. También estoy en Twitter.

Por lo visto desde que me arrestaron me han salido un montón de seguidores.

Cambiando de tono, Nikki le sonrió y dijo:

—Va usted a hacerse bastante famoso, Hank.

—¿Eso cree? —Sonrió radiante al oír a Heat llamarle por su nombre de pila—. Pero no tanto como usted, detective. Y ni siquiera está en las redes sociales.

—No me van demasiado.

—Pues debería. Se haría superpopular. En serio, es usted toda una heroína. Estoy seguro de haber leído todo lo que se ha publicado sobre usted. —Nikki sacó el papel con la confesión y, por el contenido, comprobó que era cierto que Hank Spooner se había hecho un experto en su persona.

—Entonces ¿dice usted que mató a Cynthia Heat?

—Su madre.

—¿Cómo la mató?

—Lo dice ahí.

—Cuéntemelo.

—La apuñalé. Una vez. En la espalda.

—¿Dónde estaba ella?

—En su apartamento, cerca de Gramercy Park.

—¿En el apartamento dónde?

—En la cocina. Estaba haciendo tartas.

—Nicole Bernardin. ¿Cómo la mató?

—La apuñalé.

—¿Cuántas veces?

—Una. Lo mismo. En la espalda.

—¿Y dónde estaba Nicole?

Spooner vaciló un momento. Era la primera vez que lo hacía.

—Esperando un tren.

—¿Dónde? —La filtración de lo del tren había aparecido en uno de los artículos y Nikki estaba intentando comprobar si era capaz de darle detalles.

—Larchmont.

—El informe policial dice que en el andén no había sangre.

—Ya lo he explicado cuando hice la confesión. Dije que estaba sacando

un billete en una de las máquinas cerca del aparcamiento. Desde entonces ha llovido mucho.

La miró satisfecho, como si hubiera logrado esquivar una trampa que Nikki le tendía.

Durante la siguiente hora Nikki intentó que contradijera su declaración anterior, ya fuera interpretando mal cosas que había dicho o haciéndole preguntas a gran velocidad y sin un orden fijo sobre los detalles, consciente de que la mayoría de los mentirosos se aprenden una secuencia de hechos para parecer creíbles. Spooner contestó a todas sus preguntas con habilidad y Nikki se imaginó a Irons frotándose las manos detrás del cristal. El detenido acababa de describirle la fachada de su edificio en Gramercy Park cuando Nikki dijo:

—Tenemos que seguir hablando, pero primero voy a por algo de beber. ¿Tiene sed, Hank?

—Sí, claro —le dijo con aquella sonrisa suya de casi adoración.

Cuando atravesaba la sala de observación, Irons se levantó de su silla.

—¿Qué pasa? ¿Todavía no estás convencida? —Nikki se limitó a sonreír y salió al pasillo, así que Irons se volvió hacia Raley y Ochoa—: ¿Es siempre así?

—Siempre —dijeron los Roach.

Hank Spooner se puso de nuevo en posición de alerta cuando Nikki regresó a los pocos minutos con dos latas de refresco. Las abrió, dio un sorbo a la suya y puso la otra delante de Spooner. Éste se quedó mirándola.

—¿Pasa algo?

—¿No tienen otra cosa?

—Lo siento, Hank, pero esto no es el McDonald's. ¿Qué pasa?

—Nada, a no ser que esté intentando matarme. —Apartó la botella de Pellegrino de naranja todo lo que pudo—. Ya se lo he dicho, soy alérgico a los cítricos. Un sorbo de eso y voy derecho al hospital o me muero.

—Ay, perdón. No me he dado cuenta. A mí es que me encanta esta bebida. Siempre tengo una reserva aquí, en la nevera de la comisaría. —Cogió la lata sin abrir y fue hasta la puerta.

—Es usted buena —dijo Spooner. Cuando Nikki se volvió y le puso cara

de no haber comprendido, él explicó—: Lo del refresco de naranja. Estaba comprobando si mentía en lo de la alergia a los cítricos. —Le guiñó un ojo—. Muy buena.

—Me ha pillado —dijo Nikki.

Cuando entró de nuevo en el cuarto de observación Irons dijo:

—¿Ya estás convencida de que es nuestro asesino?

—No.

—¿Por qué no? Su versión es de lo más consistente.

—¿Y qué? Como ya he dicho, esa historia podía haberla montado cualquiera a partir de la información hecha pública.

—Pero, como ya he dicho yo también, este hombre ha confesado.

—Claro, porque tiene algún tipo de psicosis de los famosos o es un acosador y yo tengo la suerte de ser su actual objeto de deseo. Eso que lo averigüen los psiquiatras. Está mintiendo y puedo demostrarlo.

—¿Cómo? Ha contestado a todas tus preguntas.

—Sí, pero hay un detalle de este caso que nunca llegó a filtrarse porque sólo yo lo conozco. Quien mató a mi madre cogió una lata de refresco de nuestra nevera justo después de matarla y se la bebió. —Levantó la lata de San Pellegrino de naranja—. Era una de éstas. Dieciséis por ciento de zumo de naranja.

Mientras Irons asimilaba aquello y miraba boquiabierto a Spooner a través del cristal, Nikki dijo:

—Puede acusar a Hank el alérgico de lo que quiera. Pero ¿de la muerte de mi madre? De eso olvídense.

Cuando salió, el capitán Irons seguía mirando boquiabierto a su sospechoso estrella por el cristal.

Los detectives Raley y Ochoa estaban en sus respectivas mesas cuando Nikki volvió a la zona de trabajo de su brigada y se los llevó a una habitación del fondo, donde nadie pudiera oírles, y cerró la puerta.

—¿Quieres que llame también a la detective Hinesburg? —preguntó Ochoa.

—Venga —dijo Nikki—. Y también vamos a poner a Tam Svejda por el manos libres.

Después de reírse un rato, Nikki abrió la carpeta archivadora de acordeón que le había dado su padre. Los dos detectives se pusieron serios cuando Nikki les informó de la cuenta bancaria que tenía su madre a espaldas de su padre.

—No puedo daros más detalles sobre lo que esto podría significar, pero necesito alguien de total confianza que rastree (sin llamar la atención, pero concienzudamente) los movimientos de esta cuenta. Sobre todo en noviembre de 1999.

—Hecho —dijo Raley cogiendo los documentos.

—Y si se va de la lengua —dijo su compañero—, ya me ocupo yo de ponerle las pilas.

—Como si lo viera —dijo Raley.

Cuando salieron de la habitación Nikki se encontró con que Rook había acampado en su rincón habitual del despacho abierto. Señaló la placa y la pistola de Nikki.

—Es un placer verla de nuevo con el equipo completo, sheriff.

—No está mal. Aunque tampoco es París.

—Míralo así: menos cacas de perro que pisar.

—Qué bonito. Eres un artesano de las palabras y un poeta.

Heat convocó una reunión rápida para repasar la pizarra del caso. El detective Rhymer informó de que, según las comprobaciones que había hecho, Hank Spooner no había estado a bordo de ningún barco en las fechas de los asesinatos de los que confesaba ser autor. Aunque Nikki ya lo había eliminado como sospechoso de la muerte de su madre, decidió ir más allá y encargó a la detective Hinesburg que se asegurara de que permanecía bajo custodia hasta que se comprobara dónde había estado en la noche en que apuñalaron a Nicole Bernardin. Después la envió a Westchester County para que recorriera la estación de tren de Larchmont y enseñara fotografías de Nicole y de Spooner. La comprobación de la coartada se la encargó a Malcolm y Reynolds.

Heat estaba deseando poner al día a la brigada de la información que Rook y ella tenían sobre las actividades de su madre y de Nicole Bernardin para la CIA, pero no podía arriesgarse a que hubiera nuevas filtraciones. Ya

se lo había contado a Ochoa, así que tendría que hacer lo mismo con Raley, Feller, Malcolm, Reynolds y Rhymer, pero por separado. No era así como a Nikki le gustaba hacer las cosas, pero es lo que ocurre cuando el jefe se acuesta con uno de los miembros de tu equipo, que además tiene línea directa con la sección de sucesos de la prensa amarilla.

Después de la reunión escuchó el mensaje que le había dejado Eugene Summers, el hombre joven que aparecía en la fotografía tomada en 1976 en Londres con su madre y Tyler Wynn. Cuando le preguntó a Rook si quería acompañarla a comer con él, éste se emocionó tanto que se puso en pie y allí mismo le hizo la coreografía de la *Macarena*.

—¡Madre mía, qué pintas! —dijo Eugene Summers mientras miraba aquella antigua fotografía suya—. ¡Por Dios! Y el ancho de la corbata... La bruja de *El mago de Oz* podría aterrizar en ella con su escoba y todavía habría sitio para tres monos voladores. —Le devolvió la foto a Nikki—. Yo quería mucho a tu madre, ¿sabes? Aquéllos fueron unos años maravillosos. Cindy era muy especial.

Nikki le dio las gracias por decir aquellas cosas mientras Summers daba un sorbo a su té helado y evitaba las miradas de otros clientes de la cafetería, que le reconocían por el programa de televisión por cable, un reality show sobre la vida de un mayordomo que a los sesenta y un años se había hecho famoso. Al parecer le había llamado uno de los directivos del estudio para el que había trabajado durante un verano en Londres. Tenía una idea para un programa de televisión parecido a *Arthur*, emparejando al meticuloso señor Summers con varios famosetes jóvenes de costumbres disipadas y aficionados a colocarse. Así nació *Los caballeros la prefieren en cachimba*, cuyo éxito convirtió a Eugene en la máxima autoridad de Estados Unidos en cuestiones de gusto y saber estar en todo, desde aseo personal a normas de etiqueta, pasando por maridaje de vinos.

En su mensaje, cuando le devolvió la llamada a Nikki desde su *loft* de Chelsea, Summers parecía encantado de tener noticias de la hija de Cindy Heat y accedía a quedar a comer. Rook también estaba encantado. No sólo era adicto al programa, sino que, de camino al restaurante, le había dicho a Nikki:

—¿Qué posibilidades crees que hay de que este sea uno de esos casos donde el asesino es el mayordomo? Porque eso sí que sería un titular para vender a cualquier periódico o revista.

Al llegar a la mesa Nikki escuchó los habituales cumplidos de cuánto se parecía a su madre. Rook, habituado a codearse con famosos de Hollywood y superventas del mundo de la música, se limitó a sonreír como un tonto mientras le estrechaba la mano a la estrella de la telerrealidad. Nikki rezó porque no la pusiera en evidencia pidiéndole que le sacara una fotografía con él.

Empezaron en tono más bien sombrío, con el pésame de Summers a Nikki por la pérdida de su madre y su asombro por las muertes de Nicole y, ahora, de Tyler Wynn.

—El domingo por la mañana me despertó una llamada en que me contaban lo de Tyler. Todavía no me lo creo. —Se sobrepuso y se enderezó un poco en la silla—. Sin embargo, me acuerdo de las palabras de Oliver Wendell Holmes, quien dijo: «Cuando los estadounidenses de buen corazón mueren, van a París».

A Nikki le resultó interesante que Summers estuviera al tanto de lo sucedido.

—¿Puedo preguntarle cómo se enteró de la muerte de Wynn?

—No fue directamente, sino por un conocido común.

—¿Eran amigos Tyler Wynn y usted? —preguntó Nikki.

—Lo fuimos, aunque llevábamos sin vernos... siglos. Pero Tyler era de esas personas que no se olvidan.

Heat dijo:

—Supongo que eso nos lleva a lo que quería hablar con usted. ¿Estaba usted en la red de niñeras de Tyler Wynn a la que pertenecía mi madre?

—No es que no quiera cooperar, detective, porque sí quiero —dijo Summers—, pero me está usted poniendo en una situación incómoda.

—¿Ha jurado no divulgar secretos? —preguntó Nikki.

—Lo haya jurado o no, soy extremadamente discreto. No se trata sólo de algo profesional, tengo mis principios. —Entonces vio la decepción en la cara de Nikki—. Pero no desespere, por la hija de Cindy estoy dispuesto a ser un

poco flexible. Hablaré en términos generales o emplearé negaciones que serán en realidad afirmaciones. Por ejemplo, a la pregunta que me acaba de hacer, mi respuesta es que he jurado no decirlo. Y eso le aclara exactamente lo que quería saber. ¿O no?

—Muy bien —dijo Nikki.

Summers reparó en que Rook se había puesto a jugar distraídamente, como hacía a menudo, a pídola con el cuchillo y la cuchara y le miró con reprobación. Rook dejó de jugar y dijo:

—Vaya, igual que en el programa. ¿Te das cuenta, Nikki? Acabo de recibir la mirada castigadora de Summers. —A continuación le rogó al mayordomo—: Por favor, dígame la frase. sólo una vez, por favor.

—Muy bien. —Summers arqueó una ceja y dijo con voz altiva—: Menuda ordinariez.

—Es una pasada. —Rook rio de felicidad pero se detuvo cuando vio que Nikki le miraba y dijo—: Continúe por favor.

Nikki hizo una pregunta según las reglas establecidas:

—Dígame si, de haber pertenecido a esta red, sería usted capaz de recordar los nombres de algunos de los enemigos en cuyas casas se infiltró ésta.

—De haber sido parte de la red probablemente podría decir, así en líneas generales, que todos los espías eran enemigos. Las labores de inteligencia a menudo se realizan de forma no oficial, así que los sujetos sometidos a vigilancia pueden ser diplomáticos o gentes de negocios con mucha información. O simplemente amigos de sociedad de un enemigo.

—¿Y qué hay de mi madre? De haber trabajado usted con ella, ¿sabría los nombres de las familias en las que se infiltró?

—Lo siento, de haber tenido alguna vez esa información, la habría olvidado. Y eso es así, ya habría tenido bastante con lo mío.

—¿Qué me dice de cuando se hizo la fotografía en Londres? ¿Estaba ella espionando a sus anfitriones?

—Eso tampoco lo sé.

—¿Lo mismo me dice de Nicole Bernardin?

—Me temo que sí.

Rook dijo:

—¿Puedo jugar yo también? Dice que, de haber tenido esa información, la habría olvidado. De haber estado en situación de averiguar a quién estaba espiando un compañero suyo, ¿cómo lo habría hecho?

—Muy bueno, señor Rook.

—Me duele la cabeza del esfuerzo que he tenido que hacer —dijo éste.

—Pues supongo que, al igual que ocurría con los amigos normales y corrientes en los años veinte que se dedicaban a viajar por Europa, los contactos sociales debían ser importantes. Entonces no existía Twitter, así que lo más probable es que se desarrollaran sistemas. El correo postal y el teléfono no podían ser, porque estaban sujetos a vigilancia, así que imagino... —hizo una pausa y guiñó un ojo— que los jóvenes con más iniciativa darían noticias sobre su paradero y pasarían la información de importancia mediante una serie de escondrijos de correo no ortodoxos. Llamémosles buzones secretos.

—Un buzón secreto —dijo Rook—. ¿Cómo, por ejemplo, un ladrillo suelto en la plaza del pueblo con una marca de tiza?

El famoso mayordomo esbozó una mueca sarcástica.

—Por favor, eso es de *Superagente 86*.

—Entonces, ¿cómo? —preguntó Nikki.

—Supongo —dijo Summers con un nuevo guiño— que cada miembro tendría su propio buzón y encontraría su propia manera de comunicar su localización secreta de manera que los malos no se enteraran.

A la cabeza de Nikki vinieron imágenes de los apartamentos patas arriba de su madre y de Nicole. Y también estaba la llamada de teléfono a los Bernardin de un tal señor Seagal preguntando por un paquete.

—Si supiera usted algo al respecto, ¿diría que mi madre o Nicole pudieron tener buzones en lugares que no fuera Europa? Por ejemplo, y estoy hablando hipotéticamente, aquí, en Nueva York.

—Eso no sabría decirlo. Para entonces yo ya habría dejado la red..., de haber estado en ella en algún momento, claro.

Otro guiño. ¿Por qué no?

—¿Y eso cuándo habría sido? —preguntó Rook.

—A finales de los noventa. —Y añadió entre risas—: De haber estado en ella.

—¿Habría estado usted todavía en Europa cuando mataron a mi madre?

—Allí estaba cuando me llegó la noticia, sí. —Summers estuvo pensando unos instantes y luego le dijo a Rook—: ¿Acaba usted de preguntarme si tengo coartada? —Después se volvió hacia Nikki—: ¿Para eso quería verme? ¿Para descartarme como sospechoso?

—No, para nada —dijo Nikki.

—Pues es la impresión que me da. Y tengo que decir que, como he acudido a esta cita por respeto y de buena fe, me siento insultado. Si quiere volver a hablar conmigo, tendrá que ser a través de mi abogado. Discúlpenme.

Los clientes del restaurante levantaron la cabeza de sus ensaladas de pera roja, pollo y gofres mientras Eugene Summers separaba su silla de la mesa y se marchaba furioso.

Rook se agachó y recogió la servilleta del mayordomo del suelo. La levantó y dijo:

—Menuda ordinariez.

Nikki pasó página en su cuaderno de espiral y anotó que alguien debía comprobar dónde había estado Eugene Summers en el momento de los asesinatos. sólo por si las moscas.

Acababa de dejar su Crown Victoria en doble fila en la calle 82 Oeste junto con el resto de coches de policía secreta, fuera de la comisaría, cuando Lauren Parry la llamó al móvil.

—¿Tienes un momento, Nikki? —Sonaba cautelosa y casi susurraba. Algo pasaba. Nikki le hizo un gesto a Rook para que entrara y se apoyó en el coche aparcado—. No te llamo precisamente para darte buenas noticias, Nik —dijo su amiga, la médico forense—. De verdad que lo siento muchísimo.

—¿Qué pasa?

—El análisis de toxicología que se le hizo a Nicole Bernardin se ha echado a perder.

—Vas a tener que explicármelo un poco mejor, Lauren. En mi vida he oído que un test de toxicología se echara a perder. ¿Qué quiere decir eso?

—Pues exactamente eso. Que algo ha ido mal en el laboratorio. Ya sabes que hacemos pruebas a la sangre y a otros fluidos usando gases para detectar sustancias químicas y toxinas en el organismo del fallecido.

—Si tú lo dices...

—Pues sí, eso es lo que hacemos. Y de alguna manera el gas estaba defectuoso. Las bombonas que nos llegaron estaban contaminadas y ahora no podemos analizar las sustancias químicas en el cuerpo de Nicole Bernardin. Me siento fatal. En mi vida me había pasado algo así.

Nikki dijo:

—No te fustigues. Las bombonas no las suministras tú, ¿verdad?

Lauren no se rio y se limitó a un abatido:

—No.

—Entonces, cuando solucionéis lo del gas volvéis a hacer el análisis toxicológico con otras muestras y ya está.

—No podemos, Nikki, ése es el problema. Esta mañana el cuerpo de Nicole Bernardin ha sido incinerado a petición de sus padres y enviado a Francia.

A pesar de la decepción y la frustración que sentía, Nikki trató a su amiga con la mayor delicadeza. Le dijo a Lauren que ni se le ocurriera sentirse responsable y que hablaría con ella más tarde para investigar lo ocurrido, puesto que resultaba algo sospechoso después de lo del guante desaparecido.

Los detectives Rhymer y Feller eran los únicos miembros de su equipo que estaban libres, así que cuando llegó a la comisaría Nikki les dijo que quería verlos de inmediato para ponerlos a trabajar en algo. Pero entonces vio que una luz parpadeaba en su mesa y decidió comprobar primero su buzón de voz.

El mensaje era de Lysette Bernardin, que llamaba desde París llorando. Entre su voz angustiada y el acento, al principio Nikki tuvo que esforzarse por entenderla, pero después todo resultó escalofriantemente claro. La señora Bernardin y su marido, Emile, querían saber cómo era aquello posible. ¿Cómo podía alguien haber incinerado el cuerpo de su hija en contra de sus deseos?

14

El detective Ochoa acudió a Heat para agradecerle que no le hubiera asignado la investigación del asunto de las bombonas de gas en el Departamento Forense.

—Aunque Lauren y yo estemos saliendo, que sepas que puedo ocuparme yo, si quieres. Pero mi chica se toma su trabajo muy en serio y ahora mismo tiene un disgusto de tres pares de narices. Así que prefiero que se ocupen Feller y Opie y yo hacer de paño de lágrimas. Me entiendes, ¿no?

—Lo entiendo, Miguel. Te recuerdo que yo estoy investigando el asesinato de mi madre. Me parece que los dos sabemos mantener los sentimientos a un lado.

Ochoa frunció el ceño.

—Yo no he dicho que sepa hacer eso. Pero te felicito. —Antes de marcharse añadió—: Supongo.

Nikki reunió a su equipo para dar nuevas instrucciones. La brigada andaba algo coja, con Hinesburg en Larchmont y los detectives Feller y Rhymer en el laboratorio, pero estaba deseando aprovechar el tiempo en su primer día de vuelta al trabajo y no quiso esperar a que estuvieran todos.

Mientras se acercaba desde su mesa, el detective Raley levantó la mano y dijo:

—Me acabo de enterar de algo que creo que os interesará. —A Nikki le dio un vuelco el corazón, temiendo que Raley pudiera meter la pata y se pusiera a informar sobre la cuenta bancaria que le había pedido que investigara en secreto. Pero Sean Raley era demasiado listo para eso—. En los últimos días he estado revisando grabaciones de cámaras de tráfico de la

calle 23 Este y por fin he encontrado algo. —Le pasó una fotografía en papel—. Esto es en la tercera avenida, justo después de que aquella furgoneta marrón intentara aplastaros a ti a y Rook.

—Sí que lo es. —Notaba como Rook alargaba el cuello para ver, así que Nikki sostuvo la fotografía en alto.

Rook dijo:

—Claro que es. Qué pena que la cámara no grabara al conductor.

—Ya lo sé —dijo el rey de las cámaras de vigilancia—. Y la matrícula es robada, pero mirad en el lateral de la furgoneta: Righty-O Carpet Cleaners. No os emocionéis, el nombre es falso. Y el teléfono también. —Consultó sus notas—. En la guía telefónica corresponde a un negocio llamado Fantasía de Amor.

Rook dijo:

—Ah, sí, es una línea caliente donde diosas del sexo hacen realidad tus fantasías más salvajes. Siempre que tengas tarjeta de crédito, claro. —Vio que Nikki le estaba mirando y añadió—: Al menos eso es lo que he oído.

Raley golpeó la foto con su bolígrafo.

—Me apuesto a que es la misma furgoneta que estaba aparcada a la puerta de la casa de Nicole Bernardin cuando la pusieron patas arriba.

—Habrá que comprobarlo —dijo Nikki—. Cuando vuelvan Rhymer y Feller que se acerquen a Inwood y se pongan a enseñar la foto por todas partes. Si coincide, mandadla a todas las comisarías. Buen trabajo, Sean. —Sonrió y añadió—: Es verdad que eres el rey.

Luego, mientras pegaba la fotografía en la pizarra dijo:

—Malcolm y Reynolds...

—Sí, ya estamos viendo nuestras iniciales al lado de «incineración» —dijo Reynolds.

—Quiero que averigüéis de dónde salió esa orden. Y no hace falta que os diga lo serio que es eso. No sólo porque alguien esté saboteando nuestra investigación, también es una profanación que ha causado muchísimo dolor a la familia de la fallecida.

Los detectives se daban cuenta de lo afectada que estaba Nikki por aquello y se las arreglaron para comprometerse a trabajar sin hacer los chistes

tétricos de siempre. Aunque la buena voluntad duró poco.

Los detectives Rhymer y Feller hicieron su entrada procedentes del Departamento Forense y Malcolm dijo:

—Mirad quién ha vuelto: los reyes de los gases.

Reynolds enseguida saltó:

—Pues sí que habéis tardado poco. ¿Qué pasa, que habéis venido a propulsión?

Y así estuvieron un rato. Nikki sabía que no había nada que hacer cuando un puñado de hombres entraba en aquella espiral de humor adolescente de vestuario, así que esperó a que hubieran terminado y contó un minuto en su reloj.

—Muy bien, ahora, si no os importa, que nos cuenten lo que han averiguado.

Ochoa dijo:

—Oíd, chicos, me parece que la jefa quiere cambiar de tema. Es decir, si habéis terminado de soltar todo el «gas».

Después de un coro de abucheos, Feller y Ryner contaron que el gas contaminado no había llegado por casualidad al Departamento Forense. Explicaron que el laboratorio encargado de la toxicología recibía periódicamente bombonas de gas a presión de un suministrador externo. Pero la mañana en que se hicieron las pruebas de Bernardin el camión de reparto fue robado y usado por los ladrones para entregar una tanda de bombonas contaminadas.

—¿Cómo puede ser que nadie denunciara el robo del camión? —preguntó Rook.

—Porque apareció en el aparcamiento con la carga original sólo una hora más tarde —dijo Rhymer—. Así que supusieron que alguien lo había cogido sólo para dar una vuelta.

Feller añadió:

—Y cuando el conductor de verdad hizo su entrega, en el Departamento Forense habían cambiado el turno, así que cogieron las bombonas y las guardaron como repuesto. Nadie dijo nada —dijo encogiéndose de hombros—. Un fallo en el sistema.

—Que alguien aprovechó para sabotear el análisis toxicológico de Bernardin —añadió Nikki.

Rhymer preguntó:

—¿Para qué querría nadie tomarse tantas molestias?

—Por la misma razón por la que hicieron incinerar el cuerpo —dijo Rook—. Para ocultar algo de los resultados. —Vio que los demás, por una vez, no le estaban mirando como si estuviera loco, así que continuó—: La cuestión es el qué.

—Y quién —dijo Nikki—. Quiero averiguarlo.

—Lógico.

Todos los detectives se volvieron a mirar al capitán Irons, de pie en la puerta. —Heat, tu equipo está desbordado, así que de esto voy a ocuparme yo personalmente.

Y se marchó, sin dar lugar a discusiones. Feller dijo:

—Imagino que después de la cagada con Hank Spooner, gordito relleno Wally quiere demostrar de lo que es capaz.

—O hacer valer su autoridad —dijo Ochoa—. Lo lleva claro.

Aunque no sentía ningún respeto por Irons como superior, Nikki no permitía comentarios despectivos sobre el capitán en público.

—Un poquito de respeto, ¿de acuerdo?

No necesitó decir nada más para que todo el mundo cerrara la boca. El detective Rhymer le preguntó:

—¿Qué piensas que está pasando aquí, detective Heat? Primero el guante que desaparece, luego el gas en mal estado y ahora incineran el cadáver.

—No son coincidencias, de eso estoy segura. —Nikki intercambió una mirada con Rook y ambos estaban pensando lo mismo: que la mano de la CIA, del departamento de Seguridad Nacional o incluso de alguna agencia extranjera clandestina podía estar detrás de todo aquello. Se preguntó si no habría llegado el momento de compartir lo que había averiguado en París con el resto del grupo. Entonces habló Raley y éste le evitó tomar la decisión.

—¿A nadie le parece raro que no encontráramos ninguna coincidencia para las huellas dactilares de Nicole Bernardin? Vamos a ver, era una extranjera residiendo en Estados Unidos y ¿no existe un registro de sus

huellas?

Malcolm añadió.

—Desde luego que es raro. Sobre todo teniendo en cuenta que en el 2004 los federales cambiaron el reglamento de inmigración de manera que hasta los ilegales tienen que dar sus huellas. ¿Cómo pudo Bernardin librarse de esa obligación?

—Y tampoco tiene un número de identificación de extranjeros —dijo Raley—. Con todos los años que estuvo viviendo en este país, ¿cómo podía no tener un documento de identidad? Estoy seguro de que sabes lo que quiere decir eso, detective Heat.

Ésta trató de tomar una decisión: atajar aquella hipótesis o contar la verdad. Lo segundo permitiría a aquellas personas tan inteligentes y tan deseosas de ayudar echarle una mano. Atajar la discusión sería más seguro, pero perjudicial a medio plazo. En un intento por ganar tiempo, tiró por la calle de en medio.

—Tengo algunas ideas, pero no estoy segura de que merezca la pena explorarlas.

—¿Por qué no? —preguntó Reynolds.

Rook dijo:

—Es que es top secret. *sólo para sus ojos*.

—¿Nicole Bernardin era una espía? —preguntó Raley, aunque en realidad no era una pregunta.

Nikki se volvió hacia Rook y negó con la cabeza. Éste dijo:

—¿Cómo lo han sabido?

—Déjame pensar..., ¿por lo de *sólo para sus ojos*?

—Lo siento, jefa.

Heat levantó las palmas de las manos separadas sólo por unos milímetros.

—Estaba a puntito de contároslo. Y ahora me falta sólo esto —juntó las manos—. Pero con todas las filtraciones que ha habido últimamente, necesito que me juréis que lo que se diga aquí no puede salir del grupo y que no vais a contárselo a nadie.

Todos, sin excepción, levantaron la mano derecha. Así que Nikki dio un salto de fe.

En ocasiones los riesgos salen a cuenta. Si Heat no se hubiera sincerado con los miembros de su brigada, no habría estado en el Midtown con Rook una hora después esperando al ascensor en el vestíbulo del prestigioso edificio Sole, emocionada por lo que podía ser la primera pista importante desde que vio a Nicole Bernardin en el vídeo del recital de piano de su madre.

Les había dado a los detectives una versión editada de los hechos, omitiendo lo del secuestro ruso, el encuentro con los de Seguridad Nacional y otros detalles íntimos. No estaba preparada para revelar secretos familiares, y mucho menos el feo rumor de que su madre había acabado por traicionar a su país. Era posible que los Roach lo dedujeran si sacaban algo en claro de la cuenta corriente secreta, pero ya cruzaría ese puente cuando llegara a él. Mientras tanto, con lo de la red de niñeras, Tyler Wynn y la CIA, la brigada ya tenía bastante que digerir. Nikki había terminado recordándoles de nuevo que no debían hablar con nadie de aquello y que tenían que decirle si alguien se ponía en contacto con ellos sobre algo referido a la investigación. Feller preguntó:

—¿Te refieres a la CIA? ¿Al FBI? ¿Los del cuartel general?

—Me refiero a cualquiera.

Nikki no dio más explicaciones y, como le había ocurrido cuando imitó el gesto de su madre en el kilómetro cero de París, se encontró de nuevo pareciéndose a ella: cada vez más hermética y calculadora, en lugar de franca.

Una de las ventajas prácticas de haber puesto al día a su equipo era que ahora podía asignar nuevas tareas, como, por ejemplo, que Rhymer comprobara la coartada del mayordomo del reality televisivo, Eugene Summers. Pero, más allá de la mecánica de trabajo, le permitía escuchar sus opiniones, aunque sólo fuera para confirmar las ideas que ella ya tenía. Reynolds había dicho:

—Lo primero que hay que hacer es encontrar a la gente a la que tu madre espiaba.

—Pero ¿por dónde empezamos? —dijo Nikki.

Rook había abierto su Moleskine por una página con la esquina doblada.

—He investigado a la familia norvietnamita que salía en las fotos de la

caja, aquélla a cuyo hijo tu madre estaba dando clase antes de la Conferencia de París. El padre era conocido, así que sale en Wikipedia. Él y la madre murieron en los ochenta, y desde entonces el hijo está en un monasterio.

—Rook, ya sé que la Wikipedia es la mejor amiga de un periodista de investigación —había dicho Randall Feller, no sin retranca—, pero mi instinto me dice que deberíamos centrarnos en la actividad de su madre justo antes de que fuera asesinada.

—Estoy de acuerdo. —El detective Malcolm había apoyado una de sus botas reglamentarias en el respaldo de una silla—. Yo digo que pasemos de lo viejo y nos centremos en su trabajo de espía en Estados Unidos. Lo de Europa va a ser difícil de rastrear y retroceder cuarenta años puede hacernos perder mucho tiempo.

Su compañero Reynolds había añadido:

—Eso es verdad. Los datos muy antiguos son más difíciles de comprobar y es poco probable que en ellos esté el móvil, a no ser que se trate de una vieja rencilla.

Heat, que ya se encontraba más animada gracias a aquellas aportaciones, había dicho:

—Sí, pero ¿cómo lo hacemos si no sabemos quiénes eran sus clientes entonces?

Entonces Rook había puesto cara de que se le había encendido la bombilla y saltó:

—Yo lo sé.

Y era verdad.

El ascensor les dejó en el piso cuarenta y seis, donde estaban las oficinas de Quantum Retrieval. La recepcionista les estaba esperando y les hizo pasar a un despacho situado en la esquina con tal rapidez que todavía tenían los oídos taponados de subir en el ascensor cuando les presentó al consejero delegado.

—Joe Flynn —dijo con una amplia sonrisa a la vez que les estrechaba la mano. Después de que Heat y Rook declinaran una botella de agua, Flynn les invitó a que se sentaran en una zona decorada en estilo colonial apartada de su mesa de trabajo.

Antes de sentarse, Rook echó un vistazo al Rockefeller Center, abajo. La pista de patinar hacía tiempo que se había descongelado y la sustituían mesas de café que los camareros preparaban para servir cenas.

—Bonita vista. El negocio debe de ir bien.

—Lo mejor que he hecho en mi vida fue dejar de seguir a parejas adúlteras en moteles siniestros y pasarme al recobro de seguros. Aquél fue mi verdadero salto cuántico. —Hizo una pausa para permitirles que establecieran la relación entre la metáfora y el nombre de la compañía. Flynn era un hombre de aspecto bronceado, saludable y rico, como el médico de una serie de televisión. A Rook no le gustó la manera en que aquel sexy investigador de seguros miraba a Nikki, así que se sentó cerca de ella en el sofá.

—Me llevó una semana recuperar la primera obra de arte robada y con ello gané lo mismo que en tres años de pisarles los talones a cónyuges errantes... Por no hablar de los que no estaban teniendo ninguna aventura —dijo apuntando a Nikki con el dedo. Después le dirigió una sonrisa de dientes blancos que Rook estuvo seguro de que eran cortesía de Brite Smile, la clínica dental de los famosos en la Quinta Avenida.

Nikki dijo:

—Así que se acuerda de que mi padre le contrató en una ocasión.

—Fue hace diez años, pero Heat no es un nombre tan común. Además, usted es igual que su madre. Y eso es un gran cumplido, en mi humilde opinión.

Rook, que no había previsto aquello cuando se le ocurrió lo de ir a ver a Joe Flynn en busca de información, trató de atajar el flirteo descarado de éste yendo al grano:

—La investigación del asesinato de Cynthia Heat sigue abierta.

—Lo vi en el *Ledger* —dijo Flynn— y anoche en la televisión. Pensaba que habían cogido al asesino.

—Por el momento no hemos llegado a ninguna conclusión —dijo Heat—. Necesitamos investigar más a fondo.

—Investigar a fondo es lo mío —dijo Flynn haciendo que Rook se acercara aún más a Nikki, algo que no pareció desanimarle—. ¿Necesita que le investigue algo, Nikki?

—Eso espero. ¿Conserva todavía los informes de cuando la estuvo siguiendo y cualquier otra comprobación que hiciera sobre la gente con la que pasaba tiempo mi madre?

—Pues vamos a ver. —Flynn cogió un iPad de la mesa que tenía al lado y empezó a pulsar la pantalla. Vio que Rook le observaba y dijo—: Le recomiendo comprarse uno. Es genial. A mí éste me lo regalaron los fabricantes antes de que lo comercializaran, cuando les recuperé un prototipo robado. Algún imbécil se lo había dejado olvidado en un bar. Increíble. — Pulsó la pantalla y dijo—: Aquí está. Verano-otoño de 1999. Profesora de piano, ¿verdad?

—Sí —dijo Nikki.

—Aquí está. —La miró—. Normalmente pediría una orden judicial, pero como este caso es un poco delicado, nos saltaremos las formalidades. ¿Le parece bien, detective?

—Muy bien.

Tocó de nuevo la pantalla.

—Le estoy imprimiendo una copia ahora mismo. Si me da su email, se la mando adjunta también.

Nikki le dio una tarjeta.

—También viene mi número de teléfono.

—Pero sólo necesita el correo electrónico, ¿verdad? —dijo Rook—. Para adjuntar el archivo.

—Sí —dijo Flynn—. Entonces, ¿creen que estas personas pudieron matarla?

—Es difícil saberlo. Déjeme hacerle una última pregunta. A usted le contrataron para que averiguara si estaba siendo infiel. ¿Observó alguna cosa más? ¿Discusiones? ¿Alguien amenazando a mi madre? ¿Hizo alguna cosa o fue a alguna parte fuera de lo normal que usted no registrara porque no formaba parte estrictamente de lo que le habían pedido?

Flynn se tiró de la oreja mientras pensaba.

—No que yo recuerde. Han pasado bastantes años, pero seguiré pensando. Si se me ocurre algo, la llamaré, desde luego.

—Estupendo.

—¿Puedo hacer algo más? —preguntó Flynn—. Lo que sea.

—Sí —dijo Rook interponiéndose entre los dos—. ¿Validan los tickets de aparcamiento?

Cuando volvieron a la comisaría, Rook todavía estaba picado por cómo Joe Flynn había intentado ligar con Nikki.

—Es evidente que ese tío ha estado demasiado tiempo persiguiendo a mujeriegos y degenerados. Si pasas mucho tiempo en moteles de mala muerte las chinches acaban por picarte. —Heat ignoró sus quejas y se dedicó a hacer una lista de nombres sacados del archivo de Flynn sobre su madre, y encargó a distintos miembros de la brigada que los investigaran. La lista no la pegó, sin embargo, en la pizarra, pues no era para que la viera todo el mundo.

Mientras tanto empezaba a haber resultados. Se confirmó la coartada de Eugene Summers. Aduanas tenía constancia de que había estado en Europa en noviembre de 1999. Y la noche de la muerte de Nicole Bernardin, el mayordomo más famoso de la televisión estaba en Los Ángeles, rodando en la mansión Playboy. Malcolm y Reynolds también habían averiguado el paradero exacto de Hank Spooner dentro del área del crimen. En el momento en que, según había confesado, estaba apuñalando a Bernardin en Larchmont (Nueva York), su tarjeta de crédito lo situaba en Providence (Rhode Island), en una sala de juegos de la cadena Dave & Buster's hasta medianoche. Los detectives mandaron la fotografía de Spooner al encargado de la sala, quien confirmó que había estado allí hasta la hora de cierre acosando a las camareras.

Armados con la lista de Flynn y dossiers sobre alguno de los nombres que figuraban en ella para leerlos por la noche y así poder empezar los interrogatorios al día siguiente, Heat y Rook apagaron las luces del despacho abierto de la comisaría y se dirigieron al *loft* de éste, donde pensaban encargarse de la comida y dedicarse a estudiar un rato.

A aquella hora de la noche, cuando faltaban treinta minutos para que empezaran los espectáculos en Broadway, resultaba imposible encontrar un taxi en dirección sur, así que desistieron y cogieron el metro. Cuando su tren se detuvo en la 66, ambos se giraron en sus asientos para ver qué tal iban las reparaciones de los azulejos dañados por el terremoto. Las obras habían

terminado aquel día, pero, mientras se alejaban, detrás del cordón de seguridad y de las borriquetas, vieron que el mosaico de los acróbatas y las divas ya estaba siendo restaurado. Fue entonces cuando Nikki, al darse la vuelta, reparó en que un hombre la miraba. Lo que le delató fueron sus ojos, que apartó rápidamente en cuanto Nikki le vio.

No le dijo nada a Rook y, en lugar de ello, dos paradas después, sin quitarle ojo al hombre al final del vagón, sacó con la mayor naturalidad su teléfono móvil, escribió una nota y lo apoyó en el regazo de manera que Rook pudiera leerla: «No mires. Al fondo del vagón. Traje gris, camisa blanca, barba negra. Nos está vigilando». Rook, cuya especialidad no era seguir instrucciones, la sorprendió al no mirar. En lugar de ello, acercó un muslo al de Nikki mientras musitaba:

—Vale.

El hombre permaneció como estaba durante muchas paradas. En Christopher Street, Nikki aprovechó el bullicio de pasajeros entrando y saliendo para echarle un vistazo rápido, y reparó en que a la altura de la cadera el abrigo estaba abultado. Tecleó: «Va armado», lo que provocó que Rook le mirara inmediatamente. En cuanto esto ocurrió, el hombre se puso en pie.

Heat le observó sin mirarle directamente, sólo de reojo, al tiempo que apoyaba la mano en el regazo, preparada para desenfundar.

En la estación de Houston, el hombre salió sin mirarles.

—¿Qué opinas? —dijo Rook.

—Igual no era nada. Podía ser un policía de la secreta vigilándome porque también llevo un arma.

—Entonces, ¿por qué se ha bajado?

—Supongo que nunca lo sabremos —dijo Nikki levantándose mientras el tren se detenía en Canal Street—. Ésta es la nuestra.

Subieron las escaleras hasta la acera y caminaron sin dejar de lanzar miradas a su alrededor. En la intersección, donde convergen Broadway Oeste y la Sexta Avenida, había mucha gente, como de costumbre, pero la acera estaba despejada. Entonces Rook dijo:

—Heat, el Impala azul.

Nikki miró hacia donde Rook le indicaba, al otro lado de la Sexta Avenida, y vio al hombre del metro en el asiento del copiloto de un Chevy azul que se detenía en aquel momento.

—Por aquí —dijo y los dos giraron en dirección opuesta, sin correr, pero caminando a buen paso para ponerse a cubierto detrás de la fila de furgonetas de reparto aparcadas frente a la oficina de correos. Al pasar junto a la furgoneta aparcada en tercer lugar, un segundo hombre salió de detrás, bloqueando la acera. Nikki hizo ademán de sacar el arma.

—Yo no lo haría —dijo el hombre. Abrió las manos para que vieran que estaban vacías, pero sabían que no estaba solo. Otros dos hombres los flanquearon en la acera con las manos metidas en los bolsillos de sus abrigos. Unas pisadas a su espalda les confirmaron que estaban rodeados. El lugar era perfecto para una emboscada, una calle oscura sin ventanas, y Heat se maldijo por haber caído en la trampa. Seguía con la mano apoyada en la pistola, pero no desenfundó.

—Me ha estado usted investigando, detective, y quiero saber por qué. —Dejó caer las manos a ambos lados de su traje a medida y se acercó. Con su cabeza rapada y su perilla se parecía a Ben Kingsley. Pero no al Ben Kingsley de *Gandhi*. Más bien al Ben Kingsley amenazador de *Sexy Beast*.

Fue entonces cuando Nikki reconoció a Fariq Kuzbari, encargado de seguridad de la delegación siria en Naciones Unidas, de pie delante de ella.

—Tengo algunas preguntas que hacerle, señor Kuzbari. ¿Por qué no se pasa por mi comisaría mañana en horas de oficina en lugar de hablar aquí, en una calle, por la noche? Supongo que tiene la dirección.

El hombre rio.

—Eso me resultaría un poco complicado. Tengo inmunidad diplomática, como sabe, y de esta manera le ahorro una decepción.

—Conque inmunidad, ¿eh? ¿Qué le parecería a su embajador tener que explicar que el encargado de su policía secreta y su cuerpo de seguridad han abordado a una agente de policía de Nueva York en una calle de Estados Unidos?

—Mire que es usted chula.

—No sabe cuánto —dijo Rook.

Kuzbari dijo algo en árabe a su séquito y los miembros de éste apartaron las manos de las armas.

—¿Mejor así?

Heat evaluó la situación y apartó la mano de su Sig. Kuzbari frunció el ceño.

—Entonces, ¿qué preguntas quería hacerme?

Pensó en insistir en lo de la comisaría, pero se dio cuenta de que al sirio no le faltaba razón. Si no le daba respuestas o, peor aún, si no se presentaba a la cita, no ayudaría en nada.

—Son sobre un homicidio que estoy investigando.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Una mujer fue asesinada en 1999. Era la profesora particular de piano de sus hijos. Y también mi madre.

Si Kuzbari cayó en la cuenta del parecido físico entre Cynthia y Nikki, no lo demostró.

—Mi más sentido pésame. Sin embargo, me temo que tengo que preguntarle otra vez qué tiene que ver esto conmigo.

—Estuvo en dos ocasiones en su casa el verano antes de que la mataran. Pasó con ustedes cinco días en un complejo vacacional en Berkshires, señor Kuzbari.

—Todo eso es verdad, por lo que recuerdo. Sin embargo, si lo que está insinuando es que yo mantuve alguna clase de relación con su madre, está usted perdiendo el tiempo y haciéndomelo perder también a mí.

Nikki no estaba sugiriendo nada de eso, puesto que Joe Flynn había descartado la posibilidad de que su madre hubiera tenido una aventura, pero su experiencia interrogando a gente le decía que era mejor callarse, para ver hasta dónde llegaba Kuzbari.

—En cuanto a aquella semana en Berkshires (en Lenox, creo recordar) fue cualquier cosa menos una escapada romántica. Yo estaba allí para ocuparme de la seguridad del embajador en un simposio y pasé todo el tiempo con él. Su madre estaba en un bungalow aparte con mi mujer y mis hijos y otra familia que también había ido a las reuniones.

—¿Puedo preguntarle quiénes eran?

—¿Para que pueda acosarles también a ellos? Detective Heat, entiendo su interés por resolver este caso, pero estoy seguro de que no puedo serle de ayuda. Así que, si no quiere nada más, terminemos esta reunión y sigamos con nuestras vidas.

Antes de que Nikki pudiera decir nada, se volvió y desapareció entre las furgonetas de correos. Oyeron cerrarse la portezuela de un coche y después el resto de los hombres desaparecieron, dejando a Heat y a Rook solos en la acera. Éste dijo:

—Por lo menos esta vez no nos han puesto un saco en la cabeza.

A la mañana siguiente fueron caminando por Fulton hacia South Street Seaport para visitar a otro de los clientes de la madre de Nikki. En esta ocasión, y para evitar emboscadas por sorpresa, habían concertado una cita. Cuando Rook se detuvo a leer la placa del monumento conmemorativo al Titanic, Nikki dijo:

—He estado pensando en nuestro encuentro con Fariq Kuzbari. Si yo tengo la sensación de estar metiéndome en arenas movedizas en esta investigación, imagina cómo debió de sentirse Carter Damon.

Siguieron andando y Rook dijo:

—No estarás justificando a ese inútil, ¿verdad?

—Para nada. Lo que pasa es que ahora me doy cuenta de que, con el investigador tan mediocre que era, no es extraño que se sintiera superado y abandonara.

—¿Y qué me dices de Kuzbari? Después de su alarde de chulería, ¿le vas a tachar de la lista?

—No, eso lo decido yo y no él. Pero tengo la corazonada de que Kuzbari no merece que le prestemos tanta atención, así que voy a concentrarme en otros nombres de la lista de Flynn, de momento. Siempre puedo volver a él más tarde, si hace falta.

—¿He oído bien? ¿Has dicho que tienes una corazonada? Detective Heat, ¿no se le estarán pegando las malas costumbres de quien yo me sé? ¿No estará usted empezando a pensar como un escritor?

—Pégame un tiro, anda. Olvida lo de la corazonada. ¿Quieres oír mi deducción? Muy bien. Aunque Kuzbari estuviera implicado, no es probable

que él sea personalmente el asesino. Tiene todo un equipo de matones trajeados para hacerle el trabajo sucio y estoy segura de que tiene coartada. Además, sería complicado investigarle por su inmunidad diplomática. No imposible, pero nos quitaría tiempo y energía. Y mientras tanto tengo otros tres que investigar y los dos sabemos que no nos queda demasiado tiempo antes de que el capitán Irons saque otra vez su varita mágica. No, Rook, esto es pensar por eliminación, no lo llares corazonada. Digamos que estoy... haciendo uso de instintos nacidos de la experiencia.

—Un escritor no lo habría expresado mejor.

Un empleado de la limpieza que estaba regando el empedrado del centro comercial cerró el grifo para dejarlos pasar cuando llegaron a la entrada principal de Brewery Boz. El famoso edificio de ladrillo no solo había sido restaurado y convertido en la principal sede estadounidense de la compañía de cerveza británica, además ofrecía a los turistas un pub inspirado en la Inglaterra de Dickens. El propietario y maestro cervecero Carey Maggs los recibió en el vestíbulo y la legendaria flema británica desapareció de su rostro en cuanto vio a Nikki.

—Madre mía —dijo con acento de Mayfair—. Eres igualita que tu madre.

Maggs tenía buenas razones para no dar crédito a lo que veía. En 1976, en Londres, cuando sólo tenía ocho años, su padre, el magnate cervecero, había contratado a la madre de Nikki para que le diera clases de piano. Después de emigrar a Estados Unidos en 1999, Carey Maggs había recogido la antorcha de su padre contratándola para que enseñara a su hijo.

—El círculo de la vida —dijo Rook.

—No hace falta que me digan que la historia siempre se repite. Aquí me tienen, haciendo cerveza, lo mismo que mi padre en Inglaterra —dijo Maggs mientras les hacía una visita guiada por la fábrica. El aire húmedo de las gigantescas instalaciones estaba tan impregnado de levadura y de malta que casi se podían masticar y atraía y repugnaba al mismo tiempo, dado lo temprano de la hora. Mientras dejaban atrás enormes tinajas y contenedores de los que brotaban tubos y cañerías enroscadas, Carey Maggs les describió sucintamente el proceso de fabricación y les explicó cómo todo se hacía allí mismo: el malteado, el volcado en contenedores, la fermentación, la

preparación y el filtrado.

Rook dijo:

—No sé por qué pensaba que todos estos contenedores serían de cobre.

—Acero inoxidable. No afecta al sabor de la cerveza y es fácil de limpiar y esterilizar, lo que resulta fundamental. Esas tinas de ahí tienen revestimiento exterior de cobre, pero el motivo es solo estético, porque se ven desde el pub.

—Impresionante. Su padre debe de sentirse orgulloso de que haya continuado con su legado —dijo Nikki.

—Pues no tanto. Estamos en desacuerdo respecto al modelo de negocio. Mi padre bautizó su marca de cerveza igual que el personaje borracho de una novela de Dickens, *El misterio de Edwin Drood*.

—Durdles —dijo Nikki recordando la afición de su padre a dicha cerveza.

—Eso mismo. Bien, pues mi querido padre parecía olvidarse de que las novelas de Charles Dickens denuncian la injusticia social y la avaricia de las corporaciones. Así que ahora que yo dirijo la compañía, no sólo he expandido la marca a pubs y cervecerías, sino que también dono la mitad de los beneficios a Mercator Watch. Es una fundación que se dedica a combatir la explotación laboral infantil. Yo la llamo Contra la Avaricia sin Fronteras. ¿Han oído hablar de ella?

—No —dijo Rook, aunque le encantó el nombre—. Pero con ese título ya tengo un artículo para *Rolling Stone*.

—Tal y como yo lo veo, ¿cuántos millones hace falta ganar cuando la mitad del mundo se muere de hambre o no dispone de agua potable? Claro que estas ideas son demasiado radicales y socialistas para mi anciano padre, que por otro lado es un auténtico Scrooge. Irónico, ¿no? —Carey rio y se peinó con el dedo un rizo rebelde que le había caído sobre la frente—. Siento la charla. Supongo que no han venido hasta aquí para oír mi discurso.

Los tres se sentaron en unos taburetes de cuero rojo en la barra del pub vacío y Nikki dijo:

—De hecho, tengo algunas cosas importantes de las que quiero hablar con usted. Estoy investigando el asesinato de mi madre y, puesto que usted la

trató durante muchos años, igual puede darme algo de información.

—Claro. Ahora me siento todavía peor por haberles dado la charla. Me encantará ayudar. —Abrió mucho los ojos—. Pero no soy sospechoso, ¿verdad? Porque sería un verdadero asco, sobre todo teniendo en cuenta lo que sentía por ella. Quiero decir que Cynthia era maravillosa.

Nikki no le dijo si era o no sospechoso porque aún no lo sabía. En vez de eso, procedió a hacer sus preguntas. Las había preparado con cuidado, consciente de que una entrevista como aquella podía ser delicada porque tenía que evitar contar que su madre había sido espía. Así que decidió que procedería como cada vez que interrogaba a un testigo o a alguna persona relacionada con el caso, y esperaría a ver cuál era su reacción: nerviosismo, inconsistencias, mentiras o incluso pistas nuevas.

—Si puede, haga memoria hasta el mes anterior a que la mataran —empezó—. Noviembre del 99. ¿Observó algún cambio en el comportamiento de mi madre?

Maggs pensó unos instantes y dijo:

—No, que yo recuerde.

—¿Le contó si tenía alguna preocupación? ¿Parecía alterada? ¿Mencionó si alguien la estaba molestando, amenazándola?

—No.

—¿Dijo si alguien la estaba siguiendo?

Maggs pensó de nuevo y negó con la cabeza.

—Nada de eso tampoco.

Entonces Nikki trató de averiguar si su madre había estado espionando en aquella casa.

—Durante el último mes que trabajó para ustedes, ¿notaron su esposa o usted que algo cambiara en la casa?

Carey Maggs parecía confuso.

—¿Que cambiara en qué sentido?

—En cualquiera. Cosas fuera de su sitio. Cosas que faltaran.

Maggs cambió de postura en el taburete.

—No entiendo nada, detective.

—No tiene que hacerlo, sólo intente recordar. ¿Entró alguna vez en una

habitación y tuvo la impresión de que alguien había cambiado alguna cosa de lugar? ¿O que se habían llevado algo?

—Pero ¿por qué iba a pasar algo así? Me ha preguntado si Cynthia parecía alterada. ¿Es que tenía alguna clase de enfermedad mental? ¿Se había vuelto cleptómana?

—No estoy diciendo eso. Sólo le pregunto si había alguna cosa cambiada en la casa. ¿Recuerda algo así?

—No —dijo—. Para nada.

—¿Y qué hay de las otras personas que vivían en su casa entonces?

—Se da cuenta de que estamos hablando de hace diez años.

—Sí, pero no me refiero a fontaneros o a mensajeros. Invitados. ¿Tenían algún invitado en su casa por aquel entonces?

—Vamos a ver, ¿me está diciendo que igual la mató algún conocido nuestro?

—Señor Maggs, me resultaría de gran ayuda si dejara de intentar adivinar cosas y se centrara en lo que le estoy preguntando.

—Muy bien. Siga.

—sólo quiero saber si entonces tenían algún invitado. Que se quedara a dormir. O a pasar el fin de semana. —Nikki había rodeado con un círculo una nota del informe de Flynn que decía que un hombre de unos treinta años había estado en la residencia de los Maggs la semana inmediatamente anterior a que el padre de Nikki le diera instrucciones de abandonar la investigación—. ¿Había alguien alojado en su casa en el tiempo en que mi madre estuvo allí dando clases?

Cragg movió la cabeza despacio.

—No. Me parece que no.

Rook dijo:

—Fue más o menos en Acción de Gracias ¿No vinieron a verles amigos o parientes la semana antes de Acción de Gracias?

—Es que en Inglaterra no celebramos esa fiesta, así que tendría que hacer memoria. —Formó una uve con dos dedos y se los llevó a los labios—. A ver, ahora que lo pienso, me parece que un compañero mío de la universidad estuvo con nosotros aquella semana. Lo de Acción de Gracias me ha hecho

recordar, porque los niños estaban de vacaciones. Teníamos pensado irnos ese fin de semana a Londres y mi amigo nos iba a cuidar el apartamento mientras estuviésemos fuera. —Se dio cuenta de las implicaciones de lo que estaba diciendo y se puso nervioso—. Pero si están pensando que él tuvo algo que ver, no me lo creería; es imposible.

Nikki pasó página en su cuaderno de espiral.

—¿Puede darme el nombre de su amigo? —Carey cerró los ojos despacio y puso cara de abatimiento—. Señor Maggs, por favor, necesito que me dé el nombre.

Con un tono de voz extrañamente neutro, Carey Maggs dijo:

—Ari. Ari Weiss. —Después abrió los ojos. Daba la impresión de que contar aquello le había despojado de algo.

Nikki habló, serena pero con tono insistente:

—¿Me dice cómo puedo ponerme en contacto con él?

—No puede —dijo.

—Tengo que hacerlo.

—Pero es que no puede. Ari Weiss está muerto.

—Confirmado —dijo Rook encorvado frente a la pantalla de su mesa, de vuelta en la comisaría. Heat se acercó a él mientras leía en voz alta—: Necrológica del doctor Ari Weiss. Dice que se licenció en la Facultad de Medicina de Yale, que tuvo una beca Rhodes (ahí debió de ser cuando conoció a Carey Maggs, en Oxford) y que murió de una enfermedad rara de la circulación sanguínea llamada babesiosis. Dice aquí que es una enfermedad parasitaria parecida a la malaria que, igual que la de Lyme, por lo general la produce una garrapata, aunque también puede contagiarse durante una transfusión, bla, bla, bla.

—Rook, este hombre está muerto ¿y todo lo que se te ocurre decir es bla, bla, bla?

—No tengo nada contra él. Lo que pasa es que en cuanto oigo hablar de enfermedades raras que tengan que ver con garrapatas, me empieza a picar todo el cuerpo y tengo que tomarme la temperatura cada cinco minutos.

—Desde luego contigo me ha tocado el premio gordo, Rook. —Nikki pulsó el dedo pulgar sobre la necrológica en la pantalla—. Pero, bueno, el

caso es que esta nueva pista nos conduce a otra persona muerta. ¿Cuándo fue?

—En el 2000. —Rook cerró la página web—. Eso lo elimina como sospechoso del asesinato de Bernardin.

Nikki trató de no desanimarse ante este nuevo punto muerto en la investigación. Estaba pensando en que luego investigaría un poco más por su cuenta a Ari Weiss, cuando los Roach... la sobresaltaron:

—Detective Heat...

Se volvió y vio a la pareja de pie delante de ella, con aspecto abatido.

—Contadme —dijo.

—Mejor te lo enseñamos —dijo Ochoa.

Mientras Nikki y Rook seguían a los Roach por el despacho abierto, Raley dijo:

—Esto lo he encontrado hace unos minutos, pero he esperado a que Sharon Hinesburg se cogiera su descanso de dos horas para comer. —Se sentó a su mesa y pulsó algunas teclas en el ordenador.

Ochoa dijo:

—Es el extracto de noviembre de 1999 de la cuenta particular de tu madre en el New Amsterdam Bank and Trust.

En el monitor apareció un documento en PDF lleno de cifras. Raley echó su silla hacia atrás para que Nikki pudiera leerlo. Como confirmación de sus peores sospechas, el detective Raley susurró:

—Según esto, a tu madre le ingresaron doscientos mil dólares el día antes de que la mataran.

—¿Tienes alguna idea de qué puede ser esto? —le preguntó Ochoa.

Nikki no contestó. Porque de hacerlo habría tenido que decir que todo indicaba que su madre había vendido su país por dinero.

La cabeza le daba vueltas. Se volvió para mirar de nuevo el documento con la esperanza de haberse equivocado, pero la imagen se borró ante sus ojos. Pequeños escalofríos le provocaban temblores en las manos, y cuando cruzó los brazos sobre el pecho para disimularlos, todo el cuerpo empezó a experimentar sacudidas que le irradiaban desde las articulaciones. Mientras le fallaban las piernas oyó la voz de Rook, que parecía venir del otro lado de un

túnel, preguntándole si estaba bien. Nikki se volvió para dirigirse a su mesa, pero cambió de opinión y en lugar de eso salió tambaleándose del despacho, y chocó con una silla, o quizá fuera una mesa, por el camino.

Cuando salió a la calle el aire fresco no hizo que se sintiera mejor. La cabeza todavía le daba vueltas en un verdadero torbellino de pánico. Incluso en la soleada luz de la mañana seguía teniendo la vista nublada por una niebla azul e intensa, como cuando el vapor se condensa en una mampara de ducha. Se frotó los ojos, pero cuando volvió a abrirlos delante tenía una pantalla de hielo azulado. Detrás de ella había siluetas moviéndose que le resultaban familiares pero irreconocibles. Una cara la miró a través de la escarcha. Parecía la suya propia reflejada en un espejo sucio. Pero podía ser la de su madre.

No lo sabía.

En algún lugar a su espalda oyó que la llamaban por su nombre.

No sabía desde dónde.

Unos neumáticos chirriaron y aulló un claxon. En un gesto instintivo para protegerse, levantó las palmas de las manos y éstas chocaron contra una rejilla metálica recalentada mientras unas ruedas frenaban en seco. No se cayó, pero el susto hizo que la capa de hielo que le obstruía la visión se abriera lo suficiente para ver que había estado a punto de ser atropellada por un camión.

Se volvió y corrió sorteando el tráfico de la avenida Columbus. Corría hacia algún lugar, cualquiera.

El caso era huir.

15

Hay una estatua ecuestre de Theodore Roosevelt a la entrada del Museo de Historia Natural, cruzando Central Park. Rodeando el famoso monumento, en la pared de piedra de la peana, una docena de inscripciones enumeran los logros del gran presidente: ranchero, estudioso, explorador, científico, conservacionista, naturalista, estadista, autor, historiador, humanista, soldado y patriota. Frente a estas palabras hay dispuesta una hilera de bancos de piedra para la contemplación.

Cuando Rook alcanzó a Heat, ésta estaba sentada en el banco de «estadista», inclinada hacia delante e hiperventilando.

Vio los zapatos y las perneras del pantalón de Rook antes que a él y, sin levantar la cabeza, susurró:

—Vete.

Rook la ignoró y se sentó en el banco contiguo. Durante un rato ninguno dijo nada. Nikki seguía con la cabeza inclinada y Rook le apoyaba la palma de una mano en la espalda. Subía y bajaba con cada respiración de Nikki.

Pensó en cómo, sólo unas noches atrás, los dos se habían abrazado en el Pont Neuf de París mientras él contemplaba los gruesos muros de piedra que dirigían el cauce del Sena. Y también recordó haber pensado qué ocurriría si uno de esos muros se resquebrajaba.

Ahora lo sabía.

Y se dispuso a contener los daños.

—No es nada concluyente y lo sabes —dijo en cuanto la respiración de Nikki volvió a la normalidad—. Es sólo un ingreso bancario. Puedes ponerte en lo peor, si lo prefieres, pero me parece que haciéndolo estarías violando

una de tus reglas de oro, la de no sacar conclusiones antes de tener pruebas. Eso más bien es lo que hago yo.

Ni una risa, ni siquiera un soplido. En vez de eso, Nikki cruzó las manos alrededor de las rodillas y apoyó en ellas la frente. Luego habló:

—Me pregunto si merece la pena. En serio, Rook, igual debería dejarlo estar. La investigación quiero decir. El pasado, pasado está, dejar que todo lo feo..., no sé..., se congele en el tiempo.

—¿Me estás hablando en serio?

—Me lo estoy planteando, y es la primera vez que hago algo así. —Nikki suspiró y la respiración se le entrecortó. Después, con un hilo de voz quejumbrosa dijo—: Pero entonces me repito que lo estoy haciendo por ella.

—¿Y es así?

—¿Por qué si no?

—No lo sé. Igual lo estás haciendo por ti misma, porque necesitas averiguar qué parte de tu madre forma ahora parte de ti. Ésa es la mejor razón que se me ocurre. —Hizo una pausa y después añadió—: Aunque también podrías tirar la toalla ahora que las cosas se ponen difíciles, como hizo Carter Damon. —Heat se enderezó y le miró furiosa—. Oye —dijo Rook—, te estoy dando todas las posibilidades.

—Sí, claro. Y comparándome con ese incompetente.

—Tengo mis momentos. —Rook miró hacia la estatua ecuestre de Roosevelt que dominaba Central Park West—. Era una fuerza de la naturaleza ese hombre, ¿verdad? ¿Sabías que también fue comisario general de la policía de Nueva York? Le contaron que el departamento era un desastre, lleno de corruptos y de vagos. Antes de dos años lo había metido en cintura. Tú me recuerdas a él. Aunque tendrías que arreglarte mejor ese bigote.

Nikki rio. Después se quedó pensativa y miró a Rook intensamente, viendo en él algo valioso, infinito. Por fin se puso en pie.

—Es hora de volver al trabajo, ¿no?

—Si insistes... Y si estás lo bastante loca como para seguir adelante, yo también lo estoy para seguirte.

Algernon Barrett era el siguiente nombre de la lista de clientes ricos de su

madre que Nikki había obtenido del investigador privado, y cuando aparcó delante de su tienda le tuvo que preguntar a Rook si no se habrían equivocado de dirección. Situada en un callejón sin salida de fábricas de cemento y desguaces en el Bronx, la compañía de catering jamaicano de Barrett, Do the Jerk, parecía cualquier cosa menos próspera.

—¿Sabes lo que dicen de no juzgar por las apariencias? —dijo Rook abriéndose paso entre los hierbajos que asomaban por las losetas de camino a la entrada principal—. Pues cuando se trata de caterings, no hay que juzgar por las cucarachas.

Sin embargo, mientras esperaban en un pequeño vestíbulo, que más parecía la entrada a un túnel de lavado, Rook se asomó por las puertas dobles que daban a la cocina y dijo:

—Retiro lo dicho, uno podría comer perfectamente en ese suelo sin ser un ratón.

Tuvieron que esperar veinte largos minutos antes de que la recepcionista contestara al telefonillo y los acompañara por un pasillo sucio de paredes de conglomerado hasta la oficina del propietario. Algernon Barrett, un jamaicano delgado como un alfiler con una impresionante cascada de rastas al más puro estilo Manny Ramírez que asomaban desde debajo de su boina de ganchillo, ni se levantó. Permaneció sentado detrás de su gigantesca mesa, rodeado de montones de tarros de especias, paquetes de UPS sin abrir y revistas de carreras de caballos repartidos de cualquier manera, sin hacerles un solo gesto de bienvenida. De hecho, con las gafas de sol de marca que llevaba puestas, era difícil saber si estaba despierto. Su abogada en cambio sí lo estaba. Helen Miksit, antiguo azote de las estrellas, que había dejado la oficina del fiscal para abrir su propio despacho y se había labrado una reputación igualmente poderosa al otro lado del estrado, ocupaba una silla junto a su cliente. La Bulldog, que era como la llamaban, tampoco hizo lo que se dice un alarde de buenos modales.

—Yo de ustedes ni me molestaría en sentarme —dijo.

—Un placer volver a verte, Helen. —Nikki alargó una mano que la abogada estrechó sin levantarse.

—La primera mentira de la mañana. Estaba intentando recordar cuándo

nos vimos por última vez, Heat. Ah, sí, en la sala de interrogatorios. Estabas apretándole las tuercas a mi cliente, Soleil Gray. Cuando no pudo soportarlo más se suicidó.

Aquello no era verdad; las dos sabían que la famosa cantante había saltado a la vía del tren a pesar de las palabras de Nikki y no por causa de ellas. Pero a la Bulldog le gustaba hacer honor a su apodo, así que ponerse a discutir con ella habría sido como alimentar a la bestia.

En un acto de desafío, Rook cogió dos sillas plegables que había delante de una pantalla donde retransmitían un torneo de póquer por cable y las colocó para que Nikki y él pudieran sentarse.

—Tú mismo —le dijo Miksit.

—Señor Barrett, estoy aquí para hacerle algunas preguntas sobre la época en que mi madre, Cynthia Heat, fue profesora particular de música de su hija.

La Bulldog cruzó la piernas y se recostó en la silla.

—Pregunte lo que quiera, detective. Le he aconsejado a mi cliente que no conteste a nada.

—¿Por qué, señor Barrett? ¿Es que tiene algo que ocultar? —Heat decidió presionar un poco. Con aquella abogada que se había traído, cualquier sutileza sería ignorada y/o atajada de raíz.

Barrett se enderezó en su silla:

—¡No!

—Algernon —dijo Miksit. Cuando su cliente se volvió hacia ella se limitó a negar con la cabeza y éste volvió a su postura anterior.

—Detective, si quiere saber algo sobre los célebres adobos y marinadas criollas de inspiración caribeña del señor Barrett, estupendo. Si lo que quiere es solicitar una franquicia para uno de los camiones gourmet de su marca Do the Jerk, me aseguraré de que le den un formulario.

—Eso es —dijo Barrett—. Tengo una compañía rentable y me ocupo de mis asuntos; sí, señor.

—Entonces, ¿por qué necesita una abogada tan cara? —preguntó Heat—. ¿Necesita protección por algún motivo especial?

—Sí, la necesita. Mi cliente acaba de obtener la ciudadanía y necesita la protección a que tienen derecho todos los estadounidenses de policías que se

exceden en sus atribuciones. ¿Hemos terminado?

—Mis preguntas —dijo Nikki— son parte de una investigación de homicidio. ¿Quizá su cliente prefiera que hagamos esta entrevista en la comisaría?

—Eso lo decide usted, Heat. Mis honorarios son siempre los mismos independientemente del lugar.

Nikki tenía la sensación de que Barrett se estaba parapetando detrás de un abogado porque era alguien a quien le costaba controlar sus emociones, así que intentó provocarle.

—Señor Barrett, veo que ha sido usted arrestado por violencia doméstica. Barrett se quitó las gafas de sol y se sentó muy tieso en la silla.

—Eso fue hace mucho.

—Algernon —dijo la Bulldog.

Heat presionó un poco más:

—Atacó a su pareja, con la que vivía.

—¡Eso quedó todo aclarado! —Tiró las gafas encima de la mesa.

—Detective, no acose a mi...

—Con un cuchillo —dijo Heat—. Un cuchillo de cocina.

—Señor Barrett, no conteste.

Pero éste no le hizo caso.

—Hice terapia para controlar mi frustración. Le pagué el médico. Hasta le compré un coche nuevo a esa zorra.

—Algernon, por favor —dijo la abogada.

—A mi madre la apuñalaron con un cuchillo.

—¡Venga ya! En la cocina siempre se montan broncas.

—A mi madre la apuñalaron en la cocina.

Helen Miksit se levantó y se inclinó sobre su cliente.

—¡Cierra la puta boca!

Algernon Barrett se quedó paralizado con la boca abierta y se recostó de nuevo en la silla mientras se ponía las gafas de sol. La Bulldog también se sentó y cruzó los brazos.

—A no ser que vayan a acusar de algo a mi cliente formalmente, esta entrevista ha terminado.

De vuelta al coche, tuvieron que esperar a que el largo convoy de camiones gourmet de Barrett saliera del aparcamiento en dirección a las calles de Nueva York. Rook dijo:

—Qué faena lo de la abogada. Ese tipo habría largado de lo lindo.

—Por eso la abogada. Lo malo es que quería haberle sonsacado algo de información antes de llegar a lo del cuchillo, pero he tenido que cambiar de estrategia.

Sólo quedaba un nombre en la lista de clientes de su madre y la emoción que había sentido Nikki en cuanto a las pistas que podían salir de ella empezaba a desvanecerse.

—Bueno, no todo ha sido una pérdida de tiempo —dijo Rook—. Durante el numerito me he agenciado este frasco de marinada para pollo.

Sacó el frasco de especias y se lo enseñó a Nikki.

—Supongo que sabes que eso es hurto.

—Con lo que el pollo sabrá mejor todavía.

Media hora más tarde estaban aparcando a la salida de la carretera de Saw Mill de camino a Hastings-on-Hudson para visitar a la última persona de la lista cuando Heat recibió una llamada del detective Rhymer, todo nervioso.

—Puede que al final no sea nada, pero al menos promete —dijo con tal acento sureño que de verdad parecía el personaje televisivo Opie Taylor—. ¿Te acuerdas de que me mandaste a delitos informáticos para comprobar si Nicole Bernardin guardaba archivos en la nube?

—¿De verdad me estás preguntando que si me acuerdo? Pero si tuve que firmarles un ejemplar de la revista con mi foto para..., eh..., inspirarles...

—Pues ha funcionado. Todavía no han encontrado un servidor con datos, pero a uno de mis cerebritos se le ocurrió usar la huella electrónica de su teléfono móvil para rastrear sus búsquedas en Internet mediante servicios de localización. Aunque no llegamos a encontrar el teléfono físico, sí tenemos las facturas y de ahí sacamos la dirección de su cuenta. No me preguntes cómo consiguen hacer todas estas cosas, pero estoy seguro de que tiene algo que ver con pasarse el día y la noche sentados solos en habitaciones, tocándose.

—Rhymer...

—Perdón. Bueno, el caso es que han descubierto que Bernardin hizo una búsqueda de HopStop.

—¿Qué es eso de HopStop?

—Un sitio web que te indica cómo ir al lugar que quieras. Te da el itinerario en metro, autobús, taxi y también si quieres ir andando, incluidas distancias y tiempo estimado.

—Podrías ser el protagonista de *The Big Bang Theory*. ¿Qué buscaba?

—Cómo llegar a un restaurante del Upper West Side.

—¿Cuándo?

—La noche en que la asesinaron.

—Deja lo que estés haciendo, Opie. Vete al restaurante. Vete ahora mismo y enséñales la fotografía, entérate de todo lo que puedas.

—Feller y yo estamos ya en camino.

—Si sale algo de esto les voy a deber una muy gorda a los de delitos informáticos.

—Por lo menos un beso con pintalabios debajo del autógrafo —dijo Rhymer.

—Qué grima, por favor —dijo Nikki antes de colgar.

Cuando se desvió de la carretera rural, las ruedas del coche crujieron sobre la grava del sendero que conducía a la casa estilo victoriano de Vaja Nikoladze, y de una perrera oculta por una mata de rododendros del jardín lateral salieron ladridos de perro. Nikki aparcó junto a un coche híbrido azul, frente al cercado que separaba el camino de entrada a la casa de los prados. Cuando se bajaron se detuvieron para admirar la gran extensión de pradera, que terminaba en una línea de bosque cuyas hojas brillaban bajo el sol de mediodía. No podían verlo, pero entre aquellos árboles y los acantilados de los Palisades discurría el río Hudson. Rook dijo:

—Mira allí, donde termina el prado. ¿A que es el espantapájaros más realista que has visto en tu vida?

—Y tanto. Como que no es un espantapájaros, sino un hombre.

Y en el preciso instante en que Nikki decía esto, la figura petrificada en la distancia echó a andar hacia ellos. Avanzaba con paso seguro por la pradera con la gracia y la economía de movimientos de un bailarín, a pesar de sus

botas de montaña y sus vaqueros Carhartt. Este hombre no miró en ningún momento hacia atrás ni a un lado, pero Nikki y Rook tampoco tuvieron la sensación de que los mirara a ellos, aunque cuando estuvo cerca, en su cara se dibujó una ancha sonrisa. Las manos, que había llevado juntas delante de la hebilla de su cinturón, como en una plegaria improvisada, se le fueron a los labios, con un solo dedo índice extendido. Les estaba pidiendo que guardaran silencio.

Cuando estuvo casi a un metro, Vaja Nikoladze se detuvo y susurró con un acento que les sonó a ruso:

—Un momento, por favor. La estoy entrenando para que se quede sentada.

Dicho esto se giró y, de espaldas a ellos y mirando hacia el prado, levantó un brazo recto a un lado, lo mantuvo así cinco segundos y después se llevó la palma al pecho en un gesto ágil.

En ese mismo instante un enorme perro cruzó corriendo la pradera a toda velocidad. Nikoladze se quedó en su sitio mientras el pastor caucásico, del color y el tamaño de un osezno, saltaba sobre él. En el último momento y sin ni siquiera un gesto con la mano, el perro se detuvo y se sentó en posición de alerta, las pezuñas alineadas con la puntera de las botas de su dueño.

—Buena chica, Duda. —Se agachó para darle palmaditas en la cabeza y rascarle debajo de las orejas mientras la perra movía la cola—. Ahora, a tu sitio.

Duda se levantó, se volvió y echó a trotar en línea recta hacia su caseta, donde entró.

—Pero, bueno, qué maravilla —dijo Nikki.

—Promete mucho —dijo Nikoladze—. Con más entrenamientos puede que gane premios. —Alargó una mano—. Soy Vaja. Tú eres Nikki Heat, ¿no?

Puesto que hacía un agradable día de primavera, les invitó a sentarse en el porche trasero de la casa. Declinaron su ofrecimiento de té helado y se sentaron en mecedoras de teka mientras Nikoladze se encaramaba a la baranda, de frente a ellos. Al tener los pies colgando no sólo parecía más bajo a pesar de estar más alto, sino que cobraba un aspecto aniñado y no

aparentaba los cincuenta años que Nikki calculó que tendría.

—En el instituto nos han dicho que le encontraríamos aquí —empezó a decir Nikki—. ¿Se ha cogido unos días por asuntos propios?

—Unos pocos, sí. Se me ha muerto uno de mis perros. Fred podría haber sido el primer pastor del Cáucaso en ganar el primer premio en Westminster, creo.

—Lo siento —dijeron Nikki y Rook casi al unísono.

Nikoladze sonrió con tristeza y dijo:

—Los perros de competición también se ponen enfermos. Después de todo son humanos, ¿o no?

Nikki reparó en que su acento georgiano se acentuaba cuando hablaba de algo que le entristecía. Rook debió de haber pensado lo mismo, porque dijo:

—Así que es usted de Georgia. Yo lo pasé muy bien en Tbilisi cuando estuve, hace mucho tiempo, por motivos de trabajo.

—Ah, sí, ese reportaje me gustó mucho, señor Rook. Muy perspicaz. Pero cuando yo deserté las cosas no estaban demasiado bien. Seguíamos bajo el yugo de Moscú.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó Heat. La alusión a la desertión de un estado satélite soviético y las potenciales implicaciones clandestinas de dicha acción habían despertado su interés.

—En 1989. Tenía veintiocho años y, no es por presumir, pero era uno de los principales bioquímicos de la Unión Soviética. Cuando ésta todavía existía. Supongo que saben que entre los georgianos y los rusos siempre ha habido bastante mala sangre, ¿verdad?

—Sí —dijo Rook—. Y también mucha sangre normal.

—En su mayor parte georgiana. Y en Moscú querían poner mi talento al servicio de la guerra, así que me resultaba doblemente insultante. Era joven y no tenía familia por la que preocuparme, así que me marché en busca de libertad. Pronto aquí tuve la suerte de conseguir una beca en el Spokes Institute.

—¿Y qué es exactamente el Spokes Institute? —preguntó Nikki.

—Pues lo que llaman un *think tank*, «un centro de pensamiento», supongo. Aunque la mayor parte de los días se habla más que se piensa —rio

—. Pero nuestra tarea es desarrollar legislación para desmilitarizar la ciencia. Algo muy apropiado para alguien como yo. Además el dinero de la beca me permite dedicarle tiempo a mi pasión, que es criar al próximo perro campeón de competición. —Rio de nuevo y luego se sumió durante unos instantes en la melancolía, sin duda recordando a Fred.

Heat tenía preguntas que hacerle referentes a su desertión, pero aprovechó el cambio de tema para centrarse en su trabajo. Le preguntó a Nikoladze si estaba al tanto de los casos de asesinato en Nueva York, y éste le confesó que en los últimos días había estado demasiado ocupado con su perro, pero había oído lo del asesinato de la maleta y le había llamado la atención por lo extraño. Heat le explicó que, además de la muerte de Nicole Bernardin, estaba investigando la de su madre. A continuación le hizo las mismas preguntas que había hecho aquella mañana en la fábrica de cerveza sobre aspectos relacionados con Cynthia Heat en los días anteriores a su asesinato en 1999: su estado mental, su posible nerviosismo, si alguien podía haber estado siguiéndola o molestándola, si había echado en falta algo en su casa. Nikoladze dijo:

—Me encantaría ayudarla con esas preguntas, pero por desgracia no tengo gran cosa que contar. Lo cierto es que su madre sólo vino a dar clase aquí dos días.

—¿Su hijo quiso dejarlo? —preguntó Rook.

El científico le miró desde la barandilla en la que estaba encaramado con expresión divertida:

—¿Mi hijo? Eso habría sido de lo más improbable, se lo aseguro.

—Entonces, ¿quién? —preguntó Nikki.

—Mi protegido.

—¿Del instituto?

—No. —Nikoladze vaciló un instante, pero luego continuó—: Es alguien a quien conocí en una competición en Florida. También era de Tbilisi. —Heat notó lo incómodo que le resultaba hablar de aquello y comprendió por qué, pero como era consciente de que su madre a veces no espiaba al dueño de la casa, sino a alguien relacionado con él, decidió sonsacarle la información.

—¿Se dedicaba también a entrenar perros de competición?

Nikoladze bajó los ojos y dijo:

—No. Trabajaba en una peluquería canina. —Después, como si se diera por vencido, lo soltó todo—: Teníamos muchas cosas en común. Enseguida congeniamos, así que le invité a venir aquí para que aprendiera cómo se cría y se entrena a los perros. También le puse a dar clases de piano. Pero no se las tomaba en serio.

Rook dijo:

—El piano no es para todo el mundo.

—En cambio a mí sí que me tomaba en serio.

Nikki sacó su cuaderno.

—¿Puedo preguntarle el nombre de su protegido?

Con un suspiro Nikoladze dijo:

—Debe de ser que me ha llegado el momento de sufrir por mis pérdidas. Las viejas y las nuevas.

Nikki pensó: «A mí me lo vas a contar, amigo». Le quitó el capuchón al bolígrafo para animarle.

—Se llama Mamuka, Mamuka Leonidze. —Consciente de la dificultad lingüística, se lo deletreó.

—¿Sabe dónde puede estar ahora? —preguntó Nikki.

—Hace diez años se marchó a Canadá para unirse al Cirque du Soleil como acróbata. Es lo último que sé de él. Si le encuentran, díganmelo. Siento curiosidad.

Les acompañó al coche, lo que dio oportunidad a Heat de llevar la conversación de nuevo al tema de la deserción.

—¿Tiene usted algún contacto con representantes de Gobiernos extranjeros?

—Sí, claro, continuamente. El Spokes Institute es un *think tank* internacional.

—Me refiero al margen de su trabajo. ¿Tiene contactos con el Gobierno?

—sólo cuando tuve que comunicar mi dirección como inmigrante con permiso de residencia.

Heat y Rook no habían hablado, pero no hizo falta. Éste preguntó:

—¿Y qué me dice de espías? ¿O de policía secreta?

—No desde que dejé Georgia. —Pero después pareció pensárselo mejor—. Bueno, me dieron un poco la lata nada más llegar aquí, pero a partir de mediados de los noventa, cuando echaron a Shevernadze, me dejaron en paz.

—¿Quiénes? —preguntó Nikki.

—¿Quiere que le dé nombres? Esto es igual que Tbilisi, pero sin estar encerrado en una habitación.

Rook dijo:

—Entonces le daré yo un nombre. Anatoly Kijé, ¿le conoce?

—¿Se refiere a la Apisonadora? Todo el mundo le conocía entonces. Pero desde que me marché no he vuelto a oír hablar de él.

—Un último nombre —dijo Heat—: Tyler Wynn.

—No, me temo que ése no me suena de nada.

El suave rugido de un motor diésel sacudió el aire cuando el tren Adirondak Amtrak pasó a escasos metros de allí, por la orilla del Hudson, de camino a Albany. Heat se sentó en el asiento del conductor y le pidió a Nikoladze que la llamara si alguien más se ponía en contacto con él para preguntarle sobre el caso. Éste asintió y dijo algo, que Nikki no comprendió, porque en ese momento el tren hizo sonar el silbato y los ladridos y aullidos que desató en la perrera lo hicieron imposible. El movimiento de sus labios se le antojó la representación perfecta de lo inútil que estaba resultando seguir todas aquellas pistas.

De vuelta en la carretera, Rook expresó su decepción de una manera distinta:

—Parece que la lista del investigador privado sexy es igual que él: mucho ruido y pocas nueces. O como el bronceado sin sol. ¿Te fijaste en la marca de gafas que tenía?

—Venga ya, Rook, no es culpa de Joe Flynn que no hayamos encontrado nada todavía.

—¿Has dicho todavía? —Vio la expresión tenaz en la cara de Nikki—. Así me gusta.

Ésta pisó el acelerador y decidió aplicarse a sí misma lo que siempre les decía a los miembros de su brigada: «Cuando no encuentres nada, no te des por vencido. Vuelve atrás y busca mejor. Trabaja». Después de pensar un

poco más en aquellas distintas personas y revisar las entrevistas, decidió que tendría que volver a ver a alguna de ellas.

El móvil de Nikki vibró con un mensaje de texto mientras cruzaba el vestíbulo de la comisaría en compañía de Rook.

—Por fin —dijo— un mensaje de Carter Damon.

—¿Qué dice?

—Nada. Bueno, nada no. Está cortado. Debió de quedarse sin cobertura o le dio a enviar antes de tiempo. —Le enseñó la pantalla. Todo lo que decía era: «Soy...» y el resto estaba en blanco.

—Hum. «Soy...», déjame adivinar. «Soy la morsa». «Soy un cretino por no devolverte la llamada».

El sargento de guardia abrió la puerta de seguridad y Rook la empujó para que Nikki pasara primero. Ésta estaba escribiéndole un mensaje a Carter pidiéndole que la llamara, pero el detective Raley la abordó nada más entrar en el despacho abierto.

—Tengo algo que quiero que veas antes de que lleguen Irons y su doncella. —Nikki miró por encima del hombro de Raley y vio un extracto bancario en el monitor de su ordenador. Con delicadeza, acordándose de la apresurada marcha de antes, el detective dijo—: ¿Estás bien?

Rook estaba ya a su lado. Nikki reunió fuerzas y dijo:

—¿Qué tenemos?

—Después de que te marcharas esta mañana, seguí buscando y encontré más cosas sobre la cuenta de tu madre. No sé por qué, igual es un error en las fechas o que no se metieron los datos hasta después de las vacaciones de Acción de Gracias, pero el caso es que el New Amsterdam Bank no registró el resto de las transacciones de noviembre de 1999 hasta diciembre. Mira.

Nikki se inclinó de nuevo hacia la pantalla, esta vez sintiéndose más fuerte, y leyó el extracto.

—Aquí dice que un día después del ingreso se retiraron de la cuenta doscientos mil dólares en metálico. —Se enderezó y se volvió hacia Rook, que seguía pegado a su hombro—. Eso fue el mismo día que la mataron.

—¿Te acuerdas de que en el hospital Tyler Wynn te preguntó si habías visto alguna vez a tu madre escondiendo algo? ¿Podría ser el dinero, que

alguien estaba buscando?

—Podría ser, pero piénsalo: tres asesinatos en diez años. ¿No es un precio excesivo sólo por doscientos mil pavos?

—Depende —dijo Ochoa desde su mesa—. Sé de tíos que matarían por un bocadillo de jamón.

Raley apagó el monitor.

—Atención —dijo justo en el momento en que el capitán Irons hacía su entrada.

—Heat, ¿tiene un minuto? —En lugar de dirigirse hacia su despacho, le hizo un gesto a Nikki para que fuera hasta su mesa, donde la estaba esperando—. No sé a quién le ha estado tocando las narices, pero me han llamado de la oficina de la subdirección para decirme que se han quejado de que está usted acosando a la gente en esta vendetta suya particular.

—En primer lugar, señor, es una investigación y no una vendetta. Y en segundo, ¿ha conducido usted alguna investigación en la que no haya sido necesario pisar algún callo?

—Pues...

Al verlo allí de pie titubeando, Nikki recordó que aquel burócrata no tenía demasiada experiencia en lo referido a las calles.

—Pues es bastante común. ¿Quién se ha quejado?

—No me lo han dicho. sólo querían saber si tenía usted un plan concreto o estaba dando palos de ciego y no supe qué contestarles, porque lo cierto es que no estoy al tanto de nada. —A su espalda Rook dijo sin hablar, sólo moviendo los labios: «¡Eso está claro!». Y Nikki tuvo que mirar a otro lado para que no le entrara la risa—. Pero eso va a cambiar ipso facto. Me voy a estudiar todas las novedades de la pizarra y después quiero un informe completo y detallado para que pueda ponerme al día.

—Pero, señor, ¿y qué hay de localizar al conductor del camión que entregó el gas en mal estado en el instituto forense? Tenía entendido que ésa era su prioridad número uno.

—No se preocupe. Esa tarea la he delegado en mi colaboradora más eficaz, la detective Sharon Hinesburg. —Irons caminó hasta las pizarras y se puso a leerlas con las manos en los bolsillo, haciendo así realidad las peores

pesadillas de Heat. Ésta le dio un codazo a Rook para indicarle que la acompañara al cuartito del fondo y cerró la puerta.

—Atención, atención. Superagente 86 activando el cono del silencio. Jefe, ¿me recibe?

—Déjate de chorradas, Rook. Tenemos que hacer algo.

—¿Quién crees que se ha quejado? ¿Fariq Kuzbari? Ah, no, ¡ya lo sé! Seguro que ha sido Eugene Summers. Ese mayordomo de lengua viperina no aguanta una crítica.

—Yo creo que ha sido la Bulldog, Helen Miksit, pero eso no importa. Lo importante es evitar que Irons entorpezca la investigación más de lo que lo ha hecho ya.

—¿Y cómo lo hacemos?

—Lo vas a hacer tú. Necesito que le distraigas.

—¿Te refieres a hacer otra vez el payaso?

—Sí, ponte la nariz y los zapatones. Intenta entretenerle con una entrevista falsa para un reportaje. Ya te ha dado resultado antes.

—Sí, aunque los resultados del pasado no garantizan los futuros. —Nikki se limitó a mirarle—. Me parece que he visto demasiada tele durante mi rehabilitación.

Irons pareció molesto cuando Rook se plantó delante de la pizarra que estaba leyendo.

—¿Tiene un minuto, capitán?

—Como puede ver, estoy algo ocupado.

—Ah, lo siento. Es que estaba dándole vueltas al artículo que estoy escribiendo, pero no pasa nada. Ya hablaremos en otro momento.

No había dado dos pasos cuando Irons le agarró del hombro.

—Creo que estaremos más cómodos en mi despacho. —Condujo a Rook a la oficina acristalada.

Los detectives Feller y Rhymer volvieron de su excursión al restaurante adonde Nicole Bernardin había ido ayudándose de HopStop.

—Bingo —dijo Opie al llegar a la mesa de Nikki.

—El sitio se llama Harling and Walendy's Steakhouse y está en la 94 con Broadway. Hemos tenido que esperar a que llegara el encargado, pero luego

ha identificado a la víctima sin dudar —dijo Feller—. Nos ha dicho que Bernardin llegó sobre las siete de la tarde. Se fijó en ella porque estuvo en una mesa esperando a alguien sin tomar más que un refresco y no llegó a cenar.

Heat preguntó:

—¿Os ha dicho por qué? ¿Es que alguien la llamó y por eso se fue?

—No, se reunió con un tipo —dijo Rhymer—. Entró, se sentó y hablaron durante cinco minutos. Después ella se fue, pero el tipo se quedó en la mesa y se comió un entrecot.

Nikki frunció el ceño.

—¿Se acuerdan de lo que pidió?

—Mejor que eso: se sacaron una fotografía con él mientras comía. — Feller enseñó una foto donde aparecían camareros y un cocinero posando junto a la mesa en la que un famoso sonreía a un entrecot y una gigantesca patata asada—. Lo hemos cogido de la pared del restaurante.

—¿Es quien creo que es? —preguntó Heat.

—El mismo —dijo Rhymer—. Lloyd Lewis, buscador de tesoros.

—¿Me dejáis verla? —preguntó Nikki.

Rhymer le dio la foto.

—Pero ten cuidado, este hombre es una leyenda.

Nikki dijo:

—Es una foto.

—De una leyenda —repitió Rhymer con gran énfasis.

—Lleva así toda la tarde —dijo Feller.

Heat estudió la fotografía unos instantes y después la devolvió, simulando dejarla caer para poner nervioso a Rhymer. Éste no la decepcionó.

—Vamos a traer aquí a Lloyd Lewis para hablar con él.

—Vamos a tener que esperar —dijo Feller—. Su agente dice que está en una aventura secreta en el Amazonas.

—Una aventura secreta, ¿a que mola? —dijo Rhymer.

—Mazo, Opie. Mola mazo —dijo Feller.

En el ascensor al *loft* de Rook aquella noche, Nikki sostuvo el teléfono en alto.

—Me ha escrito Carter Damon: «Perdón por no devolver la llamada... He encontrado un archivo viejo del caso que creo que te interesará». Quiere que quedemos a tomar un café.

Mientras Nikki contestaba al mensaje, el ascensor empezó a temblar.

—Atención —dijo Rook y ambos saltaron al descansillo de su planta—. Ya me estoy cansando. Si me gustaran las réplicas de terremoto me iría a vivir a Los Ángeles, donde al menos moriría bronceado.

Cuando unos minutos más tarde Nikki salió del dormitorio, Rook le dio una botella de cerveza Sierra Nevada. Brindaron y él dijo:

—¿Qué tienes ahí?

Nikki levantó la bolsita de terciopelo.

—La pulsera de la suerte que mi padre le robó a mi madre.

—Haces que suene casi como un delito.

—Quién fue a hablar, el ladrón de marinadas de pollo. —Nikki se puso la pulsera en la palma de la mano y examinó los dos amuletos frotando los números chapados en oro entre los dedos pulgar e índice, preguntándose qué significarían el uno y el nueve. Si es que significaban algo.

Rook dio otro sorbo a su cerveza pálida.

—He estado pensando en nuestra visita a Vaja Nikoladze y ¿sabes lo que creo? Que Mamuka era un espía.

—Puede ser —dijo Nikki.

—Huy, qué raro. ¿No es ahora cuando me tratas como a un loco y me reprochas que siempre creo que todo el mundo es un espía?

—Sí, pero esta noche tienes bula por haber apencado con Irons.

—Y que lo digas. Cinco minutos en la misma habitación con Wally y me entran ganas de comerme mi propia mano sólo para distraerme. Gracias a ti tengo que cenar con él para que me explique sus teorías sobre el moderno cumplimiento de la ley en entornos urbanos. Por lo menos podrías venir y meterme mano por debajo de la mesa.

—Es una oferta muy tentadora, pero tengo que tomar café con Carter.

—Muy bien, tú cumple con tus obligaciones profesionales mientras yo hago como que entrevisto al gordito relleno.

—Deja de gimotear, Rook. Estoy segura de que no es la primera vez que

simulas entrevistar a alguien a quien no tienes ninguna intención de incluir en un artículo.

—Claro que no, pero las otras veces eran o supermodelos o actrices que estaban muy buenas, y después había posibilidades de sexo. Aunque yo nunca aproveché una sola de ellas, claro. —A continuación sonrió—. Bueno, una no, pero dos sí.

Nikki movió la cabeza y después se puso la pulsera y la acercó a la luz. La estudió durante un rato más y se la quitó. Cuando cogió la bolsita, Rook dijo:

—Antes de guardar eso dime una cosa. ¿Te fijaste en si tu madre, Nicole o alguien llevaba esa pulsera u otra parecida en alguna de las fotos viejas? —Nikki le miró complacida, pero Rook parecía desconfiar—: ¿Esa mirada quiere decir que sigo teniendo bula y que por eso me sigues la corriente o que mi idea es buena?

—Voy a por la caja, así que ¿tú qué crees? —Desapareció por el pasillo y volvió con las manos vacías—. No está.

—¿Cómo que no está? —Rook la siguió hasta el despacho y Nikki señaló la cajonera.

—La metí ahí y no está. —Rook hizo ademán de abrirla—. No. Igual tenemos que comprobar si hay huellas.

—¿Estás segura de que no la pusiste en otro sitio?

—Esas fotografías son muy importantes para mí, sé perfectamente dónde las pongo. Y en ese cajón hay ahora un hueco. El que ocupaba la caja cuando la cerré esta mañana.

Con cuidado de no tocar nada, hicieron una inspección rápida del *loft*. Todo parecía en su sitio y no había indicios de que hubieran forzado la puerta ni la ventana.

—Debería cancelar mi cena con Wally.

—Buen intento. Los dos tenemos cosas que hacer. Así que vamos a cerrar y que mañana vengan los de la científica a buscar pruebas. Esta noche podemos dormir en mi casa.

Rook se lo pensó un momento.

—Vale, pero si alguien llama a la puerta de tu apartamento, abres tú.

Heat fue la primera en llegar al Café Gretchen y, aunque el aire de abril en Chelsea aquella noche era fresco, en homenaje a París escogió una de las mesas de fuera y pidió un café con leche mientras esperaba a Carter Damon. Agradecía aquellos momentos de soledad, que sin embargo fueron cualquier cosa menos relajantes. El robo de las fotografías la había puesto nerviosa, y también se preguntaba por qué tenía Carter Damon tanta prisa por verla. Quizá por fin se sentía culpable por haberse achantado en la investigación del caso y quería compensarla. Intentó tranquilizarse un poco observando a los caminantes del paseo elevado High Line, al otro lado de la Tercera Avenida.

El High Line representaba lo que Nikki más amaba de Nueva York. Un proyecto atrevido pero bien ejecutado y del que todo el mundo podía disfrutar. El casi un kilómetro de tren elevado había sido durante años un feo y oxidado borrón en el paisaje urbano hasta que a alguien se le ocurrió la locura de transformarlo en un parque elevado. Lo limpiaron, integraron las vías de ferrocarril con un paso para peatones, añadieron bancos desde los que admirar el paisaje y después lo llenaron, de principio a fin, de diversas plantas, incluidas hierba cintas, zumaques, abedules y flores silvestres. Se había inaugurado el verano anterior, pero ya se había convertido hasta tal punto en meca de paseantes que se estaba proyectando una prolongación para el verano siguiente.

Nikki paseó la vista por la acera. Ni rastro de Carter Damon. El camarero le sirvió su café y miró el vapor subir y rizarse sobre la delgada capa de espuma de leche. Se lo llevó a los labios para dar un sorbo. Estaba demasiado caliente, así que lo apartó para soplarlo.

Fue entonces cuando vio la luz roja del láser en la taza.

16

La taza de loza le estalló en la mano. De inmediato se puso a cubierto detrás de la jardinera junto a su mesa y echó mano a la pistola. Al hacerlo se dio cuenta de que seguía sujetando el asa de la taza rota y la dejó caer al suelo. Se notaba caliente y mojada por delante, así que se palpó buscando una herida, pero el líquido era café con leche, no sangre. Se preguntó: «¿Cómo ha podido fallar con un punto de mira láser?».

La respuesta le llegó cuando se volvió para asegurarse de que a su espalda nadie había recibido el tiro. Los clientes del interior del café no la miraban, sino que estaban pendientes de otra cosa: una nueva réplica del terremoto lo bastante fuerte como para sacudir las lámparas del techo y hacer añicos los vasos de cristal apilados detrás de la barra. Lo bastante fuerte también como para hacer que el francotirador errara el disparo.

Asomó la cabeza para hacer una rápida inspección del terreno y en cuanto lo hizo, la luz roja recorrió la jardinera y se acercó hacia ella. Se agachó en el momento exacto en que la bala levantaba una nube de polvo en el suelo. Pero le había dado tiempo a ver de dónde venía el láser.

—Tío, ¿has oído eso? —dijo el camarero saliendo a la puerta.

—¡Métase dentro! —le gritó Nikki. El camarero dejó de sonreír en cuanto vio la Sig Sauer que empuñaba—. Que todo el mundo se tire al suelo, lejos de la ventana. —El camarero empezó a recular—. Y llamen a la policía. Digan que hay un francotirador en el High Line, que ha habido disparos y que un agente necesita ayuda. —El hombre vaciló—. ¡Ya!

Se arriesgó a echar otra ojeada y vio una silueta oscura salir de entre las hierbas altas y correr en dirección norte por el paso elevado. Heat salió de

detrás de la jardinera, corrió a la calzada y se puso a perseguirle sorteando el tráfico de la calle 10.

Mientras corría miraba de vez en cuando hacia arriba para asegurarse de que el hombre no se detenía para dispararle otra vez. Corrió por la acera dejando atrás un aparcamiento público y llegó a la escalera por la que se accedía al High Line a la altura de la calle 18. Subió a toda prisa los cuatro tramos de escalera en zigzag y al llegar arriba se acuclilló jadeando con el arma preparada.

Entonces lo vio, a lo lejos.

El francotirador le llevaba una buena ventaja y ya estaba cruzando la calle 19 Oeste. Mientras le seguía, Nikki tuvo una extraña sensación de *déjà vu* — la persecución nocturna, el rifle que llevaba el hombre— que la devolvió a cuando corría detrás del asesino de Don. Apretó el paso y corrió con todas sus fuerzas, decidida a no dejar escapar a éste.

Perdió unos instantes esquivando a una pareja que estaba de pie en el paseo junto a un banco. Cuando se alejaba a toda prisa, la mujer le dijo a su novio:

—¿Qué pasa? ¿Ésta también va armada?

Nikki les gritó que llamaran a la policía, con la esperanza de que pudieran rastrear por dónde iba. Quizá al final del parque elevado, una manzana más adelante, cuando el francotirador tuviera que bajar las escaleras, habría ya refuerzos esperándola.

Pero es que no bajó por las escaleras.

Cuando Nikki dobló una esquina vio su silueta trepar por la barandilla hasta la zona en obras, donde estaban haciendo la prolongación del paseo. El hombre también la vio a ella y nada más bajarse de la barandilla se preparó para disparar. Pero apuntar con un rifle lleva tiempo. Nikki se detuvo y se apoyó en una farola para apuntar ella también.

El hombre se tiró al suelo detrás de un montón de grava y desapareció. Unos segundos más tarde, Nikki le vio con el rifle a la espalda colarse por una abertura de una red de contención de escombros que colgaba de una grúa.

Seguirle hasta allí era demasiado peligroso. Si la estaba esperando al otro lado le sería fácil dar en el blanco. Así que cuando hubo saltado la barandilla,

optó por perder unos segundos y rodear la red en lugar de entrar por la abertura.

Asomó la cabeza por el borde y se detuvo. ¿Dónde se había metido?

Entonces escuchó ruido de pisadas que se alejaban corriendo sobre los escombros.

Incluso a la luz del día, la zona de obras de la prolongación de la High Line habría sido difícil de atravesar, una verdadera carrera de obstáculos de suelo irregular, barras de hierro apiladas y traviesas de madera viejas que habían sido arrancadas y apiladas en montones para tirarlas. Pero por la noche era directamente una trampa mortal. La única luz provenía de la calle de abajo. Arriba, todo entre lo que corría Nikki eran sombras y formas, oscuridad y siluetas, incluida la de su perseguido.

Cuando los ojos se le habituaron un poco a la oscuridad, apretó el pasó y lo pagó caro. Tropezó con un bache gigantesco que había en el cemento y metió el pie hasta el fondo. Una barra de hierro situada a un lado del agujero evitó que cayera directamente a la calle.

Odiaba tener que ir más despacio, pero decidió que no le quedaba más remedio y dejó de correr. Esquivando piedras sueltas y trozos de metal afilado, se acercó al nuevo tramo del paso, en la calle 38, el final. Dejó de trotar y se limitó a caminar. Fue entonces cuando vio el punto rojo cruzar la traviesa que tenía al lado y subir por la pernera de su pantalón.

Se agachó detrás de un contenedor grande de plástico que decía: «Tierra limpia» y esperó el disparo. Nunca llegó.

Nikki rodó por el suelo. Cuando llegó al otro lado del contenedor se levantó en posición de alerta. Entonces le vio.

Estaba demasiado lejos de ella para acertar. Pero es que además había dejado de apuntarla. Él se colocó de nuevo el rifle al hombro, se subió a la barandilla *art déco* y después empezó a balancearse sobre sus talones. Nikki echó a correr hacia él.

—¡Alto, policía!

El hombre se giró, la miró y a continuación le dio la espalda y saltó.

Nikki llegó hasta el lugar desde donde había saltado y miró, asombrada. Justo debajo estaba la Escuela de Trapecistas de Nueva York, cuya sede era

una enorme carpa inflable de color blanco. El francotirador había aterrizado en ella como si fuera un castillo hinchable infantil.

Y después huyó.

Heat sacó una pierna por la barandilla para seguirle, pero se detuvo cuando le vio desaparecer dentro de un taxi, al otro lado de la calle. Intentó ver el número de licencia, pero estaba demasiado lejos e iba demasiado deprisa.

De vuelta en el lugar donde se había apostado el francotirador frente al Café Gretchen, el técnico de la policía científica se agachó para mostrarle a Heat la tierra aplastada y las hierbas pisoteadas en el lugar exacto desde donde le había disparado.

—Sacad los mejores moldes que podáis de esas huellas —dijo Nikki recordando las marcas de botas de quienquiera que hubiera registrado el apartamento de Nicole Bernardin—. Comprobad si son del número cuarenta y cinco.

Se levantó y arqueó la espalda.

—¿Estás bien? —le preguntó el detective Ochoa.

—Sí, sólo un poco dolorida. Pisé un bache ahí arriba, durante la persecución.

—Tienes suerte de estar sólo dolorida. —Ochoa le enseñó dos bolsas de plástico, en cada una de las cuales había un casquillo de bala—. Desde luego por falta de municiones no ha sido.

Heat enroscó la mano derecha hasta formar un círculo, guiñó un ojo y miró hacia el café como si fuera el objetivo del francotirador. Otro técnico de la policía científica estaba ocupado dentro de la zona acordonada sacando otra bala de la jardinera situada junto a la silla. Nikki sintió un escalofrío y se volvió hacia Ochoa.

—No quiero que con estos casquillos pase lo mismo que con el guante.

—Estoy en ello. Me llevo las huellas al laboratorio yo mismo y me voy a quedar allí toda la noche, si hace falta. —Hizo ademán de irse pero entonces dio un paso atrás—. Ándate con ojo, ¿vale?

—Lo intentaré, pero mientras tanto no pienso volver a quejarme de los terremotos.

De vuelta a la calle, se encontró a su camarero en la parte de atrás del café. Cuando le pagó el café con leche y le dio una propina, éste le dijo:

—Estará usted de broma.

Pero la miró y vio que no era así.

Un Crown Victoria negro reluciente estaba aparcando junto a la acera cuando Nikki salió a la calle. Rook se bajó del asiento del copiloto y la abrazó.

—Ahora que sé que estás viva, quiero agradecerte que interrumpieras mi cena. Te lo digo en serio, eres un ángel.

Wally Irons salió de detrás del volante y rodeó el coche antes de subir a la acera.

—Heat, vas a conseguir que me dé un ataque al corazón.

—No, eso va a ser por la tarta helada, capitán —dijo Rook.

Irons rio y le dijo a Heat:

—Lleva así toda la noche. Qué tío más guasón. —Después frunció el ceño—. Ahora en serio, detective. A la luz de los recientes acontecimientos, me veo en la obligación de preguntarle qué narices hace usted presentándose sola y por la noche a una cita tan peligrosa.

—Agradezco su preocupación, capitán, pero estoy trabajando en un caso y el trabajo no se acaba cuando se pone el sol. Además, da la casualidad de que mi cita era con alguien que conozco y que de hecho es un ex policía, así que no me pareció peligroso acudir.

—¿Y ahora qué le parece?

—Una encerrona.

—¿Quién es el ex policía? —preguntó Irons.

—Carter Damon. Estaba a cargo de la investigación del asesinato de mi madre.

—Ah, sí, me acuerdo de él. De la 13. —Irons miró el cordón policial y la jardinera resquebrajada junto a la silla volcada de Nikki—. Dígame: ¿llegó a presentarse?

—No, señor.

—¿Y no le parece raro? —Ladeó la cabeza hacia Rook y murmuró—: Debería estar tomando notas de esto.

Rook se limitó a guiñar un ojo y llevarse un dedo a la frente. Nikki dijo:

—Lo bastante raro como para llamar a la comisaría 21 de Staten Island y pedir que manden un par de agentes a su casa.

—¿Ya lo ha hecho? Qué rapidez —dijo Irons, lo que sólo sirvió para cabrear más a Nikki. Estaba tan cerca de la insubordinación que fue una suerte que el capitán hablara de nuevo antes de darle ocasión de hacerlo a ella —: ¿Le han encontrado?

—No. Y en la puerta hay un montón de periódicos y cartas sin abrir.

—¿Quiere que ponga una orden de búsqueda?

—Ya lo he hecho, señor.

—Bueno, pues entonces... —El capitán se puso a revolver las monedas que llevaba en el bolsillo y a continuación se subió la manga para ver la hora —. Oiga, Rook, puesto que aquí está todo controlado, igual podríamos...

—Se lo agradezco, capitán, pero ya me ha dado usted mucho en lo que pensar para una sola noche. Y creo que debería quedarme con la detective Heat.

—Pues claro —dijo Irons. Esperó un instante que se hizo de lo más violento y después se metió en el coche. Una vez tuvo el motor en marcha, bajó la ventanilla del asiento del copiloto y dijo—: Avísenme con lo que sea a la hora que sea si se produce algún avance en la investigación.

Y se marchó.

—Pero ¿qué manera de hablar es ésa? —dijo Nikki.

—La de alguien que espera ser citado.

A la mañana siguiente le costó dejar a Rook, su cuerpo caliente y desnudo bajo las sábanas, para levantarse. Éste no se lo puso fácil tampoco.

—Adelante, tú utilízame y luego vete a trabajar. Me siento un hombre objeto. —Y a continuación añadió—: En la cómoda tienes un billete de veinte. Tómate algo a mi salud.

Fue entonces cuando una almohada le aterrizó en la cara.

Antes de meterse en la ducha, Nikki procedió al chequeo electrónico habitual y volvió al dormitorio con el teléfono móvil en la mano.

—Rook, escucha esto. Me ha llegado un mensaje de Carter Damon a las cuatro y cuarto de la madrugada. Dice: «Heat, lo siento mucho».

—¿Siente tenderte una trampa para que te mataran? —Rook leyó el mensaje y le devolvió el teléfono—. Para que luego digan que se han perdido los buenos modales.

Nikki ya llevaba dos horas trabajando cuando, a las nueve, Rook llegó a la comisaría.

—Acabo de hablar con el detective Malcolm sobre la incineración de Nicole Bernardin —dijo Nikki—. La orden llegó de una funeraria que cerró el año pasado.

—Déjame adivinar. ¿Funeraria Seagal?

—No, pero ya sé por dónde vas. Mira si estará fea la cosa que tus descerebradas teorías de la conspiración me parecen de lo más lógicas en este caso.

—Entonces creo que tengo que descerebrarme todavía más. —Le ofreció un vaso de Starbucks—. Toma, a ver si también consigues que le peguen un tiro a éste.

—Ya sabes que no me gusta hacer cortes de mangas a nadie, ni siquiera en broma, pero estoy considerando hacer una excepción. Por ser tú, claro... —Nikki cogió el vaso e hizo un gesto de brindis—. ¿Cómo va la cosa en Tribeca?

—Cuando me fui los de la científica todavía estaban buscando huellas. Van a estar casi toda la mañana, pero básicamente lo que me han dicho es que no me haga ilusiones. Excepto las tuyas de cuando lo abriste, no parece haber huellas en el cajón.

—¿Las han borrado?

—Digamos que han extremado las precauciones. Una frase que viene que ni al pelo. Y lo mismo con el picaporte de la entrada y el de la puerta del despacho. Ni una sola huella.

—Estoy tratando de recordar las fotografías de la caja para saber qué podía estar buscando quien las cogió, pero no se me ocurre nada. Debería haberlas guardado en una caja fuerte.

—¡Como si eso hubiera servido de algo con esos tipos! —Rook se sentó en la mesa de Nikki y ésta tuvo que tirar para sacar una hoja de debajo de su trasero—. ¿Te ha llamado Carter Damon? —Nikki negó con la cabeza—.

¿Tampoco te ha mandado flores? ¿Una cesta de fruta? ¿Un bala con tu nombre grabado? —Ésta vez Nikki sí que le hizo un corte de mangas. Rook sonrió—. Todavía hay esperanza para ti, Nikki Heat.

—He intentado llamarle. No lo coge y tiene el contestador lleno. He mandado a Malcolm y a Reynolds para que pregunten en su gimnasio, el peluquero..., lo típico. También han comprobado su cajero y sus tarjetas de crédito para ver si había alguna actividad. Nada. Está desaparecido.

—¿Crees que pudo tenderte él la trampa? ¿O incluso que te disparó él?

—Llegado este punto, cualquier cosa me parece posible. Pero ¿por qué? ¿Tanto le cabré cuando quedamos a comer en P. J. Clarke's? ¿Y a qué viene lo de disculparse por SMS?

Sonó su teléfono. Era el detective Ochoa.

—No me digas que el laboratorio ha perdido los casquillos de bala.

—No. Raley y yo hemos pasado allí la noche para asegurarnos de que no pasara. De hecho te llamo porque hemos encontrado unas huellas de lo más jugosas y además hemos encontrado a su dueño.

—Eso es genial —dijo Nikki—. Traedlo aquí.

—No creo que sea nuestro hombre.

Nikki se hundió en la silla.

—Cuéntame.

—Raley, ¿estás ahí?

Su compañero se unió a la llamada.

—Sí. Os cuento. He estado con el tipo a quien corresponden las huellas. Tiene un campo de tiro cubierto en el Bronx. Es un veterano de guerra con un historial de condecoraciones. Y bastante majo.

—Nada de eso lo descarta como nuestro francotirador.

—Ya, pero esto sí: un IED en Irak lo dejó parálítico y está en una silla de ruedas.

—Entonces, ¿cómo han llegado sus huellas a esos casquillos de bala? —Nikki meditó un momento—. A veces en los campos de tiro se reciclan las balas. ¿Vuestro amigo el veterano de guerra vende balas recicladas?

—Sí, de hecho creo que vi un letrero. ¿Crees que el francotirador le compró la munición?

—Eso espero, Raley. Y también que su nombre esté en el recibo de compra.

Poco después de que Rook se mudara a la mesa en la que estaba de okupa para pasar a limpio algunas de las notas que había tomado durante las entrevistas del día anterior, Sharon Hinesburg llegó y encendió su ordenador. Al principio Nikki trató de ignorarla, pero el aroma a esmalte de uñas fresco le hizo cambiar de opinión.

—Buenos días, detective —dijo.

—Lo de buenos está por ver. —Hinesburg abrió el cajón de su mesa con cuidado de no estropearse la manicura.

—Escucha, todo el mundo está ocupado, así que necesito que me hagas una comprobación. —Le pasó una hoja—. Se llama Mamuka Leonidze. Puede que esté fuera del país. Está todo ahí apuntado.

Hinesburg le dirigió una breve sonrisa condescendiente.

—Lo siento, pero ya tengo un encargo que me ha llegado directamente del jefe de la comisaría. Lo del camión del gas.

—¿Y cómo va ese tema, detective?

—Lento. —Le devolvió la hoja con las anotaciones—. Dáselo a Rook, no está haciendo nada más que escribir.

Una secretaria llamó a Nikki desde la otra punta del despacho.

—Detective Heat, la llama Feller. Dice que es importante.

Heat renunció momentáneamente al duelo con Hinesburg y descolgó el teléfono.

—¿Estás de broma? —dijo lo bastante alto como para que Rook se apresurara a acercarse mientras ella garabateaba una dirección—. Llego en quince minutos. Colgó, arrancó la hoja de la libreta y le dijo: —Han encontrado a Carter Damon.

—¿Dónde?

—Flotando en el East River.

Lauren Parry ya se había puesto manos a la obra en el muelle del East River a la altura de la autovía FDR. El agente de tráfico retiró las borriquetas y les hizo un gesto para que pasaran, y Nikki aparcó su Crown Victoria entre el de Randall Feller y la furgoneta del Departamento Forense. El detective

Feller, que estaba a unos metros de distancia, en el recodo del muelle en forma de ele con Lauren y el cadáver, vio a Heat y echó a andar hacia el aparcamiento para recibirla. Cuando llegó se quitó las gafas de sol y se las enganchó en la uve de su camiseta. Su indumentaria era sobria, nada que ver con las pintas de macarra que solía llevar en las escenas del crimen. Heat reparó enseguida en el cambio.

—Cuéntame qué tenemos.

Con su experiencia de años en las calles y su mente ordenada, Feller no necesitó consultar sus notas.

—Los de la guardia costera lo sacaron del agua hace alrededor de una hora. Un piloto del servicio de helicópteros que tiene este muelle alquilado lo vio y lo comunicó por radio. —Nikki miró hacia el helicóptero azul de pequeño tamaño en la pista de aterrizaje situada al final del muelle, río abajo—. Los de la guardia costera dicen que estaban buscando un cuerpo flotando porque un conductor había llamado en mitad de la noche a la Oficina de Túneles y Puertos para decir que había visto a alguien saltar del puente de Brooklyn.

—¡Chof! —dijo Rook ganándose una mirada reprobatoria de Nikki.

—El testigo dice que no estaba solo, que había alguien con él.

—¿Dijo si fue un forcejeo o si Damon Carter se tiró y alguien intentaba impedirselo?

—No está claro. El detective Rhymer ha ido ahora mismo a tomar declaración al testigo. Pero lo más probable es que sea de fiar. Es un cardiólogo que tenía una operación a primera hora en el Downtown Hospital. Opie hablará con él en cuanto salga del quirófano.

Al igual que Nikki, Rook debía de estar pensando en la posibilidad de un suicidio, y recordando el SMS que había recibido Heat a las cuatro y cuarto de la madrugada pidiendo disculpas.

—¿A qué hora fue esto? —preguntó.

—Sobre las cuatro treinta.

—Vamos a hablar con Lauren —dijo Heat y echó a andar hacia el muelle. Feller y Rook la alcanzaron y entonces preguntó—: ¿Llevaba encima alguna nota?

—No, pero hay algo que tienes que saber y es gordo: le habían disparado.

Nikki frenó en seco y los otros dos hicieron lo mismo. Rook dijo:

—Igual fue el francotirador que intentó matarte anoche.

El detective Feller dijo:

—Eso fijo que no.

—Pareces muy seguro —dijo Nikki.

—Es que lo estoy, detective. Sé quién le disparó.

—¿Sabes quién disparó a Carter Damon? —Feller asintió—. ¿Quién?

—Tú.

17

Los dos agujeros de bala de Carter Damon llevaban escrito el nombre de Nikki Heat. La forense ya había cortado la camisa al cadáver y los dos orificios de entrada de la mitad superior del cuerpo coincidían con los disparos que Nikki había hecho la noche en que mataron a Don.

Lauren Parry estaba acucillada en el muelle como un catcher de beisbol, en el lugar donde la guardia costera había dejado el cuerpo. Señaló las heridas con la punta de su rotulador, empezando por la del lado izquierdo del cuello, donde éste se juntaba con el hombro.

—Empecemos por ésta.

—Ésa es del disparo mío que atravesó la ventanilla del copiloto en el taxi.

—Cuando haga la autopsia me apuesto lo que quieras a que veremos que esta bala casi fue letal. Tú estabas en la acera, si no recuerdo mal tu informe, así que la dispararías en diagonal; probablemente haya llegado muy cerca de la vena subclavia o de la yugular, o de las dos. Si le hubieras dado de pleno habría muerto en cuestión de minutos. Así que debió de ser una herida superficial, pero imagino que habrá estado sangrando lentamente durante varios días. Aunque lo sabré mejor cuando estemos en el B-23 —dijo, refiriéndose al número de la sala de autopsias.

Heat hincó una rodilla en el suelo al lado de Lauren y señaló la segunda herida, la del pecho.

—¿Qué son esas marcas alrededor del orificio de entrada?

—Bien visto. Esas marcas son de puntos de sutura. Deben de haberse abierto cuando el cuerpo chocó contra el agua. —Pegó la cara a la herida—. Sí, veo fragmentos de hilo.

—Pero comprobamos todos los servicios de urgencias —dijo Nikki— y en ninguno le habían dado de alta.

Rook dijo:

—¿Estás diciendo que este tío se cosió él mismo? Eso sí que es ser un machote. Chúpate ésa, Chuck Norris.

Lauren dijo:

—Dudo mucho que esto se lo hiciera él mismo. Tiene pinta de haberlo cosido un profesional. —Cuando vio a Nikki inclinarse sobre la otra herida de bala, añadió—: En esa otra herida no hay indicios de sutura.

—¿Por qué en una sí y en la otra no? —preguntó el detective Feller.

—Es que ésa es de alto riesgo por su proximidad a venas y arterias. Quien le atendió sabía que era mejor no intentar coser nada.

—Así que —dijo Nikki— a Damon le atendió alguien, pero no de manera oficial. —Se levantó y estiró la espalda—. ¿Y no estaba muerto cuando cayó al río?

—Lo dudo. ¿Ves todos esos cardenales? —Lauren pasó un dedo por unas manchas en la cara y el pecho de Damon—. Parecen resultado del impacto cuando llegó al agua. Y también he visto indicios de coágulos donde se rompieron las suturas, en la herida número dos. Eso no habría pasado si hubiera estado muerto cuando saltó. Cuando tenga el microscopio podré comprobar si hay mastocitos. Y en la autopsia también examinaré los pulmones. Si estaba vivo, tiene que haber agua en ellos.

Mientras los detectives y Rook se dirigían a sus coches, Lauren retuvo a Nikki para hablar un momento a solas.

—Todavía estoy estresada por la metedura de pata con el análisis toxicológico de Bernardin.

—Pues es obvio que no fue culpa tuya, Lauren. Y ahora se está ocupando Irons de ello.

—¿En serio? Yo les dije a los de seguridad que conservaran las cintas, pero cuando llamé al capitán Irons para que las recogiera me dijo que hablaría con la detective Hinesburg, y todavía estoy esperando a que me devuelva la llamada.

—Típico —dijo Nikki—. Se lo voy a encargar a Raley, el rey de las

cámaras de vigilancia, ya sabes.

—¿Y qué pasa con Irons? ¿No se va a cabrear?

—Si te digo la verdad, doctora, mientras no me moleste, me importa un pimiento.

La atmósfera en el despacho abierto de la comisaría estaba de lo más animada cuando entró Nikki, quien aprovechó para convocar una reunión y poner cosas en marcha. Pero primero tenía que ocuparse de unos asuntillos. Lon King le había dejado un mensaje recordándole que tenían pendiente una nueva sesión. Hizo una bola con la hoja donde estaba escrito el mensaje y la tiró a la papelera. Lo de Iron Man no iba a ser tan fácil.

El capitán la encontró en la cocina mientras se servía un café.

—Detective Heat, supongo que ahora que ha aparecido Carter Damon podemos cerrar el caso y olvidarnos de las horas extra.

—¿Cómo va a estar cerrado el caso? Tal y como yo lo veo, Damon sólo es uno entre varios.

—Pero fue él quien mató a su amigo el marine, ¿no? Lo más probable es que también sea el asesino de la maleta.

—Probable no es lo mismo que probado. Y además queda lo de mi madre.

—¿No le parece mucha casualidad que fuera el detective a cargo de la investigación?

—Buena pregunta —dijo Nikki—. Y ahora, si me lo permite, capitán, voy a ponerme a hacer mi trabajo para intentar contestarla.

Y lo dejó plantado en la cocina sin ni siquiera volverse para mirarlo.

Nikki tenía un montón de cosas que la preocupaban. Con la detective Hinesburg desaparecida quién sabía dónde y Irons en la cocina preparándose unos gofres, tuvo ocasión de compartirlas con su equipo, reunido alrededor de las pizarras. En el cuadrado verde que había dibujado para el caso de Don, pegó «Carter Damon» en letras mayúsculas y dijo:

—Bueno, pues hemos resuelto el asesinato de Don.

—¿Cómo que hemos? Mas bien tú y la señora Sauer —dijo el detective Malcolm, provocando una pequeña ronda de aplausos a los que Nikki puso fin con una sola mirada.

—Pero —continuó— resolver este caso nos plantea un montón de preguntas para las que no tenemos respuesta.

Raley dijo:

—Claro, porque el objetivo no era matar a Don, sino a ti.

—Correcto. Así que volvemos a la pregunta: ¿por qué van a por mí?

—Eso es fácil —dijo Raley—: porque estás investigando el asesinato de tu madre.

—Pero siempre lo he estado investigando. ¿Acaso pensáis que ha habido una sola semana en que no comprobara si había alguna novedad?

Nadie lo pensaba. Nikki se volvió y escribió debajo del nombre de Carter Damon: «¿Móvil de los asesinatos?».

—Yo sé por qué fue a por ti —dijo Rook—. Porque disparaste las alarmas. No sólo investigando el caso de tu madre, sino hurgando en el pasado de tu madre. Eso le preocupa a alguien. Si no a Carter Damon directamente, sí a alguien con quien él trabajaba.

—O para quien trabajaba —dijo Feller, que por una vez estaba de acuerdo con el escritor—. A ver, es evidente que Damon no era más que el brazo ejecutor. Los tipos como él se limitan a seguir instrucciones, cobrar su parte y dedicarse a sacar brillo al coche los sábados.

Ochoa dijo:

—Estoy de acuerdo. Esto no puede ser el trabajo de un solo tío. Y no hay duda de que Carter Damon no fue el que te disparó desde el High Line.

El detective Rhymer volvió de interrogar al testigo ocular del puente de Brooklyn.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntó Heat antes incluso de que le diera tiempo a sentarse.

—Pues la cosa no está clara. El doctor Arar circulaba por allí viniendo desde Park Slope a las cuatro treinta de la mañana. Iba por la mitad del puente cuando le pareció ver a alguien más adelante tirando una bolsa de basura al agua. Entonces, al acercarse, se dio cuenta de que la bolsa de basura tenía brazos y piernas. Así que frenó justo cuando la estaban tirando al agua. Dice que paró el coche y tocó el claxon a quien la estaba tirando, y que entonces ella echó a correr en dirección opuesta.

—Un momento —dijo Heat—. ¿El testigo dice que la otra persona era una mujer?

—No tiene ninguna duda.

—¿Qué descripción te ha dado?

—Uno setenta o uno setenta y cinco de altura, constitución atlética, ropa oscura, sombrero.

—¿Le vio la cara? ¿Podemos hacer un retrato robot?

—Ésa es la parte mala. Dice que estaba demasiado oscuro y que la mujer no se volvió para mirarle. Se limitó a bajar la cabeza y largarse.

Malcolm preguntó:

—¿Y entonces cómo está seguro de que era una mujer?

—Lo mismo le pregunté yo. Dijo que, como es médico, reconoce a una mujer cuando la ve.

—Yo siempre les miro la nuez —dijo Feller—. Te evita sorpresas desagradables al llegar a casa.

Cuando terminaron de reírse, Raley preguntó a Heat:

—¿Y qué hay de tu francotirador de anoche? ¿Es posible que estuvieras persiguiendo a una mujer en lugar de a un hombre?

Nikki dijo:

—No lo sé, no le vi la nuez.

Y empezó a asignar nuevas tareas. A Malcolm y a Reynolds los mandó a Staten Island para ayudar a los de la comisaría 122 a registrar la casa de Carter Damon. Al resto de miembros de la brigada les encargó comprobar sus llamadas de teléfono y el estado de sus finanzas. Para no dejar ningún cabo suelto, le pidió a Feller que comprobara que las cuatro personas de la lista que le había dado Joe Flynn de los clientes de su madre tenían coartada para el momento en el que ella había sufrido el ataque en el High Line. A Rhymer le correspondió volver a preguntar en los servicios de urgencias y en las farmacias ahora que sabían que Carter Damon había obtenido alguna clase de asistencia médica.

—Yo encantado —dijo Opie—, pero ¿eso no lo hicimos ya la semana pasada?

—Sí y ahora lo vamos a hacer otra vez, pero mandando por correo

electrónico una foto de Damon. —Nikki le puso la tapa al rotulador y dijo al grupo—: Es una buena ocasión para recordaros a todos que no os durmáis en los laureles. Ya sé que parece que por fin empezamos a resolver alguna cosa, pero todo puede estropearse si no seguimos atentos o no trabajamos con meticulosidad. Ésa es la única manera de resolver este caso.

Después de dar por terminada la reunión, Heat mandó a un agente uniformado a la Primera Avenida para que recogiera la cinta de la cámara de seguridad que Lauren tenía guardada. Nikki decidió que Raley podría estar presente en la autopsia cuando hubiera terminado de comprobar las finanzas de Damon. O quizá se lo encargara a la detective Hinesburg, si es que tenía a bien presentarse a trabajar en algún momento.

Llamó por teléfono a Lauren para decirle que iban a recoger el vídeo.

—Ah. O sea, ¿que no me llamas para meterme prisa con la autopsia?

—Para nada. —Nikki hizo una pausa y luego dijo—: Pero, puesto que has sacado el tema...

Su amiga rio y le dijo a Nikki que llamaba en el momento oportuno, porque acababa de terminarla.

—Lo primero: sí al agua en los pulmones. Carter Damon respiraba cuando cayó al agua. Y respecto a lo de los puntos que se habían soltado, he encontrado mastocitos, leucocitos y linfocitos. Son los indicadores de que un organismo está intentando curarse. —Nikki escuchó ruido de papeles y la forense continuó—: Aquí hay un detalle interesante. No sólo le habían suturado la herida del pecho, sino que también le habían sacado la bala. Un trabajo poco fino, pero aceptable. Así que estamos hablando de alguien con cierto grado de profesionalidad.

—¿Y qué hay del cuello?

—Rasguño en la yugular, como te dije. ¿A que soy la mejor?

Nikki dijo:

—Me parece que necesitas salir más y ver gente. A ser posible que esté viva.

—Tengo demasiado trabajo. Bueno, el caso es que esa bala sigue ahí. La he mandado a balística, pero estoy segura de que coincidirá con el calibre de tu arma.

Cuando colgó, Rook se acercó a su mesa.

—Hay algo que no se me quita de la cabeza desde que estuvimos en el muelle esta mañana. Parece una tontería, pero te la voy a decir. ¿Cuál era el calcetín desaparejado en el cadáver de Carter Damon?

—Maldigo el día en que te hablé de la teoría del calcetín desaparejado.

Rook la ignoró y dijo:

—¿Te rindes? Pues te lo voy a decir: no había una sola cicatriz de su época de novato en la policía. ¿Te acuerdas que nos contó que le habían disparado cuando comimos con él?

—A lo mejor es que no la viste.

—No la vi porque no estaba.

—Bueno, pues da la casualidad de que todavía está en una camilla en el Departamento Forense. ¿Quieres que vuelva a llamar a Lauren para que lo compruebe?

—No hace falta. Le he pedido a una de las auxiliares administrativas que llamara a la oficina de dirección del Departamento Forense.

—Rook, ¿has usado a uno de nuestros auxiliares administrativos para que te hiciera una llamada?

—No he tenido más remedio, puesto que en el Departamento Forense tienen una política absurda de no revelar sus informes a personal civil. Bueno, el caso es que a Carter Damon jamás le dispararon. ¿Por qué mentiría por una cosa así?

Rook tenía razón, parecía algo sin importancia, pero Nikki sabía que esos detalles a menudo eran la clave para resolver el rompecabezas, así que lo anotó en la pizarra, aunque Rook se quejó porque lo escribió con letra demasiado pequeña.

Aquella tarde, después del habitual runrún de fondo de los detectives haciendo sus llamadas y de pedir comida por teléfono porque nadie quería perder tiempo saliendo a la calle, Rhymer dio una voz desde su mesa.

—¡Lo tengo!

Opie gritaba como si hubiera pescado un pez de los gordos. Y en cierto modo así era.

Heat condujo hasta el Bronx acompañada de Raley y de Rook lo más

rápido que pudo. Después de pasarse todos los semáforos en ámbar, pisando el acelerador justo cuando iban a cambiar a rojo, aparcó en doble fila delante de un Price It Drugs y entró a toda prisa.

La farmacia estaba a tres manzanas de donde Carter Damon había dejado el taxi robado la noche en que Nikki le disparó. Además de enviar por correo electrónico la foto del ex policía a todos los servicios de urgencias y farmacias de Nueva York, el detective Rhymer había elaborado un mapa y realizado las llamadas en círculos concéntricos a partir del punto donde estaba el coche abandonado. El primer ambulatorio al que llamó, nada. Su segundo intento fue una pequeña farmacia en Southern Boulevard, cerca de Prospect. El propietario, que era ya mayor y no demasiado amigo de las nuevas tecnologías, no había visto el correo, pero reconoció a Damon por la descripción que le dio Rhymer y lo confirmó cuando éste le mandó la fotografía por fax.

Tan diligente como siempre por muy ansiosa que estuviera, Nikki le enseñó una copia de la fotografía de Carter Damon en persona al dueño de la farmacia.

—Sí, es él —dijo Hugo Plana, quien confirmó también que había entrado herido justo antes de la hora de cierre, a medianoche, la noche del tiroteo—. Vino solo, no sé cómo pudo —dijo el anciano. Se quitó las gafas bifocales y le devolvió la fotografía a Nikki—. Estaba hecho una pena. Con sangre por todas partes. —Señaló las dos heridas de bala que Nikki le había hecho al ex policía—. Le pregunté si quería que llamara a una ambulancia y me gritó: «¡No!». Así, tal cual. Después me dijo que necesitaba gasas, unas tijeras y un antiséptico para curarse las heridas. Estaba a punto de desmayarse, así que le ayudé a sentarse en una de esas sillas de la sala de espera.

—¿Por qué no llamó usted a la policía? —preguntó Rook—. Si un tío llega a mi casa en ese estado, yo llamaría, por mucho que él me dijera lo contrario.

El anciano sonrió y asintió.

—Sí, lo entiendo. Pero, verá, nosotros somos una farmacia pequeña e independiente. Un negocio familiar. En este vecindario se ven muchas cosas así. Madre mía, es que es increíble. A veces es por una pelea, otras son

disputas entre traficantes. Otras... es mejor no saberlo. Cuando vienen aquí en busca de ayuda se la doy. Mi función no es hacerles demasiadas preguntas ni denunciarles. Confían en mí, son mis vecinos.

Heat preguntó:

—¿Le dio lo que necesitaba?

—Sí, se lo metí todo en una bolsa y cuando la tuvo se marchó. No hacía más que cabecear, así que le ofrecí de nuevo llamar a una ambulancia, pero no quiso. Después le sonó el teléfono móvil y me preguntó si había algún hotel cerca, le dije que el Cayo Largo está en la esquina y me pidió que le ayudara a ponerse de pie. Luego me pagó en metálico, cogió la bolsa y se fue.

—¿Sabe quién le llamó?

Plana negó con la cabeza.

—Me dio la impresión de que iba a verse con alguien y necesitaba un sitio donde hacerlo.

El vestíbulo del hotel Cayo Largo estaba oscuro y apestaba igual que todos los hoteles de mala muerte que Nikki había visitado en el curso de sus investigaciones, una mezcla de moho rancio, desinfectante y humo revenido. El suelo de madera crujía bajo la alfombra que llevaba a la recepción. No había nadie, y un cartel plastificado con un reloj al que le faltaban las manillas móviles decía: «Vuelvo en...».

Nikki dijo «hola» en voz alta, pero nadie respondió. Rook dijo:

—Vaya, la elegancia y el encanto de Cayo Largo recreados aquí en el Bronx. Me siento como Humphrey Bogart y tú eres la Bacall. —Tocó el timbre de la recepción con la palma de la mano, pero no funcionaba. Después, para diversión de Rhymer, se miró la mano con el ceño fruncido y se la limpió en los pantalones. Heat estaba a punto de llamar otra vez cuando le vibró el móvil. Era Malcolm desde Staten Island.

—Tengo algo que te va a gustar, detective. —Nikki se alejó de la recepción y empezó a caminar por el vestíbulo—. La brigada de Staten Island todavía no ha terminado de registrar la casa de Damon, pero Reynolds y yo hemos descubierto que tenía alquilado un trastero en Castleton Corners. Y adivina lo que hay dentro.

—Díselo de una vez, tío —se oyó decir a Reynolds de fondo. Heat se

mostró de acuerdo.

—Una furgoneta —dijo, y a Nikki se le aceleró el pulso.

—¿Marrón? —preguntó.

—Afirmativo. ¿Y qué nombre lleva en el lateral? Righty-O Carpet Cleaners.

—Sois geniales. —Pero Nikki enseguida contuvo su entusiasmo y adoptó una actitud práctica—. Ahora, por favor, decidme que los dos os habéis puesto guantes.

—Sí, señora. Somos del club de los manos azules.

—Perfecto. ¿Habéis tocado algo?

—No, sólo hemos echado un vistazo con la linterna por la ventanilla de atrás para asegurarnos de que no había nadie dentro, ni vivo ni muerto. No hay nadie.

—Esto es lo que tenéis que hacer ahora: salid de ahí y quedaos fuera. Dejad la puerta abierta tal como está, no toquéis otra vez el picaporte. Quedaos vigilando y que los de la científica lo revisen todo al milímetro. Y cuando digo la policía científica, me refiero a Benigno DeJesus y sólo a él. No quiero más cagadas.

—Hecho.

—Y oye, Malcolm, Reynolds y tú sois la bomba.

Heat acababa de contarles a Rook y a Rhymer las novedades cuando la recepcionista, una mujer blanca y corpulenta de mediana edad peinada con trencitas rubias, salió de la parte de atrás seguida de una estela de humo de cigarrillo.

—¿Quieren una triple? Son cincuenta dólares de fianza. —Quitó el letrero de la mesa de recepción y cogió unas llaves de un compartimento de un mueble a su espalda. Cuando se dio la vuelta se encontró con la placa de Heat.

La recepcionista se llamaba DD y la siguieron por un pasillo cuya alfombra estaba llena de trozos de cinta adhesiva tapando agujeros.

—Intente recordar, DD —dijo Nikki—. ¿Está usted segura de que no vio a nadie más venir a verle?

—Yo nunca veo nada. La gente va y viene.

Rook le preguntó:

—¿Y qué me dice de si había alguien más quedándose con él en la habitación? Eso tendría que saberlo, ¿verdad?

—Técnicamente sí, pero... venga ya. —Se detuvo en mitad del pasillo e hizo un gesto que abarcaba el hotel justo en el momento en que una mujer con pantalones amarillos muy estrechos y camiseta de escote halter pasaba junto a ellos camino del ascensor. La imagen lo decía todo.

—El tipo pagó dos semanas por adelantado en metálico. Eso es lo único que me importó.

Se detuvieron ante una puerta al final del pasillo de cuyo picaporte colgaba un letrero de «No molestar». Preocupada por la contaminación de la escena del crimen y el trabajo del equipo forense, Nikki preguntó:

—¿Han limpiado la habitación?

—Sí, claro —resopló DD— y han dejado unas chocolatinas encima de la almohada. —Después llamó dos veces a la puerta—. ¡Dirección! —Cuando metió la llave en la cerradura Nikki le hizo un gesto para que se echara atrás. Ella y Rhymer se llevaron la mano a las fundas de las pistolas y entraron primero.

—Joder —dijo DD resumiendo lo que todos pensaban. Se apartó y dijo —: Voy a tener que llamar al dueño.

Y salió a toda velocidad.

Había sangre por todas partes. La cama, en especial la almohada y el embozo de la sábana encimera, era un verdadero charco de sangre seca. En el suelo había un montón de toallas también teñidas de rojo. La mesa, que había sido trasladada al centro de la habitación, estaba tapada con la cortina de la ducha y en uno de los extremos de vinilo de ésta había otro charco de sangre que debía de haberse separado del resto, ámbar en los bordes y marrón en el centro. De los lados de la cortina colgaban, como estalactitas, gotas secas color rojo canela y en la alfombra de debajo también había coágulos. Por el suelo había repartidos trozos de gasa ensangrentados junto con los sobres esterilizados abiertos.

Rook dijo:

—No había visto tanta sangre en un hotel desde *El resplandor*.

—Me parece que ya he encontrado el servicio de urgencias que estaba buscando —dijo Opie.

—Y también una UCI improvisada —dijo Heat.

Dejó a Rhymer a cargo del escenario con la esperanza de que, entre todo aquel caos, los de la científica pudieran encontrar las huellas de quien fuera que había atendido a Carter Damon.

Cuando volvió del Bronx con Rook, los Roach la estaban esperando a la entrada del despacho de la brigada. La llevaron hasta sus mesas, que estaban la una pegada a la otra, donde habían preparado una pequeña exposición.

—Primero el banco —dijo el detective Raley—. Resulta que Carter Damon tenía una fuente alternativa de ingresos. —Abrió una carpeta de su ordenador y fue pasando extractos bancarios mientras seguía hablando—. Mira aquí. Un ingreso de trescientos mil dólares el lunes después de que mataran a tu madre. ¿Y ves esto? Cantidades más pequeñas (veinticinco de los grandes) cada seis meses a partir de entonces.

La asombrosa conclusión era demasiado obvia, al saber, que un miembro de la hermandad, un policía de Nueva York, podía haber matado a su madre por dinero y después haber sido puesto a cargo de la investigación para asegurar que ésta no prosperara. Fuera o no obvia, Nikki se resistió a la tentación de contemplar sólo esa explicación y preguntó:

—¿Durante cuánto tiempo estuvo cobrando?

—Hasta el mes pasado. Entonces todo cambia de repente. —Raley pasó al siguiente extracto—. Otro ingreso de trescientos mil, hace dos semanas.

Nikki miró la fecha.

—Es el día que encontramos a Nicole Bernardin dentro de la maleta.

—Y el mismo que quedamos con el ex detective de homicidios Carter Damon para comer —añadió Rook—. ¿Sería ése el pago por cargarse a Bernardin o por intentar matarte a ti?

—¿O por las dos cosas? —dijo Ochoa—. El registro de llamadas telefónicas también es muy significativo. —Le dio a Heat una copia de las hojas que había impreso. Rook leyó por encima de su hombro—. He marcado las tres llamadas más interesantes. Al final de la página uno tenemos que Damon hizo dos llamadas internacionales a un móvil desechable de París.

Una la noche en que mataron a Bernardin (para que os situéis, fue dos noches antes de que encontráramos la maleta) y la segunda a París, al mismo teléfono, justo después de comer contigo y con Rook.

Nikki se tomó un momento para ordenar sus pensamientos y luego dijo:

—Vale, vamos a suponer una cosa. Digamos, por ejemplo, que la primera llamada a París fue referente a Nicole Bernardin. Para recibir instrucciones o para confirmar que la había matado. ¿Para qué creéis que fue la segunda?

Rook dijo:

—Igual llamó al sicario que disparó a Tyler Wynn. Que puede ser el francotirador de anoche.

—Sí, pero hemos comprobado todos los pasajeros que pasaron por el control de pasaportes llegados de París, ¿te acuerdas? —dijo Ochoa—. Y no hemos encontrado ninguno que esté en busca y captura.

—¿Y qué? —dijo Rook—. Igual entró en el país por otra ciudad, como Boston o Filadelfia. O no está en busca y captura.

—Hay que seguir dándole vueltas a esto —dijo Nikki.

—¿Hizo Damon alguna llamada a los Bernardin en París? —preguntó Rook—. ¿Hay alguna posibilidad de que sea nuestro misterioso señor Seagal?

El detective Ochoa se encogió de hombros.

—No sale nada. Pero es que esa llamada fue hecha desde un móvil desechable. ¿No te acuerdas?

Heat pasó a la siguiente página que había impreso Ochoa.

—Y esta llamada de aquí, ¿qué es?

—No es la llamada lo que importa, sino la hora en que fue hecha. Fíjate, Carter Damon llamó a este número justo después de colgar con París, nada más comer contigo.

Raley dijo:

—Es lo que dice Feller, Damon era sólo el brazo ejecutor. Tengo la impresión de que recibía instrucciones y se limitaba a obedecer.

—Miguel, supongo que has comprobado este número —dijo Nikki.

—Supones bien. La persona a la que llamó no está en ninguna lista de busca y captura. Corresponde a una tal Salena Kaye, en la Segunda Avenida.

Heat y Rook se miraron y Rook dijo:

—¡Salena! ¡Mi enfermera picarona!

El luminoso del techo del coche de los Roach se reflejaba en el espejo retrovisor de Nikki mientras circulaban en convoy, código 2, cruzando Central Park en dirección al norte de la ciudad, al apartamento de Salena Kaye, en la Segunda Avenida a la altura de la 96. Nikki hizo sonar su sirena al llegar al cruce con la Quinta Avenida. Cuando enfilaba la calle 86 comprobó el retrovisor para asegurarse de que Raley la seguía y Rook dijo:

—Bueno, ahora ya sé por qué Carter Damon me mintió acerca de las heridas de bala. Quería que intercambiáramos batallitas de rehabilitación para que así le diera el nombre de Joe Guantánamo. Debió de localizarlo a través de mi agencia y consiguió que lo sustituyeran por su chica, Salena.

—Estoy de acuerdo. —Nikki tocó el claxon y dio un volantazo para adelantar a un camión de reparto que estaba taponando el carril. Giró en dirección norte y siguió hablando—: Damon te la colocó para estar al tanto de la investigación. Piénsalo, Rook, vio la pizarra, nuestras notas sobre los casos y todo lo demás antes de irse. —No pudo resistirse y añadió—: Y todo el rato sonriéndote y poniéndote ojitos.

Rook recogió el guante y contraatacó:

—Pero hay que admitir que daba unos masajes estupendos.

Nikki detuvo el coche junto a la acera al llegar a la calle 98.

—Es hora de hacerle una visita a tu enfermera picarona. —Pero cuando Rook salió le dijo—: Ah, no, tú te quedas aquí.

—¿Por qué? ¿Es tu venganza por lo que he dicho de los masajes? Te juro que estaba pensando en ti todo el tiempo.

Nikki se juntó con Raley y Ochoa frente a las escaleras de entrada del edificio de apartamentos.

—No pienso discutir. Quédate en el coche. Hablo en serio.

—¿Cuántos años tiene? ¿Seis? —preguntó Ochoa mientras entraban.

—Huy, eso es muy mayor —dijo Raley.

Ya en el rellano de la quinta planta, Raley se arrodilló junto a la cerradura, con la llave que le había dado el portero en la mano y preparado. Heat y Ochoa lo flanqueaban con las pistolas desenfundadas.

—¡Salena Kaye! Policía, abra la puerta —dijo.

No hubo respuesta. Heat le hizo a Raley un gesto con la cabeza y éste metió la llave en la cerradura. Nikki giró el pomo y empujó, pero la puerta chocó contra algo, un mueble, y se detuvo.

—Déjame —dijo Ochoa. Retrocedió un poco y después le dio una patada a la puerta, que se abrió sólo unos centímetros—. Los dos a la vez, tío. — Entonces Raley y él empujaron la puerta con los hombros y entraron.

—Nada en el dormitorio —dijo Ochoa.

—Nada en la cocina —dijo Heat.

Raley salió del cuarto de baño y gritó:

—Tampoco en el baño.

Ochoa dijo:

—Se ha largado de aquí a toda prisa, los cajones están abiertos y hay una bolsa de viaje a medio hacer encima de la cama.

Nikki se fijó en la ventana abierta. Salió y gritó:

—Salida de incendios. Subid uno de los dos. Yo me voy a la calle.

Bajó disparada al portal y corrió hasta la acera. Rook estaba de pie junto al Crown Victoria señalando con el dedo.

—Se ha ido en un coche con chófer.

—Entra —dijo Nikki.

—Han girado a la izquierda por la 97.

—Ponte el cinturón —dijo Nikki y encendió la sirena.

Al doblar la esquina Rook sacó su móvil.

—También tengo el número de licencia del coche. —Llamó a la centralita de la compañía de coches—. Esto es una emergencia policial. Necesito saber la ruta solicitada para el coche número K-B-41319. —Al llegar a Lexington gesticuló a Nikki para que torciera a la izquierda, cosa que esta hizo. Pidió el número de matrícula y lo apuntó—. Muchas gracias por su ayuda —dijo y colgó—. Al JFK por el túnel de Midtown.

—Qué fácil te ha salido —dijo Nikki mientras encendía el radiotransmisor.

—Oye, los periodistas de investigación también tenemos nuestros trucos.

Nikki dio la alerta a las unidades de guardia en la entrada del túnel para que detuvieran un coche con chófer Lincoln color negro y en cuanto hubieron

cruzado la calle 42, Rook dijo:

—¡Ahí! En el carril derecho, después del Pret A Manger.

Un alarido de sirena y el sedán se echó a un lado de la carretera y se detuvo. Nikki pidió refuerzos por radio y le dijo a Rook:

—Quédate aquí.

Los cristales no estaban tintados y el asiento trasero parecía vacío. Nikki se acercó al coche con el arma en alto y abrió la puerta de atrás.

En el asiento no había nadie.

Abrió la puerta del copiloto y vio que también estaba vacío. El chófer seguía con las manos en alto mientras Nikki enfundaba la pistola.

—¿Dónde está su pasajero?

—La señora me dijo que parara nada más recogerla. La he dejado en la 66, cerca del Armory. —Nikki miró en dirección norte impotente—. Le dije que había pagado una carrera al aeropuerto, y me dijo que siguiera yo solo.

—Hágame un favor, señor, abra el maletero —dijo Nikki sabiendo que no encontraría nada.

Ésta vez dejó que Rook subiera con ella al apartamento de Salena Kaye. Raley y Ochoa ya se habían puesto los guantes y estaban registrando el salón cuando entró. Le pasó a Rook un par de guantes que sacó de su maletín. Raley dijo:

—Acaba de llamar el detective Rhymer desde el hotel de mala muerte. Le hemos mandado una fotografía de Kaye que hemos sacado de ésta de ahí. — Señaló un marco que estaba en una estantería junto al televisor—. Nos ha dicho que te diga que DD (dice que tú sabes quién es) la ha identificado como la mujer que fue a ver a Carter Damon al hotel.

La satisfacción que debería haber sentido Nikki al descubrir la relación de aquella mujer con Carter Damon se evaporó ante la decepción de haber perdido a la sospechosa. Debió de notársele en la cara.

—Qué tía más lista. ¡Darte esquinazo así! —dijo Ochoa.

—A mí me lo vas a decir —dijo Nikki—. Estaba convencida de que la teníamos.

Raley carraspeó.

—Igual podríamos seguir el aroma de aceites esenciales.

—Muy gracioso —dijo Rook—. ¿Qué ha sido de la solidaridad entre los hermanos de sangre Roach?

—Lo hemos estado hablando y queremos que nos devuelvas nuestra sangre.

Nikki les dejó con sus tonterías y recorrió el resto del apartamento. Haber perdido a Salena no quería decir que aquel día no hubieran progresado en el caso, pero desde luego dejaba mal sabor de boca. Antes de dejarse dominar por el desánimo, decidió ponerse a trabajar.

—¿Habéis registrado ya el dormitorio, chicos?

—Todavía no —dijeron los Roach.

La bolsa de viaje seguía abierta a los pies de la cama, así que Nikki empezó por allí, imaginando que Kaye habría metido en ella las cosas que más le importara conservar. En los bolsillos de fuera había cosméticos y artículos de aseo del tamaño permitido para llevar en cabina. En un compartimento grande con cremallera había un secador de pelo y también cepillos. El compartimento principal estaba a medio llenar, con un par de sandalias, un bikini, conjuntos más bien atrevidos de ropa interior de Victoria's Secret —menuda sorpresa— y unos vaqueros. Lo sacó todo con cuidado, lo dejó encima de la colcha y soltó un «¡Sí!» que resonó en la habitación vacía.

Debajo de la ropa estaba la caja robada con las fotografías.

18

En lo que constituía una rara y poco disimulada táctica para evitar a Irons, Nikki no volvió a la comisaría después de terminar el registro de la casa de Salena Kaye aquella noche. La última vez que había llamado, el detective Feller le había dicho que el capitán estaba en su caja de cristal rellenando estadísticas, pero que había ido varias veces al despacho abierto para ver si Nikki había vuelto. Fuera lo que fuera lo que quería, tendría que esperar. Nikki tenía una cita con su caja de fotografías.

Después de confirmar que se había emitido la orden de búsqueda y captura de Salena Kaye y de asegurarse de que Malcolm y Reynolds estarían pendientes del examen por parte de la policía científica de la furgoneta de Carter Damon, tomó sus recién recuperadas fotografías y cogió un taxi a Tribeca, donde Rook la esperaba en su *loft*.

Éste se había ido allí una hora antes porque había quedado con un cerrajero, y cuando llegó Nikki le dio una llave nuevecita y brillante para su cerrojo.

—Quiero pensar que un cerrojo nuevo servirá de algo —dijo—, pero tal y como van las cosas últimamente, igual sería más fácil dejar la puerta abierta y señalar con post-its los objetos de valor.

—Hay una cosa buena —dijo Nikki—. Ahora que ya sabemos que ha sido Salena, no tiene que preocuparnos que los de la científica no encontraran huellas dactilares.

—Huellas no han encontrado, pero a mi perrito Scotty sí. Estaba debajo del sofá.

—¡Aúpa la científica!

—Debió de caerse de la mesa y rodar hasta allí cuando Salena puso esto.
—Le enseñó una cajita pequeña de la que colgaba un cable.

—¿Un micrófono? Así que no sólo tenía acceso a nuestra pizarra y a las fotografías, también nos puso un micro.

—Y ahora me está entrando la paranoia pensando en las cosas que puedo haber dicho. —Sonrió sarcástico—. Me refiero a durante el masaje.

—No me extraña que estés paranoico. Yo también te he oído cuando estás en éxtasis.

Dicho esto, Nikki se sentó en la mesa del comedor, destapó la caja y se puso a estudiar las fotografías.

El primer vistazo fue sólo para buscar joyas. Si aquella pulsera con los números uno y nueve tenía algún significado, lo primero era comprobar si su madre, Nicole u otra persona que aparecía en las fotografías la llevaba, esa o algo similar. Pero después de estudiar cada una de ellas no encontró ni pulseras ni joyas que se salieran de lo normal.

A continuación procedió a separarlas en distintos montones. Cuando Rook no fue capaz de identificar el criterio que había seguido, dijo:

—Perdóname si hago uso sin autorización de tu marca registrada, pero ¿qué estás haciendo? ¿Buscar el calcetín desaparejado?

—No, en realidad estoy buscando justo lo contrario. Estoy jugando con varias secuencias y configuraciones posibles para ver qué es lo que coincide y no al revés. Los montones los estoy haciendo por instinto. Por ejemplo, todas estas resultan ser posados con familias a cuyos hijos daba clase. Las voy a poner juntas.

—Ya lo pillo. Y éstas de aquí... ¿qué son? ¿Retratos de tu madre sola sentada al piano en distintas casas?

—Eso mismo.

Nikki siguió clasificando y reclasificando, organizando las fotografías en categorías: Tyler Wynn con su madre, *oncle* Tyler con Nicole. Tyler con otras personas y un último grupo formado por retratos individuales de los miembros de la red de niñeras en aquellas poses cómicas, haciendo el tonto y gesticulando como si fueran presentadores de televisión.

Rook fue a la cocina a hacer café mientras Nikki distribuía este último

grupo encima de la mesa. Se sentía cada vez más interesada por aquellas fotografías sin que hubiera una razón para ello. ¿Qué le decían? Intentó ordenarlas por la fecha que venía estampada en el dorso, pero la secuencia no le decía nada. Entonces las ordenó por geografía. Estuvo un rato mirándolas así dispuestas, pero no le venía nada a la cabeza. Entonces intentó algo que le hizo sentirse incómoda. Dejó de pensar como policía y recurrió a algo más primitivo.

Dejó que Nikki, la experta investigadora, pensara como Nikki, la niña pequeña. Y cuando lo hizo pensó en cómo le gustaba a su madre hacerla reír poniendo esas mismas poses de azafata de *El precio justo* en casa. O —algo que a Nikki le ponía muy nerviosa— en el pasillo de un supermercado o en Macy's. Su madre lo llamaba «posar con estilo» y Nikki reía o gemía avergonzada, dependiendo de dónde lo hiciera. Cuando más le divertía era en casa, a salvo del escrutinio de sus compañeros de colegio, o de cualquiera, en realidad. Cynthia levantaba con gracia los brazos y abría el horno. A continuación mostraba su interior con grandes aspavientos. Y hacía lo mismo con la nevera. Abría el cajón de las verduras y enseñaba una lechuga a una supuesta cámara. «Posar con estilo», decía Cynthia Heat, era lo que uno hacía cuando señalar con el dedo resultaba de mala educación.

Aquel recuerdo le sugirió una idea nueva. Miró una de las fotos, después otra. Sí, aquello debía de ser un chiste privado de la red de niñeras, como cuando la gente manda por el móvil fotos de comida con forma de cara o se hace un retrato simulando sujetar la torre de Pisa o abarcando con la mano las letras de la colina de Hollywood.

Pero ¿y si no fuera una broma?

¿Y si su madre, Nicole Bernardin, Eugene Summers y los demás no estuvieran haciendo el tonto, sino otra cosa? ¿Y si estaban usando lo que parecía una broma de adolescentes como tapadera de algo más serio?

Si posar con estilo era lo que uno hacía cuando apuntar con el dedo resultaba de mala educación, entonces quizá es que estaban señalando algo.

Llamó a Rook y le explicó su teoría sobre las fotos.

—Tú sígueme el juego —dijo, y señaló la primera instantánea—. Fíjate. Aquí está nuestro mayordomo, Eugene, delante de la noria Riesenrad en

Viena, en 1977. En una mano tiene la cámara para sacarse un retrato a sí mismo y con la otra está haciendo un gesto en dirección a esa caseta de folletos turísticos. —Pasó a la segunda fotografía—. Aquí está Nicole de jovencita, en 1980 en Niza. Está en el mercado de flores, pero, mira: está señalando hacia una consigna que está cerca de la entrada. E incluso en ésta... —Cogió una fotografía de su madre en París, la misma que había usado Nikki para reconstruir sus pasos en Notre Dame—. En esta mi madre está señalando ese puesto donde venden libros. ¿Ves? Está ahí, a un lado de la plaza, junto al Sena. —Apoyó la foto con cuidado en la mesa—. Creo que estas fotos son señales.

—Oye —dijo Rook—, me parece que no estás diciendo ninguna tontería, pero ya sabes que yo soy el fanático número uno de las conspiraciones. ¿Cómo podríamos comprobar que eso es verdad?

—Yo lo sé.

Heat abrió su cuaderno y pasó páginas hasta que encontró el número del teléfono móvil que estaba buscando. Eugene Summers la saludó con frialdad, todavía resentido por lo que consideraba una ofensa a su persona por parte de Rook durante la comida. Pero al fin y al cabo el mayordomo era un hombre cortés. Hizo una pausa en la grabación de *Los caballeros la prefieren en cachimba* en Bel Air y buscó un lugar tranquilo desde donde contestar a las preguntas de Nikki. Esta vez ni siquiera jugó a lo de «De haber...».

—Has descifrado el código, eso te lo puedo decir únicamente porque es un protocolo ya inactivo. Has dado por completo en el blanco. Esas poses de modelo eran el lenguaje secreto de nuestra red de niñeras. De hecho fue a tu madre a quien se le ocurrió la idea. Decía que posar con estilo era lo que uno hace cuando...

—Señalar con el dedo es de mala educación —dijo Nikki interrumpiéndole para terminar la frase. Luego preguntó—: Una cosa más. ¿Qué era lo que señalaban?

Nikki pensaba que también había descifrado eso, pero necesitaba oírsele a Summers y sin darle pistas.

—¿Te acuerdas de que te hablé de los buzones de correo? Usábamos esas fotografías para comunicarnos los unos a los otros dónde estaban escondidos.

Mientras una sensación de euforia empezaba a invadirla, Nikki le dio las gracias a Summers y colgó justo en el momento en que Rook volvía del despacho trasero. En la mano blandía una lupa que se había agenciado para usarla de pisapapeles.

—Sabía que nos sería útil algún día. —La colocó sobre las fotos de Nicole Bernardin.

—Ésta ya la he visto —dijo Nikki—. Está sacada en alguna parte de Nueva York.

—Fíjate bien y verás dónde.

Nikki se inclinó y miró a través de la lupa. Rook la apartó de la fotografía y la enfocó sobre el paisaje del fondo. Cuando Nikki vio el letrero que estaba a la espalda de Nicole, miró a Rook y dijo:

—Vámonos.

Cuando llegaron al Upper East Side, ambos sintieron el impulso de recrear el momento de la fotografía frente a Notre Dame, cuando Nikki había apoyado un pie en el octógono de latón y Rook le había sacado la foto. sólo que esta vez no se trataba de una recreación sentimental del posado de su madre. En esta ocasión recrearon el de Nicole para averiguar qué mensaje había transmitido y, con un poco de suerte, quién la había matado.

—Tiene que ser en algún punto de por aquí —dijo Nikki trazando un círculo en la acera cerca de la esquina de la calle. Se fijó en la fotografía y se acercó a la cabina de teléfonos—. ¿Es aquí?

Rook se separó unos metros mientras la enfocaba con el iPhone. Movi6 la mano izquierda indicándole que se desplazara unos centímetros hacia un lado y Nikki obedeció.

—Ya está —dijo.

Entonces Nikki se giró y, detrás de ella, vio el pequeño cartel verde que Rook había ampliado con la lupa y que salía de fondo en la fotografía de Nicole: «W 91st St». Calle 91 Oeste.

—Vale, o sea que estábamos leyendo los números de la pulsera al revés —dijo Rook—. Es nueve uno y no uno nueve. Pero ¿qué crees que era lo que estaba señalando mademoiselle Bernardin?

Nikki estudió de nuevo la foto e imitó la pose de Bernardin.

—Esto. Aquí es adonde señala. —Era una rejilla del metro, del tamaño de una mesa de café, encajada en el cemento del suelo.

—¿Y por qué iba a señalar eso? —preguntó Rook—. No es más que una rejilla de ventilación. —El suelo rugió y una bocanada de aire les calentó la cara a través de la rejilla mientras debajo pasaba un tren y proseguía su camino. Rook dijo—: Me cago en la... ¡Ya lo sé! —Se inclinó e intentó mirar a través del entramado—. No es la rejilla, Nikki, es lo que hay debajo. Madre mía, esto es genial. —Se le iluminó la cara—. Esto es una auténtica pasada.

—Rook, cállate y cuéntamelo.

—Ahí abajo hay una estación de metro abandonada. Joder, pero si es que escribí un artículo para *Gotham Eye* cuando era periodista freelance nada más salir de la universidad. Hace cincuenta años el Ayuntamiento cerró la estación, cuando la prolongación de la calle 96 llegó hasta la 93 y esta parada sobraba. La precintaron y la dejaron pudrirse. Si miras por la ventanilla cuando vas por la línea 1, todavía verás la taquilla y los torniquetes. Es bastante siniestro, como una escena congelada en el tiempo. De hecho, los empleados municipales más mayores la llaman «la estación fantasma». No es mal escondite para un buzón de correos secreto, qué quieres que te diga.

En lugar de burlarse de él por exponer otra de sus teorías descabelladas, Nikki hizo memoria del informe forense de la autopsia de Nicole Bernardin, que decía que la tierra encontrada en las suelas de los zapatos correspondía a un terreno donde pasaban trenes. Así que, en lugar de insultar a Rook, le hizo una pregunta:

—¿Cómo bajamos?

—Ni idea. Recuerdo que la persona del departamento de comunicación de la empresa municipal de transportes con la que hablé me dijo que cuando desmantelaron la boca de metro de la acera cegaron las escaleras con losas de cemento. Supongo que también pusieron estas rejillas.

Nikki se arrodilló e intentó abrirla.

—No cede. —Entonces se puso de pie, miró a su alrededor y señaló la isleta que dividía la avenida Broadway—. Ahí hay otra rejilla, detrás de esa valla. ¿La ves? —Puso un pie en la calzada sin fijarse en si venían coches. Aulló un claxon. Rook la agarró del brazo y tiró de ella justo a tiempo. Había

estado a punto de ser arrollada por el camión de un chatarrero.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Muy bien. Ha faltado poco, gracias.

—Me refiero a si estás bien de verdad.

La miró con detenimiento y Nikki supo qué quería decir. No era propio de ella ser tan descuidada. Dejarse llevar por la impaciencia no estaba en su naturaleza.

Pero se hizo la loca.

—Vale. Hemos encontrado la entrada, vamos a por ella. —En lugar de esperarle, corrió hacia la isleta que separaba los carriles opuestos de Broadway. Cuando Rook la alcanzó le obligó a seguirla entre los arbustos y tulipanes hasta la valla de hierro que rodeaba la rejilla, que era mucho más grande que la situada en la acera.

Rook metió los brazos entre los barrotes e intentó abrirla. Tampoco cedía. Pasó otro tren por debajo haciendo aún más ruido que el anterior y de nuevo salió una vaharada de aire caliente.

—Tiene que haber por lo menos nueve vías en uso aquí debajo. —Rook se volvió hacia Nikki y le dijo—: La de la acera debe de estar justo encima de la estación.

Pero Nikki ya estaba volviendo hacia la primera rejilla, esquivando los coches. Cuando Rook llegó hasta donde estaba, la encontró arrodillada en el suelo mirando por un agujero que había en la rejilla.

—Mira, con la luz de la calle se ven las escaleras.

Se echó hacia atrás para dejarle espacio. Rook cerró un ojo para enfocar mejor y vio las desgastadas escaleras de cemento cubiertas de colillas de cigarrillo, pajitas de plástico y chicles de todos los colores que habían ido colándose por la rejilla con los años.

—Ya lo veo. —Examinó la rejilla—. No tendría estas asas si no estuviera pensada para abrirse. Mira, aquí es donde está cerrada. —Señaló un agujero, del tamaño de una moneda de veinticinco centavos, con un perno de cabeza hexagonal.

—Ya está. —Nikki metió los dedos por el agujero e intentó girarlo—. Está muy fuerte. Si pudiéramos desatornillar el perno, conseguiríamos entrar.

—¿Estás de broma? —dijo Rook—. ¿De verdad piensas abrir esto y entrar ahí esta noche?

—Ya te digo.

—¿Por qué no llamamos a la empresa municipal de transportes o al Departamento de Parques y que lo abran ellos?

—¿Fuera del horario de oficina? —Nikki negó con la cabeza—. Además, si tenemos que esperar a obtener todos los permisos y firmar hojas de exención de seguros, nos va a salir barba. —Y añadió—: ¿Y desde cuándo te has vuelto tan cauteloso?

—Igual es porque me estás asustando. Te veo embalada hoy.

—Estoy cansada de esperar, Rook. Son ya diez años. Y ahora que estoy tan cerca —dijo tratando de aflojar de nuevo el perno con las puntas de los dedos, consciente de que era inútil—, no quiero que se me escape.

Rook percibió su determinación y dijo:

—Vamos a necesitar una herramienta.

—Éste es mi hombre.

Rook se puso a mirar a su alrededor, como si haciéndolo fuera a encontrar una solución milagrosa al problema. Nikki señaló a la acera de enfrente y dijo:

—Esto sí que es una ironía.

A unos treinta metros de donde se encontraban había un taller de cerrajero con las luces apagadas. Cerrado hasta el día siguiente.

—Podríamos llamar. —Cuando Rook vio lo ansiosa que estaba Nikki, dijo—: No, no vamos a entrar por la fuerza. Puede que a veces me pase de la raya, pero robar en una tienda no me parece una buena idea.

Nikki dio una patada a la rejilla.

—Si Nicole bajó es que o tenía la llave, o conocía otra entrada.

—Lo que necesitamos es un destornillador para abrir ese perno. Y si no gira, una sierra circular —dijo Rook—. Como las que usan los ladrones, de ésas que sierran los cerrojos como si fueran mantequilla.

—¿Habrà alguna tienda de bricolaje abierta a esta hora?

—No, pero se me ocurre otra cosa. ¿Te acuerdas de J J? —dijo refiriéndose al conserje de un columnista de prensa rosa cuyo asesinato

habían resuelto.

—¿J J el de Cassidy Town?

—Está aquí al lado, en la 78. Ese tío tiene todas las herramientas que te puedas imaginar y más.

Aunque significaba perder media hora, Nikki admitió que lo mejor sería ir a ver a J J. Ella se quedaría allí e inspeccionaría la zona en busca de accesos alternativos. Mientras subía al taxi, Rook dijo:

—Parece que por fin estamos cerca, ¿no?

Nikki se limitó a encogerse de hombros y a mirar al taxi alejarse. Había estado cerca tantas veces ya, y sin llegar a ningún sitio...

Pero esta vez parecía distinto. No sólo por la reciente aparición de nuevas pistas, sino por algo más. La detective Heat —cautelosa, comedida, desconfiada de las prisas— se sentía impelida hacia aquel agujero en el suelo por una fuerza invisible. Había tenido sensaciones parecidas a aquella desde que empezó esta investigación. Como cuando bajó por la trampilla en aquella sala de estar en Bayside. O cuando persiguió al asesino de Don por una escalera sin nadie que la cubriera. O cuando acudió a una reunión debajo del High Line. Sentimientos descontrolados de ese tipo eran algo que le resultaba extraño y por lo general la inquietaban... lo bastante como para protegerse de ellos.

¿Qué era distinto ahora?, se preguntó. ¿Podría ser que el estrés postraumático la estuviera impidiendo pensar con claridad? ¿O es que empezaba a ver sus tan preciados compartimentos emocionales estancos como obstáculos en vez de como aliados y empezaba a fiarse más de su instinto?

¿O simplemente es que estaba obsesionada con aquel caso?

Fuera lo que fuera, mientras caminaba en círculos y en zigzag por la avenida Broadway aquella noche, literalmente en busca de una puerta al pasado, tuvo la sensación de estar acercándose a la meta y de que la cautela ya no tenía sentido. Por esa razón, cuando bajó las escaleras del metro de la estación de la calle 96 y se encontró sola, fue hasta el final del andén en dirección sur para ver la distancia que había hasta la estación de la 91. Se agarró a la barandilla de acero inoxidable y se inclinó sobre las vías para ver

el túnel. Estaba oscuro, a excepción de dos luces rojas que brillaban al fondo, a modo de advertencia. No podía ver la estación fantasma, pero el andén se encontraba probablemente a sólo una manzana y media de distancia. Prestó atención y, al no oír ruido alguno, se preguntó si no le daría tiempo a llegar andando antes de que viniera un tren.

Entonces dejó de hacerse preguntas y saltó directamente.

Caminó entre las dos vías, con cuidado de evitar el tercer carril, la vía eléctrica de altísimo voltaje por la que circulaban los trenes rápidos. La luz de la estación, a su espalda, disminuía con cada paso que daba y pronto se encontró totalmente a oscuras. Cuanto más lejos estuviera del andén, menos basura y botellas rotas habría, pero de todas formas necesitaba ver. Sobre todo si quería evitar un paso en falso o había obstáculos inesperados con los que pudiera tropezar. Aquél no era un lugar para caerse o, peor aún, romperse un tobillo o quedarse enganchada por un pie. Con sólo pensarlo se estremeció. El sentido común le dictaba desistir y volver, seguir los canales establecidos, conseguir que la empresa municipal de transportes le organizara una parada en la estación a la mañana siguiente. Pero es que la mañana siguiente se le antojaba a una eternidad. Sacó el móvil y encendió la aplicación de linterna. Sonrió para sí al imaginar a Rook diciéndole: «¿Espeleología en el metro? Hay una aplicación justo para eso». Rook. Debería llamarle y decirle dónde estaba. Pero esperaría a llegar allí. Si es que había cobertura, claro.

La luz del teléfono le permitía continuar, pero en cuanto la encendió oyó voces a su espalda procedentes del andén. Apagó enseguida la linterna y se pegó a la pared del túnel escuchando, con la esperanza de que no hubiera ningún buen samaritano dispuesto a arriesgar su vida para rescatarla.

Notó una corriente de aire en la nuca y miró hacia arriba para ver si había una rejilla de ventilación, pero no era así. Entonces cayó en la cuenta de que lo que estaba notando no era aire, sino pelo de animal. Al llevarse una mano para apartarlo, tocó una rata con toda la palma. Cuando el bicho cayó al suelo no pudo verlo, pero sí le oyó escabullirse. Se separó de la pared, encendió de nuevo la aplicación linterna y apretó el paso hacia la estación de la calle 91.

Avanzaba tan deprisa como se atrevía, saltando charcos y pasando por

encima de traviesas que cada vez parecían estar más altas, porque el lecho de tierra entre los raíles era más profundo en aquel tramo. Por la pálida luz que veía enfrente, pensó que quizá se estaba acercando a la estación fantasma y que, tal vez, había en ellas algunas bombillas encendidas. Pero entonces se dio cuenta alarmada de que la luz era cada vez más intensa y que el suelo empezaba a temblar ligeramente. La luz de unos faros rasgó la oscuridad en el túnel, en la distancia, e hizo brillar los raíles mientras dibujaba dos líneas paralelas que se acercaban. Venía un tren y Nikki se encontraba en el peor lugar posible: entre las dos vías.

Se preparó para saltar por encima del tercer carril hasta el pasillo del centro, pero en ese preciso instante un expreso en sentido contrario circuló por dicho carril a gran velocidad, dejándola sin escapatoria. No sabía lo lejos que estaba el andén de la 91, pero tenía la impresión de haber recorrido ya un largo trecho, así que echó a correr hacia el tren que venía, saltando traviesas como si fueran los obstáculos de una carrera de vallas. La luz de los faros se hizo más grande e intensa. El temblor ligero y distante se convirtió en un rugido atronador. El aire que desplazaba el tren al avanzar le golpeó la cara.

Los faros también iluminaron la estación fantasma, que ya veía a su izquierda. La pregunta era si estaba lo bastante cerca como para alcanzarla antes de que llegara el tren.

Mientras intentaba calcular la distancia hasta el andén, la puntera del zapato se le quedó atrapada debajo de una traviesa que no había visto, lo que hizo que se tambaleara hacia delante. Se preguntó si la depresión del terreno bastaría para protegerla cuando el tren le pasara por encima.

No tuvo ocasión de comprobarlo porque recuperó el equilibrio. Jadeando, intentó subir de un salto al andén, pero estaba demasiado alto. El tren se encontraba a unos segundos de distancia. Iluminó todo el túnel con sus faros y fue entonces cuando Nikki vio una escalerilla metálica encajada en el cemento. Se lanzó hacia ella y agarró el pasamanos.

Rodó por el suelo del andén en el momento preciso en que el tren de la línea 1 en dirección norte pasaba a toda velocidad, levantando un torbellino de polvo y causando el estruendo más ensordecedor que había escuchado en todos los años que llevaba en Nueva York. Tenía suerte de estar viva.

El tren desapareció y el viento y el ruido se fueron desvaneciendo. A dos manzanas de distancia chirriaron los frenos mientras se detenía en la estación que Nikki acababa de abandonar. Se sentó y se quedó un momento quieta para recuperar el aliento y sobreponerse al intenso dolor de la rodilla, que había chocado con la escalerilla al saltar. Cuando se la palpó con las puntas de los dedos no le pareció que estuviera rota, aunque a juzgar por el dolor, seguro que tenía una herida. Usó la linterna del teléfono para comprobar si tenía sangre en los pantalones, pero no vio nada. sólo una mancha de tierra en la rodilla, idéntica a la de los zapatos de Nicole Bernardin.

Se puso en pie, iluminó con la linterna la estación fantasma y observó la viva imagen del contraste. Por un lado, diseño e instalaciones de principios del siglo pasado, que seguían tal y como estaban el día en que la estación fue clausurada: una taquilla *art déco*, una papelera *vintage* para tirar los billetes usados; lámparas individuales en lugar de tubos fluorescentes, molduras decorativas en los techos, una artística barandilla de hierro forjado en las escaleras que bajaban desde la calle; una reja corredera que el revisor abría cada vez que los pasajeros bajaban del tren y un panel de terracota con el número 91 en bajorrelieve en la pared, identificando la estación. Pero el encanto de aquella estampa de otro tiempo quedaba empañado por el vandalismo del que había sido objeto.

Prácticamente todas las superficies de la estación estaban cubiertas de pintadas: los azulejos de las paredes, los pasamanos, las columnas. Había latas de refrescos así como botellas rotas de vino y cerveza por el suelo, amontonadas en rincones y también junto a una nevera portátil que alguien había dejado en las deterioradas escaleras de cemento. Las puertas de los dos lavabos estaban arrancadas. Nikki no entró en ninguno de ellos, pero los destrozos hechos en los cubículos podían olerse y verse.

Aquello era obra de los Topos, supuso. Los Topos eran una de las leyendas urbanas del metro de Nueva York, que hablaba de una subcultura de tribus de inadaptados que gobernaban estos túneles. En realidad sólo eran artistas callejeros que estampaban su firma o personas sin hogar que sobrevivían en aquella mohosa oscuridad. Cuando Nikki era pequeña e iba a la escuela primaria había visto un telefilme titulado *La bella y la bestia* que

trataba de un hombre-león que vivía bajo tierra, en los túneles del metro, pero jamás había visto a su querido Vincent con un spray de pintura en una mano y una botella de vino barato en la otra.

Un ruido a su espalda la hizo volverse y apagar la linterna. Mientras sus ojos se acomodaban al pálido resplandor que se filtraba desde la calle por las rejillas de ventilación que Rook y ella habían estado inspeccionando, comprobó que se trataba de otro tren que venía. Éste iba en dirección sur y circuló por el lado contrario de la estación del que se encontraba Nikki. Esperó hasta que hubo desaparecido y encendió de nuevo la linterna del teléfono. No quería arriesgarse a que alguien la viera y diera el aviso. Tenía trabajo que hacer.

Empezó por los procedimientos de la vieja escuela, en consonancia con el escenario en el que se encontraba. Buscó huellas de zapatos. Allí abajo todo estaba cubierto por una gruesa capa de hollín y de polvo y, si era cierto que Nicole Bernardin había estado allí antes de morir, era posible que encontrara sus pisadas. Se agachó y acercó la luz al suelo. Luego, despacio y con paciencia fue iluminando su superficie atenta a cualquier irregularidad o forma sospechosa que pudiera conducirla al escondite. El problema era que habían pasado tantos topos por la estación que había pisadas por todas partes. Hizo una nueva pasada, esta vez caminando inclinada hacia el suelo, para ver si había huellas de zapato algo más pequeñas, pero nada.

A continuación registró la taquilla, lo que sólo le llevó unos minutos. Hacía tiempo que la habían saqueado y destripado. Tal y como se esperaba, en ninguno de los dos aseos se podía esconder nada. La nevera portátil de las escaleras estaba vacía, al igual que el interior de la papelera, cuya tapa había sido arrancada y dejada en el suelo. Incluso inspeccionó la parte inferior de la rejilla de ventilación, por si acaso era allí adonde, literalmente, Nicole había estado señalando. No era así.

Resistiéndose a aceptar la derrota, ignoró la decepción que amenazaba con invadirla y, en lugar de ello, se puso a pensar. De nuevo se colocó en el lugar de su madre. Si fuera Cynthia Heat y le hubieran encargado encontrar el escondite, ¿esperaría de ella Nicole que se pusiera a buscar huellas de pisadas en el polvo?

No.

Entonces ¿qué? ¿Cómo le decía Nicole en la fotografía dónde mirar exactamente?

Dándole una pista.

Y la tenía. Era la pulsera con los números.

Miró al nueve y al uno de la pared.

¿Sería ahí?

Estaba demasiado alto, así que buscó algo adonde encaramarse. Subió las escaleras y volvió con la nevera de plástico, que colocó en el suelo a modo de banqueta.

El teléfono móvil empezó a vibrar y Nikki se sobresaltó. En la pantalla decía que era Rook. Se había olvidado de llamarle. Le dio a aceptar y dijo:

—¿Sabes qué? He conseguido bajar y... —Escuchó un pitido indicando que la llamada se había cortado. Trató de marcar el número, pero la barra de la cobertura desapareció y en la pantalla decía: «Sin servicio».

Con cuidado de no caerse de la nevera, alargó el brazo y pasó los dedos por los rebordes vistosamente decorados de la placa con el número 91. Estaban sueltos.

Se movían.

Dejó el teléfono en el suelo de manera que iluminara la pared y se subió de nuevo a la nevera. Extendió las manos cogiendo ambos lados de la placa. Era una postura incómoda y los brazos le dolían, pero siguió tirando, notando cómo el panel se iba despegando poco a poco de la pared.

Mientras tiraba primero de un lado y después del otro con gran esfuerzo, se imaginó a su madre haciendo lo mismo diez años atrás. ¿Qué habría encontrado?, se preguntó, y también si aquello habría sido la causa de su muerte. ¿Y qué había de la de Nicole Bernardin? Si ésta había dejado algo en su buzón de correos en aquel lugar tantos años después, ¿qué sería? ¿Y a quién estaba destinado? ¿Y por qué hacerlo le había costado la vida?

Justo entonces la placa se soltó y Nikki cayó de espaldas al suelo, con ella en las manos.

—Ya sigo yo —dijo una voz de hombre a su espalda.

Nikki se puso de rodillas y echó mano de su pistola, pero antes de que le

diera tiempo a sacarla, la potente luz de una linterna la cegó y escuchó el chasquido de una bala alojándose en la recámara de una pistola automática.

—Si la tocas te mato —dijo Tyler Wynn.

Heat dejó caer la mano.

—Las manos detrás de la nuca, por favor.

Nikki obedeció y trató de escudriñar más allá de la luz y ver al hombre que iba hacia ella desde la escalerilla que subía al andén.

—Eres tan buena como lo era tu madre, Nikki. Mejor incluso. —Le apartó la luz de los ojos y la proyectó sobre la pared, donde había una bolsa pequeña de cuero color marrón en el hueco que Nikki había dejado descubierto—. Gracias por localizar esto. Me he tomado muchas molestias para recuperarlo.

—¿Como por ejemplo simular su muerte?

—Una recuperación milagrosa, ¿no te parece? ¿Sabes que hasta le pagué a aquel médico para que me aplicara descargas de bajo voltaje y así darle más realismo a la cosa?

Volvió a apuntarla con la linterna.

—No pongas esa cara. Es una de las cosas que uno aprende en la CIA. Nunca des una muerte por segura.

—Sé de una que sí lo es. Y tú eres el autor.

—Yo personalmente, no. Contraté a alguien para que me hiciera el trabajo. De hecho, creo que os conocéis. —Giró la cabeza y llamó a alguien cuyo nombre Nikki no entendió—. Será mejor que salgas de ahí, si no quieres que te atropellen. Está a punto de llegar un tren.

Nikki oyó pisadas sobre los peldaños metálicos y después vio una silueta detrás de Tyler Wynn. Éste dijo:

—Quítale el arma.

Y cuando el hombre se acercó a la luz y Nikki vio quién era, se quedó sin respiración.

19

¿Petar?

Fue lo único que consiguió articular Nikki. No tenía aliento para más, era como si se hubiera acabado el aire en aquel túnel. Pero las dos sílabas susurradas, el nombre de su antiguo amante, lo decían todo. Eran al mismo tiempo una pregunta y una respuesta. Y la entonación con que habían sido dichas transmitía toda una colección de sentimientos que colgaban de ganchos afilados y cortantes.

Traición. Tristeza. Conmoción. Incredulidad. Ceguera. Furia. Odio.

El rostro de Petar no delataba vergüenza ni arrepentimiento alguno mientras se acercaba a Nikki. Cuando los ojos de los dos se encontraron, Nikki vio algo en los de Petar que parecía diversión. No, era arrogancia.

Pensó en sacar la pistola. Aunque Tyler Wynn le disparara, lo mismo podría pegarle un tiro a Petar. Éste también iba armado, pero sostenía la Glock con gesto descuidado.

—Yo que tú no lo haría —dijo la voz detrás de la luz de linterna. Tyler Wynn, el fantasma viviente de la estación fantasma, le había leído el pensamiento. Adiós al plan.

Petar le quitó la Sig.

—Bien —dijo Wynn acercándose un poco más—. He visto a mucha gente cometer tonterías cuando se deja llevar por las emociones.

Nikki se giró para mirar a Petar.

—¿La mataste tú? Que te jodan.

Todo lo que hizo Petar fue dar un paso atrás y guardarse la pistola de Nikki. Ni siquiera se molestó en mirarla. Ocuparse de ella era para él sólo

otra tarea más.

—He dicho que te jodan.

—Ya tendréis tiempo los dos de aclarar las cosas cuando me vaya. Petar, coge la bolsa, por favor.

Petar se colocó detrás de Nikki y ésta le oyó empujar la nevera hasta colocarla debajo del escondite de Nicole Bernardin. Hizo un esfuerzo por ignorar el dolor que sentía y pensar de manera estratégica. Petar necesitaría enfundar la pistola para coger la bolsa. Si ella no estuviera de rodillas, quizá podría darle una patada por sorpresa a Wynn. Éste le había adivinado los pensamientos antes, así que ahora los disimuló hablando:

—¿Fuiste tú a quien llamó Carter Damon desde un teléfono desechable y le diste luz verde para matar a Nicole Bernardin?

—Eso fue pura logística. Petar se ocupó.

—Y luego volvió a llamarte. ¿Fue para preparar lo de la fisioterapeuta que tenía que espiarnos?

—Soy un animal de costumbres. Cuando estás habituado a dirigir una red de niñeras, es difícil dejarlo.

Nikki no pidió permiso, sino que se limitó a seguir con las manos detrás de la nuca y a ponerse de pie despacio mientras seguía hablando.

—Estaba convencida de que había sido Carter Damon quien mató a mi madre.

—No, él fue después, para borrar el rastro.

Detrás de Nikki, Petar se cayó de la nevera y profirió un insulto. Nikki reparó en que Wynn se había puesto alerta, así que no movió un músculo. Cuando Petar se subió de nuevo a la nevera, el viejo se relajó y prosiguió su relato:

—El detective Damon resultó muy útil hasta que, en el último momento, le entraron escrúpulos e intentó mandarte un mensaje de texto.

—El que llegó cortado —dijo Nikki acercándose un poquito.

—Sí, le pillamos intentando ponerse en contacto contigo para expiar su culpa. Aquello resultó malo para su salud.

—¿El puente de Brooklyn?

Wynn asintió.

—Su amago de confesión me dio la idea de simular su suicidio con otro mensaje de texto en el que se confesaba culpable de los asesinatos. Parecía el plan perfecto.

Nikki dijo:

—Pero qué mente tan brillante.

Le apuntó con el dedo y aprovechó el gesto para atacarle, pero Wynn se le adelantó y la agarró por el cuello mientras le apuntaba a la sien con la pistola.

—¿Qué pasa? ¿Quieres que te pegue un tiro? ¿Eh? —Nikki no se movió—. Te lo pegaré si no me queda otra, pero preferiría no hacerlo. De hecho, me estaba inclinando por la opción de accidente en el metro, resulta más ambigua para la policía que un balazo. Pero, si me obligas, no voy a tener más remedio que improvisar. —Apretó más el cañón de la pistola contra la cara de Nikki—. Esta pistola no está registrada, así que puedo dejarla tranquilamente en el *loft* de Rook. Piensa en las consecuencias de eso antes de desafiarme otra vez, ¿de acuerdo?

No esperó una respuesta, sino que se limitó a darle un empujón.

Petar bajó con el buzón y le entregó la bolsita de cuero. Tyler le dio unas instrucciones en voz baja de las que Nikki sólo entendió «después del próximo tren», pero el resto quedó ahogado por el estruendo de un tren pasando por la vía opuesta del túnel.

Nikki se esforzó por mantener la calma en la avalancha de emociones que la invadían. Estaba furiosa consigo misma. No podía olvidar aquel momento en París, en la Place des Vosges, cuando se había sentido inquieta por algo, algo que no había sido capaz definir. Ahora, mientras se preparaba para morir en la estación fantasma, aquella persistente inquietud por fin cobró nombre, aunque ya era un poco tarde. Como siempre, se trataba del calcetín desaparejado.

—Debería haberlo sabido —le dijo a Wynn. Después movió la cabeza, disgustada consigo misma—. Debería haberme dado cuenta en el hospital, cuando tus últimas palabras antes de morir, entre comillas, fueron que cogiera a esos desgraciados que habían matado a mi madre.

—Sí.

—Pero lo que no me pregunté fue por qué no lo habías hecho tú si eras de la CIA y tenías tanto interés por vengar la muerte de mi madre. Tuviste diez años y todos los medios a tu alcance.

Wynn sonrió.

—No te lo reproches. He engañado a gente más lista que tú y durante mucho más tiempo. —Un tren se acercaba procedente del sur de la ciudad. A manzanas de distancia, un suave temblor resonó en el túnel. Nikki experimentó una sensación de urgencia.

—¿Por qué hiciste que mataran a mi madre?

—Porque a ella no fui capaz de engañarla. Cuando se enteró de que en el intervalo transcurrido entre lo de París y cuando fui a buscarla a Nueva York había estado trabajando por mi cuenta, tuvo que irles con el cuento. Se empeñó. Hasta ese momento había pensado que al trabajar para mí estaba trabajando para la CIA. Pero después se enteró de para quién trabajaba yo en realidad y, para su desgracia, en qué proyecto.

—¿Por eso la mataste?

—Lo que mató a tu madre fue lo en serio que se tomaba las cosas. Era igual que tú.

Permanecieron inmóviles como estatuas cuando un tren en sentido norte pasó a gran velocidad, haciendo vibrar la estación y alborotándoles el pelo. En cuanto hubo pasado Petar sacó su pistola. Tyler Wynn se enfundó la suya debajo de la cazadora y bajó por la escalera a las vías.

—Deben de faltar de cuatro a seis minutos para el próximo tren.

—Tienes tiempo de sobra —dijo Petar encendiendo su linterna de bolsillo —. Luego nos vemos.

Nikki siguió mirando a Wynn mientras su cabeza sin cuerpo avanzaba por el túnel alejándose por las vías.

—Tyler.

Éste se detuvo.

—¿Qué hay en la bolsa de cuero?

—Nunca lo sabrás.

—¿Qué te apuestas?

Wynn dijo:

—Si hace falta, le pegas un tiro.

Y prosiguió su camino hacia la estación de la calle 96.

Heat decidió que iba a matar a Petar.

sólo así sobreviviría. La cuestión era si disfrutaría haciéndolo. Y en qué la convertiría aquello si lo hacía.

En alguien que seguía con vida. Y eso era lo único que le importaba. De las implicaciones morales ya se ocuparía cuando fuera vieja.

Tenía un plan y no era complicado. El siguiente tren pasaría en cuatro o seis minutos y su intención era estar delante de él cuando lo hiciera. De modo que tenía cinco minutos, más o menos, para conseguirlo.

—Entonces, ¿no puedo hacer nada para convencerte de que no me mates?

Petar no entró en el juego y permaneció en silencio, lo bastante cerca de Nikki como para no fallar si la disparaba con su Glock, pero no tanto como para no poder reaccionar si ella le atacaba. De momento, su plan era mejor que el de ella.

—¿Ni siquiera un poco de ventaja? sólo por los viejos tiempos.

Nada. Petar la miraba, pero sin verla en realidad. Para Nikki era difícil creer que aquel fuera el mismo hombre del que había estado enamorada. Cuando viajó a Venecia en el 99 no lo hizo en busca del amor, sino llevada por otra pasión, la pasión por el teatro. Otros estudiantes que estaban haciendo prácticas en la Fenice la habían invitado a salir y había tenido una serie de citas, pero nada serio. Hasta aquella noche, en la vinoteca *Ai Speci*, cuando conoció a un estudiante de cine croata con cara de buena persona que estaba en la ciudad rodando un documental sobre Tommaseo, el famoso ensayista italiano. En una semana Petar Matic había dejado su residencia estudiantil y se había instalado en el apartamento de Nikki. Después de Venecia pasaron un mes visitando París antes de que ella volviera a Boston, para el trimestre de otoño en Northeastern. Entonces Petar la sorprendió presentándose una mañana en el cubículo que ocupaba Nikki en el sindicato de estudiantes y diciéndole que la echaba tanto de menos que se había matriculado también en aquella universidad.

—Dime una cosa, sólo una —dijo en un nuevo intento por distraerle—. ¿Tyler se tomó la molestia de investigar con quién salía yo y entonces te

reclutó para que mataras a mi madre?

Aquello sí le hizo reaccionar. Petar resopló y se recostó en una de las columnas.

—¿Así que te gusta hacerte ilusiones? Tú misma.

—No me estoy haciendo ilusiones, sólo estoy intentando saber qué te dijo Wynn: «Hola, joven, ¿te interesa ganarte un dinerito asesinando a la madre de tu novia»?

—¿Ves? Ahí es donde te equivocas. Vamos a ver, Nikki, ¿de verdad crees que nuestra relación fue de verdad en algún momento?

Nikki tuvo que asimilar un nuevo revés emocional, pero siguió adelante con la conversación, siguió presionando a Petar.

—Eso pensaba, desde luego.

Petar rio.

—Es que de eso se trataba precisamente. Venga ya, ¿crees que nos conocimos en Venecia por casualidad? ¿Que fue el destino? Era trabajo. Todo estaba organizado.

—¿También lo de encontrarte «por casualidad» conmigo y con Rook en Boston? ¿Eso fue para enterarte de lo que sabía?

—No, sólo te estaba siguiendo. Por lo menos hasta que ese Rook de las narices me vio. Mi misión en Venecia era llevarte a la cama para acercarme a tu madre.

—¿Para matarla?

—Al principio no. Para enterarnos de algunas cosas.

—Y después matarla. —Nikki apretó los dientes en un intento por ignorar la furia que sentía y concentrarse en lo que estaba haciendo.

—Pues sí. Como te digo, era un trabajo. Y yo soy un buen profesional.

—Excepto por la maleta.

—Sí, eso fue una cagada. La usé para llevarme documentos del escritorio de tu madre y después se me olvidó hasta que la tenía. Oye, pero es que habían pasado diez años. Se me permite un pequeño fallo.

—Ése no fue el único.

—¿Qué estás diciendo?

—El High Line. Tú eras el francotirador, ¿verdad?

—¿Y?

—Pues que fallaste el tiro.

—No fallé. Hubo un terremoto.

—Pero también fallaste el segundo.

—De eso nada.

—Y el que podías haber disparado desde el final del paseo. Vi el punto rojo del láser. Pero en lugar de eso saltaste.

—Estás loca.

—De eso puedes estar segura. —Nikki dio un paso hacia él.

—Quédate donde estás.

Nikki dio un paso más.

—Pégame un tiro.

—¿Qué? —La iluminó con la linterna y levantó el arma, pero Nikki dio un paso más—. Estate quieta, te lo advierto.

Nikki siguió acercándose.

—Pareces todo un experto en apuñalar a mujeres por la espalda. ¿Y a mí eres capaz de pegarme un tiro? No, no lo eres. Venga ya, Pet. Un cara a cara, aquí mismo. Dispárame de una vez. Nunca vas a tenerlo tan fácil.

Pero Petar dio un paso atrás y chocó con la columna en la que había estado apoyado. Del túnel llegó un estruendo como el mar en un día de tormenta. Llegaba el tren. Justo a tiempo. Petar movió el arma haciéndole gestos a Nikki para que se situara en el borde del andén.

Nikki se quedó donde estaba.

—Vamos. No me lo pongas más difícil.

—¿Difícil para quién, Petar? —Se acercó un paso más a él. Ahora estaba a sólo unos centímetros y, por primera vez, podía mirarle a los ojos. Y él a los de ella.

—¡Muévete ya! —gritó.

—¿De verdad crees que voy a colaborar? ¿Que voy a ponerme de espaldas para que puedas darme el empujón?

Los ojos de Petar miraron de reojo las vías. El rumor se convirtió en estruendo. El suelo de cemento del andén empezó a vibrar.

—Mataste a mi madre. Me hiciste creer que me querías. ¡Pégame un tiro

de una vez, hijo de puta!

—Muy bien —dijo Petar.

Nikki sonrió y abrió los brazos, desafiándole.

Entonces escuchó el quejido de una herramienta eléctrica cortando metal. De la rejilla de ventilación situada al final de las escaleras empezaron a salir chispas que caían en el túnel como luciérnagas.

Petar se volvió a mirarlas.

Nikki aprovechó para actuar.

Se lanzó hacia él entrando en la peligrosa circunferencia del arma que llevaba en la mano derecha. Tenía los brazos en alto en el gesto de «adelante, pégame un tiro» y, mientras se acercaba a Petar, usó uno de ellos para inmovilizarle la muñeca y desviar la pistola. Después levantó el codo izquierdo y le golpeó en la nariz.

Petar chilló, pero no soltó la pistola. Entonces Nikki le dio un fuerte rodillazo en el cuádriceps. Mantuvo la mano derecha todavía asiéndole la muñeca y con la izquierda agarró el cañón de la pistola y comenzó a girarlo de manera que apuntara a Petar.

Pero éste también debía de haber aprendido combate cuerpo a cuerpo, porque sorprendió a Nikki dejándose caer al suelo de improviso y haciéndole perder el equilibrio. Tropezó hacia delante y cayó sobre Petar, con una mano todavía en la muñeca pero ya sin la pistola.

Llamó a Rook, pero con el ruido éste no la oía.

Se puso en pie de un salto y, sin soltar la muñeca de Petar, le tiró del brazo y lo golpeó, en un intento por romperle el codo. Pero Petar logró esquivar el golpe y Nikki sólo logró alcanzarle en la parte inferior del brazo. No le había partido la articulación, pero sí le había obligado a soltar la Glock, que cayó al suelo.

Heat se lanzó hacia ella, pero había caído justo fuera de su alcance, desplazándose por el suelo. Llegó al borde del andén en el momento exacto en que la pistola caía a las vías.

Estuvo a punto de tirarse a por ella, pero entonces se encendió una luz verde en el túnel y vio un tren que avanzaba hacia ella a gran velocidad a sólo unos segundos de distancia.

Gritó de nuevo llamando a Rook.

Seguían cayendo chispas.

Petar se levantó y echó mano de la Sig Sauer de Nikki.

Ésta inspeccionó el andén iluminado por los faros del tren. No había donde ponerse a cubierto.

Petar sacó la Sig.

El tren entró en la estación.

Petar apuntó el arma.

Nikki tomó una determinación.

Saltó.

Se tumbó cuan larga era y lo más pegada al suelo que pudo en la zanja de tierra entre las dos vías. En los escasos segundos antes de que la cabecera del tren se acercara, le vinieron a la cabeza historias que había leído de usuarios del metro que se habían caído a la vía y sobrevivido haciendo lo mismo que ella. Todo dependía de lo profundo que estuviera el suelo.

Nunca había visto un tornado, pero aquello fue lo que le pareció estar viviendo. Un ciclón de diez vagones de viento huracanado y estridente acero. La tierra tembló, su cuerpo experimentó una intensa sacudida. Gritó y nadie la oyó gritar.

De camino a la estación había maldecido la inclinación del suelo que había convertido el recorrido en una carrera de obstáculos, obligándola a trepar y a pasar por encima de las traviesas. Ahora confiaba en que aquel desnivel le salvara la vida. Apretó fuerte la cara contra el suelo y vació los pulmones para hacer su torso más pequeño. La única pequeña inspiración que hizo le llenó la boca de un sabor a agua estancada y óxido.

Era incapaz de contar los vagones, pero parecían no terminar nunca. Más que diez, eran cientos. ¿Cuál de ellos —se preguntó— sería el que tendría un saliente que la rajaría en dos? ¿O un gancho en la parte trasera que la arrastraría y la decapitaría?

De repente, silencio total. A excepción del chirrido de la herramienta de Rook, arriba.

Nikki no esperó. Rodó hasta el borde del andén y buscó la Glock bajo la pálida luz de la linterna de Petar. No veía la pistola. sólo botellas de plástico

y latas de pintura usadas.

El haz de la linterna iluminó las vías. Petar buscaba su cadáver.

Nikki no volvió a llamar a Rook, sino que se acurrucó todavía más contra la pared del andén y esperó sin hacer ruido. El cemento estaba frío al contacto con la piel desnuda de su espalda. Uno de los vagones debía de haberle rasgado la chaqueta y la blusa.

La luz creció en intensidad justo delante de ella. Eso quería decir que tenía a Petar justo encima.

—¿Nikki? —llamó este tímidamente. Nunca antes había odiado Nikki el sonido de su propio nombre como entonces, salido de la boca de Petar. Se preparó. Se aseguró de que no perdería el equilibrio. Esperó al siguiente «Nikki» y entonces saltó.

Se colocó frente a Petar en el preciso instante en que éste se inclinaba sobre las vías de tren y le roció los ojos con pintura. Petar gritó y se llevó la mano a la cara, dejando caer la linterna pero no la Sig. Nikki tiró el frasco de pintura y le atacó con las dos manos. Agarrándole de la pechera de la camisa, tiró de él hacia un lado y luego lo dejó caer. Petar aterrizó sobre un hombro en las vías y gritó de nuevo.

Nikki fue hacia él mientras sacaba las esposas, pero Petar rodó hasta quedarse de espaldas y le tiró una botella, que le acertó en plena mandíbula y le hizo ver las estrellas. Se tambaleó hacia atrás, desconcertada y cayó torpemente de espaldas. sólo tuvo reflejos para sacar una mano y así frenar un poco la caída.

Petar se levantó. Tenía las manos vacías. Quería la Sig. Nikki la había oído caer al suelo con él, pero tampoco la veía en la penumbra.

Petar intentó darse impulso para subir al andén y coger la linterna, pero estaba demasiado alto. Había llegado hasta la escalerilla metálica, pero sólo había subido dos peldaños cuando Nikki tiró otra vez de él, obligándole a volver al suelo. Petar no se resistió. En lugar de eso intentó hacerle perder el equilibrio, dejando que Nikki tirara de él de manera que los dos cayeran al suelo, él encima.

Una vez allí no intentó volver a la escalerilla, sino que echó a correr hacia la estación de la calle 96.

Debido a la falta de luz, calculó mal la altura de las traviesas y tropezó, cayendo una vez más entre las vías. Se puso en pie, pero no lo bastante rápido. Nikki saltó sobre él atacándole por sorpresa. Petar cayó girando como una peonza y aterrizando sobre Nikki, dejándola sin respiración. Ésta necesitaba aire para poder perseguirle. Pero Petar ya no corría, sino que la sujetaba por la solapas de la chaqueta. Estaba tirando de ella. Cuando Nikki pudo volver la cabeza y ver adónde la llevaba, se encontraba a pocos centímetros del tercer carril.

En pocos segundos Petar la dejaría caer y recibiría una descarga de seiscientos voltios.

Le dio una patada en la entrepierna. Estaban demasiado juntos el uno del otro para que esta fuera del todo efectiva, pero le dolió lo bastante como para hacerle gemir y soltar un poco a Nikki. La cabeza de ésta aterrizó en el suelo, a un milímetro de la vía electrificada.

Petar se alejó tambaleándose.

Por la vía central venía un tren expreso en dirección sur y Petar se dirigió hacia allí. Quería cruzarla antes de que pasara y después aprovechar para huir. Nikki le detuvo antes de que pudiera hacerlo.

Le dio un puñetazo detrás de la oreja que le hizo doblar las rodillas. Petar se agarró a una viga de metal con una mano para sujetarse y tomar impulso para devolverle el golpe a Nikki. Pero entonces recibió un segundo puñetazo, junto a la sien. Parpadeó y empezó a perder el equilibrio.

El tren expreso se acercaba a gran velocidad. Nikki tiró de Petar y después lo lanzó contra la viga de metal. Éste intentó golpearla, pero Nikki inclinó la cabeza para esquivarle y aprovechó para darle un puñetazo en la nariz. Y luego otro. La sangre que brotaba de las fosas nasales de Petar se mezcló con la pintura azul.

Cuando el inconfundible viento que anunciaba el tren fue llenando la estación, Petar giró la cabeza en dirección norte, miró con ojos inexpresivos a la luz que se acercaba y después a Nikki con resignación. La suya era la mirada de un hombre preparado para enfrentarse a su destino. Ambos sabían que no había testigos.

Era el momento perfecto para que Nikki vengara la muerte de su madre.

Su sueño, pero también su pesadilla hechos realidad.

Le cogió por las axilas y lo alejó de la viga ayudándole a ponerse en pie en el momento exacto en el que el primer vagón entraba en la estación fantasma.

Petar cerró los ojos y se preparó para recibir el golpe. Pero cuando llegó el tren Nikki le tiró al suelo lejos de él. Mientras yacía bocabajo con la cara en un charco del suelo, le puso las esposas. Dijo:

—Petar Matic. —Y entonces la detective Heat hizo una pausa antes de pronunciar las palabras que llevaba diez años esperando a decir—. Quedas detenido por el asesinato de Cynthia Heat. —Tragó saliva con fuerza y añadió—: También por el asesinato de Nicole Bernardin.

Después de esposar al prisionero y leerle sus derechos, levantó la vista esforzándose por no llorar y vio que Rook seguía serrando. Se tomó un momento para secarse los ojos y luego se puso a mirar las chispas.

A pesar de lo tarde que era, cuando Nikki pasó por el cuarto de observación de camino a la sala de interrogatorios número 1, vio que, además de Rook, varios detectives se habían acercado a la comisaría. Los Roach estaban allí, además de Rhymer y Feller. Malcolm y Reynolds habrían ido también, seguro, pero seguían en Staten Island, trabajando con la policía científica en la furgoneta de Carter Damon. Todos los ojos estaban fijos en ella. Sabían lo que aquel arresto significaba para Nikki. También sabían por todo lo que había pasado aquella noche y por eso todos se habían volcado con ella. Pero los policías son policías y estar allí era su manera de demostrar su apoyo. No habría declaración alguna de sentimientos.

Para asegurarse de que así fuera, Ochoa dijo:

—Todo un detalle por tu parte arreglarte así esta noche para nosotros, detective. Se nota que es una ocasión especial.

Heat parecía un personaje de la carátula de uno de esos videojuegos de combate. No se había cambiado de ropa y tenía la cara y las manos sucias y llenas de rasguños. Por el pasillo, de camino al despacho, se había quitado una bola de chicle de uva del pelo.

—He estado un pelín liada.

Nikki se acercó a la ventana mágica para mirar a Petar Matic, sentado al

otro lado, solo y esposado en la mesa de la sala de interrogatorios.

—Me sorprende que no te lo cargaras cuando tuviste ocasión —dijo el detective Feller—. Estando los dos solos, nadie lo habría sabido.

—Pero yo sí. Además, nos interesa vivo. Quiero saberlo todo. Lo que hizo. Las personas para las que trabajó. A quién más ha podido matar.

—Y dónde está Tyler Wynn —añadió Rook.

—Eso sobre todo.

Cuando Heat entró en la sala y se sentó frente a Petar vio que también él mostraba secuelas de la pelea. La única diferencia era que llevaba puesto el uniforme de la cárcel. Pero tenía sus buenos cardenales y cortes, así como manchas de barro y sangre reseca. Incluso seguía teñido de la pintura azul con que Nikki le había rociado la cara. Con el mono naranja, se diría que lo hubieran expulsado de un partido de fútbol americano de los Gators de Florida.

Los dos se miraron en gélido silencio. A Nikki no le gustó lo que veía. No era solo que se encontrara frente al hombre que había apuñalado a su madre hasta matarla y asesinado al menos a otra mujer. Ni que fuera el ex amante que se había referido a su relación con ella como «trabajo», como el medio para conseguir un fin. Lo que no le gustaba a Nikki era la expresión de sus ojos. La mirada dócil, resignada, derrotada de cuando se había impuesto a él en el metro había desaparecido. Petar Matic siempre había sido un estratega y sus ojos le decían a Nikki que desde que lo habían llevado esposado a la comisaría había estado pensando.

—Deberías haberme matado cuando tuviste la ocasión —dijo.

—Hay muchos por aquí que piensan igual.

—¿Y por qué no lo hiciste?

—Yo no soy jurado, sólo policía. Al final del día tengo que rendir cuentas. Como tú. Los dos sabemos lo que es eso.

—Nikki Heat siempre con su superioridad moral. Santa y guerrera. —Se inclinó sobre la mesa y sonrió—. Qué pena que seas tan mala amante.

Cuando notó que se ponía colorada, Nikki se recordó a sí misma que debía tomar distancia. Petar iba a intentar aprovecharse de cualquier ventaja a su alcance, sobre todo iba a intentar jugar con sus sentimientos. Intentó

ignorar la bofetada emocional y el hecho de que, si bien sus compañeros de brigada se habían ido a cumplir con las tareas que acababa de encomendarles, Rook seguía al otro lado del espejo. Tomó aire despacio para recuperar la concentración.

—Dime exactamente cuándo te contrataron para que mataras a Cynthia Heat.

—Muy bien, nos ponemos en plan profesional. Tu especialidad cuando las cosas se ponen íntimas.

—¿Quién te lo encargó?

—¿Ves? sólo te importa el trabajo, como siempre.

—Quiero respuestas.

Petar sonrió.

—Y yo quiero un trato.

—No tienes con qué negociar. Ya sé que mataste a mi madre y a Nicole Bernardin.

—¿Y eso quién lo dice?

—Tú.

—¿Cuándo?

—Esta noche, en el metro.

—Demuéstralo.

Petar sonrió de nuevo, sólo que esta vez era una sonrisa más ancha y más arrogante. Era la misma actitud que Nikki le había leído en los ojos antes, cuando le había quitado la pistola. Ésa misma arrogancia que le había hecho tomar la decisión de matarle. Por un momento se preguntó —y volvería a hacerlo muchas veces a partir de entonces— si no debería haberlo hecho.

Los dos sabían que aquel interrogatorio no era un simple trámite. Como detective de homicidios, Heat era consciente de que para acusar a Petar harían falta pruebas concluyentes que presentar a la oficina fiscal. Por esa razón había enviado a los miembros de su brigada a registrar su apartamento, así como el despacho en la cadena de televisión para la que trabajaba. Además, estaban repasando su vida con lupa en busca de cualquier indicio de prueba que pudiera servirles. Y aquello sólo era el principio.

Pero Petar estaba intentando hacerla dudar. Nadie más le había oído

confesarse autor de los asesinatos, lo mismo que nadie se habría enterado si Nikki lo hubiera arrojado delante de aquel tren. Si no encontraba pruebas físicas que llevar a juicio, cabía la posibilidad de que Petar quedara en libertad. Muy consciente de lo que se jugaba, el detenido sacó el as que llevaba en la manga.

—Tengo algo que te interesa.

Si Nikki parpadeaba o demostraba interés, perdería terreno, y aquello podría arruinar la resolución de aquel caso. Así que permaneció estoica. No expresó reacción alguna y siguió callada.

—Y a lo mejor no es sólo información sobre el asesinato de tu madre. O sobre el otro. —Hablaba de las muertas como si fueran entradas de un inventario con las que no merecía perder el tiempo—. Algo está a punto de pasar. Algo gordo y muy feo. Lleva preparándose durante diez años... No sé si lo de los diez años te dice algo.

La alusión a la década cuyo principio y fin habían marcado los dos apuñalamientos era su manera de despertar el interés de Nikki, pero sin admitir su culpabilidad. Petar era listo, así que Nikki, tenía que serlo aún más.

Sin morder el anzuelo del trato, dijo:

—Si tienes información sobre un delito que se va a cometer, estás obligado a compartirla.

—Un sabio consejo, detective. Quizá lo siga. —Sonrió de nuevo con arrogancia y dijo—: Supongo que depende del trato que hagamos.

Irons estaba en el cuarto de observación con Rook cuando entró Nikki desde la sala de interrogatorios. El capitán corrió a su encuentro.

—No pensarás hacer un trato con ese tipejo, ¿verdad?

Heat miró el reloj de la pared.

—¿Qué hace usted aquí a esta hora, capitán? Es más de medianoche.

—Me enteré de que habías cogido a nuestro hombre y quería estar aquí.

—Nikki reparó en que estaba recién afeitado y con su uniforme, con la camisa perfectamente almidonada. Wally se había tomado su tiempo para estar presentable ante las cámaras—. Le has leído sus derechos, ¿verdad?

—No es tan sencillo. Me confesó haber matado a las dos víctimas, pero es mi palabra contra la suya a no ser que encontremos pruebas. E incluso con

eso, hay cosas que necesitamos saber para las que hace falta su cooperación.

Irons resopló.

—Sí, claro, y ya que le dejas llevar la voz cantante, ¿por qué no le sueltas, de paso? —Entonces recordó quién más estaba en la habitación y le dijo a Rook—: Eso no lo escribas.

—No he oído nada, capitán.

—Petar Matic no se va a ninguna parte, señor. Pero creo que lo más prudente es respirar, tomarnos nuestro tiempo y hablar con la oficina del fiscal a primera hora de la mañana.

Irons dijo:

—Quieres alargar esto para satisfacer tu curiosidad personal por todos los detalles y cabos sueltos sobre tu madre.

Heat dijo:

—Escúcheme, capitán, nadie tiene más interés que yo en encerrar a este tipo para el resto de su vida. Pero eso significa que hay que hacer las cosas bien, que no pueda quedar en libertad porque nosotros no hemos hecho nuestro trabajo. Le tenemos. Ahora necesitamos probar que es culpable. — Irons hizo ademán de interrumpirla, pero Nikki no le dio ocasión—. ¿Qué pasa si no va de farol? ¿Y si sabe algo que nos ayude a arrestar a los conspiradores y evitar más muertes? ¿A eso lo llama usted cabos sueltos?

Sin esperar a que Irons le diera permiso, Nikki abrió la puerta del pasillo, donde estaban apostados dos agentes de uniforme.

—Llevad a mi detenido al calabozo.

Parecía un día cualquiera de trabajo en la comisaría, excepto porque eran las dos de la madrugada en la noche más importante de la carrera de Nikki como detective. Había puesto a Ochoa a hacer llamadas, extendiendo la orden de busca y captura de Tyler Wynn a la CIA, el departamento de Seguridad Nacional y la Interpol, aparte de asegurarse de que el nombre y la fotografía del espía estuvieran en todos los controles de aeropuertos, además de hacerlos llegar a la policía encargada de los ferrocarriles y a las autoridades portuarias. Mandó a Feller y a Rhymer a que registraran el apartamento de Petar con instrucciones concretas de que buscaran documentos, recibos, fotografías y datos informáticos. La detective Hinesburg estaba otra vez

desaparecida. Así que Heat le encargó a Raley que revisara las grabaciones de las cámaras de seguridad del Departamento Forense a ver si habían recogido alguna imagen del conductor del camión de reparto de gas que había saboteado el análisis toxicológico de Bernardin. Todos los detalles del caso estaban ahora conectados y todo lo que pudieran encontrar relacionado con Petar serviría para condenarlo.

Rook se acercó a la mesa de Nikki cuando ésta colgó el teléfono.

—Han llamado Malcolm y Reynolds mientras estabas hablando, así que te he cogido el mensaje. A ver si lo he apuntado todo. Se alegran de que sigas viva... Al menos creo que eso es lo que han dicho. —Se encogió de hombros—. Yo qué sé. Y también me han puesto al día del trabajo de los de la científica en el trastero de Carter Damon. ¿Lo he hecho bien?

—Con ese culo, te contrataría de secretaria en cuanto me lo pidieras. ¿Qué pasa con la furgoneta?

—Han encontrado unas botas de goma negras. Del cuarenta y cinco, el mismo número que calzaba quien registró el apartamento de Bernardin. En el laboratorio van a examinarlas a ver si encuentran fibras de alfombra.

Nikki fue hasta las pizarras blancas e hizo una anotación sobre las botas junto a otros datos sobre el apartamento de Bernardin.

—¿Qué más?

—Restos de sangre dentro de la furgoneta, en la zona de carga. Malcolm dijo que ya sabía lo que ibas a decir y que DeJesus se está ocupando personalmente. —Esperó mientras Nikki escribía «Sangre/ADN» en la pizarra y continuó—: Y por último, que han encontrado huellas en todas las superficies y los picaportes. Las están comprobando ahora.

Cuando Nikki le hubo puesto la tapa al rotulador, Rook le preguntó:

—¿Con quién has estado hablando tanto rato?

—Con la prefectura de policía de París (Francia).

—Eso es una llamada internacional, supongo que lo sabes.

—Un dinero muy bien empleado. —Rook la siguió de vuelta a su mesa y Nikki cogió sus notas—. Escucha esto. No hay informe alguno de un ataque a Tyler Wynn. Ni registro de su muerte. Tampoco de que estuviera ingresado en el Hôpital du Canard. Y no tienen constancia de que haya salido del país.

Rook se acarició el mentón.

—¿Y de que nosotros estuviéramos en el hospital?

—No según los informes del hospital y de la policía de Boulogne-Billancourt. Nunca han hablado con nosotros y jamás hemos estado allí. —
Dejó caer los apuntes sobre la mesa.

—¿Cómo lo llevas?

—Pues es como un episodio de Correcaminos y el coyote. Mientras no me pare y mire al precipicio... —Le tocó un brazo—. ¿Y tú qué? ¿No te duele la muñeca después de haber estado media noche intentando cortar esa rejilla?

—Oye, cinco minutos más y lo habría conseguido. No entiendo cómo parece tan fácil en *La casa de tu vida*.

—La vida real nunca es como la televisión.

—Y menos en los reality shows.

El teléfono de Nikki sonó y ella contestó:

—Homicidios. Detective Heat.

Se puso pálida, dejó caer el auricular sobre la mesa y corrió hacia la puerta. Rook fue detrás de ella:

—¿Qué pasa?

—De todo.

No se detuvo en la consigna y se limitó a darle la Sig al guardia antes de entrar en el calabozo. Corrió dejando atrás a borrachos, ladrones de casas y detenidos por orinar en la vía pública y llegó al fondo del pasillo, donde la puerta de la celda de aislamiento estaba abierta y dos agentes con guantes azules estaban arrodillados sobre Petar.

Éste se había caído de la litera y yacía de espaldas con una gran herida abierta en la frente, donde se había golpeado contra el suelo de cemento. Los ojos parecían a punto de salirse de las órbitas y tenía la piel morada oscura y surcada de capilares rotos color carmesí. La lengua estaba muy azul, casi negra, y le sobresalía de la boca abierta rodeada de un charco de espuma, mientras que un reguero de vómito sanguinolento y de olor acre le recorría el cuello hasta llegar al suelo. El mono naranja estaba empapado de orina a la altura de la entrepierna y la muerte le había soltado los esfínteres.

Los agentes se levantaron. Uno de ellos salió a toda prisa tapándose la boca. Nikki dio un paso atrás sin darse cuenta y chocó contra Rook. Uno de los agentes dijo:

—Hemos intentado reanimarlo, pero para cuando abrimos la celda ya estaba muerto.

—¿Ha visto alguien lo que ha pasado? —preguntó Heat.

Les hablaba a los agentes, pero uno de los prisioneros dijo:

—Cuando acabó de cenar empezó a vomitar como una bestia.

El prisionero hizo una demostración, pero Nikki le dio la espalda para inspeccionar la celda.

En el suelo había una bandeja de comida con una botella de zumo de plástico vacía y caída. El resto estaba sin tocar.

—Que nadie le toque hasta que no llegue el forense —dijo Nikki—. Y que nadie coma ni beba nada hasta que no sepamos qué es lo que le ha envenenado.

—Y quién —dijo Rook.

20

Nikki se echó más agua en la cara y se irguió para mirarse en el espejo del lavabo de señoras. Los labios empezaron a temblarle y a curvarse hacia abajo y entonces apartó la vista para obligarse a poner cara de fuerte, pero el temblor no hizo más que aumentar y los ojos se le llenaron de lágrimas. Antes de que pudieran rodarle por las mejillas, se agachó de nuevo sobre el lavabo y se echó más agua.

A diferencia de lo ocurrido con la muerte simulada de su jefe en París, Nikki tenía los medios y las razones para verificar que Petar Maric había, de hecho, expirado. Una llamada a su amiga, Lauren Parry, la había sacado de un profundo sueño y la había llevado al calabozo en menos de tres cuartos de hora. Su examen preliminar coincidía con los indicios visuales. Veneno, introducido dentro de una botella de plástico de zumo de manzana de aspecto inocuo. Veneno y del fuerte. En todos sus años de trabajo Lauren nunca había visto una toxina atacar de manera tan fulminante.

—La dosis de lo que quiera que sea esto (lo sabremos cuando lo analicemos en el laboratorio) estaba pensada para matarlo en el acto. Fallo multiorgánico sin posibilidad de recuperación. Más me vale comprobar los cierres de mi traje de astronauta mañana cuando haga la autopsia.

La autopsia de Petar.

Nikki se secó la cara con toallas de papel, que presionó contra sus ojos. Si los cerraba tenía de nuevo trece años y estaba en un viaje de esquí con el colegio a Vermont, cuando se había salido de la pista desviándose a una pendiente marcada y cubierta de hielo. Al caerse había perdido los guantes y un esquí había salido disparado patinando sobre el hielo para caerse después

por un precipicio. Los guantes se habían detenido a unos pocos metros del borde, pero, de haber intentado cogerlos, Nikki se habría arriesgado a correr la misma suerte que el esquí.

Sola y en peligro, había clavado las uñas en el hielo intentando ponerse a salvo. sólo tenía que subir tres metros de pendiente y agarrarse a una roca. A mitad de camino se le soltaron las manos y volvió al principio. Llorando y con la piel quemada por el hielo, reunió las fuerzas necesarias para trepar de nuevo por la pendiente. Cuando casi había llegado al final y alargaba la mano para agarrarse a la piedra que estaba a sólo unos centímetros, cayó de nuevo. Esta vez aterrizó aún más abajo que al principio, a la altura donde estaban los guantes, que cayeron por el precipicio cuando intentó cogerlos.

Abrió los ojos. Estaba en los lavabos de la comisaría. Pero seguía en aquella pendiente helada.

—Tengo novedades sobre la comida envenenada —dijo el detective Feller cuando volvió del baño—. Una mujer le dio veinte dólares al repartidor de la *deli* que sirve la comida a los calabozos cuando estaba a punto de coger la bicicleta y le dijo que ya se ocupaba ella.

—Estupendo. ¿Tenéis la descripción? —pregunto Nikki.

—Sí, y cuando me la dio le enseñé esto. —Feller buscó la fotografía de Salena Kaye en su teléfono móvil—. Ha dicho que era ella.

—La veo y apuesto cinco más —dijo Raley entrando por la puerta con una fotografía en la mano—. Acabo de imprimirla, estaba en las cintas de las cámaras de seguridad del Departamento Forense. —Levantó el papel para que todos pudieran verlo. Era Salena Kaye vestida de repartidora y con una gorra de béisbol.

Rook dijo desde su mesa:

—Eso es lo que yo llamo una enfermera picarona, pero de verdad.

—Y que lo digas —dijo Raley—. Es una pena que no hayamos comprobado antes las cintas de las cámaras de vigilancia. De haber visto esto anteaer, igual la habríamos cogido antes de que se largara.

—O a Petar —dijo Feller.

—Refrescadme la memoria —dijo Rook—: ¿quién dijo que se iba a ocupar personalmente del tema de las bombonas saboteadas? Alguien que

luego delegó el trabajo en su persona de confianza.

Nikki cogió la fotografía de manos de Raley y se fue con ella al despacho de Irons, cerrando la puerta nada más entrar. Menos de tres minutos después el capitán debía de haber decidido no convocar a la prensa después de todo. Cogió su abrigo y salió a toda prisa.

Exhausta, pero reacia a irse a casa con aquel estado de cosas, Nikki pasó la noche en la comisaría. Rook llegó al amanecer con un café con leche y ropa limpia.

—¿Has dormido algo? —preguntó.

—Más o menos. Intenté echar una cabezada en una de las salas de interrogatorios, pero ya sabes cómo son las cosas. —Dio un sorbo de café—. Mi padre es madrugador, así que le he llamado hace un rato para contarle las novedades, para que no se enterara por la televisión.

—¿Qué tal se lo ha tomado?

—Tan reservado como siempre. Pero al menos no me colgó el teléfono cuando vio mi nombre en la pantalla. Algo es algo.

Rook recordó la despedida tan brusca en el apartamento del padre de Nikki después de que ésta le pidiera los extractos bancarios.

—O eres más fuerte de lo que creía o te va la marcha.

—Mira, dejando de lado lo personal, creía que tenía este caso resuelto. —Le condujo hasta las pizarras. Las dos estaban llenas de nuevas anotaciones que había hecho durante la noche—. Pensé que una vez que tuviera al asesino todo habría terminado. Pero Petar ha resultado ser... el premio de consolación.

—Eso es lo verdaderamente trágico de todo esto, Nikki. Precisamente ahora que tu ex novio y yo empezábamos a entendernos... —La miró con expresión inocente—. ¿Qué? ¿Es demasiado pronto?

—Un poco —dijo Nikki, pero sonrió dándole a entender que apreciaba sus esfuerzos por hacerla reír, a pesar de todo—. El tema aún me resulta delicado, pero tú no te rindas, ¿vale?

—Vale.

Nikki miró una de las pizarras con un suspiro.

—Éste... —golpeó con el dedo el nombre de Tyler Wynn, ahora

destacado entre todos los demás—, este dio las órdenes. Por su culpa han muerto mi madre, Nicole y Don.

—Y también Carter Damon.

—Sí. ¿Y por qué? —Movi6 la cabeza—. Joder, de verdad que pensaba que ya lo tenía.

Casi todos los miembros de la brigada llegaron pronto. Era evidente que dormir no era en aquel momento una prioridad. Los Roach se retrasaron un poco, pero sólo porque habían ido a las oficinas centrales de la empresa municipal de transportes para echar un vistazo a las grabaciones de sus cámaras de seguridad de la estación de la calle 96.

—Nos van a hacer copias —dijo el detective Raley—, pero se ve a Nicole Bernardin recorriendo el andén en dirección a la estación fantasma con la bolsita de cuero y después volviendo sin ella la noche en que murió.

—¿Alguna idea de lo que podía haber dentro? —preguntó Rhymer.

—Ni idea. Ni siquiera llegué a tocarla —dijo Nikki.

El detective Feller intervino en la conversación:

—¿Sabemos para quién la dejó allí Bernardin?

Heat movió la cabeza de un lado a otro.

—Si dijera algo, me lo estaría inventando.

Aunque lo cierto es que tenía una teoría, pero no quería compartirla.

Entraron los detectives Malcolm y Reynolds con noticias frescas del Departamento Forense. Los restos de sangre en la furgoneta de Carter Damon eran del mismo tipo que la de Nicole Bernardin.

—Los del laboratorio nos lo van a confirmar —dijo Reynolds—, pero estoy seguro de que va a ser de ella.

Malcolm añadió:

—Las fibras de alfombra de las suelas de las botas de Damon también son las de la casa de Bernardin. Y aunque en esa furgoneta hay más huellas dactilares que en el cuerpo de una bailarina de streaptease, han conseguido aislar tres: de Damon, de Salena y de Petar.

Entonces oyeron voces exaltadas y un portazo a su espalda, y todos se giraron hacia el despacho acristalado, donde vieron al capitán Irons y a la detective Hinesburg gritándose el uno al otro. A la detective se le había

corrido el rímel y parecía un mapache.

—La parejita de anuncio está en crisis —dijo Feller.

—¿Es que no habéis visto el *Ledger* de hoy? —preguntó Reynolds—. La columna de local estaba dedicada a preguntarse cómo era posible que muriera un prisionero estando en los calabozos.

Ochoa dijo:

—Todos los periódicos hablan de ello.

—Sí, pero Tam Svejda tiene una fuente que dice que uno de los detectives no identificó a Salena Kaye en las grabaciones de las cámaras de seguridad.

—¿Y a que sabemos el nombre de esa fuente? —dijo Feller—. El superviviente.

Ochoa se mostró de acuerdo:

—Wally es capaz de pisotear a una niña pequeña con tal de salir en la televisión. ¿Cómo no iba a estar dispuesto a cargarle el muerto a Sharon para salvar el culo?

—Nunca mejor dicho, lo del muerto.

Nikki carraspeó.

—Por mucho que me guste cotillear, quizá sea mejor que nos concentremos y nos pongamos a trabajar. —Pero mientras todos volvían a sus mesas no pudo evitar echar un vistazo al despacho acristalado y confiar en que, si no trasladaban a Hinesburg, por lo menos la suspendieran de empleo y sueldo durante una buena temporada.

Rook se acercó a ella.

—Voy a salir un momento. Tengo que ocuparme de unos asuntos. Nada que ver con el caso, cosillas sin importancia.

—Mentiroso. Vas a sacar esto en tu próximo artículo, ¿a que sí?

—Vale. Puesto que insistes, te diré que mi editor de *First Press* me ha mandado un correo diciéndome que están preparando el lanzamiento de la revista en formato electrónico y que una exclusiva sobre este caso sería perfecta para la portada.

—Y ya sabes lo mucho que me gustó tu último artículo.

—Te prometo que no voy a hacer mención de tus proezas como amante y

que me voy a limitar a los hechos.

—Sí, claro, con eso ya me has convencido.

—Míralo de otra manera —dijo Rook—: ¿quién prefieres que firme el artículo, Tam Svejda o yo?

Nikki no lo dudó un momento:

—A por ello, chaval.

—No te arrepentirás.

—Ya lo estoy haciendo.

—¿Me dejas que te invite a comer luego?

Nikki bajó los ojos.

—Ve tú, tengo que hacer una cosa a la hora de comer. —Como vio que Rook la miraba tratando de decidir si le preguntaba el qué, añadió—: En serio, nos vemos por la noche en mi casa.

Cuando llegó a la puerta pegó la oreja, pero no oyó nada. Llamó con suavidad para asegurarse de que el lugar estaba vacío y, como nadie contestó, entró con sigilo y cerró con pestillo.

Con cuidado de no tocar las notas del detective Raley sobre las grabaciones de las cámaras de seguridad dispuestas en ordenados montones delante del monitor de televisión, se sentó frente a la consola dentro del pequeño mueble que Raley había convertido en su minúsculo reino de la vigilancia con cámaras. Sonrió cuando vio la corona de cartón del Burger King que le había concedido en una reunión de la brigada después de que hubiera dado con las imágenes grabadas del secuestro de un gigoló callejero el invierno anterior. Después sacó un lápiz de memoria del bolsillo, lo conectó al puerto USB y se puso los auriculares.

No sabía cuántas veces en los últimos diez años había escuchado la grabación de audio del asesinato de su madre. ¿Veinte a lo mejor? Primero había hecho una copia sosteniendo una grabadora al lado del contestador automático, así el detective Damon pudo llevarse la cinta. La calidad era mala, de manera que, cuando se convirtió en detective, Nikki consiguió una autorización a su nombre para entrar en los archivos de la policía y conseguir la copia digitalizada de la cinta del contestador automático. Ésta sonaba mucho más clara; sin embargo, aunque la había escuchado muchas veces

intentando identificar aquella voz ahogada, nunca se había acercado siquiera.

Siempre lo hacía en secreto, porque era consciente de que mucha gente aquello lo encontraría tétrico y no entendería que su interés era estrictamente policial. Estaba buscando pruebas, no obsesionándose con revivir lo sucedido. Eso era, en todo caso, lo que se decía a sí misma, y sentía que era cierto. Siempre se concentraba en el ruido de fondo, no en el de la conversación principal. Odiaba especialmente escuchar su propia voz y siempre —todas las veces sin excepción— detenía la reproducción antes de que llegara la parte en que ella llegaba al apartamento y daba un grito.

Eso era más de lo que podía soportar.

De todas las veces que había escuchado la grabación, sin embargo, ésta era la primera que sabía que la voz era la de Petar.

Homicidio de primer curso. En un caso de asesinato, lo más probable es que el autor sea alguien cercano. Hay que ir eliminando maridos, mujeres, ex parejas, familia política, antiguos conocidos, hijos, hermanos y familiares antes de pasar a otro grupo de sospechosos. Aparte de su padre, en aquel caso habían buscado posibles amantes de su madre, pero no de Nikki. Pero, claro, es que el responsable de la investigación había sido Carter Damon, el sicario encubridor de Petar y encargado de obstaculizar la investigación.

Nikki escuchó la grabación otra vez, pero con oídos nuevos. Escuchó la conversación sin importancia que había mantenido con su madre sobre las especias, cómo esta iba a mirar en la nevera, los gritos y el teléfono cayendo al suelo. La voz ahogada de un hombre. Le dio a la pausa y volvió a ponerla. La escuchó una y otra vez.

A mediodía estaba en la planta doce, en un tranquilo despacho que daba a York Avenue, en la sesión que había concertado aquella mañana con el doctor Lon King. Le explicó al psicólogo del departamento de policía lo de la grabación y que, por primera vez desde que mataron a su madre, cuando la escuchaba reconocía la voz de Petar.

—¿Y por qué le interesa tanto hablar de esa grabación?

—Supongo que para preguntarle si el que no reconociera la voz sería porque inconscientemente no quería hacerlo.

—Eso siempre es una posibilidad, pero me pregunto si no interesa ir un

poco más allá.

—Ésta es la parte que odio.

El psicólogo sonrió.

—Le pasa a todo el mundo al principio. —Y continuó—: Por mucha capacidad de recuperación que tenga, Nikki, son muchas cosas juntas.

—Por eso le he llamado.

—Estoy seguro de que ahora mismo no sólo está reviviendo el trauma y la pérdida, también está experimentando una intensa furia y se siente traicionada. Por no hablar de que debe de sentirse muy confusa respecto a sus elecciones y a su instinto. Como detective, respecto al crimen. Como mujer, respecto a los hombres.

Nikki se recostó en su asiento y apoyó la cabeza en el cojín. Mientras miraba el techo blanco inmaculado intentó ahuyentar la confusión que sentía y recuperar la sensación de control que había tenido hasta el día anterior mismo.

—Es como si se me hubieran roto todos los esquemas. No sólo en la investigación, sino también en lo que creía que era mi vida. En mi idea del amor. Me preocupa porque ahora no sé de qué puedo fiarme.

—Y para usted la confianza es algo fundamental. La desconfianza en cambio... implica caos.

—Sí —dijo Nikki, pero sin gran convencimiento—. Y es lo que siento ahora. Siempre imaginé que resolver el asesinato de mi madre sería un trabajo limpio, ordenado. Y ahora lo único que siento es... —Giró un dedo simulando un ciclón.

—Estoy seguro de ello. Sobre todo por lo que tiene de traición personal. Pero ¿podría ser también porque su vida ha estado tan marcada por este caso que ahora que ha terminado no sabe a qué se enfrenta?

Nikki se enderezó para mirarle.

—No, es porque todavía no ha terminado y no quiero fallarle a mi madre.

—Eso no tiene solución. Está muerta.

—Y el hombre que ordenó su asesinato sigue suelto.

—Entonces tendrá que hacer lo que tenga que hacer. Lo sé por cómo interpretó lo de tomarse unos días de permiso. —Nikki asintió, pero sin

sonreír—. Le pediría que intentara mantener la calma, por muy abrumador que le resulte todo esto. La desconfianza se alimenta a sí misma, es como un virus. No puede hacer su trabajo ni vivir su vida dudando constantemente de sus instintos. Se convertiría en ese cervatillo asustado, paralizado por los faros de un coche. ¿En quién confía más, Nikki?

—En Rook.

—¿Puede hablar de esto con él?

Nikki se encogió de hombros.

—Claro.

—¿Con total sinceridad?

Su vacilación contestaba a la pregunta del psicólogo.

—Por mi experiencia con policías en esta consulta sé que la autosuficiencia es una ventaja cuando se trabaja bajo tanta presión. Pero como estilo de vida tiene un precio. El estoicismo. La soledad.

—Pero yo ahora no estoy sola. Estoy con Rook.

—Sí, pero ¿hasta qué punto?

El doctor King no le pidió que contestara, sino que se limitó a que el sonido de las manillas del reloj situado detrás de Nikki llenara el silencio unos minutos antes de continuar hablando.

—Llega un momento en que, si tenemos suerte, nos vemos obligados a decidir cuánto de nosotros mismos queremos revelar. En el trabajo. A los amigos. En una relación. Usted y Don mantuvieron su relación en un plano estrictamente físico, sin tener que revelar ni compartir nada. Funcionaba porque estaban en igualdad de condiciones. Ninguno de los dos quería ir más allá. Pero eso no le va a pasar siempre. Es posible que con otras personas quiera revelar más de usted misma. Aunque, por lo que me cuenta, está haciendo exactamente lo contrario. Así que (a largo plazo) tendrá que enfrentarse a ello en algún momento, si Rook necesita una mayor intimidad de la que usted está dispuesta a darle. Y puede que eso le aleje. No ahora, pero sí algún día, ese momento de la verdad llegará. Y le dejará entrar o no. Aceptará ser vulnerable ante él o no. Y experimentará las consecuencias de su elección. Espero que, sea cual sea, la haga feliz.

Nikki salió a la calle después de su sesión con el psicólogo con más

preguntas que respuestas, pero al menos algo en su vida parecía sonreírle. A una manzana de York Avenue había aparcada una furgoneta amarilla de Wafels & Dingels. Esperó la cola dudando entre algo dulce o algo salado y al final se decidió por una combinación de ambas cosas: un gofre de bacón y sirope de arce, que se comió sentada en un banco bajo el teleférico Roosevelt Island Tram. Cuando terminó estuvo un rato viendo las cabinas de pasajeros flotar por el aire en dirección al East River, y deseó poder meter todas sus preocupaciones en una cámara sellada y enviarlas muy, muy lejos, por el aire. Imposible. Lo vio claramente cuando el agente Bart Callan, del departamento de Seguridad Nacional, se sentó a su lado en el banco.

—Deberías probar el de mantequilla de cacahuete y nata montada. Es el único gofre que ha superado al de Bobby Flay —dijo.

—¿Qué pasa, que no tenéis correo electrónico? Porque en lugar de espíarme, estaría bien que la próxima vez me convocarais a una reunión.

—¡Como que ibas a venir!

—Inténtalo, agente Callan. Como te dije la otra vez, usad la puerta principal. Soy colaboradora por naturaleza.

—A no ser que estés acorralada.

—¿Y quién no lo está?

—Necesito saber todo lo que hayáis averiguado sobre Tyler Wynn y Petar Matic. Y si pudieras decirme también qué había en el buzón secreto, nos resultaría de gran ayuda.

Nikki apartó los ojos del remolcador que avanzaba río arriba debajo del puente de Queensborough y miró al agente. Si le quitabas la solemnidad típicamente militar y su molesta costumbre de presentarse por sorpresa, parecía un buen tipo. Entonces las dudas sobre sus propios instintos hicieron acto de presencia.

—Seguro que tienes línea directa con el cuartel general de la policía de Nueva York. ¿Por qué no les llamas?

El agente negó con la cabeza.

—No es lo ideal. Este caso es demasiado delicado, demasiado gordo. Si entra en la cadena burocrática, no habrá manera de pararlo.

—Entonces, ¿por qué involucrarme a mí?

—Porque ya lo estás. Y porque sabes tener la boca cerrada. —Sonrió—. Eso lo comprobé la otra noche en el almacén. —Nikki le devolvió la sonrisa y el agente le alargó la mano. Al principio Nikki pensó que quería que se la estrechara, pero lo que hizo fue coger el recipiente con los restos de comida, y el malentendido hizo que se pusiera colorada. El agente tiró el plato y el tenedor en la papelera que tenía al lado y luego se volvió en el banco para mirarla—. Detective Heat, una cosa sí puedo decirte con seguridad. Este caso se está convirtiendo en un asunto de seguridad nacional. Si te lo explico es posible que te sientas mejor compartiendo tu información con nosotros.

—Te escucho.

—Es muy sencillo. Nicole Bernardin, que en otro tiempo estuvo en la CIA, se puso en contacto con nosotros hace alrededor de mes y medio para decirnos que había encontrado unos documentos muy delicados sobre algo urgente y que necesitaba enseñárnoslos. Investigamos escrupulosamente su historial dentro de la agencia así como sus actividades recientes con Tyler Wynn en su nueva calidad de (llamémosle así) trabajadora autónoma. Cuando lo teníamos todo organizado para que recuperara la información y nos la pasara, alguien la mató.

Nikki dijo:

—Si quieres saber lo que conozco del buzón, lo encontré, pero no llegué a ver lo que había dentro.

—¿Qué aspecto tenía?

—Era una bolsa pequeña de cuero con una cremallera. De esas que usan los dueños de las tiendas para llevar el dinero al banco.

El agente entrecerró los ojos tratando de imaginar el objeto.

—Gracias por la información.

—Puedes darme las gracias contestándome a esta pregunta: si sabíais que Tyler Wynn se había pasado al otro lado, ¿por qué no lo detuvisteis? Sobre todo si andaba metido en algo de seguridad nacional.

—Precisamente por eso. Venga ya, Heat, tú sabes lo que es mantener a un sospechoso vigilado de cerca. No le arrestamos porque no queríamos que supiera que había sido descubierto antes de que nos llevara a lo que sea que se trae entre manos.

—¿Y cuántas personas han muerto desde que le tenéis vigilado, agente Callan?

Éste sabía adónde quería llegar Nikki y dijo:

—Para que conste en acta, cuando mataron a tu madre la CIA no tenía ni idea de que Wynn se lo había montado por su cuenta. De hecho, su asesinato fue lo que propició la investigación. Entonces yo estaba en el FBI, era el contacto de tu madre allí. —Sus palabras hicieron que Nikki se volviera a mirarle—. Sí, la conocí —dijo—. En una situación muy parecida a la de Nicole Bernardin, tu madre contactó con nosotros porque sospechaba que se estaba planeando un ataque en suelo estadounidense. Le dimos doscientos mil pavos para que sobornara a uno de sus informadores para que consiguiera pruebas, pero la noche en que por fin lo hizo la asesinaron.

Nikki se puso a mirar un tren elevado mientras digería la noticia. Si Callan decía la verdad, entonces ese dinero no era un pago a la traición de su madre, después de todo. Bajó los ojos para mirarle y él concluyó:

—Y ésa es la historia.

—Excepto que no me has dicho qué conspiración había descubierto, de la que, por lo que parece, habéis estado al tanto todos estos años.

—Eso es secreto de Estado.

—Muy oportuno. Y mientras tanto Tyler Wynn ha seguido suelto. Ah, no, perdón, que estaba bajo vigilancia.

El agente Callan ignoró la pulla. De acuerdo con su actitud solemne y hermética, nada parecía capaz de distraerlo de su misión.

—Supongo que esta pregunta te la habrá hecho ya mucha gente, pero yo voy a hacértela también, y confío en que seas sincera conmigo. ¿Tienes alguna idea de lo que le dio a tu madre su informante?

—No.

—¿Y no se te ocurre dónde podría haberlo escondido?

—No, pero, fuera donde fuera, lo escondió muy bien.

—Pero sí que encontraste el buzón de Nicole Bernardin.

—Ya te he dicho que no lo sé. ¿Crees que no le he dado un millón de vueltas a esto?

Después de asentir brevemente, Callan fue al grano:

—Quiero que colabores conmigo en esto.

—Ya lo he hecho. ¿Es que no me has estado escuchando?

—Me refiero a avanzar con la investigación.

—Trabajo para el departamento de policía de Nueva York.

—Y yo para el pueblo estadounidense.

—Entonces haz una llamada al cuartel general de la policía, habla con algún estadounidense de allí y soy toda tuya. Si no, gracias por la visita.

Estaba casi en la avenida York con la mano levantada para parar un taxi cuando Callan se acercó a ella para intentar convencerla por última vez.

—Piénsatelo. ¿No te parece lo suficientemente serio el hecho de que alguien tenga acceso a un prisionero encerrado en los calabozos y pueda matarlo?

—No puedo ayudar. Sencillamente no tengo nada que daros.

—Te ayudaríamos a detener a Tyler Wynn.

«O me impedirían cogerlo si les resultara conveniente para sus propósitos». Dijo:

—Gracias por la recomendación del gofre.

Y se metió en el taxi.

Cuando entró en su apartamento aquella noche, Rook se levantó de la mesa del comedor, donde estaba trabajando con su MacBook, para recibirla con un largo beso. La rodeó con sus brazos y se fundieron el uno con el otro allí mismo, donde estaban. Después del prolongado abrazo, Rook dijo:

—Oye, no te estarás quedando dormida, ¿verdad?

—¿De pie? ¿Qué crees, que soy un caballo?

Rook contestó con un relincho y, por primera vez en aquel día, Nikki se rio.

—Mira que eres ganso.

Volvió a reírse porque aquello había sido una gansada, pero además bienvenida. Le cogió el mentón con una mano y con la otra le acarició la mejilla.

Cuando Rook le preguntó qué tal lo llevaba, le dijo la verdad: que el día había sido un calvario y que necesitaba un baño caliente. Pero cuando Rook mencionó que había hecho caipirinhas, el baño fue pospuesto y reemplazado

por dos vasos.

Se sentaron en el sofá y Nikki le puso al día de su reunión con Bart Callan.

—Así que ésa era tu misteriosa cita para comer. ¿Con el Departamento de Seguridad Nacional?

Durante un instante Nikki pensó en contarle lo de la sesión con el psicólogo, pero estaba demasiado exhausta como para entrar en ese tema y decidió dejarlo pasar. Entonces se acordó de lo que le había dicho Lon King sobre su reticencia a abrirse a los demás —su versión particular de la coraza— y le dijo:

—No, es que había quedado con mi psicólogo.

—¿Así que ya no es «el» psicólogo sino «mi» psicólogo?

—Déjalo, ¿vale?

«Pasito a pasito —pensó—. Pasito a pasito».

Pero Rook insistió:

—Creo que te va a venir bien. Sobre todo en este momento, Nikki. Aunque sólo fuera por lo de Petar, pero también por Don.

—Hablando de Don —dijo Nikki aprovechando la oportunidad de cambiar de tema—, tengo pensado ir a San Diego pasado mañana. Su familia ha organizado una ceremonia conmemorativa en la base naval.

—Me gustaría ir contigo, si te parece bien.

Nikki abrió los ojos de par en par, atónita.

—¿Lo dices en serio?

La sonrisa de Rook le decía que sí y entonces Nikki se inclinó y se la besó, por lo hermosa que era.

Estuvieron haciéndose arrumacos un momento y cuando empezaban a ponerse tontos, Rook dijo:

—Pero al funeral de Petar no pienso ir, que lo sepas.

Lo inesperado del comentario y su mal gusto hicieron reír a Nikki de una manera que sólo Rook sabía, convirtiendo lo tabú en divertido precisamente porque no era impensable.

Entonces Nikki frunció el ceño y Rook supo, sin que hiciera falta decirle nada, de qué se trataba.

—Ya sé que es descorazonador. Resuelves este caso y te encuentras otra vez en un callejón sin salida. Descubriremos lo que hay detrás de todo esto. Pero esta noche no.

—Pero supongamos que lo que dijeron Petar y Bart Callan es verdad, que se está montando algo grande que hay que detener.

—Llegados a este punto yo ya no sé muy bien qué pensar de eso. Y por lo que me has contado del agente Callan, los federales tampoco tienen ni idea. Es obvio que Tyler Wynn es la clave. La cuestión es averiguar para quién trabaja ahora. ¿Qué dijo mi amigo Anatoly aquella noche en París? Que estamos en una nueva era y que cuando los espías se pasan al otro lado no es para trabajar para otros Gobiernos, sino, ¿cómo las llamó?, otras entidades.

Nikki se restregó la cara con las manos.

—Ahora mismo todo eso se me hace un mundo.

—Vamos a ver, Nikki. Es normal. —Rook le puso ambas manos en los hombros para obligarla a escucharle—. No tienes la obligación de enfrentarte tú sola a los crímenes de la humanidad. Ya has hecho un gran trabajo. Ahora mismo podrías plantar la bandera, declarar tu victoria y pasar a otra cosa. Nadie te lo reprocharía. —Y añadió—: Yo siempre voy a estar contigo.

Todo lo que expresaba aquella frase le llegó a Nikki al corazón y dijo:

—Eso me ayuda mucho, gracias. —Dejó la bebida sin terminar en la mesa baja—. ¿Te importa muchísimo si por fin me doy ese baño y me quedo un rato sola esta noche?

—¿Quieres hacer *cocooning*?

—Mucho. Lo necesito.

—No hay problema.

Rook metió su portátil y sus notas en la mochila y después de besarla en la puerta le dijo:

—Para que tengas en qué pensar cuando estés ya en pijama.

—Vale.

—Por lo menos hay una cosa que hace que toda esta aventura haya valido la pena: ahora sabes que tu madre no estaba teniendo una aventura. Y que tampoco era una traidora. De hecho fue una heroína.

—Sí, pero ya sabes lo que decía Scott Fitzgerald: «Enséñame un

héroe...».

—... «Y te escribiré una tragedia».

—Además —añadió Nikki—, aunque fuera por una causa noble, me sigue cabreando que me ocultara tantas cosas de su vida. Digamos que racionalmente quiero perdonarla, pero lo cierto es que no me sale. Todavía no.

—Lo entiendo —dijo Rook—. Escucha, yo no soy psicólogo, pero si lo fuera te sugeriría que lo mejor que puedes hacer hasta que llegue ese momento es encontrar la manera de conectar con ella y ver adónde te lleva eso.

Se dio el lujo de flotar en el agua con aroma a lavanda hasta que empezó a sonar la siguiente canción en su estéreo: Mary J Blige y su *No More Drama* (*No sufras más*). Al principio Nikki cantó con ella, pero después se concentró en el mensaje de la reina del hip-hop-soul sobre hacerse valer y poner fin a las situaciones dolorosas. Había oído esa canción muchas veces, pero, al igual que le había ocurrido con el mensaje del contestador grabado durante el apuñalamiento de su madre, aquella noche lo hizo con oídos nuevos. El mayor parecido era que no sabía dónde terminaba la historia, sólo dónde empezaba.

Sentada con las piernas cruzadas en el sofá con una infusión de manzanilla y los mechones de pelo mojado cayéndole sobre el albornoz, Nikki se puso a repasar la historia de su madre y cómo ésta le afectaba. No se recreó en las repercusiones de la vida secreta de Cynthia Heat. Claro que había ausencias que habían alimentado añoranzas y miedos, pero lo más importante eran los rasgos de su personalidad que Nikki había hecho también suyos: cautela, secretismo, aislamiento. Si no hacía nada por remediarlo, aquello podía convertirse en una historia interminable. El psicólogo le había aconsejado que aceptara el hecho de que su madre estaba muerta, pero Nikki sabía que seguirían unidas, que ella continuaría viviendo en su corazón y que siempre sería así.

Y sin embargo Nikki quería empezar de nuevo. Esta vez partiendo de todas las cosas buenas que había recibido de su madre, que pesaban más que las otras. O al menos así debía ser, si escogía no sufrir más.

Allí en el salón, en la soledad que había elegido para aquella noche, Nikki eligió centrarse en las virtudes y en los dones. En la independencia que la educación de su madre le había dado. En lo que le había enseñado en cuanto a capacidad de asombro, imaginación, principios, criterio, la importancia de trabajar duro, el valor de la bondad y el poder del amor. La nueva página de su vida empezaría así, con la historia de unos vasos que pasaban de estar medio vacíos a estar medio llenos según iba pensando en ellos. Una historia que decía que la risa se contagia, el perdón cura y la música calienta el más frío de los corazones.

La música.

Miró al piano al otro lado de la habitación.

Su madre lo había tocado maravillosamente y había compartido con ella el milagro de la música. ¿Por qué ahora que estaba silente le infundía tanto respeto?

Sintió un cosquilleo en el estómago al recordar las palabras de despedida de Rook, lo de encontrar la manera de conectar de nuevo con su madre. El cosquilleo se convirtió en temor, pero eligió ser valiente y se puso en pie. Mientras cruzaba la alfombra hacia el piano de media cola, el temor se evaporó y se transformó en algo que la impulsaba mientras levantaba la tapa de la banqueta para sacar la partitura de *Mozart para niños*.

Hacía diez años que no abría aquella banqueta y todavía más que no sacaba aquel cuaderno de música. Estaba convencida de que lo había perdido.

La última vez que había levantado la tapa del Steinway Nikki tenía diecinueve años. Ahora se detuvo un instante, pero no porque dudara, sino porque quería dejar constancia del momento.

Las bisagras gimieron cuando abrió la tapa dejando ver las teclas. Los dedos le temblaron con la misma emoción que había sentido en cada uno de los recitales que había dado de niña cuando se sentó, abrió el libro de música por la primera página, apoyó los pies en los pedales y empezó a tocar.

Por primera vez en diez años la música de aquel preciado instrumento llenó el apartamento y salió de Nikki por mediación de Cynthia. La música es un recuerdo de los sentidos, pero también de los músculos, así que falló unas cuantas notas, pero eso le hizo sonreír cuando empezó a tocar la sonata

número 15 de Mozart. Su forma de tocar, rota y entrecortada al principio, poco a poco se fue haciendo más fluida y elegante. Cuando llegó al final de la página, sin embargo, titubeó y le costó trabajo pasar a la siguiente sin dejar de tocar. O quizá es que las lágrimas le nublaban la vista. Se las secó y se dispuso a continuar, pero entonces algo la detuvo.

Frunció el ceño y miró la partitura, confusa. Se inclinó hacia el cuadernillo apoyado en el atril y vio unas extrañas marcas a lápiz entre las notas con la letra de su madre.

Ésta siempre le había dicho que, para Mozart, el espacio entre notas también era música, sin embargo aquello no eran anotaciones musicales, sino otra cosa.

Pero ¿el qué?

Encendió otra lámpara y escrutó la partitura bajo su luz intentando descifrar las marcas. Tenía la impresión de que se trataba de alguna clase de código.

Empezó a mecerse despacio sobre la banqueta y el suelo pareció temblar. Pensó que se trataba de otra réplica del terremoto. Pero entonces miró a su alrededor.

En el resto de la habitación no se movía absolutamente nada.

Agradecimientos

En una mesa redonda de autores de novelas de misterio en la que participé en la Biblioteca Pública de Nueva York fue, como de costumbre, la primera pregunta que me hicieron. Un aspirante a novelista sentado en la primera fila quería que le hablara de mis hábitos de escritura. ¿Trabajaba por la mañana o por la noche? ¿Lo hacía a mano o con el ordenador? ¿Con el corrector ortográfico activado o no? Mi respuesta fue la misma de siempre: no tengo hábitos. De hecho, mientras estoy aquí sentado cuando acaba de amanecer recargando de tinta azul marca Noodler's Baystate mi pluma Montblanc modelo Hemingway (de punta mediana), frente a un taco de treinta hojas de papel blanco de 80 gramos, rayado y con márgenes para tomar notas, me pregunto a qué viene esa pregunta.

No digo que sea así, pero, de tener yo algún tipo de hábito, se debería probablemente al hecho de que, si me está yendo bien —si sigo ahí cabalgando a lomos de una nueva historia sin domar y no me caigo al suelo—, mis pequeños rituales serían las únicas cosas que no están fuera de mi control. Escribir una novela policiaca es un poco como ir de excursión a Atlantic City. Aunque ya hayas estado, nunca puedes saber lo que va a ocurrir. Pasas noches y noches sin dormir, haces locuras que no harías en ningún otro sitio y cuando has acabado, te has quedado sin nada. Ah, y lo del sexo salvaje ha ocurrido sólo en tu imaginación.

La única manera de sobrevivir —a Atlantic City y a una novela— es no estar solo y a mí en esta aventura me ha acompañado un pelotón a cuyo lado los de *Resacón en la Vegas* son meros aficionados. Todo empieza y termina con la detective Kate Beckett, que me ha enseñado que la suerte tiene nombre

de mujer policía y que tiene algo de experiencia en lo que supone despertarse por las mañanas al lado de un tigre de Bengala. Sus colegas de la comisaría 21, Javier Esposito y Kevin Ryan, saben muy bien lo que es ir a Atlantic City y me han hecho sentirme como un hermano. Un hermano al que hacen toda clase de perrerías, sí, pero hermano al fin y al cabo. También estoy en deuda con la capitana Victoria Gates, que me dejó quedarme a pesar de considerarme un adolescente raquítrico y sinvergüenza, que es lo que soy.

La doctora Lanie Parish ha sido una médica forense paciente, aunque reprobatoria en ocasiones, soportando mis bromas macabras, mi humor negro y mis salidas de pata de banco. Además he tenido la suerte de oírla cantar blues.

Mi madre, Martha, fue quien me enseñó cómo meterme en líos... con elegancia, mientras que mi querida hija Alexis me ha demostrado que por lo menos hay un adulto en la familia. Gracias a Dios, ése no soy yo.

Nathan, Stana, Seamus, Jon, Molly, Susan, Tamala y Penny son las artífices de la vida, la verdad, el corazón, el día y la noche. ¿Cómo se las arreglan para que todo eso parezca tan fácil?

Los equipos del edificio Clinton y los estudios Raleigh me conocen mejor de lo que me conozco yo mismo, y por ellos, por su imaginación, su fe y sus platos fríos para llevar empuño mi pluma.

Gracias a Terri Edda Miller no he tenido que preocuparme de quién está conmigo o si alguien me sigue. Que cada viaje siga siendo para los dos una aventura a la altura de los mejores safaris.

Jennifer Allen sigue haciendo que me desmaye y después me coge cuando me caigo. Siempre será así.

A Gretchen Young, mi editora... Tiramos los dados y, oye, aquí seguimos, en la mesa de juego y haciendo caso omiso del bufé de tres dólares. Gracias a Gretchen y a toda la gente de Hyperion, incluida Allyson Rudolph. También quiero agradecer el cariño y el apoyo de Melissa Harling-Walendy y del equipo de ABC.

Gracias a Sloan Harris, mi agente literario en ICM. Soy el autor más afortunado del mundo después de todos estos años de confianza en mí y sus amables consejos.

Ya sea en una excursión a Las Vegas, a Atlantic City o alrededor de un tapete verde en un *loft* de Tribeca, muchas gracias a Connelly, Lehane, Patterson y, en espíritu, a Cannell, por no dejar que se me olvide cómo se juega al póquer.

Mi amigo Alton Brown me enseñó a hervir agua y Ellen Borakove, del Departamento Forense de Nueva York, me enseñó a respirar por la boca y así engañar al cerebro. Mi apetito ha mejorado mucho gracias a los dos.

En cuanto a Andrew, ¿qué podría decir que le haga justicia? Empecé como admirador suyo, luego fuimos colegas y ahora tengo el orgullo de poder llamarle amigo. Andrew es el mejor porque tiene algo más que talento: tiene coraje. Es un hombre al que no le asusta doblar la apuesta. Y además sospecho que, igual que su compañero Tom, se preocupa.

Se preocupa por la misión. Porque salga bien. Y también —y mucho— por las admiradoras.

Vamos allá, chicos.

RC

Nueva York, junio de 2012